NO NECESITO UNA RAZÓN PARA SALVARTE



Virginia Cavanillas
y Fátima Embark

NO NECESITO UNA RAZÓN PARA SALVARTE

FÁTIMA EMBARK
VIRGINIA CAVANILLAS

Ilustraciones de Bea Guitiérrez

Todos los personajes de esta historia son ficticios y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.
Este libro contiene escenas de sexo explícito, una ninfa que te derretirá el corazón y un uso excesivo de metáforas.

Copyright © 2025 Virginia Cavanillas y Fátima Embark
Título: No necesito una razón para salvarte
® Todos los derechos reservados
No se permite la distribución, comercialización, reproducción ni el uso en obras derivadas sin permiso expreso de las autoras.
Editorial: Independently published

Queda expresamente prohibido el uso o reproducción total o parcial de este libro con el propósito de alimentar o entrenar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Bea Gutiérrez (@begutirodart)
Corrección del texto: María Luisa Crespo
ISBN: 9798274834360

ÍNDICE

Parte I
- Capítulo 1
- Capítulo 2

Parte II
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Epílogo

Agradecimientos
Fátima Embark
Virginia Cavanillas
Otras obras de las autoras (Winter Falls)
Otras obras de las autoras (Soul Finder)


Castillo
AMBULANTE

PARTE UNO

Antes



CAPÍTULO UNO

Rayner



EN UNA PEQUEÑA CIUDAD COSTERA DEL SUR DE INGLATERRA. HACE CINCO AÑOS.

Si hubiera sabido que esta sería la última vez que lo vería, habría...

Nada. No habría cambiado nada. Ni una caricia, ni un gemido, ni una de las miles de palabras compartidas.

Si hubiera sabido que esta sería la última vez que lo vería, le habría pedido su teléfono en lugar de darle el mío. Porque, teniendo en cuenta que donde antes estaba su presencia saciada y perezosa ahora solo quedan una sábana blanca arrugada y la huella —también impresa en mi memoria— de su cuerpo, intuyo que nunca me llamará. Y yo sí podría haberlo hecho una noche cualquiera; no para pedirle explicaciones por irse sin avisar, sino para hablar, para reírnos, para preguntarle si creía que había alguna posibilidad de que volviéramos a coincidir en la vida; otra noche, solo una más, unas horas de creer en amores eternos y charlas tan amenas que hacen que se detenga el tiempo.

Si hubiera sabido que esta sería la última vez que lo vería, no estaría dándole vueltas a una despedida que jamás existió y que me hace reafirmarme en mi filosofía de vida: nuestra existencia es un ahora constante. Hoy estamos aquí, mañana no sabemos qué ocurrirá. Pero… creo que, por un momento, me morí de ganas de

echarle un pulso a esa puta vida y demostrar que quizá esa filosofía de la que tan orgulloso me siento no era más que una falacia, y que estaba dispuesto a cambiar de opinión por conveniencia y de forma instantánea. Como un cristiano convertido al ateísmo que reniega de la existencia de Dios en lo que tarda en cerrar un libro de Kierkegaard y abrir otro de Nietzsche.

Me llamó la atención desde que lo vi; por guapo y por rubio (siempre he sido de hombres rubios, aunque las mujeres me gustan pelirrojas, rarezas que tiene uno). Su sonrisa, su calidez, esa bondad que sabía que poseía con solo mirarlo a los ojos. Porque esas cosas se notan. La gente mala te engaña con caretas, maquillajes y trajes que muestran lo que no son. La bondad es inequívoca y transparente. O yo, al menos, quiero creer que soy capaz de identificarla.

Hemos compartido semanas, pero solo una noche de entrega absoluta; esta, la que acaba de terminar con las luces anaranjadas del alba, pero de forma tan abrupta que es como si alguien le hubiera dado al *stop* y su risa se hubiera convertido en silencio. En vacío. En confusión. Porque estábamos bien. Se notaba. Y no solo por los orgasmos, las carcajadas y las conversaciones a media luz. Nuestros cuerpos se buscaban. Nuestras miradas. Nuestras manos. Nuestras bocas.

Una sola noche, eso fue lo que tuvimos para dar rienda suelta a toda la complicidad que habíamos ido alimentando. Intensa, sexi, divertida; profunda, incluso. Le hablé de la abuela Willow —que no era mi abuela sino la de mi mejor amigo de la infancia—, le hablé de los dos *hobbies* que me habían mantenido cuerdo en mi adolescencia: los diccionarios y los filósofos, compañeros viejos y sólidos, nada propios de mi edad; le hablé de cómo abandoné mis libros, mis distopías, mi pasado, y decidí empezar de cero, olvidar quién había sido.

Y él me habló del centro cultural que dirige —en el que nos habíamos conocido, otra cosa que tenemos en común— y de sus relaciones pasadas. De que tuvo pareja —un hombre, a él solo le gustan los chicos— durante casi seis años, y que lo habían dejado hacía apenas unos meses. Que no había sido fácil, que su ex no lo

estaba llevando bien y que él sufría al verlo sufrir, porque lo había querido mucho. Su teléfono sonó en aquel momento, como una especie de… presagio; porque, por el gesto en su cara, intuí que era él. Así que se lo quité con un beso. Con cien. Con una mamada de las largas. Y recuperó la sonrisa, pero perdió el aliento.

Si hubiera sabido que esa sería la última vez que lo vería, habría aprovechado cada día previo a esta noche, cada jornada de trabajo en el centro juvenil, para hablarle, preguntarle cosas, comérmelo enterito. Si solo íbamos a compartir espacio en el mundo durante un tiempo limitado, habría querido aprovecharlo bien.

Pero aquí estoy, con dos cafés aún humeantes, dos zumos de naranja naturales y dos *croissants* de mantequilla que tendré que beberme y comerme yo, porque el rubio estupendo que ha compartido cama conmigo durante las últimas trece horas ha desaparecido sin dejarme su número, ni una nota.

Y la cama aún está caliente. Como los cafés. Más, posiblemente.

CAPÍTULO DOS

Laurent



EN UNA CASA FLOTANTE EN EL LAGO GREYSTONE, WINTER FALLS. CINCO AÑOS DESPUÉS.

De niño jugaba a pescar la luna con mi padre, y con mi madre, y con quien fuera que se pusiera a mi lado a mirarla. Me gustaba pensar que, si conseguía que bajara a mi habitación, la oscuridad se iría de mi vida para siempre. Se irían el miedo, los monstruos y la soledad, porque la luna siempre estaría conmigo. Entonces no sabía cuán hondo te puede calar la soledad y lo difícil que es aprender a vivir con ella. La soledad es una compañera de piso con un contrato indefinido; echarla es casi una quimera, como bajar la luna del cielo.

En eso pienso mientras la observo ahora, en la luna como un escudo contra la soledad. Se ve nítida en el cielo despejado de nubes, y demasiado cercana a mí en el espejo que son las aguas del lago en calma donde mi amigo Dani tiene la casa flotante que su abuela le dejó en herencia antes de morir. Hemos estado unas semanas arreglándola para que viva y llore en ella por un amor perdido que no creo que lo sea tanto. Volverá. Cuando pueda, volverá. Y mientras nos tendrá a nosotros, sus amigos —su familia— para ayudarlo a superar el día a día. Dani no es como yo. Él solo nos

usará de muleta hasta que pueda andar por sí mismo. Es valiente hasta para eso.

El invierno está a punto de acabar y el frío me cala los huesos, pero también me calma; sentir algo siempre lo hace. Tengo la mirada perdida en el horizonte; oscuro, invisible a mis ojos a estas horas de la madrugada. Los ratos muertos de introspección no son mi fuerte. Me pierdo en ellos. Me dan paz, pero, a la vez, me incomodan, como si esa paz fuera inmerecida, como si no tuviera derecho a ese sosiego. Suspiro y miro hacia la orilla cuando oigo pasos en el muelle de madera que todo el mundo se empeña en decir que es resistente pero que a mí me genera mucha inseguridad.

Y entonces lo veo. Un «fantasma» del pasado. Un eco en mi memoria. La encarnación de todo lo bueno y lo malo que puede pasar en un día. La personificación de lo efímero, palabra que asocio a él como a nada en el mundo. Por lo que compartimos, sí; pero sobre todo por lo que me dijo el día que lo conocí, mirando un cuadro victoriano donde una pareja se separaba con un aire de nostalgia y resignación. Ese día me habló del término «onsra» —que proviene del idioma boro, de la India—, me enseñó la palabra tatuada en su piel, a la altura del corazón. Me contó que significaba que el amor se acaba, que las relaciones son efímeras, así como lo es el dolor que conlleva el no ser correspondido.

«Vivimos en un mundo de quita y pon donde todo es sustituible, incluso las personas»; con esa dureza me lo dijo. Es un narrador crudo y directo; sabio, un orador natural. Igual de natural que su paso firme, ese con el que ahora camina hacia la casa flotante. Hasta que me ve sentado junto a la barandilla de madera. Ahí su paso vacila.

Él también cree haber visto un fantasma.

Me enseñó muchas cosas entre sexo, risas y caricias. Mi última noche de sexo, risas y caricias. La más intensa también. La que más recuerdo. Porque esa rudeza al hablar de sus filosofías de vida, de sus experiencias, de esas palabras que la abuela de su mejor amigo le había enseñado a apreciar, convierten a Rayner en una de las personas más especiales e inolvidables que han pasado por mi vida. De forma fugaz, sí, como a él le gusta. Aunque esa noche parecía

más, me supo a más. Esa noche me dio la sensación de que el nómada podría asentarse. A mi lado.

Un sueño.

Una pesadilla.

La noche que lo cambió todo.

Quién me iba a decir que años después conocería a ese amigo de la infancia de quien Rayner tanto me habló, que yo le daría trabajo, que lo ayudaría a arreglar su casa, que lo acompañaría en una ruptura amorosa, que se convertiría en… amigo. Que la abuela que regaló a Rayner su primer diccionario y lo acostumbró a buscar palabras al azar no era otra que Willow, la difunta abuela de Dani, de quien mi amigo tampoco paraba de hablar.

Y aquí, en casa de esa señora cuya existencia marcó a los dos hombres que ahora pisan su hogar flotante, mi pasado y yo nos encontramos de nuevo. La luna nos ilumina, nos observa, nos reta a que intentemos pescarla. El viento sopla, el frío es cada vez más crudo, las ramas crujen y los animales corretean entre los árboles, pero ninguno de los dos se inmuta, ni se mueve, ni reacciona. Por nuestras miradas —intensas, profundas— parece que no tenemos nada que decirnos.

Por supuesto, nos recordamos; ya lo creo que lo hacemos. La huella que dejamos en nuestros cuerpos y en nuestras mentes no parece haber sido tan efímera. ¿Cómo lo llamó Rayner aquella noche? Fue otra de las extrañas enseñanzas que me regaló. *Coup de foudre*. Un flechazo de nombre pretencioso.

PARTE DOS

En la actualidad



CAPÍTULO TRES

Rayner



«Viajar sin destino no te hace libre, solo te recuerda que no tienes un lugar al que volver».
Howl

Recorro la carretera de entrada a Winter Falls con la Vitpilen negra y gris que le compré a un compañero de trabajo hace un año, cuando volví a Inglaterra, y que ha sido mi pertenencia más preciada desde el viejo diccionario de la abuela Willow, cuyo lomo agrietado y páginas amarillentas no han resistido bien el paso del tiempo. De hecho, la moto ha sido mi *única* pertenencia. Vivo con lo puesto. Siempre moviéndome, siempre buscando la siguiente aventura, el próximo lugar en el que seré necesario.

Pero he vuelto a la puta ciudad que me vio nacer y, aunque me pesa tan vulgar calificativo —porque Winter es precioso—, los recuerdos que tengo de este sitio son infernales. Están llenos de pena, gritos y silencios que hacen más ruido que los chillidos de mi padre y que los sollozos de mi madre. Unos seres que me condenaron al ostracismo a los catorce años al grito de «desviado» y «enfermo», y me hicieron el hombre que soy a los treinta y uno: más cínico, más escarmentado, más de vuelta de todo.

Ellos ya no están en la ciudad, mi padre ni siquiera está en este mundo. Y si he regresado al infierno ha sido por mi hermano Taylor, esa personita a la que me obligaron a abandonar, a olvidar. Aunque ahora de «personita» no tiene nada; es un hombre fuerte e increíble que tiene que darme una o dos lecciones de vida. O ciento diez.

Me fui de casa con una mochila, cuatro mudas, dos diccionarios de bolsillo y una cartera con varios billetes de veinte; todos mis ahorros. Dejé atrás a mis dos hermanos pequeños, que no supieron más de mí porque nunca les entregaron las cartas que les envié, y a un mejor amigo al que ni siquiera me planteé escribir por una vergüenza a la que ahora no le veo sentido, pero que de niño se me pegó a la piel como melaza.

Tenía catorce años recién cumplidos cuando mis padres me pillaron vestido de chica con él. No hubo preguntas; solo acusaciones, gritos e insultos. El mundo tal y como lo conocía se derrumbó bajo mis pies. Me acusaron de cosas que ni yo mismo entendía —pasarían años hasta que descubriera y explorara mi bisexualidad— y buscaron soluciones que ni yo mismo, a pesar de mi corta edad, aceptaba. Así que me fui. Con la pena, la vergüenza que era melaza y las mil dudas por una carretera fría e incierta.

Y ahora estoy aquí, de vuelta, tratando de recuperar lo que perdí en su día.

En ello pienso mientras el motor de mi Vitpilen me vibra entre los muslos y me recorre el cuerpo como lo hacen esas emociones fugaces y potentes que pasan rápido pero se quedan. Yo estoy hecho de eso, de fugacidad. Lo que me recuerda la frase de *El castillo ambulante* que siempre me repetía mi mejor amigo de la infancia y que hoy es tan real como nunca imaginé. Presagios y esas cosas.

«La belleza es efímera, el poder también. Lo único que permanece es cómo tratamos a los demás». Oh, Howl, qué sabias palabras. Quién le hubiera dicho al Rayner de catorce años que trataría de vivir bajo esa máxima.

Mi suspiro choca contra el cristal del casco mientras dejo atrás altos pinos de color verde oscuro y las viejas vías del tren donde los adolescentes de mi época iban a emborracharse y a darse el lote.

Quizá los de ahora también lo hacen. Nunca fui un típico adolescente. Si me levantara la visera, sé que olería a resina, a tierra y a frío. Winter Falls huele a frío incluso en verano. Y a algo cítrico. Pero no me quito el casco hasta que no aparco en la dirección que me ha dado Janice, la gestora de la ONG para la que más trabajo: Esperanza, número 3. Ojalá el nombre de la calle también sea un presagio.

Nada más entrar tengo la extraña sensación de que el presagio es más bien un mal augurio y me paso la mano por el pelo; hacia delante, hacia atrás; varias veces. Gesto que hago de forma nerviosa cada vez que me quito el casco, aunque tenga el pelo muy corto, al uno, y no necesite peinarlo. Nada que ver con la larga melena que llevaba en mi juventud y que me hacía parecer «más bonito» de lo que en realidad era. Mi amigo Dani siempre me decía que era un mago, el mago más guapo que había visto. Como Howl, su Howl.

Yo no recuerdo a ese niño. Lo que sí recuerdo, como si lo tuviera ahora mismo pegado a mi cuerpo y a la piel, es al rubio que veo en la foto del recibidor nada más entrar. En el centro de la imagen, con varias personas a izquierda y derecha, y con el cartel de «Centro juvenil Esperanza» a sus espaldas, está Laurent, el sueño de una noche de verano. Todos aparecen sonrientes y llenos de ilusión, pero es su sonrisa la que tira de mí, sus ojos, ese traje azul marino tan extraño pero precioso en él. Laurent, la razón por la que no me he adentrado en Winter Falls desde que llegué hace varios meses. La razón que me robó la razón hace ya cinco años, durante el corto periodo de tiempo que coincidimos y que, sin embargo, ha dado de sí como lo hace la piel con los años. No hay semana que no piense en él al menos una vez, lo que, calculado a lo loco y con el casco en la mano, diría que son unas cincuenta y dos veces al año; doscientas sesenta en total, si los cálculos no me fallan.

Laurent. El rubio de sonrisa torcida con pinta de motero macarra pero de educación y modales exquisitos que me robó un poco —solo un poco— el corazón.

Me acerco a la foto. Es grande, está enmarcada y se halla en el centro de la pared de la derecha junto a un par de diplomas, permisos y plaquitas varias. Hay otras muchas fotos colgadas de una

cuerda con pinzas de color gris plata, pero estas son mucho más informales; algunas borrosas, adolescentes cien por cien. Chicos riéndose a carcajadas; varios niños de unos quince o dieciséis años en un sofá, de noche, con los ojos rojos por el *flash*; un grupo en un lago, riéndose y salpicándose; una chica tratando de taparse pero con la cara contraída en un gesto divertido… Estas imágenes hablan más que cualquier diploma. Lo que muestra esta pared, y las demás, por lo que puedo ver, son realidades. Gente que en algún momento lo ha pasado bien en este lugar o en compañía de los miembros de este centro. Esta es la gasolina que me mueve. Porque no, la gente no siempre es feliz. Es más, en estos lugares la tendencia es a no serlo, pero los momentos pasajeros de risas y compañerismo son preciados.

—¿Rayner Sullivan?

Me giro para ver a una mujer negra de sonrisa sincera que camina hacia mí tendiéndome la mano. Me cambio el casco de brazo y se la estrecho. Me cae bien de inmediato; soy efímero hasta para eso.

—El mismo.

—Soy Sara Parker, la administrativa de Esperanza. Bueno, y la profesora de psicomotricidad, la encargada de la cafetera y la responsable de las excursiones urbanas.

—Vaya, veo que me necesitáis mucho.

Ella se ríe —un sonido cálido y profundo, contagioso— antes de responder:

—Me ha dicho Janice que lo mismo sirves para arreglar un enchufe que para dar clase de teatro; así que sí, te necesitamos muchísimo.

En una charla cómoda, me explica que el centro abre de lunes a viernes de diez de la mañana a ocho de la tarde, que hay un par de aulas de estudio, una sala grande para las terapias grupales, una sala de ocio y una estancia que será la nueva biblioteca, y que también se usará para grupos de apoyo y terapias; biblioteca que yo me encargaré de montar.

Mientras nos movemos por el centro de aquí para allá, pasamos varias veces por delante de una puerta en la que pone

«ADMINISTRACIÓN» y que permanece aterradoramente cerrada. No hago más que pensar en si Laurent estará ahí, si lo veré, si me reconocerá. Nuestras miradas dijeron mucho cuando nos vimos en la casa del lago que en la actualidad es mi hogar; pero nuestras bocas no dijeron nada.

He vivido estancado en nuestro momento de vida compartido desde hace demasiados años para lo poco que duró. Fue corto pero intenso. Y acabó de forma abrupta e inexplicable. De ahí que no me lo quite de la cabeza. Somos Jesse y Celine en *Antes del amanecer*. Y, como en la trilogía de Linklater, nos hemos encontrado años después. Cinco, en nuestro caso.

No sé lo que nos depara el futuro y, a pesar de la comodidad y de lo interesante que es lo que me cuenta Sara, una pequeña parte de mi cerebro está enfocada en esa puerta de madera blanca. En estos momentos, Laurent es como el gato de Schrödinger; y me estoy poniendo malo al no saber si está, si no está, qué hará en caso de qué esté, qué haré yo…

Llevamos unos minutos hablando delante de la puerta de la sala de ocio cuando tres adolescentes entran, riéndose. Me miran lo justo, lo que me dice que no son en principio desconfiados o que llevan bien la presencia de extraños. Sus risas me revelan mucho más: suenan a inocencia y a vida, a ganas de seguir. A esperanza. El nombre de esta calle lo es todo; me pregunto hasta qué punto fue aleatorio que el centro esté aquí.

Apenas tengo tiempo de saborear la ilusión y el revoloteo del pecho, porque entonces la puerta de administración se abre y el gato de Schrödinger sale vivito y coleando. Y espectacular. Más pijo de lo que lo recordaba, eso sí. O elegante, sin más. O refinado. Está tremendo. Yo lo conocí con media melena alborotada, barba de una semana, vaqueros desgastados y una mirada azul que brillaba con ganas de comerse el futuro. Esa persona ya no está, ya no es. Creo. Pero sigue siendo un espectáculo para los ojos.

Laurent nos ve, su paso vacila; pero, de todas formas, se acerca a nosotros, no sin antes retocarse el chaleco. Lleva un traje gris oscuro de tres piezas —o así sería, de tener puesta la chaqueta que agarra con la mano izquierda— y un maletín negro en la mano

derecha. Parece salido de *Peaky Blinders,* no de una peli tranquila y brillante de Richard Linklater.

Me mira. Lo miro. La tensión está a punto de tomar forma y convertirse en algo material. Me extraña que el resto no esté a punto de ahogarse de lo mucho que oprime. Por suerte, los adolescentes tienen gilipolleces que decir.

—Pareces un mafioso —le dice el moreno de ojazos verdes resaltados con kohl mientras se pasa una mano por el pelo, largo por arriba y rapado por debajo; por la ropa, parece un cantante de punk.

—Yo que tú me pensaría muy mucho lo que sale por esa boca, Lucas —le dice Laurent con una sonrisa que no reconozco, pero que parece real—. Porque voy a ir a comprar la tele nueva y el tamaño va a depender de tu educación y amabilidad.

—¿Y la vas a pagar al contado? —pregunta el del pelo largo y negro haciendo un gesto hacia el maletín.

Los otros se ríen. Sara también. Yo estoy sin palabras. Laurent me mira de soslayo, muy poco, una caricia infinitesimal.

—No todos los héroes llevan capa —interviene la chica pelirroja con un suspirito.

—Eso, vosotros alimentad su ego y su complejo de salvador —se queja el moreno.

—Hayden —lo reprende Laurent con un tono serio pero lleno de cariño.

—No, algunos llevan trajecitos pijos —interviene Lucas, el moreno de pelo rebelde. Pero, ante la miradita de Laurent, añade—: Que te quedan de maravilla, jefe, no me estoy quejando.

—Qué asco, Lucas. Tiene como veinte mil años —dice el tal Hayden.

Laurent y Sara se ríen, a su pesar, creo; yo trato de no perder detalle.

—Ya, a ti te da asco porque es tu papi, pero para los demás está bueno.

—¡No es mi padre, imbécil!

Hum…, ¿qué? Estoy en un partido importante y resulta que no sé ni qué deporte es, ni quiénes son los jugadores, ni qué se supone

que tengo que decir o hacer, si es que tengo que decir o hacer algo.

—Y no soy vuestro jefe —añade Laurent.

—No, eres nuestro «amigo» —dice Hayden con tonito, haciendo un gesto con los dedos como si entrecomillara la última palabra.

—Hayden, deja la animadversión y espérame en el coche. Te vienes conmigo.

El resoplido de indignación del chico me hace apretar los labios para evitar una sonrisa.

—Ni de coña.

—Prometí llevarte a casa y es casi hora de cerrar, así que venga.

—Que no.

—Así me acompañas a elegir la tele. —Laurent señala hacia una de las paredes de la sala, donde hay unas estanterías y un hueco enorme en el que antes debía haber una televisión.

Con un bufido, Hayden pasa por nuestro lado, dándole un golpe a Laurent con el hombro. Muy adolescente todo. Y muy ochentero. El chico tiene el pelo largo y negro, una bandana roja en la frente y una cazadora vaquera que parece salida de otro tiempo. Es guapísimo. La clase de «guapísimo» con la que te puedes referir a un crío cuando tú tienes treinta y un años; la inocente y objetiva.

—Lucas, Amelia, id a recoger la sala de estudio y luego os podéis marchar. ¿Hay alguien en vuestras casas?

Amelia asiente.

Lucas, mientras saca a la chica entre risas y empujones de la sala, contesta:

—No, pero tengo llave y mi padre no trabaja esta noche. No te preocupes, jefe —añade, ya entrando en la sala de al lado—, todo controlado.

—No soy tu jefe.

Amelia asoma la cabeza por la puerta. Con una sonrisa preciosa de dientes separados, canturrea:

—No, eres un superhéroe; y ahora que no está Hayden puedo decirlo. Superhéroe, superhéroe, superhéroe.

Lucas debe de tirar de ella desde el interior, porque ambos desaparecen dejando el eco de su risa flotando por el pasillo hasta nosotros.

Laurent me mira. Y me mira. Y me mira un poco más.

—Perdona. Normalmente no son tan guerreros —me dice frío pero no antipático.

—No es verdad; sí que lo son. Solo que Laurent tiende a verlo todo con los ojos del corazón —replica Sara poniendo los suyos en blanco—. Pero sí, son muy buenos chicos. Por cierto —agrega mientras le coloca una mano a Laurent en el brazo en el que tiene el maletín de gánster—, este es Rayner. Nos lo manda Janice, de Voces del Mañana.

—Lo conozco, Sara, gracias.

Sara parece momentáneamente sorprendida. Yo también, para qué engañarnos, pero como soy idiota y no sé a qué se refiere, o porque necesito saber con certeza *a qué se refiere*, digo:

—Nos vimos en la casa del lago de Dani hace unos meses y…

—Rayner… —Suspira y su mirada, solo dura cuando la posa en mí, se dulcifica. No tanto su voz, pero es amable—. Me acuerdo de ti. —Luego, para Sara, que nos mira con intensidad, añade—: Trabajé con él en el centro cultural de Farpoint.

—Ah, estupendo. ¿Me confirmas entonces lo que me ha dicho Janice de que sirve para todo?

—Te lo confirmo —dice tras una pausa en la que no deja de mirarme.

—Perfecto, pues vamos a la oficina a firmar un par de cosas y así lo dejamos todo listo para que empieces la semana que viene. Necesitaré cuatro o cinco días para arreglar el papeleo —me explica Sara al tiempo que se dirige hacia la puerta con el temido cartel de «ADMINISTRACIÓN» que ya no da tanto miedo.

—Yo me voy. Hayden me está esperando y aún tengo mil cosas que hacer.

—Ya me explicarás lo del maletín. —Se gira para dedicarle a Laurent una media sonrisa, la mano apoyada en el marco de la puerta—. ¿Vas al ayuntamiento a sobornar a alguien para que nos den más ayudas?

—Qué pesados estáis, ¿eh? —se queja con un tono que me recuerda al antiguo Laurent, ese al que conocí durante dos semanas en lo que parece una vida pasada. Y ahí está, esa sonrisa que se

curva más hacia la derecha, de forma casi imperceptible, pero que yo recuerdo como si fuera ayer. Sonríe mucho, tiene buen humor a pesar del aire de pena y misterio que lo acompaña. Y es una mezcla curiosa y muy atractiva—. Es de Hugo Boss y me lo regaló mi madre cuando creyó que me convertiría en un gran hombre de negocios.

Se me escapa una sonrisa, porque recuerdo que me contó que su madre esperaba que dirigiera media Inglaterra y parte de Escocia e Irlanda, que por eso le *recomendó* —con mucha insistencia— que estudiara Empresariales. Y Laurent lo hizo y sacó notazas. Montó un hotel con solo veintidós años y, con los beneficios, se dedicó a ayudar a niños necesitados; y a mí me robó un poco —solo un poco — el corazón.

Sigo a Sara, que ya está en el interior de la oficina, pero, sin poder evitarlo, me giro hacia él y en tres grandes pasos me pongo a su altura. Se asusta, creo, pero tengo que decírselo o no me quedaré tranquilo.

—Oye, si te incomoda que…

No me deja terminar la frase. No me ha dejado terminar ninguna, de hecho.

—En absoluto. Bienvenido a bordo. —Lo dice con una sonrisa, pero esta vez no parece sincera.

Tendré que confiar en su palabra, más no puedo hacer. Pero, mientras me alejo por el pasillo y él no se mueve, me pregunto qué estará pasando por esa cabeza rubia y preciosa. Lo veo ahí, quieto, rígido, como la luz ámbar de un semáforo. Todo lo que lo rodea tiene un aura de incertidumbre, entre lo que pudo haber sido y lo que aún podría ser. Y no sé si frenar, ser precavido y esperar a ver qué nos depara la vida o acelerar a lo bestia y no mirar atrás.

CAPÍTULO CUATRO

Laurent



«He basado mi vida en las filosofías de otros. Y ahora mismo no sé lo que pienso. No sé en qué creo».
Howl

—¿Te vas de viaje a una cabaña en un lago? —me pregunta Dani cuando pasa por detrás de mí para servirles las bebidas a los clientes de la esquina y ve la pantalla de mi ordenador.

Por sugerencia suya, y hago un uso muy amplio de la palabra «sugerencia», llevo dos horas plantado en la barra porque, a su parecer, *alguien* tiene que vigilar que todo esté en orden y *él* tiene *muuuchas* cosas que hacer. Lo cito textualmente. Yo, por lo visto y según su criterio, no tengo trabajo alguno. La confianza da asco y a Dani, mi mano derecha y el único que lleva conmigo casi desde el principio, se le da de miedo hacer uso de ella. Aunque lo cierto es que estamos escasos de personal y, de los otros dos camareros que deberían estar trabajando esta noche, uno se ha quedado en casa con un esguince en la muñeca —según Dani, «por masturbarse con excesivo entusiasmo»; cita textual de nuevo— y el otro es un inútil. Menos mal que es martes y la cosa está tranquila. Puede que el Happy Ending sea uno de los pocos *pubs* LGTB de Winter Falls, la pequeña ciudad al sur de Inglaterra en la que llevo cinco años

viviendo, pero no deja de ser martes —martes trece—, y apenas hay gente.

No es que yo sea supersticioso; soy más bien de prevenir, solo por si acaso. Quizá se deba al hecho de haber crecido con una madre que sí lo es y a quien imitaba sin ser consciente de que lo hacía. Se me escapa una sonrisa al pensar en ella y en el mensaje que me envió hace un par de horas con una foto de uno de sus inventos culinarios. Era una cosa espantosa para la que no existía el típico consuelo de «pero seguro que está buena». No. Mi madre cocina fatal y ni ella misma prueba sus recetas. La de veces que mi padre ponía la excusa de tener que quedarse trabajando para no ir a cenar a casa. La sonrisa se me borra de un plumazo; porque ahora sé que no era la cocina de mi madre lo que lo mantenía alejado, sino la cama de otra. Me pregunto dónde estará mi padre ahora. Lo último que supe de él fue que se había mudado con su nueva mujer a la otra punta del país. Quizá tampoco iba ya a cenar a casa.

Abracadabra comienza a sonar y, junto a los primeros acordes, se escucha un vaso estrellándose contra el suelo. Dani, que corre de aquí para allá, suelta cuatro barbaridades antes de ir a recogerlo, porque como él dice, está solo solísimo en la dura profesión de atender a su querida clientela. Cita textual, una vez más. Y yo, aunque me río, no puedo evitar que el pulso se me dispare de manera absurda al oír el vidrio romperse en pedazos. Porque, supersticioso o no, el caso es que llevo todo el día con un ligero estremecimiento en la columna y un cosquilleo en el cuello que no se van, como si esperara a que pasara algo en cualquier momento, como si necesitara mantenerme en alerta. Un mal augurio, seguro, los buenos presagios no son lo mío.

Compruebo mi reloj de pulsera. Todavía quedan un par de horas para las doce. Aún puede pasar lo que sea que esté a punto de pasar.

Dani termina de recoger el desastre y, tras atender con una sonrisa radiante a una clienta habitual como si no llevara toda la noche despotricando, se acerca a mí y apoya la barbilla en mi hombro para mirar la pantalla de mi portátil. Su pelo rubio —largo, a pesar de habérselo cortado— se desliza por la tela de mi camisa

negra creando un contraste que me resulta extraño y a la vez… cómodo. Dani luce esa melena como un rey luciría orgulloso una corona. Es un ser majestuoso y es un honor que me deje formar parte de su vida y no se limite a tratarme como ese jefe que le ingresa la nómina cada mes. Lo que hace por mí no tiene precio. Trabaja aquí porque le atraen la noche, los brillos y la gente. Y porque es el más social de los animales; no porque lo necesite.

—¿Estás planeando un viaje romántico? —se interesa—. ¿Hay algo que tengas que contarme? Pensé que tenías eso un poco… dormido. En *standby*, ya sabes. ¿No te estarás reservando para la persona adecuada? —Finge un jadeo y se lleva la mano a la boca—. ¿No serás uno de esos superreligiosos que solo consuma tras el matrimonio? Mira que mi chico tiene traumita con la religión. Y su hermano. Pobres…

Sigue hablando, pero no lo escucho. Porque ha mencionado al hermano de su chico y ese es Rayner. O Howl, como lo llama Dani. Y de Rayner en mi casa no se habla, ni en mi bar. No hablo de él ni con mi ninfa, Victoria, mi más fiel compañera. Por no hablar, no hablo de él ni en monólogo interior. Rayner: fundido a negro.

Ignoro lo que sea que haya dicho y le aparto el pelo para poder seguir mirando los patéticos anuncios que me avisan de que en unos meses voy a cumplir treinta y un años, como si necesitara un recordatorio o me apeteciera celebrarlo.

Al ver que no contesto, Dani mete su manaza para toquetear el ratón y deslizar las fotos en la pantalla. Enseguida resopla y lo veo torcer la boca.

—Pues mi casita del lago no tiene nada que envidiar a las de las fotos. Te la puedo alquilar un día de estos, si quieres. Bueno, ahora Howl vive allí, así que…

Howl. Rayner. Fundido a negro automático. Y la cosa es que, además, cuando lo llama así, tiene incluso más potencia; es un fundido de proporciones épicas. Luces fuera, del todo, apocalipsis energético.

Lo aparto hacia atrás.

—¿No estabas supervisando al nuevo?

Dani resopla como si lo estuviese sometiendo al peor castigo del mundo y se apoya en la barra a mi lado.

—Me paso la vida enseñando a camareros nuevos. Me aburro. Y déjame que te diga que este es un inútil, pero sin el puntito de estar bueno. Porque, si lo estuviera, tendría un pase. Pero lo elegiste tú y tú eres una especie de eunuco que no sabe tomar decisiones más que basadas en estrategias comerciales.

—Hum, ¿como debería ser?

—No, piiiiii, error. Eso no es lo que les gusta a nuestros clientes.

—Ni a ti —agrego con burla.

—A mí me da igual, yo me debo a mi hombre.

—¿Tengo que recordarte que a tu hombre lo contrataste como camarero antes siquiera de saber su nombre? *Curriculum vitae*: su culo.

—Y su cara. No nos olvidemos de su cara de dios del trueno.

—Ni de su martillo. Ya.

Dani chasquea los dedos.

—Exacto. Grandes referencias.

—Referencias que tuviste que comprobar tú mismo con tus propias manitas.

—Y con mi boquita, sí —dice con una sonrisa que es sucia como ella sola pero también preciosa.

Está más feliz que nunca. Tranquilo, satisfecho, pero igual de vibrante. Es como una burbuja que sube y sube y nunca explota. Es… como el champán. Y como el champán se te sube a la cabeza. Dani te deja resaca emocional tras pasar cinco minutos con él; tal es su efecto.

—Quizá, si no los eligieras por su físico, encontrarías al indicado. Que no perfecto, porque eso ya es apuntar demasiado alto, pero…

—No, si ya. Nadie puede superar mi perfección. —Dani enarca una ceja al ver cómo alzo yo la mía—. ¿Qué? Me tienes explotado. Siempre hago el trabajo de tres.

Me cruzo de brazos.

—Ahora mismo no estás haciendo ni el de medio. Soy yo el explotado y encima te pago. Creo que debería despedirte. Me sale

más barato que estar indemnizando a todos los camareros a los que echas.

—Perdona, pero el local es tuyo, eres tú quien los echa.

Me río. ¿Será posible?

—*Perdona*, pero yo solo soy esa persona que firma los documentos que te encargas de preparar.

—Pero tú los lees con mucha atención antes de firmarlos —termina él.

—Dani.

—¿Qué?

—¿Ese no es tu nuevo camarero? Digo, como los cambias cada semana, me cuesta ubicarlos… —Le señalo el centro de la pista, donde apenas hay un puñado de personas dispersas—. Porque se está frotando contra ese chico como si estuviera invocando al genio de la lámpara.

La cara de Dani es de puro espanto. Trato de contener la sonrisa. Fallo.

—Deja de reírte. No tiene gracia.

—¿Preparas el documento de despido? Si quieres hasta lo puedo hacer yo. Hoy me siento generoso.

—Pues sí, deberías hacerlo tú, desde luego. Tú lo elegiste. Te esforzaste en que no fuera guapo y ahí lo tienes igual, ligando y dando el espectáculo. En las últimas dos horas le he llamado la atención tres veces. ¿Qué es lo que no entiende de «no está permitido»?

—Tampoco entiende lo de «lava los vasos», así que no esperaría mucho de él.

Dani resopla. Me señala con el dedo como diciendo «es tu culpa» y abre la boca para decir algo más, pero entonces se fija en que ahora el camarero le está metiendo mano —literal, en la bragueta— al chico con el que se está enrollando.

—Lo mato —suelta antes de salir pitando hacia allí.

—Eh, Dani. —Apenas se gira un momento para mirarme—. Creo que tu Thor ha llegado —lo aviso al distinguir la figura inconfundible de Taylor. Ni idea de cómo será ese martillo del que tanto habla

Dani, pero no tiene nada que envidiar al Thor de *Los Vengadores*, eso desde luego; y encima morenazo…

Intento no pensar en Taylor ni en su hermano, porque ahora mismo no me veo capacitado (no sé si alguna vez lo estaré), y, tras echar un vistazo a Dani y comprobar que tiene la situación controlada, abrir un nuevo documento y hacer un copiapega de la anterior carta de despido, continúo vaciando la bandeja de entrada de mi correo electrónico. Necesito hacerlo un par de veces al día. Borro el correo donde me anuncian los beneficios de una escapada a una cabaña perdida y obvio el hecho de que un encuentro cara a cara con la soledad y mis pensamientos no es todo lo idílico que esa empresa quiere hacerlo parecer. No en mi caso, al menos. Me da pavor enfrentarme a algo así. Para estar (seguir) solo, me quedo en mi casa, con mis películas, mis libros de terror y mis mil tareas que hacer. Soy libre para elegir mi cárcel o mi paraíso, gracias.

Compruebo que, tal y como me temía, no tengo respuesta de Hayden. Y aunque no lo esperara, escuece igual. Ojalá no fuese así, pero lo es. Desde que le regalé el ordenador para que pudiera hacer los deberes en el tráiler en el que vive con su tía y no tener que pasarse hasta las tantas en el centro juvenil, no me ha contestado ni a un solo correo; pero es que ya ni se molesta en abrirlos. Me pregunto si los borra todos según llegan o si para él soy una de las cosas que más odio: una hilera de mensajes en negrita sin contestar. ¿De verdad me sorprende? Pasa mucho de mí; por su edad y por la animosidad que siente hacia mí como persona. Pero por eso le mando correos y no mensajes al móvil; para llegar a él como director del centro y no como… lo que quiera que sea suyo. Un desconocido que intenta ayudar y que la caga una y otra vez.

Levanto la vista solo para ver cómo Dani le señala la puerta al nuevo. Menos mal que el cartelito de «SE BUSCA CAMARERO» siempre está puesto. Al final me tocará servir a mí; y eso es justo lo que hago cuando un cliente se me acerca y me pide una cerveza. No suelo trabajar de cara al público; siempre he preferido las sombras del papeleo y la gestión anónima. Pero siendo día de diario y sin los camareros de apoyo que a veces nos ayudan los fines de semana es lo que hay. En fin.

Se la sirvo y le dedico una pequeña sonrisa; nunca sé bien cómo actuar y por eso no me gusta nada trabajar detrás de la barra. Hay flirteo, hay risas y hay palabras dichas al oído porque el volumen de la música lo requiere. No me gusta ninguna de las tres cosas. Vale, las risas sí; y el buen rollo, pero no cuando van unidos al tonteo natural de un lugar como el Happy Ending. No sé si por temor o por pereza. Por ambos motivos, probablemente. Pero no, no soy buen camarero.

Aprovecho para abrirme yo también una cerveza e imprimo la carta de despido una vez cambiados los datos del último camarero que nos falló, entre otras cosas, por tratar de llevarse a Dani a la cama y ponerse agresivo cuando este lo rechazó. A Dani podría tirarle los tejos el mismísimo Hades y no caería, pero esa gente que se pone a la defensiva cuando no correspondes sus sentimientos, o tus hormonas no están bailando al mismo ritmo que las suyas, son la peor calaña que hay. Yo no quiero a gente así trabajando en un lugar que nos esforzamos porque sea seguro y libre. Un lugar feliz. Nuestro Happy Ending.

Me siento para beberme la cerveza mientras fulmino mi bandeja de entrada con la mirada (poco más hago), cuando Dani se coloca delante de mí y repara en el documento.

Me sonríe, coge la carta y me da un beso en la frente. Yo aprovecho y lo miro con detenimiento, admirando su ropa: pantalones blancos ajustados que le marcan los muslos, el culo y el paquete, camisa negra holgada sujeta a la cintura por un cordón, con los primeros botones abiertos, mostrando su piel dorada, y unas botas militares altas con un poco de tacón. Me gusta el nuevo Dani que ya no se esconde fingiendo ser alguien que no es, y entiendo que todo el mundo se lo quiera tirar. De verdad que lo entiendo. Es guapo, sexi y tiene una personalidad arrolladora.

—¿Te lo firmo ahora o esperamos a mañana para darle dramatismo? —pregunto con mi mejor sonrisa.

—No tiene gracia. ¿Has visto dónde tenía la mano?

—Sí, parece que no eres el único al que le van los martillos.

—Yo al menos los elijo bien. —Se le ilumina la mirada cuando ve que su chico se detiene al otro lado de la barra—. ¿A que sí? —le

pregunta a Taylor, dedicándole una sonrisa socarrona.

Taylor lo mira con tal fuego en los ojos que me extraña que el local no empiece a arder. También hay ternura en su mirada, y el sentimiento es tan palpable y tan intenso que me cosquillea la piel de solo presenciarlo.

—Eh —me saluda.

Estoy a nada de soltarle algo sobre su martillo cuando lo veo ahí, a su lado. Cualquier atisbo de sonrisa se me cae al suelo en un charco de incomodidad y vergüenza. Rayner. En el Happy Ending. Un lugar lleno de luces y brillos donde el fundido a negro se torna casi imposible. Casi. Solo casi.

Oops!… I Did It Again empieza a sonar y me eleva hasta el techo donde reboto una y otra vez. Mi corazón empieza una danza que enseguida se vuelve frenética, aumentando al ritmo de la música. El hormigueo que he sentido en la nuca culmina en un tirón eléctrico que me tensa todo el cuerpo.

Martes trece.

Debí haberlo esperado. No quiero mirarlo. No puedo cruzar la mirada con él y a la vez sé que tendré que hacerlo. En el centro, cada día a partir del jueves. Ya está todo listo para que empiece. He intentado no pensarlo, he intentado incluso posponerlo. Pero luego me he dado cuenta de que Rayner necesita el trabajo y, lo que es más importante, el trabajo lo necesita a él. Es un alma buena, herida pero buena, de las que vagan por el mundo con el único fin de sanar a los demás. ¿Podría yo privar a alguien así de la única cosa que sabe hacer? ¿Podría privar al mundo de su presencia solo porque yo no sé lidiar con ella? Él es lo que necesita el centro, los chicos; yo, si me pusiera literal. Pero no lo voy a hacer. Me saco de la ecuación y que otro despeje la equis.

«Dios, Rayner, qué atrás he intentado dejarte».

Pero no, ahí está; en mi presente, mirándome. Como si no fuera consciente del peso que tiene su presencia. Creí haberlo enterrado vivo, sin piedad. Un cuerpo ahogándose en la tierra. Pero, como bien dice Dani, es un mago; ha removido la tierra, ha salido del ataúd como ocurrió en *Kill Bill* o en la sexta temporada de *Buffy* y se ha plantado aquí. En mi realidad y mi espacio. Y, de repente, el Happy

Ending desaparece, se esfuma como lo hizo la esperanza el día en que intenté atraparla entre los dedos. Es lo que tiene la esperanza, no siempre termina en final feliz; y la mía murió antes de haberse iniciado.

Murió una noche de invierno de hace cinco años. Murió con el recuerdo de esos ojos oscuros que ahora me miran como si no vieran que estoy hueco por dentro, como si aún quedara algo de aquel chico que tenía ganas de comerse el mundo, como si todavía fuese alguien a quien se pudiese desear. Esos ojos oscuros que aún consiguen hacerme temblar.

A tomar por culo.

CAPÍTULO CINCO

Rayner



«A veces digo que no tengo miedo solo para ocultar lo aterrado que en realidad estoy».
Howl

«Tierra trágame», es lo primero que pienso. Aunque sea una tierra removida con olor a lluvia, un lecho que parece preparado para dejarme caer y dormir en paz. Laurent tiene ese efecto en mí. Me hace bailar entre la desesperanza y la felicidad. Entre la vergüenza y la incomprensión. Danzas raras, arrítmicas.

Cuando volví a Winter Falls y supe no solo que Dani y Laurent eran amigos, sino que Laurent era su jefe en el Happy Ending, no quise saber más; no indagué. No pregunté. Ni siquiera hablé de ello. Intenté evitar el problema —que no lo era, en realidad no— fingiendo que no existía. Sabía que en algún momento me explotaría en la cara, lo sabía. Pero los cobardes somos así. Como le dijo Howl a Sophie: «Soy un cobarde, lo único que hago es esconderme».

Y hasta ahora había funcionado. No me había aventurado en las calles del centro de la ciudad y había vivido como un ermitaño en las afueras. Y quizá todo esto sea un poco exagerado; que este hombre y yo compartimos varias semanas de miradas y conversaciones —de las buenas, eso sí—, y una noche de pasión intensa. Y ya. No hubo

más. No puedo basar mi existencia en algo que no fue. Ni medir mis polvos en base a una noche que acabó cuando llegó el día, ni creer que fui importante para él. O que él lo fue para mí. Basta ya de magnificar lo efímero. Fue. Ya no es. Se acabó. El pasado no debería afectar cuando no significa nada, no debería hacerte sentir incómodo; ni como un completo imbécil. Sobre todo, no debería hacer que te veas como un error de cálculo. Eso es lo que intuyo en esos ojos azules que me evitan, lo que veo durante las pocas veces en las que se atreve a mirarme: que fui un error, que se avergüenza.

—¿Por qué está Laurent aquí? —le pregunto a mi hermano.

Taylor me mira; quizá con extrañeza, quizá con curiosidad, quizá sorprendido de que me sepa su nombre. Aún estoy habituándome a mi hermano y a sus gestos. A los nuevos que no reconozco y los viejos que olvidé por el camino. Sabe que en unos días empiezo a trabajar en el centro juvenil, así que lo que no debe saber es que Laurent es el director. O quizá no se ha dado cuenta porque no ha salido el tema. Todavía estamos reconectando, tomándonos el pulso, reaprendiéndonos. Y Dios sabe —ese Dios al que mis padres veneraban— que tenemos mucho que aprender.

—Es el jefe de Dani —me contesta—, el dueño de esto. Creí que lo sabías.

—Lo sabía, pero, no sé, siendo el jefe, no esperaba que estuviera tras la barra a estas horas. Un martes…

¿Ahora va a estar en todas partes? Y, aunque sé que es injusto que piense en él en esos términos, porque ni este hombre me debe nada ni yo le debo nada a él, me incomoda hacerle frente tras cinco años de regodearme en su recuerdo. El rechazo suele doler a egos como el mío, qué le vamos a hacer.

Lo miro un instante. Definitivamente, su manera de vestir ha cambiado. Todo él lo ha hecho, supongo, pero como no lo conozco en profundidad solo puedo juzgar el exterior. El chico informal al que conocí y que parecía salido de un club de moteros —de los chungos, de los *one percenters*— ahora viste como si la vida fuese una entrevista de trabajo de las jodidas y no pudiese relajarse. Lleva camisa de manga larga azul cielo ajustada, chaleco oscuro, pantalones del mismo color y ni una sola arruga en la ropa. También

lleva el pelo rubio peinado hacia atrás, sin un mechón fuera de su sitio, y apenas una sombra de barba. Todo él es… perfecto. Y me sigue poniendo como el primer día.

Me planteo largarme antes de que me vea. Está demasiado concentrado burlándose de un Dani cabreado como para fijarse en mí. Debería hacerlo, evitar el mal trago, las miradas incómodas o los silencios prolongados. Pero entonces le veo la sonrisa, una similar a la que descubrí hace cinco años, cuando se retorcía entre mis brazos, pero con un matiz distinto; algo que me obliga a acercarme, algo que se abre paso por encima de la música y del espacio y tira de mí, atravesando pasado y presente.

La curiosidad me puede y me acerco a la barra junto a mi hermano. Veo cómo su mirada brilla bajo la luz de los focos de colores, cómo la sonrisa se le borra al verme. Me mira con esos ojazos azules que se parecen un poco al color del hielo y me paraliza.

—¡Lo tengo! Tú. —Dani me señala y me sujeta de la camiseta desde el otro lado de la barra. Apenas tengo tiempo de reaccionar cuando me veo doblado sobre la superficie morada mientras mi amigo me coloca algo a la altura del pecho.

—Pero ¿qué haces? —inquiero, soltándome.

—Contratado —canturrea, pegándose a Laurent y pasándole una mano por los hombros.

—Ni de coña —replica Laurent tenso y, al parecer, nada contento con la idea.

Me fijo en el «CAMARERO» de la chapita que Dani me ha colocado y que es igual que la suya.

—A este ni siquiera tienes que hacerle entrevista. Hazle ya el contrato, venga. —Le da un toquecito al teclado del ordenador.

—Dani, estate quieto y llévale la carta de despido a… como se llame.

No sé si Laurent está nervioso y por eso no se acuerda del nombre de quien sea que está siendo despedido o si simplemente quiere acabar ya con la conversación y marcharse. Desde luego, hace amago de irse, pero Dani lo empuja para que se vuelva a sentar en el taburete.

—Howl es guapo, supertrabajador, y un mago poderosísimo.

Obviando el hecho de que no soy un mago, eso lo primero, lo cierto es que Dani ya no me conoce, así que no tiene ni idea de si soy o no supertrabajador como dice. Ambos queremos creer que sí, pero hace diecisiete años que nos separamos y no nos hemos visto mucho desde mi regreso. Él me está perdonando por no haber estado ni a la altura de nuestra amistad ni a lo que se esperaba de mí como hermano mayor, yo le estoy dando tiempo para que lo haga —a Taylor también— y los tres vamos poco a poco. De ahí que no hayamos hablado de Laurent, su jefe y amigo, ni de que tuve una relación corta pero intensa con él.

—Rayner no es camarero, deja de decir chorradas.

Quizá es el tono lo que sorprende a Dani y a mi hermano, pero ambos parecen desconcertados. Se miran, me miran a mí, a Laurent. Mucha ceja alzada por todas partes. Luego me doy cuenta de que su desconcierto no solo se debe al tono brusco que ha usado; es que me ha llamado por mi nombre cuando Dani siempre se refiere a mí como Howl.

—Que me rebatas que no es camarero, pero no me digas nada de lo guapo que es y de lo poderosa que es su magia… —Dani eleva un poco más la ceja.

—No creí que fuera necesario matizar que sé que no es un mago.

—Sí que lo es, un supermago, te echa unos polvos y desapareces.

—No te puedes hacer una idea de lo acertado que has estado —digo, ya hasta las narices de que Laurent no me mire ni una sola vez.

Laurent palidece, luego enrojece y la cara de cabreo se mezcla con la de… angustia, creo. No seré yo quien divulgue lo que pasó entre nosotros, pero el hecho de que esté borde conmigo no tiene sentido alguno y no tengo por qué aguantarlo.

¿Cómo puedo haber estado tan equivocado con él? Guardé un recuerdo bonito de un espejismo, me deleité en la imagen mental de una persona que, o no existió, o cambió de forma radical tras separar nuestros caminos. Pensaba en nosotros como en una larga espera sin desenlace y soñaba con las infinitas posibilidades que

podría haber, lo que haríamos si coincidiéramos en la vida. Las charlas por llegar, el sexo…

Laurent se levanta, coge el ordenador y se dispone a marcharse.

—¿De qué lo conoces? —me pregunta mi hermano cuando Dani no tiene más remedio que ir a atender a un grupo que está pidiendo una segunda ronda en una mesa.

Va renuente, sin perderme de vista, con mil preguntas en los ojos; y sin perder de vista tampoco a su jefe, que se dirige hacia una puerta junto a la barra con un letrero de «SOLO PERSONAL».

—Luego hablamos —le digo a mi hermano mientras me apresuro a seguir a Laurent.

«¿Qué estoy haciendo?», me pregunto cuando lo alcanzo en un pasillo estrecho antes de que abra una segunda puerta.

—Laurent —lo llamo a unos pasos de distancia, porque no creo que sea buena idea que lo toque.

Él se detiene en seco.

—Martes trece. —Resopla.

—¿Qué?

Se gira hacia mí. Sus ojos azules son dos océanos en cuya calma una vez nadé y que ahora solo me provocan una inquietante sensación de ahogo.

—¿Cuál es el problema? —inquiero, colocándome a su altura.

Es más alto que yo, más musculoso que yo, más… todo que yo, pero aun así parece encogerse unos centímetros ante mi cercanía. ¿Le impongo? Interesante.

—No sé a qué te refieres —escupe casi de forma literal.

También es más antipático que yo, desde luego. Y eso que no soy un dechado de sociabilidad, que solo digo las palabras necesarias. Pero no soy desagradable. No guardo rencor a la nada. ¿Le hice algo? Es hora de saberlo.

—¿Qué pasa? Si es por lo que ha dicho Dani, puedes estar tranquilo, no quiero trabajar aquí. No lo haría ni aunque me estuviera muriendo de hambre, y hace tiempo que no se da el caso.

Él me mira con… lástima. Y me arrepiento de haberlo dicho con esa naturalidad. No quiero su pena, es lo último que quiero, menos incluso que su desdén. Él sabe por lo que pasé en mi juventud, me

sinceré con él, hablamos de mil cosas con la profundidad con la que solo puedes hablar con unas pocas personas. Y cuando encuentras a alguien así, da igual que lo conozcas desde hace diez minutos, las verdades se te escapan por la boca como una necesidad y ves en los ojos de la otra persona, en sus palabras, que estás donde tienes que estar, confiando en quien tienes que confiar.

—No es eso. Te lo dije en el centro, no tengo ningún problema con… Contigo. No… —Se pasa las manos por el pelo sin darse cuenta de que se está despeinando. Parece que hace tiempo que no se despeina—. Me ha sorprendido verte, eso es todo. Perdona.

—Ellos no saben nada de lo nuestro. Si eso es lo que te preocupa… Me he propuesto no mentirles, pero no tengo por qué decírselo.

—¿Lo nuestro? —repite él con ese tono odioso que es como una flecha lanzada al pecho. Directita al corazón. Hijo de puta.

¿Cómo puede molestarme lo que diga este desconocido? Nos acostamos. Varias veces. Fue tremendo. Pero ya pasó. Endiosé a un gilipollas que no es para nada como creí en su día. Pasa en las mejores familias. Y en las peores, supongo. En esas todo lo malo pasa más a menudo. Aunque sean mierdas tan banales como un enamoramiento fugaz de quien no debes. Triste pero cierto.

Me sorprende cuando habla de nuevo. Venía a aclarar las cosas con él, pero estaba a punto de irme.

—¿No…? ¿No les has dicho nada?

—¿Qué quieres que les diga? «Ey, por cierto, eché tres polvos con ese rubio tan guapo con el que tan bien parecéis llevaros todos menos yo, pero desapareció antes de que le llevara el desayuno a la puñetera cama». Puedo carecer de muchas cosas, pero no me falta orgullo.

Él agacha la mirada, luego la dirige a algún punto de la pared de enfrente. Se pasa una mano por el pelo otra vez y un mechón le cae por la frente. Se lo toca, como anonadado de que esté ahí, como si el desorden le produjera repulsión. ¿Quién es esta persona?

—Lo siento —dice en un susurro. Baja la mano y observa el ordenador que aún tiene en la otra como si acabara de darse cuenta de que lo lleva—. Yo… no esperaba verte aquí.

—Ya, eso ya lo has dicho. Y no me hace sentir menos incómodo, la verdad. Sabes que he vuelto, sabes que vivo en la casa del lago de Dani, porque no me creo que no te haya contado cien mil veces que su amigo el mago tiene por fin su castillo ambulante —digo, y me sorprendo al verlo sonreír. Es un gesto tímido, pero hace que se parezca al Laurent que se reía con Dani antes de reparar en mi presencia—. Mira, ese rubio estupendo era, y espero que algún día vuelva a ser, mi mejor amigo. No quiero estar mal contigo, no creo haberte hecho nada —matizo ante su cara de incertidumbre—. Quiero venir aquí a ver a Dani, salir, tomar algo, ir a currar… y hacerlo sin que me mires como si hubiera matado a un cachorrillo o a uno de tus seres queridos.

Palidece. Tropieza. Lo cual parece imposible dado que está quieto. Se apoya contra la pared, suspira y me mira. Me mira de verdad. Con los océanos que son sus ojos alborotados. Y nunca los había visto más atrayentes; las olas me llaman, como si necesitara subirme a una tabla y surfearlas. ¿Cuál es mi puto problema?

—Yo… —Frunce los labios y va a decir algo, pero enseguida menea la cabeza y vuelve a mirar el portátil.

—No tienes que esconderte en ningún sitio. —Señalo la puerta junto a la que está apoyado—. He venido con mi hermano y en teoría iba a esperar a que Dani saliera, pero puedo hacerlo fuera.

—No, no, por supuesto que no tienes que esperar fuera. ¿Qué ser horrible crees que soy?

No lo sé, la verdad. No sé quién es este chico junto a mí. Pero sí sé una cosa y no me gusta nada. Tengo ganas de acercarme a él y descubrir si nuestra conexión sigue tan latente como lo fue en su día, como ahora mismo la percibo. Como un cable de alta tensión atado a nuestras cinturas y uniéndonos sin remedio. Sin salvación. Quiero destrozarle el peinado, arrancarle la ropa y descubrir qué tiene por dentro, si es que tiene algo. Esa alma que recuerdo y me volvió loco. No pude equivocarme tanto con él, ¿o sí?

—No lo sé —le contesto con sinceridad; necesito que entienda la incomprensión que me corre por las venas desde que nos hemos vuelto a encontrar.

—No tienes que irte. Por favor, no lo hagas. Soy yo quien se va. Normalmente me voy antes, pero Dani me ha liado para que lo ayude con el camarero nuevo y luego lo hemos echado y… Da igual. —Suspira y suena a frustración—. El caso es que… Quédate, por favor, disfruta la noche.

Lo dice con dolor o con asco. No soy malo leyendo a la gente, he vivido teniendo que hacerlo a menudo. Pero Laurent es tan contradictorio…

—No quiero que te escondas ahí por mí —musito, acercándome más a él y quemándome las manos al tirar de ese cable grueso de alto voltaje que nos une.

Él también debe de quemarse, porque salta y arde cuando replica:

—No me estoy escondiendo, no eres tan importante.

Me río.

—Por supuesto que no lo soy.

La bombilla de la lámpara cruje sobre nuestras cabezas, la luz parpadea. Apenas se escucha más que el ruido amortiguado que se filtra por la puerta cerrada que nos separa del *pub* y nuestras respiraciones. La mía controlada, o eso quiero creer; la suya agitada. Se muerde el labio inferior como si intentara arrancarse las palabras que pretenden brotar de él.

—¿Tanto te cuesta mirarme? —pregunto.

Sus ojos azules conectan con los míos. Por fin. Su gesto se suaviza, los labios le brillan por la saliva y la marca de los dientes. Me pregunto a qué sabrá ahora, después de tantos años, si su sabor también ha cambiado, si su cuerpo se ha endurecido tanto como lo han hecho sus músculos.

—¿Por qué lo dices?

—Porque me evitas.

—¿Tú no lo sientes?

—¿El qué?

Observo el movimiento de su nuez al tragar saliva, cómo se le estira la piel, la rigidez de los músculos cuando aprieta el puño de la mano que tiene libre. La tensión es electrizante, el deseo casi se puede oler; una mezcla de cerveza, sudor y ese olor que me lleva

directo a un pasado que vuelve a mí cada noche. A naranja amarga con un toque de jengibre y a su propio aroma; dulce y amargo, así huele Laurent y así regresa todo a mí como si hubiera pasado anoche. Si un olor puede trasladarte a un lugar, a mí me trae directo a él.

De manera instintiva, doy un paso en su dirección —el único paso que nos separa— y él parece temblar de pies a cabeza. Su calor me envuelve y me cuesta un mundo no empujarlo contra la pared; sentirlo todo, sentirlo a él. Diez centímetros, ese es el espacio que nos separa en estos momentos, quizá más, podría ser menos. No puedo pensar.

Subo la mirada, él la baja; nos encontramos, conectamos. El aire se vuelve irrespirable. Su aliento me hace cosquillas en el labio superior y me paso la lengua por él, como si con ese gesto pudiera descubrir si su sabor también ha cambiado.

—Tengo que irme —susurra con voz temblorosa.

—Sí.

¡¿Sí?! ¿Sí qué? ¿Se lo voy a poner fácil? Pues claro que lo voy a hacer. No necesito ni tiempo para pensármelo. ¿Por qué iba a presionarlo? Quiero respuestas, pero no quiero sacárselas contra su voluntad. No soy esa persona y no creo que él quiera serlo tampoco. No me debe explicaciones, aunque me encantaría tenerlas. Y creo que alguna vez las tendré. Puedo esperar. Creo que puedo esperar. Y si el momento no llega, si no me da respuestas, espero poder cerrar este capítulo de mi vida para siempre. Es un libro largo, esperado, el eterno pendiente que, a pesar de no haber continuado con su lectura, sigue en la mesilla de noche, bien cerca de mis sueños.

Me desea, lo sé tan bien como él sabe que yo también lo deseo. Un movimiento y lo tendría pegado a mí, un roce y creo que no podría resistirse. Pero ¿es eso lo que quiero? ¿Que caiga por inevitable? No, en absoluto. Prefiero no tenerlo nunca.

Laurent no se mueve. Ninguno de los dos lo hace.

Sonrío. No sé si tengo ganas, pero lo hago. Soy paciente. De crío no lo era, pero la vida me ha regalado ciertos… dones. La magia de ser yo. «Magia». Casi puedo escuchar a Dani diciéndome que soy Howl y soy poderoso. Puto rubio tocapelotas.

—¿De qué te ríes? —inquiere igual de sorprendido que yo; ni siquiera era consciente de que lo estaba haciendo. Ese es el «efecto Dani».

—Has cambiado.

—¿Y eso te hace reír?

—La verdad es que no me hace ni puta gracia.

Ambos nos reímos, qué paradoja.

—No hay nada en mí; nada de lo que una vez te llamó la atención.

—Puede que no. —Me encojo de hombros—. Pero ¿me darás una explicación?

La sonrisa que me dedica es triste antes de convertirse en algo grotesco.

—No lo creo. ¿Te quedarás igual?

—Necesito el curro, así que sí.

—Ya.

—Qué cojones…, aunque no lo necesitara, quiero el trabajo. ¿Crees que va a ser incómodo?

—Espero que no. Por tu bien. —Trata de sonreír.

—O por el tuyo.

—El mío da igual.

Nos miramos en silencio durante unos segundos, luego me hace un gesto con la cabeza a modo de despedida y se aleja por el pasillo. Me deja ahí, con la sensación de haber descubierto algo que no tenía que descubrir y que ni yo mismo logro entender. ¿El qué? No tengo ni idea.

CAPÍTULO SEIS

Rayner



«Una vez creí que tenía miedo a la oscuridad, pero ahora sé que con la luz del día los problemas son más reales».
Howl

—¿YA PUEDO HACERTE PREGUNTAS LIBREMENTE O VAS A SEGUIR SACANDO temas superprofundos de vuestra terapia de hoy para que no empiece a interrogarte sobre Laurent? —inquiere Dani sentado en el asiento de atrás mientras mi hermano me lleva a la casa del lago.

Se ha colado en el hueco entre nuestros asientos y se dedica a mirarme con fijeza a la vez que me da toquecitos en el hombro con el índice, como si su voz no fuese suficiente reclamo.

—Yo no quiero hablar más de la terapia, me ha dejado destrozado —declara mi hermano tras un suspiro.

Sé cómo se siente; y eso que él ha crecido haciendo terapia y lleva meses acudiendo de forma habitual al centro de salud mental para ver a un psicólogo y a una psiquiatra. Va todas las semanas. Pero hoy ha sido nuestra primera terapia familiar y yo también he terminado un poco tocado. Muchos recuerdos, muchos reproches y muchos silencios.

—No estoy evitando el tema —miento, pensando en que ojalá me hubiese traído la moto para así poder huir de la batería de preguntas

que me temo que se me viene encima.

Puede que volviera hace meses, pero tanto mi hermano como Dani me han estado evitando. No con malicia y a veces yo diría que incluso de forma inconsciente, pero a ambos les resulta difícil lidiar con mi presencia, con esa incógnita que soy para ellos. Les cuesta hacer las paces con mi ausencia y no se atreven a conocerme o a reconocerme de golpe. Y lo entiendo. Yo tampoco lo estoy llevando bien, aunque lo disimule. En una vida en la que he evitado las conexiones emocionales profundas, estar cara a cara con las únicas dos personas cuya existencia en la distancia me producía estabilidad y ver que somos extraños buscando un punto de equilibrio es aterrador. Por eso los dejo a su aire. Y a veces creo que lo malinterpretan y creen que soy un gilipollas.

No lo soy. O no creo serlo, al menos.

—Explícame lo del mago.

—No soy un mago, Dani. Aunque sí es cierto que llevo tanto a cuestas que es como llevar todo el castillo ambulante conmigo. Dentro de mí viven un niño, una vieja, un demonio y un mago superpreocupado por su pelo.

—Qué de gente —contesta mi amigo—, seguro que por eso dices lo de que tu cuerpo es un templo.

—A mí lo que acaba de decir me parece todo lo contrario a un templo —dice mi hermano sonriendo a su novio por el espejo retrovisor.

—Me refería a lo grande e intenso que debe de ser su interior. Y podría ser un templo famoso muy concurrido, yo qué sé, el Eikando está siempre petado de turistas. Ni una foto decente se puede sacar —le contesta Dani también con una sonrisa.

Sus ojos se encuentran en el espejo y me siento como un *voyeur*. Tanto que me podría tirar del coche en marcha para evitar esta escena tan íntima. Porque lo es, con ropa puesta y sin palabras, pero parece algo reservado solo para amantes. Es más, creo que, si abriera la puerta y me lanzara a la carretera, puede que ni se enteraran. O sí, porque mi amigo tiene sed de saber. Mucha sed.

—Y no tienes casi pelo, así que esa mierda de broma con la que pretendías, *una vez más*, desviar la atención, no vale nada lo mires

por donde lo mires —elige decir Dani, porque así es él y me encanta.

Sonrío.

—Tengo el suficiente para que me preocupe. El que es superficial es superficial.

Dani bufa de forma teatral con toda esa naturalidad que posee, y es tan bonito y tan él que mi hermano y yo sonreímos a la vez. Es curioso lo mucho que Taylor y yo nos parecemos a pesar de que solo empezamos a atisbar esas similitudes. Y a pesar de que el tiempo que estuvimos separados supera al que pasamos juntos. Me echaron de casa cuando tenía catorce años y él apenas once; hace diecisiete años de aquello. A él nunca le llegaron mis cartas y yo… ¿desistí? ¿Es esa la palabra correcta? No lo sé, resulta egoísta y traicionera. Lo que ocurrió —o mi forma de simplificarlo para liberarme de la culpa— es que, cuando se mudaron, creí que Taylor —bueno, mis dos hermanos, pero a Frederick lo dejaré para otra terapia— tendría la oportunidad de ser feliz donde yo no pude serlo; y, aunque al perder todo contacto sufrí, creí que sufría en aras de un bien mayor. Pero me equivoqué; resultó que estuvo tan solo como yo, y encima creyendo que no lo quería. O que estaba muerto. No sé cuál de las dos cosas es peor. La muerte es el fin, pero saber que alguien a quien quieres está vivo y no te quiere en su vida es difícil de aceptar. A veces la vida es peor que la muerte, aunque suene retorcido y quizá un poco insensible.

Y mientras mi hermano y yo buscamos un terreno común que labrar donde intentar hacer crecer algo fuerte y duradero, Dani tiene que perdonarme por haber estado lejos, por no haberle dado más. Por haberlo hecho sentir mal, por haber tardado en regresar a Winter Falls con Taylor.

Y lo entiendo. Lo entiendo todo.

—Bueno —murmura Dani tras susurrarle algo a mi hermano al oído y darle un beso en el cuello; la sonrisa de Taylor ilumina más el camino que las luces del coche—, que yo con lo del mago me refería a lo que has dicho en el Happy Ending… ¿Qué ha sido eso de los polvos y desaparecer? ¿Qué pasa con Laurent?

Suspiro hondo. Ha llegado la hora de la verdad, de la poca verdad que conozco. Lo cierto es que no le debo nada a Laurent, su

existencia no es un secreto que guardar. Le he dicho que no diría nada, pero también le he dicho que no iba a mentir por él. No voy a desnudar mi alma —ni la suya—, solo a contestar de forma vaga a un recuerdo que no lo es en absoluto.

—Lo conocí hace unos años, coincidimos en un proyecto.

—En un proyecto, dice… —Bufa otra vez, mi hermano se ríe con adoración—. ¿Uno supersecreto? No seas tan críptico, Howl, por el amor de Dios.

—Yo por el amor de Dios no hago nada. —Veo por el rabillo del ojo que Taylor me mira—. Y no me llames Howl.

—Lo eres.

—No lo soy.

—Puede que ya no seas como a los catorce, esa especie de River Phoenix macarrilla superprecioso, pero eres…

—Un buscavidas quemado por los años —termino por él—, eso soy.

Dani resopla y mueve la cabeza tan fuerte que el pelo rubio le tapa la cara y tiene que echárselo hacia atrás.

—Tendencioso, derrotista y agorero. Así suenas. —Me da un golpecito en la cabeza—. Ahora eres más como Tom Hardy en *RocknRolla*, lo cual está bien. Más que bien, diría yo.

—Tú y tus parecidos de mierda —lo reprende Taylor.

—Eh, que soy el amo de los parecidos. Lo que pasa es que este en concreto te jode porque el personaje de Tom Hardy te pone como una moto y Howl es tu hermano y…

—Calla —decimos los dos Sullivan a la vez en una especie de estremecimiento.

—*Oooh*, qué monos. Pero va, desembucha y cuéntanos lo de Laurent y el proyecto megasecreto.

—Coincidimos trabajando en un centro juvenil —explico, solo para que deje de llamarlo así.

—¿Supersecreto?

Puto Dani. Cómo lo quiero.

—No, normal.

—Qué decepción; pero venga, ¿qué pasó?

—Pues eso; nos caímos bien. Nos gustamos.

Dani parpadea. Me vuelve a dar un toquecito en el hombro, y otro, y otro más.

—Madre mía, ¿os liasteis?

—¿Por qué «madre mía»? ¿No eres tú quien me compara con River Phoenix, Howl y Tom Hardy? ¿O te estás metiendo con él?

—¿Con él? ¿Estás loco? ¿Cómo me voy a meter con él si está para untarlo con…?

—¡Eh! —exclama mi hermano entre la risa y el disgusto, levantando una mano del volante.

—Tranquilo, Thor, relaja el martillo; a Laurent lo untaría con… mermelada de naranja amarga o algo así; muy británico todo. Nada que ver con lo nuestro.

—No quiero saber qué es lo vuestro —intervengo—. Deja de hablar, por favor te lo pido.

La risa de Dani resuena por encima de la música a la que ninguno presta atención.

—Vale, me callo, pero para que *tú* me lo cuentes todo. ¿Cómo era de joven? ¿Cómo la tenía? Si es que la tenía. Porque a veces da la sensación de que lo que tiene entre las piernas es ciencia ficción; parece que no tuviera nada. O que necesitara unas palabras mágicas. O conocimientos de física cuántica. O a lo mejor se le cayó cuando lo hizo contigo, que vete tú a saber dónde has metido la tuya durante todo este tiempo. Eso es algo que tenemos que hablar, por cierto. Me interesa mucho.

—Dani… —le advierto a la vez que mi hermano murmura un «madre del amor hermoso» y menea la cabeza con efusividad.

Mi amigo no nos hace caso.

—¿De qué iba ese proyecto? ¿Era un hotel de alterne gay? Me ha hablado de un hotel. Ahora lo lleva su madre. Me la imagino como una *madame* con clase, de pelo rubio platino, moño alto y trajes de Givenchy.

Sonrío; hay que ver las películas que se monta… Pero, antes de contestar —y de poner en orden lo que quiero decir—, me da por pensar que Dani no sabe mucho de su jefe. A pesar de que creo que sí son amigos y tienen una relación más o menos estrecha. Sé poco, porque no he querido indagar. Estaba bien ignorando el hecho de

que Laurent vivía en Winter Falls y tenía contacto con Dani. Y sé que puedo contarles lo que hubo entre nosotros, al fin y al cabo no fue tan importante, pero lo del centro juvenil… No parece que Laurent divulgue estas cosas y, por algún motivo, hablar de sus obras benéficas me parece más… revelador y más íntimo incluso que hablar de sexo o de lo grande que tiene la polla (bastante grande, a Dani le encantaría saberlo; a mi hermano supongo que no; yo intento no pensar en ello). Las labores altruistas de cada uno son personales y creo que dicen más de la persona que cualquier otra cosa. Lo cual es curioso y, cuando tenga tiempo, minutos que no llene en darle vueltas a cómo hacer que estos dos me perdonen o en pensar en Laurent sin descanso, dedicaré un ratito a analizar los motivos.

—No hay mucho que contar —digo al fin—. Nos conocimos, nos gustamos, nos liamos y no volvimos a vernos.

—¡¿Qué?!

—Dani. —Me paso la mano por el pelo—. De verdad que no hay nada que contar. Sé lo mismo que tú. Me he reencontrado con él tras cinco años de comunicación cero.

—No puede ser tan sencillo —dice con curiosidad pero con algo más subyacente. Se lo noto en la voz, en la forma en la que se agarra a los reposacabezas de los asientos delanteros.

No, querido amigo, no es sencillo en absoluto.

Me giro para mirarlo; él me atraviesa con los ojos. Quiere saber, pero no se atreve a presionar, lo cual es raro viniendo de él. Tal vez porque cree que en estos momentos no somos lo bastante amigos y… me duele solo de pensarlo, así que no lo haré. O podría ser porque no se siente bien tratando de sacarme a mí la información, quizá prefiera ir a Laurent, que, entiendo, le ha fallado menos que yo. De todas formas, y aunque no le debo nada —no, y menos una explicación sobre mi vida sexual—, llevo mucho aguantándome esto en el pecho y quizá necesite sacármelo de dentro.

—Mira —digo tras un suspiro—. Pasamos una sola noche juntos, pero fue brutal. Conectamos, no creo que me lo imaginara. Y no solo en la cama. En todo: en nuestra forma de ver el mundo, en nuestro

modo de intentar cambiarlo. Filosofamos, nos reímos y nos corrimos. Hicimos mucho de todo eso.

—Demasiada información —se queja mi hermano con una mueca.

—¿Y qué pasó? —Dani me mira con tanta intensidad que tengo que desviar la vista.

Me giro para concentrarme en el paisaje al otro lado del cristal, los árboles del camino de entrada de la casa del lago. Me relaja ver sus copas siempre verdes meciéndose al ritmo frío del viento, pero me relaja aún más saber que estoy cerca de lo más parecido a un hogar que he tenido desde que cumplí los catorce. Y no solo por la profundidad de tal afirmación, sino porque estoy más cerca de evitar el interrogatorio de Dani. Y eso es lo único que quiero en estos momentos.

—Nada. Amaneció y la claridad se llevó nuestras brumas nocturnas.

Le dedico una leve sonrisa y lo noto cabrearse. Lo noto de verdad; como fotogramas sucediéndose uno tras otro, las contracciones de sus gestos parecen pasar a cámara lenta.

—Eres tan de mentira…

—¿Perdona? —Le clavo la mirada.

Me sorprende que sea mi hermano quien responde a mi ultrajada pregunta.

—Quiere decir que estás ahí, viendo los árboles pasar, mientras tratas de vendernos que no fue nada, que no tuvo importancia, que todo está bien. Y salta a la vista que no es así. Has cambiado el discurso demasiado de golpe para que no sospechemos. Has empezado sentido y sincero. Luego has decidido que no merecía la pena.

—Pero…

—Por favor, Rayner, que no se te olvide que estás hablando con dos personas que se han ocultado durante media vida. Sabemos identificar estas cosas.

—Secundo cada palabra de tu hermano —interviene Dani—. Mi chico habla poco, pero, cuando lo hace, escupe verdades como puños.

La sonrisa de orgullo de mi hermano no me pasa desapercibida. Es por lo de «mi chico», no por la alabanza. Luego carraspea y, en un tono menos beligerante, añade:

—Lo haces todo el rato, ¿sabes? También lo has hecho en la terapia. Por eso sé que lo de Laurent es más de lo que nos quieres hacer creer.

—No sé a qué te refieres.

—Se refiere a que no nos engañas —añade Dani—. Que sabemos que tienes cosas importantes que contar y creemos que…, no sé, que o no me quieres asustar a mí o no quieres acojonar a tu hermano sobre lo que ha sido tu vida… Quizá crees que has visto más mierdas de las que podemos entender, y puede que así sea. Pero nosotros no somos dos almas cándidas de paseo por una vida rosa con olor a algodón de azúcar. Y, aunque lo fuéramos, daría igual. Queremos saber. Conocer a tu nuevo yo. Aunque enturbie lo que somos.

—No hay nada que pueda enturbiaros. El pasado es el que es. No podemos cambiarlo, ninguno de nosotros. —Ante el silencio de ambos, suspiro y agrego—: Tampoco creo que vosotros tengáis que cambiar nada, nunca habéis hecho nada malo.

—Tú tampoco —dice Dani.

—Ya. Eso díselo a vuestras miradas de desconfianza y al vacío que noto en la tripa cuando os tengo delante y no sé qué deciros.

—Nosotros tampoco sabemos a veces qué decir. Han pasado muchas cosas —interviene Taylor a media voz sin apartar la vista del camino de entrada.

—Ya lo creo —dice Dani—. Tú sin dar ni un puto dato sobre tu vida, yo creyendo que no me querías, nadando *y ahogándome* en inseguridades, tu hermano pensando que tampoco lo querías a él, o que estabas muerto… Un horror todo.

—Vale, Dani, relaja —lo corta mi hermano con una risa nerviosa, quizá sorprendido por la naturalidad con la que su novio suelta las cosas; verdades que son como balas que te abren en canal.

Balas que me merezco.

—Eso, Dani, que lo vas a dejar sin munición para nuestra próxima terapia familiar —digo un poco de broma para rebajar la

tensión y porque tampoco sé qué decir.

—Tengo mucho guardado, no te preocupes.

Cojonudo.

Dani le sonríe y me relajo de forma inmediata al verlo. Porque es bonito de ver. Se tienen el uno al otro y, aunque me fuera, que no me voy a ir, se seguirían teniendo.

—Vamos a hacer un trato, bello Howl —declara Dani con voz solemne—. A partir de esta noche, una verdad por día. Puede ir desde un «no me gusta el marisco» a «me enamoré de tu jefe en una sola noche». Tú eliges.

—No soy bello, deja de llamarme así. —Pero antes de que bufe o vuelva a soltarme una verdad de esas que van directas al corazón, accedo y añado—: ¿Tendré lo mismo a cambio?

—Por supuesto, aunque tú ya lo sabes todo sobre mí.

Cuando me despido bajo un cielo en el que asoma alguna estrella, pero que es azul marino en su inmensidad, entro en la casa que de niño siempre pensé que era mágica. Cuando en tu casa no te quieren —no voy a disfrazarlo a estas alturas de educación dura o chapada a la antigua, la ausencia de amor es importante aceptarla cuanto antes— y ves cómo funcionan otras familias, ves los besos, el cariño, y escuchas las risas y las palabras de afecto, te lo grabas en la memoria para siempre, y relacionas esos recuerdos con el olor de la crema solar y el de las pastas recién hechas por una abuela amante de los diccionarios que odiaba las horquillas de pelo y el salmón.

He vuelto a mi infancia. Y tengo que reconducirla hacia una madurez de la que me quiero sentir orgulloso.

CAPÍTULO SIETE

Rayner



«No me gusta el marisco».
Howl

—Debiste de vivir un infierno, yo no sé si habría podido aguantar —me dice mi hermano mientras caminamos hacia el centro juvenil, donde he dejado la moto.

Fue Sartre —a quien admiro profundamente a pesar de parecerme un ególatra de dudosa moral en lo personal— quien dijo eso de que somos lo que hacemos con lo que hicieron de nosotros. Y tanto mi hermano como yo somos un claro ejemplo de ello. Si algo nos define como individuos, es justo eso. Los Sullivan nos hemos hecho a nosotros mismos a pesar de lo que trataron de hacernos (y nos hicieron). Y sí, culpamos a nuestros putos padres de ello, pero no los ponemos como excusa para nuestras personalidades.

—No fue un infierno, y por lo que me estás dejando ver de ti y de la persona en la que te has convertido, estoy convencido de que tú también habrías salido adelante.

—Pero… estuviste solo.

—Y tú mal acompañado. —Cuando veo que me va a rebatir, añado—: No estuve solo más que dos semanas. Y ni siquiera fueron las dos semanas más duras de mi vida. De verdad, no me mires así.

Me incomoda la manera en la que me mira, como si, de alguna forma, me admirara. Qué sinsentido. Jamás he hecho nada para que alguien me admire y mucho menos mi hermano. Un luchador que está en esta vida por pura fuerza de voluntad. Porque es valiente de cojones.

Aparto la vista y cruzamos al otro lado de la calle. El cielo está tan nublado que da la impresión de ser otoño a pesar de que estamos a principios de verano y los días son más largos. La zona es bonita, con casas de jardines cuidados y árboles aquí y allá con ramitas que parecen manos esqueléticas suspendidas en el aire.

—¿Por qué dos semanas? —me pregunta como si no se atreviera y a la vez se muriera por saberlo.

—Cuando me fui, sabía la dirección de la tía Ruth porque la saqué de la última carta que le había mandado a mamá. Aún firmaba como Rudolph y… Joder, si es que todavía se me revuelve un poco la tripa al pensar en cómo la trataron. No me sorprende, ahora no, pero…, en fin… La cuestión es que no tenía su número, y yo no tenía teléfono tampoco, me lo quitó papá antes de que me fuera. —Taylor camina a mi lado y me mira cada pocos segundos, atento; para él todo esto es nuevo, la última vez que vio a nuestra tía tenía cinco años y no era tía, sino el tío Rudolph, un chico de veintisiete años encontrando su lugar en el mundo—. Hice autostop hasta allí; tres días tardé en llegar. La primera noche dormí en una gasolinera y pasé muchísimo miedo. ¿Ves? Eso sí te lo reconozco. Fue horrible. Hasta recé.

—No me lo creo, ¿en serio?

—Acababa de irme, Tay, nunca había estado un día entero sin rezar. Nunca. Lo tenía tan arraigado que pensé: «No pierdo nada; si de verdad hay un Dios y le importo lo más mínimo, que me proteja».

—¿Te protegió? —me pregunta con una sorna que no es real.

—No me pasó nada. Ni esa noche ni las siguientes. Lloré muchísimo, pero no me pasó nada. —Suspiro y me paso la mano por el pelo—. Cuando llegué al parque de caravanas donde vivía Ruth, descubrí que no había nadie. La estaban operando, ¿sabes? Tuve la malísima suerte de llegar a su puta puerta el día después de que la

ingresaran. Nadie sabía en qué hospital estaba, o sí, pero no eran la gente más amigable del mundo, así que… esperé a que volviera.

—¿Te colaste en su caravana o algo así?

—No me atreví, el dueño estaba siempre rondando y tenía unos cuantos vecinos espantosos: borracheras, peleas… Mierdas varias, ya sabes. Terminé en una fábrica de papel abandonada que estaba cruzando la carretera. Viví doce días con un yonqui, una adolescente embarazada y una trapecista de cincuenta años que se había escapado de un circo ambulante porque le tenía miedo a las alturas.

Taylor rompe a reír. Lo hace a carcajadas; hasta se detiene para agarrarse la tripa. Se me infla el pecho al escucharlo después de tantos meses de silencio y lágrimas. Me detengo con las manos en los bolsillos y una sonrisa en los labios.

—¿Ves? Ni de coña fueron las peores dos semanas de mi vida.

—Qué película todo, Rayner.

—Ya te digo. Pero adquirí conocimientos superútiles; aprendí a hacer fuego, a priorizar qué alimentos comprar cuando apenas tienes dinero y que si envuelves las tuberías con papel de periódico evitas que se congelen en invierno.

—Creí que me ibas a decir que habías aprendido funambulismo.

Ahora es mi turno de reírme. Luego extiendo los brazos como si mantuviera el equilibrio en una cuerda floja y Taylor se ríe conmigo, más fuerte si cabe. Lo seguimos haciendo durante una eternidad mientras echamos a andar de nuevo.

—Cuando volvió Ruth…, ¿te acogió sin más? —pregunta mi hermano cuando consigue serenarse.

—Sin más. Es de esas personas. Tuvo un postoperatorio largo. La ayudé en lo que pude y encima la muy idiota decía que era ella quien me estaba agradecida. ¡A mí! Como si no hubiese sido ella la que me ayudó en una situación de mierda; no solo me dio techo y comida, sino que se encargó de que terminara la secundaria.

—¿Y por qué te fuiste?

—Porque era una carga, Tay. Porque ella tenía derecho a una nueva identidad, a una nueva vida. No a ser madre soltera de un adolescente culo inquieto al que nadie quería.

—Rayner… —El dolor en los ojos de mi hermano me pellizca el pecho.

—No, perdona, no debería generalizar. Lo siento. —Le rozo el brazo con el mío con miedo a ir más allá—. Me fui cuando cumplí diecisiete con un grupo nómada de obreros que conocí en el parque de caravanas.

—Y desde entonces… ¿has ido dando tumbos de un lado a otro?

—Pues sí, más o menos. He estado en Nicaragua, Perú y África; también he pasado temporadas en Inglaterra. No salí del país hasta los diecinueve. Y volví muchas veces.

—¿Nunca pensaste en volver aquí, a Winter?

—Me lo planteé al principio, antes de saber que os habíais mudado. Lo habría hecho por ti y por Frederick. Soñaba que ganaba la lotería con algún boleto que me encontraba tirado en la calle y que os rescataba en un todoterreno amarillo de esos tipo limusina.

—Qué imagen espantosa. ¿A lo *Pretty Woman*? ¿Con la cabeza por fuera del techo solar del coche?

—Y con *Like A Prayer,* de Madonna, de fondo —agrego con una sonrisa—. Una declaración de intenciones total.

Se ríe otra vez. Nunca se había reído así. Conmigo, quiero decir. Aún le cuesta ser expresivo a mi alrededor; a Dani, sin embargo, le habla con solo mirarlo.

—Frederick no merecía ser rescatado —me dice. No le tiembla la voz y su tono es serio.

—Sé que esas son cosas que nos han dicho que mejor trabajemos en terapia, pero, si quieres hablar de él, estoy a favor de romper las normas.

—Qué rebelde. —Me da un codazo y yo le sonrío y se lo devuelvo —. No hay mucho que hablar. Es gilipollas. Pero no gilipollas en plan «no aguanto a este tío» o «vaya pesado». No, es gilipollas porque es malo. Es mala persona, Rayner. Puede que la culpa fuera de nuestros padres, puede que le lavaran el cerebro, pero me abandonó más de lo que tú lo hiciste.

Esta vez el dolor es más punzante, más crudo, más.

—Lo siento, yo…

—No, no te lo estoy recriminando. Al revés. A ti te echaron de casa, me escribiste, no me llegaron tus cartas, nos mudamos, nos perdiste la pista, desististe. Puedo culparte más o menos por no intentarlo con más determinación o por no volver inmediatamente cuando Dani te dijo que vivía aquí en Winter Falls, pero, aun siendo tú el que te marchaste, él fue el que decidió no quedarse. Dejó que papá y mamá se deshicieran de mí en clínicas y hospitales y se alejó sin más. Empezó a trabajar con papá y se metió hasta el culo en su puta iglesia.

—¿Cuánto hace que no sabes nada de él?

—Cuatro años; desde que murió papá. Por eso te dije que ni te molestaras en contactar con él, no te merece. Pero haz lo que quieras, claro.

—Me lo pensaré.

—Bien.

—¿Y tú…? —pregunto—. ¿Querrías conocer a la tía Ruth?

—Yo…, eh, no sé… Sí, pero… O sea, sí, quiero conocer a la persona que te cuidó cuando nadie más lo hizo. Pero…

—Esos son muchos peros para una sola frase. —Le doy una palmada en el hombro—. Sin prisa, Tay, cuando estés preparado. Ella estará encantada.

El resto del camino lo hacemos en silencio hasta llegar a la calle Esperanza. A lo lejos, se puede ver ya el cartel del centro juvenil. Taylor lo mira; luego me mira a mí.

—¿Y Laurent? ¿Cómo encaja él en tu historia?

Me lo pienso unos segundos antes de contestar con un suspiro:

—No sé si encaja. Hubo un tiempo en el que creí que sí, que estaba hecho a mi medida. Era impresionante lo de acuerdo que estábamos en nuestra manera de concebir la vida. Teníamos orígenes distintos, una educación distinta, pero encajábamos. —Junto las manos y enlazo los dedos, como uniendo las piezas de un puzle—. A las dos horas de conocerlo ya me sentía más cómodo en su compañía que en la de cualquier otra persona. No sé, fue muy raro. Ese sentimiento de pertenencia salido de la nada…

—¿Y qué pasó?

—Pues que la pertenencia era una falacia y se evaporó como el agua a altas temperaturas —digo y, al ver cómo me mira, agrego—: Yo qué sé, Taylor. Lo que os conté a Dani y a ti la semana pasada era todo lo que tenía que contar. Conectamos, brillamos, él tiró del cable, lo apagó todo, se cargó el enchufe y se llevó media pared.

—Pero algo tuvo que pasar, ¿no? ¿O la conexión era unilateral? No te creo tan poco perceptivo.

—Pues algo pasaría, pero yo no sé el qué y él no me lo quiere decir. Y me toca tanto los huevos que ya no sé si quiero saberlo.

Nada más decirlo, me doy cuenta de que no es verdad. Por supuesto que quiero saberlo. Me atormenta cada día. Me rompe la cabeza que los que fueron los mejores días de mi vida no signifiquen nada para él. Me niego a creer que las cervezas en el bar de al lado del centro, las cenas de *fish & chips* en la playa y los pasteles de pescado en el puerto sean un recuerdo que he fabricado yo. Porque me acuerdo del sonido de su risa, del sabor de sus besos y del eco de sus palabras como si todo eso hubiera pasado ayer. Quizá porque lo recuerdo constantemente; llevo cinco años viviendo de recuerdos.

Y ahora él está aquí, con un cuerpo que parece el suyo pero no lo es, como en una versión pija de *La invasión de los ultracuerpos*; y no sé qué esperar. Llevo una semana observándolo. Una semana en la que él ha intentado evitarme a toda costa. Y cada vez que lo miro creo ver en él a esa persona que me volvió loco por su bondad y sus ganas de arreglar el mundo; y por su puta cara perfecta y su puta polla perfecta. Pero, sobre todo, por lo que llevaba dentro. Siempre he creído que uno de los componentes más potentes del enamoramiento es la admiración. No creo que se pueda amar, no de forma romántica, a quien no se admira. Y, aunque no voy a hablar de amor para referirme a Laurent Marlowe —y mucho menos al Laurent Marlowe que es ahora, un misterio que me desconcierta cada día—, sí he de reconocer que mi admiración por él fue lo que hizo que cayera rendido a sus pies hace cinco años. Él, como persona, me fascinó. Independientemente de que fuera un tío bueno de los que hacen que la gente se gire por la calle.

¿Es posible que alguien sea tan transparente que la pureza de dentro se le vea como una especie de luz? Porque eso fue lo que

pensé. Que su luz podía iluminar el camino de muchos; de los perdidos, de los necesitados. Y es que eso era justo lo que hacía con los jóvenes que iban al centro cada día buscando lo que fuera que estuvieran buscando.

¿Es posible que esa luz se haya apagado, opacado de alguna forma? No. Está ahí. Sé que está ahí. Enterrada en capas de angustia o tormento o lo que sea que le pase. Enterrada bajo telas caras de trajes pijos que no le pegan.

Suelto un suspiro. Mi hermano me ha dejado tranquilo con mi agitación interior. Es buenísimo en eso; quizá porque navega tormentas internas de forma constante.

Ya hemos llegado al centro y me sorprendo al ver que hay luz en la sala común.

Decido asomarme y Taylor me sigue. Hayden camina de pared a pared de forma un tanto frenética, maldiciendo en arameo, con la bandana en una mano y el pelo alborotado. Se sorprende al vernos, alza la vista y descubro que tiene la cara magullada, el labio partido y… un diente en la otra mano.

Joder, ¿y ahora qué?

CAPÍTULO OCHO

Laurent



«He llorado más veces de las que puedo contar y, sin embargo, y aunque resulte increíble, creo que recuerdo cada una de ellas».
Howl

«La soledad no se cura con una medicina, Laurent».

La frase me pesa, tanto que no consigo sostener nada, y eso que estoy bastante fuerte. Soy capaz de levantar mancuernas de veinticinco kilos con cada brazo; más, si limito las repeticiones. Digamos que dedico muchas horas a hacer ejercicio, casi tantas como a la limpieza de la jaula de Vic o a la de mi casa, en general.

Miro la hilera de productos de limpieza que he colocado sobre la mesa de la cocina: lejía doméstica, limpiasuelos, insecticida, gel antiséptico, jabón fisiológico, desinfectante para hongos y bacterias, paños, estropajos y servilletas.

«Es jueves, Laurent», me recuerda una vocecita que se parece peligrosamente a la de mi ninfa, pero un poco más grave, más insidiosa y tétrica, más punzante; algo que no encaja con el ser de luz que es ella.

No le hago caso.

Diluyo la lejía en agua para evitar intoxicarla, meto todo lo que necesito en una palangana pequeña y me dirijo a la terraza para

empezar la que suele ser mi rutina de los sábados, el día que me ocupo de desinfectar más a fondo la jaula y que he cambiado porque me ha salido de los huevos, porque tengo unos brazos tremendos y voy a demostrárselo al mundo (a mi ninfa). Los jueves son mis nuevos sábados. Punto.

En algún lugar de la casa, Vic me llama.

«Loooren», así es como suena. Alarga la «o» como si se le atascara en la lengua al rozarla con el pico y a mí se me pone el corazón blandito. Para nada suena como esa otra voz que me sigue repitiendo que qué cojones hago limpiando sobre limpio. Dios, cómo la quiero y qué difícil es intentar seguir rutinas cuando cargas con el peso del amor. No hay mancuerna más pesada que esa. El amor te empuja por caminos que no has trazado, llevándote hacia lugares que son desconocidos y de los que no sabes salir. No importa lo rápido o listo que seas, poco importa tu fuerza.

«Da igual lo mucho que desinfectes la jaula o cuántas veces le cambies la dieta, el problema seguirá siendo el mismo: la soledad».

Las palabras de la veterinaria me taladran el cerebro sin compasión.

«Puedes procurarle una vida mejor. ¿Por qué dejar que se muera de la pena cuando puedes evitarlo?».

Limpio y froto como si con ello pudiera borrar la verdad que se me ha metido dentro y de ahí no se va. Limpio porque es lo que se me da bien, lo que puedo controlar.

Cuidar de los demás siempre es fácil mientras te mantengas al margen, cuando no sientes. Pero cuando lo haces, cuando te implicas… Ahí está Hayden, que no soporta que me acerque y no me deja preocuparme por él. Ahí están mis putos recuerdos, esos que intento borrar a base de lejía y desinfectantes, pero que no se van. Y ahí está Vic, el único ser al que me he permitido amar en años. Ella sufre y a mí se me cae el mundo encima. No hay fuerza que pueda evitar el impacto de sentirte aplastado por algo que no puedes controlar. Un sentimiento que, por desgracia, conozco demasiado bien.

«La soledad no se cura con comida ni nada material. No es como el hambre. No puedo recetarte una medicina, Laurent. Tienes que

ceder en esto, por su bien. Si la quieres…».

«Que te den, joder». Que le den a ella y al mundo, y a mi puta suerte.

Aparto los pensamientos y me concentro en limpiar, limpiar, limpiar.

Se está haciendo de noche y el interior de la jaula brilla con las luces de las bombillas. Es un recinto completamente acristalado —para mantener una temperatura correcta— y adaptado para ser ocupado por completo, de lado a lado y hasta el techo; la libertad es muy relativa, por supuesto, pero es una jaula enorme y Vic la disfruta muchísimo.

Le encanta el sol de la mañana, cuando la luz entra con timidez en la terraza, derramándose por la superficie, el momento del día en el que los rayos le acarician las plumas. Le gusta retozar en el agua de las bañeras planas de plástico que le cambio cada día para que se bañe, y luego sacudirse mientras el sol la seca con timidez. He perdido la cuenta de la cantidad de vídeos que le he sacado haciendo justo eso. Es como el baile de un niño en una función del cole. Y puede que parezca una gilipollez comparar a un pájaro con un hijo, pero es lo más cerca que estaré de ser padre. Hayden no cuenta; él parece preferir que se lo coma Godzilla antes de aceptar algo que sea mío.

Termino de colocarlo todo, lleno cuencos de comida y corto verduras frescas, que deposito bien alejadas de las palanganas donde se baña para que no las llene de agua al sacudirse. Luego la voy a buscar.

La encuentro en la cocina, apoyada en el borde de una silla. Me salta al hombro cuando me ve llegar y me paso un buen rato recibiendo mimos. Parece feliz. Eso pienso mientras me besa la mejilla y la nariz, y se restriega contra mi cara, emitiendo ese «Loooren» que me calienta por dentro.

«¿Sabes cuál es la esperanza de vida de una ninfa? ¿Y sabes cuál es la esperanza de vida de tu ninfa?».

Después de eso me marché dando un portazo. Cómo se atrevía a hablar de esperanza de vida. Cómo.

El cuerpo me empieza a temblar y Vic debe de notarlo, porque se cambia de hombro y me vuelve a llamar, haciendo que el escozor en mis ojos remita y mis temblores se atenúen. Acerco la mano y le acaricio la cresta mientras empezamos un baile de empujes, ella con toda la fuerza de su cuerpecito y yo con la fragilidad del mío. Me calmo, por fin, al menos hasta que suena el teléfono.

Un número desconocido.

«Piénsatelo, ¿vale? No voy a presionarte más».

Lo cojo con rabia.

—Por Dios, que no han pasado ni seis horas. ¿Eso es lo que entiendes tú por no presionar? Ya te he dicho que no estoy preparado para dejar entrar en mi vida a nadie más. Déjame respirar un poco.

—Respira.

La voz al otro lado, sumada a la de Vic, que grita un «Loooren» con estridencia, como si me estuviera advirtiendo de que no debo ir por ahí, así como esa manera que tiene de picotearme los labios, consigue que una bandada de pájaros mucho más salvajes que ella me aleteen dentro del pecho.

—¿Rayner?

—No hay prisa, puedes seguir respirando.

Cojo a Vic y me la coloco en el antebrazo mientras intento recuperar la respiración. Desde luego, me hace falta. Su voz se lleva el aire de mis pulmones. Siempre lo hace.

—¿Por qué tienes mi número?

—Me lo ha dado mi hermano.

—¿Y quién se lo ha dado a tu hermano? —Me siento estúpido nada más terminar la pregunta—. Dani, claro. O él mismo, puede que lo tenga de cuando trabajó en el Happy Ending o… —Me obligo a cerrar la boca, no sé por qué estoy divagando tanto. O sí lo sé, pero no quiero prestar demasiada atención al motivo.

Nos quedamos callados. Vic salta de nuevo a mi hombro.

—No te llamaría si no fuera importante, Laurent.

Mi nombre en sus labios suena roto, acortado, como si no necesitara pronunciarlo al completo. ¿Cuántas veces lo he evocado? Suena a promesa, a posibilidades. Suena a un deseo soplado delante

de una vela de cumpleaños. Me estremezco. Vic me acaricia la mejilla. La miro intentando alejar esas otras imágenes que me llegan en tropel, de Rayner pronunciando mi nombre de mil maneras distintas y siempre así, sin llegar a la última letra.

—¿Qué sucede?

—Es Hayden.

El mundo deja de girar, o quizá soy yo quien se queda inmóvil. Mi corazón se ralentiza. Le he enseñado a hacerlo. Tantos años practicando…, tanto dolor escondido... No es la primera vez que recibo una llamada parecida, pero en mi mundo diminuto, a salvo de la realidad, creí que nunca volvería a sentir ese miedo, el mismo desgarro de entonces.

Trago saliva antes de preguntar:

—¿Está… muerto?

—¿Qué? —Un golpe al otro lado, seguido de una palabrota—. No, por Dios. Se ha peleado con alguien, pero, más allá de una muela partida y el labio hinchado, que yo sepa está bien. ¿Puedes venir? Es mejor hablarlo en persona.

Está bien. Está vivo. Está…

Tengo el corazón acelerado y Vic se ha vuelto un poco histérica. No deja de planear por la cocina mientras intento que me haga caso. Me enternece la manera en que capta mis estados de ánimo.

—¿De verdad está bien? No es un buen día para las verdades a medias.

—No soy yo el que deja las cosas a medias —replica él. Y estoy a nada de preguntarle qué quiere decir, a pesar de saberlo perfectamente, cuando agrega—: Hayden está bien. Dime si vas a venir. El centro debería estar cerrado y me gustaría irme a mi casa.

—Llego enseguida.

Mi corazón vuelve a la vida mientras llevo a Vic a su jaula y salgo de la casa. Lo hace poco a poco; con latidos pausados y controlados. Recupero el control conforme conduzco los pocos kilómetros que me separan del centro de menores, o eso creo hasta que llego a la entrada y veo que todos se me quedan mirando como si fuese una aparición.

Hayden, con su labio hinchado y su pose de niño malo, me hace un repaso de los grandes, como si fuese yo y no él quien acabara de pelearse. Suspiro, aliviado. Rayner no me había mentido. Aparte de su ego, dudo que Hayden tenga alguna cosa más muerta.

—¿Qué?

La pregunta va dirigida a él, pero es a Rayner a quien miro. Imposible no hacerlo cuando me está observando con tanta intensidad. Sus ojos oscuros se clavan en los míos y siento que vuelvo a estar en aquella habitación, desnudo por primera vez en años, con un desconocido que parece conocerme mejor que yo mismo atravesando capas y capas con extrema facilidad. Así mira Rayner, como si no necesitara más que eso para quitarme la ropa. Un mago, eso parece. Luminoso, aunque intente parecer oscuro.

—¿Dónde has dejado la capa? —me pregunta Hayden.

Solo entonces me doy cuenta de que me he olvidado de cambiarme. Voy en pantalón de chándal, uno lleno de manchas de lejía, y camiseta sin mangas que deja ver mis brazos desnudos. Ahora entiendo las sacudidas por el frío que me atravesaron en el trayecto desde el coche a la entrada del recinto. El día ha refrescado bastante y parece que va a llover.

—¿Qué te ha pasado? —pregunto, ignorándolo.

Hayden chasquea la lengua y, al hacerlo, compone una mueca de dolor.

—No es tu problema.

—He venido hasta aquí por ti, así que sí es un poco mi problema.

—He entrado porque he visto luz —me explica Rayner—. Estaba en la sala común, nervioso, y me ha dicho que quería quedarse a dormir aquí. Me ha parecido prudente llamarte para que vinieras.

—Solo fue una sugerencia —se apresura a decir el chico.

—Dijo que su tía no estaba en casa.

—Mi tía nunca está, y no pasa nada. Allí no tenemos tele y aquí nuestro supermán particular nos acaba de comprar una que casi ni usamos. No tiene nada de raro.

Se me encoge la tripa. ¿Cuántas veces he hablado con esa mujer acerca de la educación de su sobrino? Vale que no entraba en sus planes tener que ocuparse de un adolescente, pero aun así…

—¿Tienes llaves de la caravana? —pregunto.

—Pues claro.

—Ah, ¿sí? —Rayner lo mira con dureza, lo que consigue que Hayden haga algo que jamás pensé que haría: se ruboriza y baja la vista.

—Yo… pensé que lo sabías.

—Dijiste que tu tía no estaba y querías quedarte en el centro, cosa que no puedes hacer. Puedo pasar muchas cosas, pero no soporto que me mientan a la cara.

Hayden se pone aún más rojo. Incluso yo siento que me arden las mejillas después de escuchar la gravedad de su voz.

—Lo siento —dice el chico, y esta vez se atreve a mirarlo.

El silencio es incómodo. El cuerpo me pica por los desinfectantes e insecticidas que llevo encima y siento que quiero estar en cualquier otro sitio que no sea aquí. Estoy sucio, me siento sucio, y no quiero mirar las manchas que me salpican la camiseta; una muy cerca del cuello y la otra justo en las costuras inferiores. Esa última hasta gotea.

—¿Tenéis hambre? Podemos ir a cenar.

Por qué hago semejante pregunta cuando lo único que necesito es darme una ducha con lejía sin rebajar es algo que se me escapa, pero Rayner me está observando y yo solo quiero seguir regodeándome un poquito en la mierda mientras decido qué cojones hacer.

Taylor cabecea.

—Yo me voy —le informa a su hermano con rapidez—. He quedado con Dani para ir al Happy Ending.

—Es temprano —replica Rayner, fulminándolo con la mirada.

—Tiene que vestirse.

—Y necesita tu inestimable ayuda para… ¿cambiarse de ropa?

—Exacto.

Se despide con un gesto y sale a la carrera. Estoy pensando en cómo librarme de mi propia estupidez cuando el crío suelta:

—¿Puedo elegir sitio?

Los ojos de Rayner se encuentran con los míos. La tensión se puede cortar, palpar y hasta untar con una de esas mermeladas que

tanto le gustan a Dani.

—Claro —decimos los dos a la vez, lo que nos hace esbozar una sonrisa tensa.



Media hora más tarde, estamos en una hamburguesería cutre y tenemos delante tres hamburguesas que no tienen nada de cutres; ni de sanas. Si las calorías pudieran andar, harían una coreografía completa y hasta un bis.

—Dime que no te alimentas de esto todos los días —le digo a Hayden.

—Pruébala y calla.

Le lanzo una patata. Él la coge al vuelo y la empieza a masticar; siempre lo hace, desde que tenía siete años y su padre nos gritaba para que dejáramos de jugar con la comida.

Rayner nos mira; es el primero en darle un mordisco.

Los ojos de Hayden resplandecen.

—¿Qué nota le das?

El gemido de Rayner es nota más que suficiente y a mí me llega hasta las pelotas. La sensación es tan intensa que hasta me ruborizo.

Me revuelvo en el asiento y le doy un mordisco a mi hamburguesa. Es… demasiado grasienta, tiene demasiada salsa y está demasiado buena.

—¿Y? —suelta Hayden, que ya se ha zampado la mitad de la suya. En qué momento, ni idea.

—Tiene como cinco mil calorías —digo cuando consigo tragar.

—Te lo dije, un manjar.

Me río, pero la risa no tarda en atascárseme en la garganta cuando me lleno los dedos de salsa, y parte de la barbilla. Hayden también se ríe. No queda rastro de su comida y ahora ataca mis patatas sin preguntar. Me fijo en que Rayner se ha comido la mitad

de la hamburguesa y creo que debe ser un mago de verdad, porque no se ha manchado nada.

—¿Había que hacer un curso o algo para aprender a comer y me lo he perdido? —pregunto mientras me limpio con trescientas servilletas.

—El curso es comer con las manos. ¿Recuerdas algo de eso? —inquiere Hayden con la boca llena—. Por cierto, ¿estabas jugando a los médicos o algo?

—¿Qué?

—Tienes una mancha sospechosa en la camiseta.

—Es insecticida para parásitos externos, o algún potingue desinfectante. No me acuerdo.

—Vaaale. No quiero saberlo.

Rayner me mira, yo me centro en mis dedos manchados de tomate, grasa y vete a saber qué más. Suelto la hamburguesa al sentir el inicio de una arcada y cierro los ojos. Cuando los vuelvo a abrir, mi móvil parpadea. Un mensaje entrante. Ahí está. Le doy la vuelta al móvil con tanta brusquedad que casi tiro el agua.

—Bueno, ¿qué? ¿Me vas a decir con quién te peleaste? —le pregunto a Hayden.

—¿No vas a comerte eso? —me pregunta él a su vez, con la vista fija en la hamburguesa que he dejado casi entera.

Arrastro el plato hacia él y me vuelvo a limpiar con veinte servilletas, más o menos. El bote se ha quedado vacío.

—¿Es alguien del centro? —continúo mientras lo veo engullir—. Hayden, ignorarme no va a hacer que lo olvide. Los puños no van a arreglarte la vida. En realidad no arreglan nada. Puedes golpear hasta partirte las manos. Al final, solo terminas cansado, roto y sin fuerzas.

Hayden se ríe con la boca llena. Traga con un poco de refresco y me señala la ropa antes de decir:

—Y limpiar como un loco no te va a quitar la mierda de encima; solo conseguirás que se vea más, y que apeste.

No contesto. Rayner guarda silencio. Ha lidiado con suficientes Haydens en la vida como para saber que no debe intervenir. Yo

también, pero resulta que ninguno es este Hayden, ninguno ha estado tan cerca de mí. Y duele, porque me conoce, porque lo sabe.

Me lo quedo mirando hasta que deja de comer de pura vergüenza. Si algo odia el chico es el silencio. Si le replicas, si le hablas, ten por seguro que encontrará las palabras exactas para golpearte con fuerza. Pero con el silencio no sabe lidiar. El silencio era su casa cuando su padre aún vivía, el silencio es su tía cuando lo deja solo, el silencio es nuestra puta vida. Soy consciente de lo que duele el silencio y resulta que él, a sus quince años, también lo sabe.

Así que me callo mientras intento no sucumbir al peso de la mirada de Rayner. Una vez acabamos de cenar, llevamos a Hayden a la caravana y me aseguro de que entre, no sin antes compartir unas palabras con su tía, con la que nos cruzamos nada más llegar. Poco importa lo que le digo; la mujer me recuerda que el chico no es un crío, que tiene llaves y que no es mi puto problema.

De vuelta al coche para llevar a Rayner hasta su moto, el silencio es aún peor. Me escuece, me quema y me hace temblar.

—Podría haber ido caminando —me dice.

—No seas ridículo.

—¿Por qué no le has dicho nada? No deberías dejar que te hable así.

—Le he dicho mucho sin decirle nada.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo también puedo ser un mago oscuro, y mucho más cruel que tú.

No le digo que su padre hacía lo mismo. Se quedaba en silencio durante días y no le hablaba, y era el peor castigo que podían imponerle a Hayden, no le digo lo miserable que me siento por haber caído tan bajo, pero cuando la rabia se monta encima de tu dolor, actúas en consecuencia.

—Lo dudo mucho, Laurent.

Me estremezco y cierro los ojos. Esa manera de llamarme…

—¿Qué eres para él? —me pregunta al ver que no digo nada.

Se me escapa una risotada.

—No me creo que no te hayan llegado los rumores.

—Dicen que eres su padre.

—También dicen que tú eres un mago. Los rumores son como la suciedad: se meten por todas partes y, si no los cortas de raíz, lo invaden todo.

—Pero tú no los has cortado.

Me encojo de hombros.

—Prefiero no llamar la atención. Son críos, ya tienen bastante con lidiar con su vida.

Aparco el coche delante del centro, justo al lado de su moto, y espero a que salga mientras intento apartar la sensación de hormigueo que la suciedad provoca en mi cuerpo. Necesito desnudarme, meterme bajo la ducha y quedarme ahí hasta que el aire me vuelva a entrar en los pulmones y deje de sentirme pesado.

—¿Estás bien? —me pregunta antes de bajarse.

—Sí —contesto sin mirarlo.

—Antes, cuando te llamé, todo eso de respirar...

—Respiro perfectamente, gracias —lo corto.

Él se ríe. Luego sale del coche y me siento como el culo, porque él no tiene la culpa de nada, aunque mi cerebro intente hacerme creer lo contrario.

Salgo detrás de él.

—Rayner.

Él ni siquiera se inmuta cuando saca el casco y se lo pone.

—Gracias por llamarme. Y lo siento. Yo…

No termino la frase y él no se vuelve. Se aleja como lo hicieron mis sueños cinco años atrás, y yo me quedo ahí, con la sensación de sentirme sucio y fuera de lugar. Y solo. Eso es lo que más siento: que estoy solo.

CAPÍTULO NUEVE

Rayner



«Hay una línea muy fina entre la libertad y la soledad más absoluta».
Howl

Por qué he venido al Happy Ending cuando me he pasado el viernes esquivando a Laurent es algo que se me escapa. Vale, sí, porque es sábado y porque Dani me convenció para que viniera, aprovechando que había una fiesta por el inicio del verano y que el local estaría abierto desde las cinco de la tarde. Y porque estoy cansado de esconderme y porque, joder, es un puñetero *pub* y me apetece relajarme. No tengo la culpa de que él sea el dueño, tampoco de que el local esté a rebosar y a Dani le haya parecido una idea excelente sentarme en la única mesa con sillas libres, justo donde el dueño en cuestión parece concentradísimo en la pantalla del ordenador mientras se termina un vaso de algo.

—Enseguida te sirvo —me dice mi amigo, dejándome solo ante el peligro—. Taylor viene de camino.

Lo fulmino con la mirada, a lo que él responde con un besito al aire. Genial. Laurent, que ha levantado la vista nada más verme, se encoge de hombros como si yo fuese el menor de sus problemas y hasta me hace un hueco a su lado en el sillón. Me pregunto qué

llevará ese vaso y cómo es que está bebiendo tan temprano. Ni siquiera son las seis de la tarde.

—Buscaré otro sitio.

—Siéntate, Rayner.

Estoy intentando asimilar la orden implícita en su tono de voz cuando Dani me coloca una cerveza en la mesa y me señala con el dedo.

—Hazle caso al jefe, Howl.

—Deja de llamarme así —le digo, pero él ya se halla a metros de distancia y no me escucha.

Me dejo caer al lado de Laurent y le doy un buen trago a mi cerveza, intuyendo que va a ser una tarde muy larga. Luego me giro para mirarlo y me fijo en lo que está viendo en la pantalla.

—¿Vas a comprarte un loro?

—Un loro, dice. Son ninfas. Pertenecen a la familia de las cacatúas —explica como un profe aplicado, con el índice alzado y todo—. Tengo una. —Lo dice con cierto orgullo en la voz.

—Ah, ¿sí?

—Emily dice que la estoy matando. Yo. Matándola. —Suelta una risotada.

Me inclino un poco y distingo el olor dulzón de su aliento. Sí, ha bebido, pero no demasiado. La voz no le tiembla ni un poco. No queda nada del hombre que apareció el jueves en el centro, vestido como si el mundo le importara una mierda. Ese hombre que me llevó de vuelta a las semanas que pasamos trabajando juntos cinco años atrás. El Laurent de entonces no parecía tan ansioso por que la verdad no se le escapara como lo hacen los mechones de pelo al despeinarse, no se refugiaba en las capas de ropa y perfección que lleva ahora encima.

—¿Tu madre? —pregunto.

—¿Qué? No. Mi madre se llama Rita. Emily es mi veterinaria. O sea, no es la mía. Es la de mi ninfa; la llevé porque estaba… triste. Al parecer, necesita una pareja. No importa que le dedique tiempo y atenciones. No basta conmigo. Y no puedo. No puedo. No.

—Vaya.

Lo miro con curiosidad. Puede parecer un tema tonto, pero sé que no lo es. Le preocupa lo suficiente como para permitir que me siente a su lado y contármelo.

—¿Cuánto hace que la tienes?

—Dos años. Tendrías que ver cómo lloraba cuando era una cría y le entraba hambre.

Y entonces saca el móvil y me enseña un vídeo de una criatura enana y feísima que canta como si la estuvieran matando. Me hace un repaso por la vida de su ninfa, de la jaula de su ninfa y de todo lo relacionado con su ninfa. La llama así: «mi ninfa».

Me mareo un poco. Me bebo la cerveza y le pido a Dani que me traiga otra. Él se queda mirando a su jefe parlanchín con la boca abierta y pura fascinación hasta que el nuevo y torpe camarero lo reclama. Y lo entiendo. Nada tiene que ver este hombre con el que lleva esquivándome desde que nos volvimos a encontrar, el que marca los límites con rotulador permanente.

—¿Por qué no quieres adoptar a otra? —pregunto.

No me contesta. Suspira y se pone a mirar las fotos en la pantalla. Ninfas de distintos colores, algunas más amarillas y otras grises, solas o acompañadas por sus sonrientes cuidadores.

—Lo siento —me dice cuando creo que ya no volverá a pronunciar palabra. Gira el cuello y me clava la mirada—. Lo de la otra noche, lo siento.

Me encojo de hombros y le doy un trago a mi cerveza para bajar las emociones que ese «lo siento» me provocan.

—Anoche vi *El castillo ambulante* —confiesa—. La había visto antes, claro. La primera vez fue con Dani, cuando me habló de ti, su mejor amigo de la infancia. En aquel momento no podía saber que eras tú, pero me hice una idea de ti basada en lo que él me contó. Si una cosa me fascina de la película es que siempre descubres algo nuevo, cambia según tu estado de ánimo o la época en la que la veas. Es como un cuadro que siempre es distinto dependiendo de los ojos que lo miren.

Suspira hondo y se levanta a por algo de beber. Cuando regresa alza la copa para que brindemos. Lo hago y espero a que siga hablando.

—Sophie —dice al fin.

—¿Qué?

—Que siempre nos fijamos en Howl y nadie repara en ella. Una chica en un mundo de hombres, encerrada, eclipsada, casi asfixiada. Y no solo por ser mujer, sino también por hallarse en ese momento de la vida en el que no eres adulto, pero tampoco un crío. Ese puto momento.

Le da otro trago a su bebida. Luego se vuelve hacia mí. Estamos… demasiado cerca. Sudor, naranjas, especias. A eso huele, y el olor me baja hasta los huevos.

—Si te fijas —prosigue—, Sophie deja de preocuparse y de tener miedo en cuanto la bruja la maldice y la convierte en anciana. De repente se van todas las preocupaciones por un futuro incierto. El futuro deja de tener sentido. Como si su piel arrugada y la joroba de la espalda, en lugar de pesarle, la hicieran caminar más erguida, más ligera de equipaje. Pero luego tiene esos momentos en los que la maldición se desvanece unos instantes, cuando duerme o baja la guardia, y la vemos a ella, con sus miedos y la fragilidad de la juventud. —Me estremezco cuando noto su aliento en la mejilla—. Somos un poco Sophie cuando intentamos ser valientes y nos sale mal, cuando nos damos cuenta de que solo somos un puñado de errores que tenemos que aprender a encajar.

No entiendo a dónde cojones quiere ir a parar. Si me habla de nosotros, de su ninfa o de algo que va mucho más allá, ese lugar dentro de él al que no se me permite entrar.

—Laurent. Me encanta la película, pero…

—Creí haberme vestido de anciano y resulta que sigo siendo un chaval. Tengo miedo y ni siquiera soy suficiente para mi ninfa. ¿Cómo podría serlo para un adolescente?

—¿Hablas de Hayden o de tu ninfa? Me he perdido. —Le quito la copa de la mano—. Y deberías dejar de beber.

Se ríe sin ganas.

—Hablo de mí.

—Laurent…

—Si de verdad eres un mago, haz que se vaya.

—¿El qué?

—El dolor. O el miedo. A veces creo que son lo mismo, aunque no lo sean.

Vale, ahora sí que creo que ha bebido demasiado. Me llevo la copa a la barra y le pregunto a Dani por su dirección. Luego lo convenzo para que me deje las llaves del coche y me encargo de llevarlo.

—Todavía está despierta. ¿Quieres conocerla? —me pregunta cuando llegamos a la casa de dos plantas en la que vive, en una urbanización muy acorde a la ropa que viste, y lo acompaño a la puerta.

No me dice a quién se refiere, pero lo intuyo. Está achispado, lo suficiente como para hacer cosas que no quiere hacer, como dejarme entrar. No me cabe duda de que es el alcohol y no él quien me invita. Aun así, la curiosidad me puede y me aprovecho de su momento de debilidad para quitarme los zapatos y seguirlo al piso superior. La casa huele a él, pero también a más cosas. A limpio, a pienso, a verduras frescas. Apenas veo nada más allá del salón, con sus estanterías, unas llenas de libros y otras de películas en distintos formatos, la pantalla enorme en medio de la sala y un sofá en el que podrías quedarte a vivir.

Solo cuando me lleva a la terraza me doy cuenta de que parte del olor viene de ahí. La jaula ocupa la totalidad de la misma. Es inmensa, el sueño de cualquier pájaro que vive en cautiverio. Supongo que es su forma de darle una libertad a medias, amplia y cuidada. Está limpia, y la ninfa no tarda en acercarse volando a saludarlo. Su pelaje es gris, la cabeza y la cresta de distintos tonos de amarillo, y tiene manchurrones blancos aquí y allá sobre las plumas, como si de un mapa diminuto se tratara. Se le posa en el hombro y comienza un baile de besos y «Loooren» que me hacen sonreír, en especial cuando le veo los círculos anaranjados en las mejillas.

—¿Quieres cogerla? —me pregunta con la mirada brillante cuando regresamos al salón y nos sentamos en el sofá.

Sigue borracho, lo sé porque solo un Laurent borracho me dejaría entrar en su reino y tocar a ese ser tan importante para él.

Sus mejillas ruborizadas van a juego con las de su ninfa y tengo que contenerme para no acercar la mano y tocárselas.

Extiendo el brazo y él me la coloca encima. Ella duda, me picotea la piel con suavidad mientras sus patitas avanzan hasta llegar a la altura de mi hombro. Me mira con ojos curiosos, gira el cuello y picotea más en un gesto de reconocimiento. Laurent me explica que nunca le ha presentado a nadie, pero que parece confiada solo por el hecho de que él confía en mí. Es extraño oírselo decir, pero es cierto. Hay una especie de confianza tácita, de conocerse a pesar de los años de vacío. Y si la ninfa lo percibe es que es real y no la nostalgia o la esperanza hablando.

—Le caes bien —dice Laurent con un suspiro. Y nada más decirlo, la ninfa se acopla a mi hombro y me acaricia la cara. Sonrío.

—A mí también me cae bien.

—Vic, este es Rayner; Rayner, te presento a Victoria McQueen.

—¿Victoria McQueen? ¿Tiene apellido y todo?

Laurent curva los labios de una manera adorable.

—Se llama así por la protagonista de *NOS4A2*, el libro de Joe Hill. Sus personalidades no tienen nada que ver, pero es un personaje que me encanta. Se merecía el nombre completo.

Ambos sonreímos.

No sé cuánto tiempo pasamos ahí. Laurent me habla de su rutina, de las comidas, de las veces en las que se ha puesto mala, de cómo son los días con ella, lo mucho que juegan y las atenciones que le da. Es su manera de decirme que no necesita ninguna pareja, supongo, pero no hago ningún comentario.

No sé en qué momento nos hemos arrimado tanto, pero tenemos a la ninfa sobre mi muslo y Laurent le acaricia la cabeza. Nuestros hombros están pegados y puedo sentir su nerviosismo y su calor extenderse por todo mi cuerpo. Así que este es Laurent cuando se quita la máscara. El corazón se me acelera al darme cuenta de que me sigue poniendo de la misma forma en que lo hacía antaño, como una moto que va a toda pastilla y a la que se le han roto los frenos.

—¿Por qué no quieres adoptar a otra? —le vuelvo a preguntar.

—Fue difícil con ella. Yo… no puedo. —Su voz es apenas un susurro cuando añade, sin apartar la vista de la ninfa, que no deja

de frotarse y buscar mimos—: Soy Sophie, ¿recuerdas? Sigo siendo un chaval, aunque finja ser un anciano.

No sé qué responder a eso, así que no digo nada. A veces el silencio dice más que todas las palabras del mundo, y espero que le llegue mi mensaje.

Un rato después, cuando nuestros ojos se encuentran y veo que el alcohol ha empezado a diluirse de su cuerpo, me levanto y me marcho. Lo dejo ahí, con el pelo alborotado y la cabeza llena de un ruido que nadie más que él puede escuchar.

CAPÍTULO DIEZ

Laurent



«No me gustaba soñar contigo porque tu sonrisa lo arreglaba todo y al despertar descubría que seguía roto».
Howl

Llevo un rato terminando de organizar la agenda del mes cuando Cam entra en mi despacho del centro. Lo hace sin llamar, como siempre, y se dedica a dar vueltas por la estancia como si hubiese pasado una eternidad desde la última vez y necesitara empaparse de todo. Siempre me ha resultado curiosa la gente que cree que puede conocerte a través de las huellas que dejas. No se dan cuenta de que hay quienes somos demasiado meticulosos y cuidamos el exterior; el nuestro, el físico, y también el que nos rodea. Lo pulimos y limpiamos hasta que la imagen que necesitamos que los demás vean se refleja en cada superficie. De eso va todo, de mostrar lo que tú quieres que vean, sin más.

Aun así, se me dispara una alarma, o cien mil. Me pasa siempre que tengo a Cam delante. Va vestido con uno de sus trajes a medida y todo en él me provoca un extraño ardor en el estómago, de los que no se van ni con antiácidos. Cam es ese tipo de hombre —o de persona, en general— que entra bien pero te cae pesado.

Me levanto y me siento en el borde de la mesa, con las manos apoyadas en la madera.

—No te esperaba —le digo.

Se sitúa delante de mí y me dedica una sonrisa torcida que pretende ser sexi, y seguramente lo es para cualquiera que no sea yo. Me conozco su juego y, aunque no lo critico, tampoco lo comparto. No me pone. Punto. Sí, es el hombre más atractivo y sexual que he visto en mi vida, pero a mí no me dice nada.

—Estaba cerca y he venido a recordarte que ya está todo listo para la recogida de las comidas. Lunes, miércoles y viernes a eso de las dos de la tarde. ¿Ya tienes a alguien que se encargue del reparto?

—Sí. —Mi respuesta es un poco verdad, pero también un poco mentira.

Desde el principio había pensado en Rayner, pero aún no me he atrevido a decírselo. No porque crea que me va a decir que no, sino porque hacerlo implica hablar a solas con él. Después de las tonterías que le dije el día en que bebí más de la cuenta y se me ocurrió llevarlo a mi casa…, digamos que lo he estado evitando un poco. Vale, un poco mucho. Más que antes, incluso, y antes lo evitaba una barbaridad. Odio esos momentos de debilidad en los que caigo de rodillas y sin fuerzas, pero odio más la idea de que él los vea. Porque con él me sale fácil, con él puedo derrumbarme y sé que no me juzgará. La puñetera conexión que nos unió tiempo atrás sigue ahí, viva, como un cable cerca del agua a punto de provocar una descarga eléctrica de las jodidas. Así me siento todo el tiempo. Yo soy el agua —inamovible, cristalina a ojos del mundo—, y él, el cable dispuesto a desbaratarlo todo.

Cam me dedica una sonrisa que debe de funcionarle de miedo para ligar, porque casi la siento en la piel. Es así como sonríe, con la boca y con el cuerpo. Se me acerca y lleva la mano a mi chaleco. Le quita una arruga inexistente y, al ver que no me muevo, se me pega hasta que nuestras rodillas se rozan.

—He venido por una cosa más. —Lo dice mientras me desabrocha un botón del chaleco con un giro de muñeca.

No me muevo.

—Lo supuse.

—Necesito que me hagas un favor. —Me suelta otro botón.

No deja de mirarme mientras me habla, esperando mi reacción, que es nula. No parece molestarle, ni siquiera cuando me limito a esperar casi con aburrimiento a que me pida lo que sea que quiera pedirme. Es fácil jugar con Cam cuando estás vacío por dentro.

—El próximo jueves es mi cumpleaños.

Enarco una ceja.

—¿Has venido a pedirme un regalo? —inquiero cuando me desabrocha un tercer botón y se acerca un poco más.

Ahora sus rodillas están entre mis piernas y yo sigo sin sentir nada. Nada sexual, al menos, pero sí rechazo. No el suficiente para apartarlo de un empujón, pero sí lo justo para permitir que juegue un poco más antes de mandarlo a la mierda.

—Quiero organizar una fiesta exclusiva. Invitar a amigos y conocidos. Divertirme, ya sabes.

Sus dedos se mueven por mi camisa y los introduce por el hueco entre los botones, buscando mi piel desnuda. Mi cuerpo no reacciona y veo un atisbo de diversión en sus ojos, como si se lo esperara y ese hecho lo animara más. Quiere ponerme a prueba; para él soy un juguete roto que quiere arreglar a cualquier precio. No entiende que ni estoy roto ni soy un juguete. Solo estoy… en pausa. Y soy yo quien lo ha decidido.

—No me van esas fiestas, Cam. Ya lo sabes.

—Pero ¿te va algo? —pregunta mientras desliza el dedo hacia el centro de mi pecho.

—Dime a qué has venido, venga.

—Quiero hacer la fiesta en el Happy Ending. —Al ver mi gesto de confusión, agrega—: Una fiesta exclusiva a puerta cerrada.

—¿Me estás pidiendo que cierre el local una noche?

—Te estoy pidiendo que me lo alquiles. Seré generoso.

Sus rodillas se abren paso entre mis muslos, empujando. No me aparto, tampoco me muevo cuando abre un botón más.

—¿De qué tipo de fiesta hablamos?

—Digamos que no quiero que se cuelen miradas indiscretas.

Baja la vista por mi torso hasta detenerse en mi entrepierna, como si necesitara ver cómo reacciona esa parte de mi cuerpo a su contacto.

Carraspeo.

—Cam, sabes que te agradezco lo que haces por el centro. Pero como sigas por ese camino te vas a comer mi chaleco. Y quizá un puño. O los dos. Te he dejado jugar bastante tiempo, ahora apártate, anda.

Él resopla.

—Eres un aburrido. Solo tengo curiosidad. Por Dios, todo el que te conoce tiene curiosidad. Mataría por ver lo que hay debajo. Bueno, vale, no mataría. Ni siquiera renunciaría a mi dieta vegana por descubrirlo, pero sigo teniendo curiosidad. Eso no va a cambiar.

—Está bien saberlo —le digo, y lo sujeto por la muñeca para evitar que me siga tocando.

Lo empujo hacia atrás y él compone un gesto de fastidio que me recuerda al Hayden que todavía me hablaba y me pedía cosas que su padre no le daba.

—Sabes que soy inofensivo.

Sí, lo sé. La primera vez que lo vi estuve a punto de hacerle tragar algo más que mi chaleco. Incluso le prohibí la entrada al Happy Ending. Estaba acosando a Dani y eso no lo iba a permitir. Luego volví a encontrármelo en su restaurante vegano y me llamó para que habláramos en privado. Ahí me di cuenta de que Cam solo era fachada. Sí, puede parecer un capullo al que le gusta ser el centro de atención y hacer pensar que no le importa nadie más que él, pero no es verdad. Sus actos dicen más de su persona que cualquiera de las palabras sucias que salen por su boca. Este hombre de apariencia frívola es uno de los donantes más generosos del centro. Y que haya venido para pedirme que le alquile mi local es solo una de sus tantas excusas para evitar que el mundo piense que tiene un corazón dentro del pecho que late por alguien más que por sí mismo.

—Llámame esta noche y hablamos de lo de tu cumpleaños.

Él asiente. No deja de mirarme la entrepierna.

—¿De qué cojones estás hecho?

—Adiós, Cam —le digo mientras me empiezo a abotonar el chaleco con lentitud.

Es entonces cuando llaman a la puerta y Rayner se asoma.

—¿Estás…? Me han dicho que me estabas buscando. —Su voz se desvanece al ver que no estoy solo en el despacho.

—Sí, pasa. Él ya se iba.

Se queda en la puerta, esperando. Noto su mirada clavada en mi pecho mientras me termino de abrochar el resto de botones.

—Vaya, a ti no te había visto.

Cam se detiene delante de él para hacerle un repaso de los suyos. Mi cuerpo sí reacciona a eso, pero mal. Casi puedo sentir cómo un volcán de furia me estalla por dentro y la lava empuja para que la deje salir.

Rayner le dedica un gesto de cabeza a modo de saludo.

—Bueno, el otro es asexual o está castrado. No lo tengo claro y tampoco me ha dejado averiguarlo, pero tú pareces normal. —Extiende el brazo hacia él para ofrecerle la mano—. Soy Cam.

—Rayner.

—El jueves que viene en el Happy Ending. Estás invitado. —Rayner eleva las cejas, confundido—. Es mi cumpleaños. No hace falta que traigas nada, contigo voy servido.

Luego me guiña un ojo y me recuerda que me llamará esta misma noche.

—¿Quién es? —pregunta Rayner una vez se marcha.

—Un grano en el culo, pero ayuda al centro. Así que es un grano en el culo de los que se alivian con una cremita de nada. —Veo que desvía la vista hacia el lugar por el que ha desaparecido—. ¿Te gusta?

—¿A ti no? —pregunta él.

—Pues no.

No lo miro mientras me dirijo a la puerta, no quiero que descubra la puñetera lava de rabia que sale de mí.

—¿Tienes un momento? Quiero enseñarte una cosa.

Lo llevo a los aparcamientos. Saco las llaves que me he guardado esta misma mañana con la idea de hacer justo esto en algún momento y abro el maletero de la furgoneta blanca.

—Es la furgoneta que usábamos al principio para las excursiones pequeñas. La compramos de segunda mano cuando no podíamos permitirnos nada mejor.

Él asiente, esperando a que continúe.

—Cam es dueño de una cadena de restaurantes veganos. Es bastante… radical. En todos los aspectos —agrego—. Y no te lo dirá, pero hace donaciones importantes al centro. Llevamos un tiempo hablando sobre la posibilidad de ayudar a los familiares de los chicos para que estos sigan acudiendo a clase. Algunos no pueden hacerse cargo de las comidas, y no me refiero solo al tema monetario, sino a sus circunstancias. Queremos ayudar a esas personas. Quitarles al menos una de las tantas preocupaciones que tienen. —Me rasco la barbilla—. Serán tres días a la semana, es lo que he acordado con Cam; y el reparto se hará por la tarde, temprano, antes de que los chicos se marchen. La idea es que la cena esté sobre la mesa cuando lleguen a casa.

—Vale. Mi respuesta es sí.

La profundidad de sus ojos hace que me tenga que apoyar en la furgoneta y coger aire.

—No te he preguntado nada todavía.

—Les das demasiadas vueltas a las cosas que deberían ser sencillas.

Trago saliva. Mi mirada se detiene en su boca. No sonríe, pero no le hace falta para que la lava de rabia se convierta en otra cosa que me baja a los pantalones sin necesidad de que me toque. ¿Cómo es posible?

—No sé a qué te refieres.

—Sí, lo sabes. Mi respuesta sigue siendo sí. Me encargaré de los repartos. Tengo experiencia. He trabajado en bancos de alimentos, aunque no con repartos a domicilio. En ese caso íbamos con la furgoneta y eran las familias las que venían a por la comida. Fue un fracaso, la verdad —dice con pesar—. No a todo el mundo se le da bien pedir ayuda, ¿sabes? Una cosa es que la ayuda te llegue y otra es tener que buscarla. Los hay que prefieren pasar hambre o encontrar otros medios. Era una iniciativa cojonuda, pero al final

terminábamos con muchísima comida que teníamos que repartir pateando calle por calle para que no se tirara.

Esa parte la había discutido con Cam. Jamás se me habría ocurrido hacer los repartos domicilio por domicilio si él no me lo hubiese mencionado.

—Las casas están un poco dispersas. Tendrás que salir antes esos días para que te dé tiempo de todo. Las he ordenado por preferencia —explico—. Por ejemplo, la casa de Steve es de las primeras. Su madre está enferma y apenas sale. Por eso falta algunas veces a clase.

—Y por eso vas a buscarlo con Hayden cuando no viene.

No le contesto. En su lugar, le entrego las llaves de la furgoneta. El cosquilleo que siento cuando nuestros dedos se rozan es peor que un fuego que ya consume cada centímetro de mi piel.

—Empezamos mañana, por eso vino Cam. Las recogidas se harán en su restaurante. Lo siento, tendrás que lidiar con él.

—Me las apañaré —dice con una sonrisa diminuta que me quedo mirando hasta que escuchamos que alguien nos llama desde el centro y regresamos al interior.

CAPÍTULO ONCE

Laurent



«Tengo que reconocer que a veces bebía en exceso para no soñar. O para no acordarme de lo que había soñado».
Howl

Estoy terminando de revisar el correo cuando uno de los críos me avisa de que Rayner quiere verme en los aparcamientos. Ignoro las tres mil fotos de ninfas que me ha enviado la veterinaria y salgo del recinto. El cielo no puede estar más gris a pesar de ser verano y caen gotas cada pocos segundos, como si la lluvia no se decidiera a dejarse ir con toda la furia que promete.

Rayner se está peleando con la batería cuando llego. Tiene la camiseta larga remangada y puedo ver parte del tatuaje de su antebrazo.

—¿Qué sucede? —le pregunto, apartando la mirada de su cuerpo.

—No arranca. ¿Cuándo fue la última vez que se utilizó?

—La probé unos días antes de que Cam se pasara por aquí.

—La batería está bien, y también la correa de distribución. Creo que es el motor, pero la mecánica nunca ha sido lo mío.

Entra en la furgoneta e intenta arrancar, pero no sucede nada más allá del golpe que le da al volante.

—Llego tarde —me dice cuando se detiene delante de mí—. Alquilaré un coche. ¿Puedes avisar al tal Cam de que voy a llegar tarde?

Por qué hago lo que hago a continuación cuando está claro que es mala idea es algo que se me escapa.

—Vamos en mi coche. Tendremos que hacer varios viajes, pero es más rápido.

—No me cuesta nada alquilar un coche más grande, Laurent. No sabemos cuándo la van a arreglar, y el viernes tenemos reparto otra vez.

Dios. Esa forma de llamarme…

—Tenemos que dejar el reparto hecho cuanto antes y no vas a llegar a tiempo si te pones a buscar un coche de alquiler. No es necesario pudiendo usar el mío. Además, mira cómo está el cielo; en nada va a llover. Avisaré al taller para que se lleven la furgoneta y nos apañaremos hasta que la arreglen.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —inquiero.

—¿No tienes nada que hacer?

—Puedo delegar. No me mires así —le digo en cuanto veo aparecer su gesto burlón—, puedo hacerlo.

—Desde luego que puedes.

No me da tiempo a descifrar si lo dice en serio o no. Enseguida ponemos rumbo a mi coche y nos dirigimos al restaurante de Cam.

Trabajamos en un silencio solo interrumpido por la música que sale de los altavoces. No hablamos más allá de lo necesario, pero sé que se fija en mí de la misma manera en que yo me fijo en él. Somos como dos péndulos que se desplazan por el impacto del otro al llegar al centro. Nos movemos aunque nos esforcemos por quedarnos quietos. Nos empujamos aunque nuestras pieles no se rocen. Me pregunto cuántos golpes soportaremos hasta que todo estalle y dejemos de fingir que los golpes no nos importan.

Mi coche no es tan pequeño como pensaba y conseguimos hacer el reparto en dos viajes. Por suerte, Cam no aparece ese día y yo me alegro. No tengo ganas de ver cómo intenta ligar con él ni tampoco de aguantar sus comentarios llenos de dobles sentidos. Pienso en

Vic, en la comida que le puse esta mañana y en si habrá notado que llego tarde. A esta hora ya debería estar en casa con ella revoloteando a mi alrededor mientras me preparo la cena.

«La soledad se cura con compañía, Laurent».

¿Cuántas horas lleva sola? Se me forma un nudo en la garganta y enciendo el minitelevisor integrado en el coche que puse precisamente para poder estar con ella cuando no estoy. En nada aparece en la pantalla. Canta y planea por la jaula, subiéndose a las perchas y picoteando la comida pero sin llegar a comer nada.

—¿Has decidido algo? —me pregunta Rayner cuando sube al coche y ponemos rumbo al centro. Me señala la pantalla—. Sobre adoptar otra ninfa.

Lo miro de soslayo un instante antes de volver a concentrarme en la carretera.

—Así que te hablé de eso. No lo recordaba.

—No ibas tan borracho, Laurent.

—Mi cerebro tiende a olvidar lo que me gustaría recordar y recuerda en bucle lo que no debería.

Él estira una pierna y se gira un poco hacia mí. Sé que es una tontería, pero de repente el coche me parece demasiado pequeño para los dos. Casi puedo sentir su aliento en mi cuello, su empuje constante, retándome, despertándome de ese letargo en el que llevo años sumido.

—¿Hablas de tu ninfa o de mí?

No le contesto. Los dos sabemos a quién me refiero. Observo la imagen de Vic. Ese «Loooren» que repite mientras planea por la jaula para matar el tiempo. La culpa es como un animal hambriento que se abre paso dentro de mi pecho. Así siento la llamada de Vic, como un mordisco en el centro del pecho.

«Los humanos podemos morir de pena, y ya ves lo grandes que somos. Imagínate una ninfa, Laurent»; y ahí está de nuevo la voz de la veterinaria, cruda y certera.

—Te preocupa —insiste Rayner.

Y quizá es el timbre rasgado de su voz, ese matiz capaz de removerme todo por dentro, pero decido ser sincero con él.

—Creía que podíamos ser suficiente, ella para mí y yo para ella. Supongo que no me había detenido a mirarla así, a kilómetros de distancia. —Estiro el brazo y toco con la yema de los dedos la imagen de la pantalla, fría y distante—. Se la ve tan bien cuando está conmigo… Luego tiene esos bajones y no sé qué hacer. Entiendo que son animales que necesitan relacionarse, pero las personas también lo somos y, aun así, podemos estar solos. Podemos vivir solos y no pasa nada.

—Las personas estamos solas por voluntad. En su caso eres tú quien decide. Eres tú quien le pone una jaula, quien elige la medida, la forma y lo que hay dentro. También eres quien decide si se queda sola o no. No es lo mismo, Laurent.

Paso la rotonda y cojo el desvío que nos lleva hacia la calle Esperanza.

—Hablas como la veterinaria —inquiero.

—Y supongo que lo que tenemos en común es que ninguno de los dos te dice lo que quieres escuchar.

—Solo quiero que ella esté bien.

—Entonces quizá sí debas tomar medidas. —Noto el peso de su mirada quemándome la piel—. Hay algo más, ¿no? Aparte de lo de adoptar una ninfa.

Me trago la respuesta que no quiero darle, no a él. No puedo decirle que ceder en esto es como aceptar que nunca llegaré a ser feliz, que me marchitaré como lo hará Vic si no hago nada. Creía que juntos venceríamos la soledad, pero solo es un placebo en el que dejas de creer cuando la realidad te pone un dedo encima. Y a mí me acaba de dar una patada de las buenas.

—¿Tienes pareja? —le pregunto cuando giro a la derecha para entrar en el aparcamiento.

Ya ha anochecido, el centro hoy ha cerrado pronto porque no había nada programado, y verlo tan a oscuras salvo por las luces de las farolas y las bombillas exteriores hace que parezca más tarde de lo que en realidad es.

—Ya sabes lo que opino de las relaciones. No he cambiado tanto.

—¿Y eres feliz así?

Rayner tarda unos instantes en contestar. Oigo el sonido de su respiración, el movimiento de la tela del asiento al removerse, y me pregunto por qué cojones estoy preguntándole una cosa como esa cuando lo último que necesito es que me devuelva la pregunta.

—¿Me estás comparando con tu ninfa? Porque son cosas distintas, ya te lo he dicho. Yo he elegido, ella no tiene posibilidad de hacerlo. —Aprovecha que he aparcado para quitarse el cinturón y girarse a la derecha para mirarme—. ¿Tú tienes pareja?

Y ahí está la pregunta. Me río sin ganas.

—Venga ya. Seguro que esos rumores también los has escuchado. Incluso Dani especula sobre mi vida privada, y eso que somos… amigos.

Suspiro hondo; y es que sí, Dani es mi amigo. Lo es en mi corazón, pero dudo que él me vea de esa manera. ¿Cómo puede verte alguien como un amigo cuando no dejas que entre en tu vida? Y yo lo he mantenido justo en la puerta, con la cadena echada y sin posibilidad de entrada.

—Dani especula sobre todo, independientemente de que seas o no su amigo. Especular es casi su segunda lengua. No te sientas mal por eso.

—No me conoce. Solo soy su jefe, un tío guay que permite que lo mangonee un poco. ¿Qué? Como si a ti no te lo hiciera.

Su risa me provoca un cosquilleo en la tripa.

—Después de Hayden, eres la persona que más me conoce en Winter Falls —continúo con las mejillas encendidas.

Ahora la risa de Rayner me empuja hacia lugares a los que no tengo permitido ir.

—¿Que yo te conozco? Venga ya. Los tres polvos no dieron para tanto.

—Sabes que sí.

—Si eso fuera verdad, no habría vuelto a una habitación vacía, Laurent. Si eso fuera verdad, me habrías dado una puta explicación antes de largarte como lo hiciste. Merecía algo más que eso después de las semanas que pasamos juntos, y mucho más después de esa noche.

Aprieto el volante y aguanto el impacto que sus palabras han dejado en mí; el temblor que noto en las manos se me extiende por todo el cuerpo. Ahí está el péndulo dejando de funcionar en armonía. Agradezco que el coche esté detenido, porque habría sido incapaz de conducir en este estado. De pronto el aire se vuelve irrespirable. El interior del coche huele a comida. A huevos podridos, a algo grasiento y a otro olor más dulzón que parece vainilla, pero que se mezcla con los otros y me provoca una arcada que a duras penas soy capaz de contener. Me siento… sucio. Mi coche está sucio. El hedor se me ha pegado a la ropa y a la piel, y solo pienso en qué hacer para que se vaya.

—¿No vas a decir nada? —inquiere Rayner.

Mis pensamientos me invaden. Pienso en el cuarto de la limpieza y en todo lo que necesito. Lo haré en cuanto él se vaya. No puedo volver a casa dentro de este coche tal y como está. «Loooren», me llama Vic desde la pantalla, y los temblores se intensifican. Porque está sola, porque se morirá y me quedaré solo, porque estoy sucio y él me está mirando.

—Dime al menos por qué te fuiste. No volveré a preguntarte sobre eso. Merezco una puñetera respuesta.

—Fue un error —consigo decir con una voz que no se parece en nada a la mía.

—¿El qué fue un error?

—Tú.

—Yo —repite con una risotada.

—Todo fue un error. Ojalá…

Ojalá no hubiera pasado. Ojalá no lo hubiera conocido. Ojalá no recordara el tacto de su piel, el sabor de sus besos, el sonido de sus gemidos. Ojalá no me sintiera tan diminuto al recordarlo. Ojalá no doliera. Pero tengo una mente cabrona que me recuerda cada día lo que hice y lo que no hice.

Inspiro el olor a grasa y vainilla, y me trago el nudo que tengo en la garganta. Necesito quitarme toda esta suciedad de encima.

—Termina lo que ibas a decir —me pide él.

—Bájate del coche, por favor.

—¿Qué?

Señalo la pantalla.

—Lleva mucho tiempo sola. La veterinaria me dijo que la esperanza de vida de mi ninfa era… —No soy capaz de terminar la frase. No puedo pensar en eso. No. No. No.

—Laurent…

—Por favor, Rayner. Dejemos el pasado enterrado. Necesito que esto que tenemos funcione. Por el centro, por los críos. No lo hará si seguimos dentro de esa habitación.

Él me mira con intensidad y yo solo quiero que deje de hacerlo. Estoy sucio y estoy desnudo y estoy…

—¿Estás seguro de que puedes conducir?

No.

—Sí.

Permanece un instante con la mirada fija en mí, como si no se lo terminara de creer. Luego se marcha y yo me quedo inmóvil hasta que la moto desaparece del aparcamiento. Después, salgo del coche y me paso una hora limpiándolo todo. Limpio hasta que el tufo a comida desaparece, hasta que solo quedamos yo y el penetrante olor a desinfectante. Hago con mi coche lo que no puedo hacer conmigo mismo: quitarme las capas de suciedad de encima y olvidarme de que alguna vez hubo algo más que esta mentira, algo más que vacío, algo más que dolor.

CAPÍTULO DOCE

Laurent



«Me daba miedo olvidar las caras de la gente de mi infancia, porque era como aceptar que ya no los quería».
Howl

—*Loooren*.

La llamada suena débil, un «buenas noches» retardado con la cresta encogida. Las patitas de Vic se me clavan en el hombro y me empuja el cuello como si no pudiera más.

Se me encoge el corazón al comprobar la hora y ver que pasan las nueve y media de la noche. Hace media hora que debería estar dormida. A las nueve, como un reloj. Pero desde que empezaron los repartos llego tarde a casa y ella se esfuerza por quedarse un poco más, como si intentara ajustarse a la nueva rutina pero su cuerpecito no se terminara de adaptar. Con el corazón en carne viva, le beso la cabeza, la llevo con cuidado a la jaula y enseguida se queda en su lugar favorito: con la percha de madera natural situada en la esquina izquierda. Un último «Loooren» apagado y se queda inmóvil, la cabeza girada hacia atrás.

La culpabilidad me pesa mientras me cambio de ropa y me preparo para ir al gimnasio. Una vez Vic se duerme, nada la despierta hasta la mañana. No notará mi ausencia. No la sufrirá. Y

yo agradezco no tener que ir al Happy Ending, porque no me apetece lidiar con gente. Estoy cansado, pero no pegaré ojo si no termino de agotar mis últimas reservas. Lo hago dos horas después, cuando un tirón me atraviesa el muslo y tengo que detener la cinta en medio de una carrera.

Uno de los monitores se me acerca, pero debo de tener cara de no necesitarlo, porque enseguida retrocede y se marcha. Recojo mis cosas de la taquilla y me pongo la chaqueta antes de salir a la noche fría de Winter Falls. La sensación borra cualquier otro pensamiento mientras recorro el kilómetro que me separa de mi casa. El aire es húmedo y casi puede olerse la lluvia que está a punto de caer. Han cambiado la iluminación antigua por una más tenue y las luces alumbran la calle con pereza, haciendo que las ventanas del primer piso de las casas parezcan cuadros oscuros pintados de manera apresurada. La urbanización es tranquila y apenas me encuentro algún transeúnte aquí y allá. Vivo en una vivienda de dos plantas, pero, salvo que mi madre venga de visita, Vic y yo hacemos vida en el segundo piso.

Me quito toda la ropa en la entrada y la meto en la lavadora. Una vez puesta, me doy una ducha y por fin puedo respirar con la mente vacía. Cuando no te quedan fuerzas, los pensamientos se escurren como el agua sucia.

Mareado y exhausto, aún con esa punzada desagradable en el muslo, me dejo caer en la cama. Pero no duermo. Estoy agotado y no duermo. Doy vueltas y no duermo. Hago un repaso por el día, pienso en la furgoneta rota y en mi puñetera situación. En por qué hago lo que hago y en por qué me siento tan vivo a pesar de todo.

Pienso en Rayner. Apenas hemos hablado desde la última conversación que terminó conmigo pidiéndole que saliera del coche, hace ya dos semanas. Sigo esquivándolo mientras él hace su trabajo como si no importara que mi pequeña burbuja de mentiras hubiese estallado y mi miedo se hubiera derramado por todas partes, dejando una suciedad que no puedo quitar por mucho que me empeñe en creer que sí.

Hacemos las entregas, pasamos horas juntos y nos hablamos sin hablar, si es que eso es posible (para mí lo es). Estamos cerca pero

lejos. Y es agotador y una puñetera montaña rusa. Estoy arriba cuando en realidad estoy abajo, aplastado contra el suelo. Es difícil luchar contra eso.

En el centro están contentos con él. Sara lo adora, los críos lo adoran, incluso a Hayden parece caerle bien mientras a mí me sigue ignorando.

Me doy la vuelta y me coloco boca abajo. No puedo evitar evocar nuestros roces mientras trabajamos en silencio tres días a la semana dentro del espacio reducido de mi coche, las veces en las que estamos tan cerca que siento que me quemo y me quedo sin respiración; lo que sentí al tenerlo delante en el pasillo del *pub* aquella primera noche, su aliento en mi piel; los recuerdos mezclándose con un presente demasiado doloroso para aceptarlo sin más. Tenerlo cerca es como respirar una libertad envenenada. Ojalá no doliera, ojalá no me consumiera este fuego que me hace apretarme contra el colchón buscando un alivio que no pienso darme. Me niego a hacerlo pensando en él. Sería como volver a abandonarlo en aquella habitación.

No sé cuánto tiempo paso dando vueltas ni si llego a dormir en algún momento. Solo sé que sigo cansado cuando amanece y que apenas noto el suelo cuando me preparo el desayuno y hablo con mi madre por videollamada. Me pregunta muchas cosas y le respondo a todo, pero no presto atención a nada.

El día empeora en el centro con una pelea y una ventana rota. Al menos no es Hayden, pero Rayner termina con un corte en el antebrazo y yo con el corazón en la garganta al reparar en lo nítidas que se ven las salpicaduras de sangre en el suelo de cerámica blanco.

—Respira, Laurent. —El tono que emplea, así como el chasquido de sus dedos, me hace regresar al mundo y a la habitación. Se me encoge la tripa cuando me acerco para ver la herida—. Parece más de lo que es. ¿Puedes ir a por el botiquín?

Las palabras se me atascan. Le digo que sí con un gesto de cabeza y me siento un inútil cuando él mismo se encarga de cortar la hemorragia. Sara se queda para atender a los del seguro y yo me ofrezco a llevar a Rayner al hospital. Nada más coger el coche y salir

a la carretera, el olor a sangre se me mete en la nariz y me atraviesa una arcada que casi me dobla en dos.

Aprieto el volante e intento no mirarlo, pero su presencia es un chorro de agua caliente sobre la piel. Y luego está esa forma de mirarme y de pronunciar mi nombre.

—Laurent… —dice, y el corazón se me dispara—. ¿Te marea la sangre? ¿Estás seguro de que puedes conducir? —inquiere cuando me detengo en un semáforo—. Puedo hacerlo yo, si quieres.

Niego con un gesto. Abro las ventanas, me remango la camisa y me desabrocho los botones hasta el pecho, al igual que lo hago con el chaleco. Rayner no me quita los ojos de encima, cosa que hago lo posible por ignorar.

—No es la sangre en sí, sino el olor —explico—. La sensación de que no se va a ir con nada. Los recuerdos a veces se van, pero el olor…, eso se queda.

—Podría haber venido solo.

—No seas ridículo. Además, seguiré oliendo la sangre hasta que me duche. Soy… un poco maniático con la limpieza.

—Un poco… —repite Rayner y puedo percibir cómo se le forma una sonrisa—. Tu casa huele fenomenal.

Lo miro un instante. Parece tranquilo, aunque sus ojos están llenos de curiosidad y de… preocupación. Por mí. Es él quien tiene un corte en el brazo, pero soy yo quien le preocupa.

—Casi siempre huele a verduras frescas. Por Vic. Me costó acostumbrarme al principio, ahora me siento raro en casas ajenas. Es absurdo, pero me gusta entrar y que huela a ella. Me tranquiliza. —Me encojo de hombros.

Rayner va a decir algo más, pero Sara me llama para hacerme algunas preguntas sobre el seguro y nos embarcamos en una conversación que continúa cuando nos bajamos en el aparcamiento del hospital y termina cuando él ya ha entrado en Urgencias.

No sé cuánto tarda. Estoy demasiado nervioso dando vueltas por el pasillo y contestando a los mensajes de Dani sobre el camarero nuevo, que parece tener experiencia y ser trabajador pese a no ser nada guapo. Eso último lo ha dicho en un audio larguísimo con un tono de voz muy triste.

Cuando Rayner sale, lleva un apósito que le cubre parte del antebrazo y me cuenta que le han puesto siete puntos.

—¿A dónde vas? Tengo la moto en el centro —me dice cuando tomo el camino arbolado hacia la casa del lago, situado a las afueras de Winter Falls.

—No vas a conducir así.

—Puedo conducir perfectamente, Laurent. Me han curado.

Dios. Esa manera de llamarme, esa voz... Es como si el calor atravesara los centímetros que nos separan, lo cual es absurdo dado el frío que se cuela por las ventanas abiertas.

—Mañana, hoy te llevo a casa.

—¿Vas a quitarme la ropa y a leerme un cuento también? —Resopla—. Por si lo has olvidado, mañana tengo que trabajar.

Ignoro el comentario y me concentro en la carretera oscura y aislada. Kilómetros y kilómetros de verde bajo un cielo lleno de nubarrones oscuros.

—Pasaré a buscarte. Ya lo he pensado todo. Me levantaré un poco antes y podré pasar por el banco y solucionar unas gestiones antes de recogerte. Puedo desayunar cerca del centro y…

—Da la vuelta, por favor.

Lo miro un instante, solo uno. Su expresión es dura y no tengo ni idea de qué le molesta, o quizá sí. Quizá me estoy metiendo donde no me llaman. Quizá debería haberme limitado a llevarlo al centro tal y como me ha pedido. Quizá.

—Rayner, ¿has visto el cielo? Está a punto de llover.

—Te recuerdo que aquí llueve casi todos los días. La lluvia no mata.

No digo nada, pero tampoco hago nada. Continuamos avanzando hacia el mismo destino cuando Rayner da un golpe en el salpicadero con la mano abierta.

—Laurent, he quedado esta noche. Necesito la moto.

Noto un pellizco en el pecho seguido de un clic en la cabeza, como si llevara tiempo encajando piezas y alguien me hubiera arrancado una, haciendo que mi ordenada estructura se cayera a pedazos. Que yo no salga ni haga vida social no significa que él no

la tenga. Se me encienden las mejillas, pero asiento, esperando que vea el gesto porque las palabras se me han atascado en la garganta.

Me siento estúpido. ¿Por qué cojones estoy haciendo planes por mi cuenta? Rayner es capaz de moverse, no me necesita, y yo no necesito más tareas de las que ocuparme.

Soy incapaz de mirarlo cuando me detengo en el arcén y doy la vuelta.

—Gracias —musita y yo decido poner el televisor y comprobar que Vic está bien. Su canto me calma, siempre lo hace.

Pero no está cantando. Está planeando sin parar y gritando con ese tono agudo que me taladra los oídos. Y, dada la forma en que se le retuerce la cresta, intuyo que también se ha arrancado plumas. Ahí están de nuevo las señales. La apatía solo es una de ellas, así como el dormir demasiado o el no querer moverse del suelo ni subirse a las perchas. Pero también hay días en los que la ansiedad le puede, se arranca plumas y no deja de gritar hasta que regreso a casa, motivo por el cual tuve que llevarla al veterinario.

«La soledad no se cura con compañía, Laurent».

Una garra me aprisiona el corazón y me cuesta respirar, concentrarme en la carretera, en la voz de Rayner. ¿Me ha hablado? Eso parece. Solo soy capaz de escuchar los gritos de Vic, la soledad que reconozco porque la llevo dentro y me ahoga.

No me doy cuenta de que hemos llegado y he aparcado hasta que noto la mano de Rayner en el antebrazo y doy un respingo. Me aparto con brusquedad porque no soporto que me toque y salgo del coche. Rebusco en mi lista mental de cosas que tengo que hacer antes de irme a casa. Lo importante es que es jueves y no hay repartos, y que Vic me necesita. Ya estoy pensando en llamar a Dani para que se ocupe del Happy Ending cuando Rayner me vuelve a sujetar.

Su contacto me provoca un estremecimiento que no soporto, porque me gusta y no me gusta y no entiendo lo que siento. No necesito esto. No ahora. No lo necesito nunca. Punto.

—Que no me toques, joder.

—Joder, eso digo yo. ¿Me vas a decir qué cojones pasa contigo? Porque empiezo a estar hasta los huevos de tu actitud de mierda.

—Pues a lo mejor deberías dejarme en paz.

—No te he pedido nada. Ni que me hicieras de salvador ni que me acompañaras al puñetero hospital, ni mucho menos que quisieras llevarme a la casa del lago. No sé qué es lo que se te pasa por esa cabeza, pero deja de incluirme en tus mierdas. No soy parte de ellas.

La vergüenza se desliza como una serpiente pegajosa y noto cómo enrojezco. Dios, cómo me cuesta mirarlo.

—Eso ya lo sé.

—No, no lo sabes. —Rayner está tan cerca que su olor especiado, con un punto avainillado, me lleva de regreso al pasado; al tacto de su piel, su sudor mezclándose con el mío, la calidez—. Dime qué te he hecho, aparte de existir.

Voy a decir algo, pero las palabras mueren antes de salir de mis labios. El silencio es mi balsa, mi refugio, lo único que me mantiene cuerdo en ese mundo de locos en el que vivo.

—Lo siento.

—No es suficiente, Laurent. Empiezo a estar muy cansado de todo.

Observo el centro, a los chicos plantados delante de la puerta, hablando y riéndose como si no existiera nada más allá de este momento. Hubo un tiempo en el que yo era como ellos, un tiempo sin dolor, un tiempo en el que mirar a Rayner era mi momento favorito del día.

—Dime una cosa. ¿Tratas así a todos los tíos con los que te lías o solo a mí?

—No eres especial —se me escapa, ni idea de por qué.

Rayner se ríe. Una risa ronca y potente que me pone la piel de gallina y me cierra la garganta. Me fijo en la dureza de su rostro, en esa barba de dos días que acostumbra a llevar, en cómo aprieta la mandíbula. Los años han caído sobre él de manera tímida y sigue tan guapo como lo recordaba, con la diferencia de que su sonrisa ahora solo es una mueca torcida. Su sonrisa es para todo el mundo menos para mí. Eso me llena de tristeza, porque es culpa mía. Puede que mi corazón esté defectuoso, que el tablero que es mi vida haya saltado por los aires, pero él no se merece esto.

—Eso ya lo sé —replica, y su voz parece un eco de mis palabras.

Creo que va a decir algo más. Es lo que parece. Hay tanto en Rayner, tantas palabras…, pero lo único que hace es menear la cabeza y dirigirse al interior del centro. Y yo me quedo ahí, con la sensación de haber regresado al pasado.

No vuelvo a verlo, aunque lo busco, y ya se ha marchado cuando termino de ponerme al día con el trabajo y regreso a casa. Con Vic.

En cuanto me ve entrar en la jaula, planea hacia mí con un «Loooren» que me llena los pulmones de aire. Tanto tiempo sin respirar… Tanto… Solo necesito esto. Mi casa, el canto de mi ninfa, el cariño de mi ninfa, este olor que se me mete dentro y consigue que mi mundo encaje. Cómo un lugar tan pequeño, acompañado de una criatura diminuta, puede hacerte sentir libre es algo que cuesta entender, pero incluso la libertad es una cárcel cuando no sabes cómo moverte, ni a dónde ir, ni qué hacer con ella.

Nada queda de la Vic que gritaba y gritaba para que regresara a casa. Nos recargamos de vida y enseguida la tengo en mi hombro, llenándome de besos y restregándose la cresta en mi cuello mientras me llama y me llama y yo me río y me río. Lo demás puede esperar, el pasado no importa, el dolor apenas pesa cuando tienes los pulmones llenos de vida.

CAPÍTULO TRECE

Laurent



«Buscar el calor en abrazos vacíos produce un alivio momentáneo
que se torna frío helador».
Howl

Todo empieza por una llamada.

Dani.

Algo sobre el camarero nuevo. Lo escucho como si tuviera los auriculares y alguien me hablara de fondo. Todo es ruido y un murmullo sin sentido. Vic canta y vuela de un lado para otro de la cocina. Sus movimientos son los de siempre, pero algo ha cambiado. Canta más alto, más rápido, con más… estridencia. Como si tuviera prisa por llegar a alguna parte. Eso me irrita y me encoge el corazón. Odio esa sensación, porque ya la he sufrido. Vivir con prisas, con un pie hacia delante, a punto de echar a andar. Lejos, siempre lejos. Me aterra la posibilidad de que Vic quiera irse, de que estar a mi lado no sea suficiente. Porque eso es lo que le pasa: yo no soy suficiente. Lo que siempre, siempre, me lleva a pensar en que ella tampoco lo será para mí, que esta vida que he construido solo es un bonito decorado, pero que, desde fuera, es como ver una película antigua y descubrir que se han dejado micros colgando en

alguna escena. La mentira está ahí, a la vista de todos, y nadie se la cree, ni siquiera uno mismo.

Cuando las ninfas están tristes no siempre pierden las ganas. A veces parecen más… ansiosas, y estresadas. Así había amanecido Vic ese sábado, como si el sueño no le hubiese hecho efecto. Y así continúa a lo largo del día. También come menos. Se acerca al trozo de manzana que he dejado a mi lado y lo picotea con rabia. Nada más. Pienso en la posibilidad de escribirle a la veterinaria, llevarla a Urgencias, pero es absurdo cuando ya sé lo que me va a decir. Y no sé cómo sentirme al respecto, ni qué hacer. Ni siquiera puedo enumerar una lista con posibles soluciones como hago con cualquiera de mis preocupaciones diarias, como los problemas con los camareros del Happy Ending u otros más graves relacionados con los críos del centro. No. Porque se trata de Vic, porque es más que una mascota, porque es… familia. La única que ahuyenta mi soledad.

—¿Me estás escuchando? —La voz de Dani se filtra entre el ruido de fondo que es mi mente en ebullición—. Esto se va a llenar y no daremos abasto.

No. No lo estoy escuchando, pero a estas alturas creo que sé diferenciar cuándo Dani me toma el pelo de cuándo se preocupa de verdad, y parece que esta vez me necesita. Además, no me cabe duda de que me lo repetirá amablemente cuando llegue al *pub*. Más de una vez, seguro, y con ejemplos muy… visuales.

—Sí, Dani. Acuesto a Vic y voy.

—¿Estás bien?

No.

—Intento cenar, pero no me dejas con tanta pregunta.

El resoplido de Dani me saca una sonrisa, muy a mi pesar. Intento tragarme la bola de raviolis al pesto que tengo en la boca, pero el hambre se ha ido a saber dónde, el plato parece cada vez más lleno y mi estómago cada vez más pequeño.

—Si me respondieras a algo, a lo mejor acabaríamos antes.

«Si supiera qué responderte, también», me digo a mí mismo, que no a Dani. No tengo ganas de escuchar lo que sea que me diría si me atreviera a desnudarme delante de él, y no de manera literal.

Mi amigo habla y habla y pregunta y pregunta, pero solo escucho un aleteo atravesando la isla de la cocina y la sensación de mis dientes masticando una masa que no me sabe a nada.



Al final, resulta que el camarero consiguió llamar a la grúa y que alguien lo trajera hasta el *pub*. Por lo visto, el coche se le había roto en la pequeña ciudad de Eeriewood, la más cercana a Winter Falls, y no sabía cuánto tardaría en regresar.

Ya que estoy aquí, aprovecho para ponerme al día con la contabilidad del *pub* y, cuando me quedo sin saber qué hacer, me siento en la barra a beber. Ni siquiera me doy cuenta de que lo hago hasta que me río de los chistes malos de Dani y el mundo me parece un lugar menos… gris.

Entonces aparece él y todo se va a la mierda. Entonces aparece él y lo ignoro, o hago que lo ignoro, porque lograrlo se me da de pena. Entonces aparece él y desaparece en cuestión de… ¿minutos? ¿Horas? Qué más da. El tiempo es eso que pasa entre *whisky* y *whisky*.

En algún momento, Dani se sitúa a mi lado y se limita a mantener los brazos cruzados, a dar golpes en la barra con los dedos como si tocara un instrumento, y a beber conmigo, eso también. Iniciamos una guerra de intentar quitarle el vaso al otro.

Se ha ido con Cam. Lo he visto, Dani lo ha visto, todos lo han visto. Qué más da. No tiene por qué importarme, ni dolerme, ni causarme esta punzada en el pecho que me impide respirar. No.

—¿Vas a dejar de beber? —El pelo de Dani me acaricia el cuello cuando me empuja para quitarme el vaso.

—No.

—Se supone que eres el responsable de los dos.

—Lo soy —aseguro, pero la voz me tiembla y eso me hace mucha gracia.

Me río y Dani se ríe, porque es incapaz de no hacerlo incluso cuando está preocupado.

—Deberías encargarte del nuevo, creo que está discutiendo con el de la esquina.

Es mentira, en realidad solo hablan, pero Dani mira igualmente y a mí me da tiempo de quitarle el vaso y vaciarlo en mi garganta.

—Eso es trampa —se queja mi amigo, haciendo un mohín—. Te voy a denunciar al jefe.

—El jefe hoy no trabaja y te exige que atiendas bien a tu cliente. Es especial.

—El jefe no tiene nada que decir. Y ya sé que es especial, por eso tiene que dejar de beber.

—No puede, está celebrando.

—¿El qué?

Buena pregunta. Intento recordar qué fue lo último que celebré y se me viene a la mente una tarta de naranja, la favorita de Hayden. Lo recuerdo con los mofletes inflados mientras intentaba explicarle que si seguía comiendo así le dolería la barriga. No me hizo caso, por supuesto, a mí nunca me lo hacía. Solo se divertía. Éramos colegas. Y su padre… estaba demasiado ocupado como para fijarse en él. Nuestra particular fiesta de cumpleaños duró todo el día y él solo apareció por la noche, cuando Hayden ya se había dormido. Ese día hubo risas, celebración, pero también gritos, golpes en la pared y un portazo que me sigue despertando las noches en las que consigo agarrar el sueño. Si la vida es una larga cadena que se enreda y se enrosca en personas, la cadena que nos unía a Austin y a mí se rompió aquella noche. Ese día fue el principio del final de una relación que se había alargado demasiados años. Cómo el amor puede acabar tan desgastado es algo que aún no logro entender. Pero cuando llega el dolor lo hace con una fuerza capaz de borrar todo lo demás. Así es el dolor, un golpe a puño cerrado, rotundo y certero.

No sé qué dice Dani. Me río cuando se ríe y asiento cuando habla, pero no entiendo nada. Hoy no quiero entender. Solo quiero sentir, sentir, sentir. Llevo demasiado tiempo anestesiado, viviendo

sin vivir. Y es increíble que el alcohol despierte algo que me he esforzado en mantener dormido. ¿No debería ser al revés?

—¿Puedes cansarte de tu dolor? —le pregunto a Dani o a cualquier alma perdida que pase por allí. Me consta que hay muchas. Mi amigo enarca las cejas y va a decir algo, pero no le doy tiempo—. Sí, puedes. Desde luego. Eso me pasa, eso soy. Un turista vagando por calles que ya se sabe de memoria, aburrido, cansado de todo.

—Laurent, querido, me estás preocupando. ¿Has comido? —Alcanza un paquete de anacardos y me llena un cuenco—. Come un poco.

No contesto. Me sirvo otro *whisky*, esta vez del caro, del que me tumba, del que no me provoca la misma resaca que el vino o la cerveza. Mañana es domingo, no tengo que madrugar y tampoco tengo ganas de excursiones. Solo quiero dormir, dormir, dormir.

—Me gustaría parecerme a ti —confieso, y, esta vez sí, la preocupación de Dani es más que evidente. Hasta coge una silla y se sienta conmigo, haciéndoles un gesto a los camareros que ocupan la barra para que se encarguen de todo—. Eso fue lo que pensé cuando te contraté. Te vi con tus tacones y ese collar llamativo y esa sonrisa. Todo fachada. Sé reconocer el dolor, ¿sabes? Y tú estabas hasta arriba de él. Aun así, sonreías. No como yo, que solo me dedico a estirar los labios. Brillabas. Estabas tan lleno de luz… —Suspiro hondo—. Por eso me pegaba a ti y dejaba que me mangonearas.

—Venga ya. Soy tu mejor empleado. Soy el esqueleto del Happy Ending.

—Lo cierto es que sí. —La sonrisa que le dedico la siento en el pecho—. Haces que esto parezca un hogar, aunque no sea más que una jaula.

—¿Qué quieres decir?

—Que Winter Falls no es mi hogar, pero tú haces que lo parezca.

—Laurent, de verdad que deberías dejar de beber. —Intenta quitarme el vaso; otra vez. No lo dejo. Quiero seguir aquí, llenarme el cerebro de brumas, quiero no pensar—. Y también creo que necesitas follar —declara con voz solemne.

A estas horas de la noche, el local se ha llenado, los sillones morados pegados en hileras a los lados de la pared están ocupados, así como las mesas repartidas por el local, y en la pista hay tanta gente que apenas distingo más allá de una masa de cuerpos que se mueven como las olas en un mar embravecido. Las luces salpican aquí y allá, y un grupo toca en el escenario. Son buenos, o eso creo. La cantidad de gente que llena el local es prueba de ello, los camareros que hemos tenido que contratar como refuerzo también.

—No, no lo necesito. El sexo no quita el dolor, Dani. Solo lo adormece de forma muy breve.

—¿Cómo de breve? Querido, si practicaras más, seguro que durarías más. Todo es cuestión de práctica, o de acudir a un médico, ya sabes. —Debo poner mala cara, porque agrega—: Vale, vale. Nada de médicos; no de ese tipo. Necesitas algo que te ayude a relajarte y… No me mires así, esto es muy serio. Un masaje no te vendría nada mal. En la espalda o en la polla, que de esos también hay. Masajes con final feliz, ya sabes. Puede que la felicidad que venden no dure demasiado, pero te ayudaría a dormir, que tienes pinta de no hacerlo mucho. ¿Quieres un poco de kohl? Mi Thor se lo suele poner cuando no duerme y está sexi que te mueres con él.

Lo ignoro. Cuando se pone en ese plan es imposible. Dani se levanta para advertirle al camarero nuevo sobre algunos clientes problemáticos que acaban de entrar y regresa con más comida, esta vez una bolsa de patatas que abre y coloca delante de mí. El olor me provoca una arcada y tengo que apartarla para no potar el alcohol que llevo encima.

—¿Qué opinas del amor? —le pregunto, y entonces comprendo que he hablado de más. Munición para Dani. Mierda—. Olvídalo, ya sé lo que opinas.

—Ah, ¿sí? Bueno, pues entonces dime qué opinas tú. Me interesa mucho. Nunca me hablas de nada intenso, y las intensidades son mi especialidad, ya lo sabes.

Dani le da un sorbo a mi bebida y me quedo mirando el borde, la humedad con la forma de sus labios. Esa imagen me envuelve, igual que el olor de las patatas, que parece impregnarlo todo, o el sudor

que flota en el ambiente, o la suciedad que se acumula donde están los vasos usados…

No sin esfuerzo, aparto los pensamientos intrusivos de mi cabeza, a ese Laurent que solo se relaja con el olor a desinfectante, a limpio, a olvido. Porque eso es la limpieza para mí, una suerte de olvido, una manera de borrar huellas, pasado.

—No tener prisa —musito.

—¿Qué?

—Eso es el amor. No tener prisa. No querer irte a ninguna parte, tirar el puto reloj contra la pared. Perder el tiempo y sentir que no lo pierdes en absoluto. Volverte loco. Eso es el amor.

Dani me mira, conmocionado.

—Entonces, ¿te has enamorado?

Me descojono, quizá por la cara de mi amigo, por esa voz llena de tantos matices, tanta ansia por saber. Siempre ha sido así con él, desde que lo llevé a mi casa y empezó a buscar en las paredes huellas de un amor perdido, una prueba de por qué soy como soy. Dani me ve, aunque me esfuerce en esconderme.

—¿De qué cojones crees que estoy hecho?

—Espera, ¿ya estás borracho? —Se me acerca tanto para olfatearme que su nariz me acaricia los labios.

Lo empujo con suavidad.

—No, Dani. Pero dame unos minutos.

—Nunca dices tacos, o casi nunca.

Me encojo de hombros. Él entrecierra los ojos, se muerde el labio y juguetea con las pulseras que tiene en la mano.

—¿Estás enamorado de Howl? —pregunta bajito, como si fuese una pregunta tonta pero no pudiera contenerla.

Me atraganto con el *whisky* y toso tanto que Dani me da palmaditas en la espalda.

—Vale, vale. Si ya sé que Howl lleva poco por aquí, pero como es un mago y parece que sabe usar su varita…, y la tuya está tan oxidada… Es fácil enamorarse cuando te dan un poco de cariño.

Sé que no lo pretende, pero sus palabras me empujan hacia un precipicio y soy incapaz de aferrarme a nada. No puedo. ¿Es eso lo que me pasa? Llevo años encerrado en las semanas que viví con

Rayner, viviendo sin vivir en un bucle en el que todo acaba de la misma forma. Puedes soñar con tener algo, pero la realidad siempre llega, la realidad te hace caer hasta aplastarte. La realidad es esta.

Y entonces me doy cuenta. Lo sabe. Dani lo sabe.

—Así que te lo ha contado. —Me sirvo otro vaso y lo fulmino con la mirada cuando intenta quitármelo—. ¿Qué te ha dicho?

—No lo suficiente. Ni siquiera me ha hablado de tu martillo, y fue lo primero que le pregunté. ¿Qué? Me interesa mucho. Digamos que mi sueño depende de saberlo.

El golpe del vaso le hace dar un respingo. Me levanto y enseguida me tengo que volver a sentar. Mierda.

—Laurent…

—Solo fue un polvo —suelto con mucha rabia y mucha melancolía también; Rayner no tiene la culpa de que me duela—. Bueno, tres.

—¿Por eso estás así? ¿Por eso has empezado a beber a lo bestia cuando se ha ido con ese tío? Sabes que tengo más experiencia que tú, ¿verdad? Me doy cuenta de esas cosas.

—Ni siquiera me conoces.

—Eso es verdad, y al mismo tiempo no lo es. —Mi amigo se aparta el pelo a un lado—. Te conozco, aunque te empeñes en que no lo haga. He ido escarbando. La amistad funciona como el amor, siempre va en doble sentido. Estuviste ahí cuando más necesité a un amigo, cuando pensé que no tenía a nadie, y quiero que sepas que estaré aquí cuando me necesites. Y ahora me necesitas, así que deja de empujarme. Peso más que tú y no tengo ninguna prisa.

—No pesas más que yo —replico.

—Mi personalidad lo hace, así que te callas.

Me río. También suelto un suspiro hondo y me dedico a observar los dos dedos de *whisky* que quedan en el vaso.

—¿Qué te contó?

—Que desapareciste. Y no me extrañó. A veces creo que no estás. O sea, sé que estás, pero también sé que no.

Le clavo la mirada.

—¿Crees que estoy perdido?

—¿Lo estás?

Me encojo de hombros, pero no contesto. No quiero, ni puedo, hablar de cómo me siento. Sería como arrancarle el corcho a una botella de champán que alguien se ha dedicado a agitar durante cinco puñeteros años.

—No es malo estar perdido, ¿sabes? —dice Dani—. Digamos que es casi un derecho. Nos viene de serie, como una tarjeta que nos dan al nacer. —Levanta los dedos y comienza a enumerar—: Estar perdido, tener miedo, sentir mucho. Son derechos. Lo importante es querer dejar de estar perdido. Es la única manera de que los demás te encuentren y el camino se haga menos aburrido.

—Dani, estás procrastinando. Se supone que necesitabas un camarero y que por eso estoy aquí —le recuerdo, solo para que se vaya. Quiero seguir un poco más aquí, en esta esquina de la barra, ver sin que me vean.

—¿Y qué? Para una vez que tenemos un camarero competente que hace el trabajo de dos... —Me mira con intensidad—. ¿Te llamo a un Uber?

Niego con un gesto de cabeza.

—Iré andando. Necesito despejarme.

—¿Pastel de verdura y cine en tu casa mañana? —propone con una sonrisa de dientes torcidos que lo hace más atractivo si cabe.

—Te diría que no es necesario, pero como lo vas a hacer igualmente…, prepararé algo para acompañar. Y me toca elegir peli —añado con rotundidad.

La sonrisa de Dani brilla más que las bolas de discoteca.

—Hecho.

CAPÍTULO CATORCE

Laurent



«Nunca miento y nunca hago promesas que no voy a poder cumplir».
Howl

Crac. Crac. Crac.

«Todo es mucho más difícil cuando es real. Es entonces cuando te ahogas». Por qué no dejo de darle vueltas a la dichosa frase es algo que no comprendo. O sí. Quizá lo comprendo demasiado bien. Leer *It* (otra vez) tiene ese efecto sobre mí. Vuelvo a ser un crío, un adolescente curioso, un adulto que quiere comerse el mundo, un alma anciana y cansada. Todo a la vez.

Por qué le sigo dando vueltas a la frasecita mientras distingo la sombra de Hayden pasar por delante de mi despacho es algo que tampoco comprendo. O sí lo comprendo, y quizá sea ese el problema.

Intento concentrarme en la pantalla del ordenador, en la lista de quienes acudirán a la acampada que solemos organizar un par de veces al año para acercar a los chicos, así como en las tareas que aún tengo pendientes. Levanto la vista cuando los pasos se detienen justo delante de la puerta. Casi puedo sentir su presencia, su fuerza, sus ganas. Me pregunto cuánto tardará en decidirse. Siempre ha

sido así, desde niño. Cuando su padre lo reñía o lo castigaba, venía a mí. Me rondaba, hablaba por los codos, jugaba conmigo a cualquier cosa que se le ocurriera sobre la marcha. Me gustaban esos momentos con él. Solo cuando se sentía seguro se atrevía a pedirme lo que necesitaba. Nuestra relación era un juego de mesa y Hayden se encargaba de colocar las fichas y elegir su turno. Yo… me limitaba a esperar. Como ahora.

Solo que ahora es distinto.

Ahora no hay confianza, ni comunicación. Tampoco cariño, supongo.

Crac. Crac. Crac.

Apunto en la agenda lo de hablar con Rayner para arreglar las tres baldosas mal pegadas en el suelo. Me levanto. Vuelvo a sentarme. Me digo que tengo que esperar, darle tiempo. Pongo música. La quito.

La dichosa frase se reproduce en mi cabeza en un bucle sin fin. Y es que tengo miedo. De lo que pueda decirme, de que le pase algo. De todo.

Crac. Crac. Crac.

Me remango la camisa hasta los codos y me desabrocho los dos primeros botones. Hoy no llevo chaleco. Intento concentrarme en algo, pero las letras comienzan una danza que no logro seguir. Dani me escribe y me manda fotos de distintas partes del cuerpo, del suyo y del de su novio. Su gran afición: capturar el paso del tiempo en la piel. Le respondo algo, pero no presto atención a nada. Vuelvo a levantarme. Y a sentarme. Estoy a nada de volverme loco cuando por fin, por fin, abre la puerta.

Y ahí está él. Cabeza bien alta, ojos ocultos con la gorra de turno, vaqueros rotísimos. Ni siquiera me saluda cuando se pone a dar vueltas por la estancia, fijándose en las fotos que hay repartidas por toda la pared.

Me relajo, o lo intento. Me digo que ya he hecho esto, me digo que puedo. Puedo. Claro que puedo. Está confiando en mí, no puedo fallarle. Lo ignoro, porque ese es el juego. Sigo con la lista. Mando a imprimir autorizaciones. Le pido a Sara que se ocupe de los permisos.

—No tienes fotos suyas. —Desliza los dedos por una foto antigua en la que salimos los dos soplando las velas en su cumpleaños porque se empeñó en que no quería hacerlo solo.

Se me encoge la tripa. No se habla de él. Nunca. Jamás.

«Todo es mucho más difícil cuando es real. Es entonces cuando te ahogas».

No. No. No.

—¿No tenías un pantalón más roto? —pregunto sin mirarlo, solo para desviar la conversación—. Ya puestos, podrías haber venido en calzoncillos.

—Que tú te hayas peleado con la moda no quiere decir que todos lo hagamos.

—¿Eso es moda? —Enarco las cejas—. Por Dios.

—¿Por qué siempre cambias de tema? —Le da un toque al marco con el índice—. Estás aquí por él.

Meneo la cabeza. Es la primera vez que me habla así y no tengo ni idea de cómo encajarlo. Sé contrarrestar sus desplantes, sus gruñidos y esa manera tan brutal que tiene de ignorarme, pero que me hable de él con tanta naturalidad…

—Eso no es verdad. —Y no lo es; no del todo—. Llevo el centro, estoy por todos esos chicos, y también por ti.

—Estás aquí por él —repite—. Crees que te necesito, pero no es verdad. No eres mi padre, no eres nadie. Joder, ni siquiera lo eras para él.

Ignoro el último comentario, aunque me duele. Y quizá porque me duele lo esquivo con facilidad. Cuando estás hecho de dolor, te conviertes en un experto en el arte de esquivar.

Apoyo los codos en la mesa y me inclino hacia delante.

—Tienes toda la razón, no soy nadie. Y ahora suéltalo.

Él baja la gorra, se le tiñen las mejillas y hace esa mueca con la boca de querer y no querer hablar al mismo tiempo.

—No hay nada que soltar —dice con tono de aburrimiento.

El despacho es amplio, aunque está vacío salvo por las fotos, mi escritorio, varias estanterías y el mueble archivador pegado a la pared de la derecha. La izquierda la ocupa una ventana enorme que deja ver el patio trasero y los fresnos dispersos que rodean los

jardines exteriores, así como el roble pegado a la entrada. Hayden convierte el despacho en su pista particular y empieza a dar vueltas, mira fotos, observa mi mesa; todo a la velocidad del rayo. Me siento tan frustrado que me mareo.

—Hayden...

—Es una tontería.

—¿Por qué siempre te vas por las ramas cuando quieres pedirme algo? Ya no tienes seis años. Pídelo y ya está.

—No te iba a pedir nada. —Enrojece a lo bestia.

Me echo hacia atrás en el asiento y me dedico a mirarlo.

—Pues vale.

—No es por mí —dice bajito, deteniéndose junto a la ventana con la vista fija en los chicos que se sientan al pie de uno de los árboles para comer.

—Lo sé, no me necesitas. Por eso me preocupa. ¿Le ha pasado algo a alguno de tus amigos? ¿Es eso?

Hayden gira el cuello y se me queda mirando con esa extraña expresión que siempre ponía cuando lo dejaba sin palabras.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no estarías aquí si no fuera importante.

—Es Connie. —Se quita la gorra y se la vuelve a poner—. Está muy rara. No quiere volver a su casa nunca y yo… No me lo quiere decir. Lo he intentado, pero me da largas o cambia de tema o se cabrea.

Suspiro hondo, en parte aliviado porque no es él por quien debo preocuparme. Y es absurdo y egoísta, pero no puedo no sentir a este chico como mi familia.

Me incorporo en el asiento.

—Connie —repito al tiempo que busco entre las carpetas del ordenador. Vive en una caravana con su madre y sus dos hermanos pequeños, de cinco y siete años. Lo sé porque es uno de los hogares donde entregamos las comidas—. ¿No te ha dicho nada de nada?

—No. Solo sé que su madre se ha echado novio y que ella lo odia y que nunca quiere volver a casa.

Trago saliva. No me gusta cómo suena. Nada de nada.

—¿Y sus hermanos?

—Los trae con ella cuando quedamos. —Se encoge de hombros —. Los llevamos al parque y esas cosas.

—¿Has visto algo raro en ellos?

Hayden niega y yo vuelvo a suspirar.

—Me refiero a signos de maltrato y ese tipo de cosas.

—Sé a lo que te refieres. —Su tono de voz deja claro lo mucho que le desagrada la sola idea de pensarlo.

—¿Te gusta esa chica?

No contesta. El rubor en sus mejillas es respuesta suficiente.

—¿Qué quieres que haga? —pregunto con cautela—. Si hay indicios de que ocurre algo grave, tendré que contactar con los servicios sociales y…

Me paso una mano por el pelo como si por un segundo me hubiera olvidado de que lo llevo peinadísimo hacia atrás, como si fuera ese joven despreocupado de antaño; o preocupado, en este caso, y no tan joven. Hayden me mira como si fuera un marciano, quizá porque no me apresuro a recolocármelo.

—Te lo estoy diciendo a ti. Conozco el procedimiento. Si quisiera llamar a los servicios sociales, lo habría hecho yo.

Suspiro.

—No puedo presentarme en su puerta sin más. Lo sabes, ¿verdad?

—¡Solo quiero saber que está bien! Yo…

Se queda callado. Sé cuánto le cuesta esto, así que asiento.

—Hoy toca reparto. Su casa está en la lista. Podría pasarme a saludar.

Los ojos le brillan, de alivio, de esperanza.

—No le dirás nada a nadie, ¿verdad? No quiero que se meta en problemas por mi culpa.

—Sabes que no.

Asiente, sin más. Luego se va y yo me quedo ahí pensando en ese «estás aquí por él», que se difumina con el «Todo es mucho más difícil cuando es real. Es entonces cuando te ahogas», y ambas frases empiezan a mezclarse y a repetirse en bucle en mi cabeza.



Rayner no me hace demasiadas preguntas cuando le explico la situación y decido dejar el parque de caravanas para el final. Entro solo mientras él entrega las comidas en otras casas; por llamarlas de alguna manera. Este parque es bastante precario. Lo crearon bajo un nombre tan engañoso como «parque móvil Encanto», pero de móvil no tiene nada porque todas las autocaravanas son prefabricadas y estáticas, y de encanto tiene poco. Pero es el hogar de muchos y la inmensa mayoría de sus residentes se gana la vida de forma honrada.

Entro con el corazón acelerado y salgo con la sensación de estar a punto de caer en alguna parte. Porque tendré que contarle la verdad a Hayden. Seré yo, su persona menos favorita en el mundo, quien le explique lo que sucede.

No me doy cuenta de que Rayner me sigue cuando me derrumbo contra el tronco de un árbol. Me dejo caer sobre la tierra sin pensar en la suciedad ni en nada más que los latidos de mi corazón acelerado.

—Eh, ¿qué sucede? —Se agacha para mirarme mientras yo me empiezo a desabrochar los botones que había vuelto a colocar pulcramente en sus ojales. Me cuesta respirar. Es como si la ropa me apretara y no soportara el tacto de la tela—. ¿Qué has descubierto?

Elevo la vista y me pierdo en la profundidad de los ojos de Rayner; oscuros, pero también brillantes. El perfecto Howl.

—No hay padrastros maltratadores ni nada de eso. Solo se van.

—¿Cómo que se van?

—La madre de Connie consiguió un trabajo en Londres, en la empresa de su novio. Es cierto que tiene novio, pero es un buen tipo.

—No lo entiendo.

—Se va, Rayner. Y ella no se quiere ir. Por eso está rara, porque no se lo quiere decir a Hayden. Y sí, es una tontería de

adolescentes, pero soy yo quien le tiene que dar la noticia. Y es una mierda, porque ya me odia.

Rayner se sienta a mi lado. Su calor me envuelve; también su olor. Nos quedamos en silencio mientras el sol termina de caer en el horizonte. El despliegue de colores desde aquí es una mezcla de naranja, cobre y amarillo. Apenas hay nubes hoy, pero el tiempo sigue siendo fresco. Y es como volver al pasado, a esos días en los que terminábamos de trabajar y nos sentábamos a tomar el aire y hablar de todo y de nada. El tiempo se estiraba y nosotros nos quedábamos enredados en él. Fueron dos semanas, pero duraron una eternidad. Es curioso cómo los recuerdos se miden en emociones y no en tiempo, y cómo uno puede sentir más en horas que en años. Supongo que es algo que, si no vives en persona, no crees. Y, a veces, cuando sí lo vives, no lo quieres creer.

—Puedo decírselo yo, si quieres —propone.

—No puedo hacer eso. Le hice una promesa, ¿entiendes?

—Solo se va a Londres. No es que no vayan a volver a verse nunca.

—Tienen quince años. La distancia mata cualquier cosa a esa edad. Y ninguno tiene medios para… En fin. Me alegro por la familia de Connie. Necesitaban esto, salir de aquí.

«Del estancamiento», pienso. Estaban estancados. Como yo. Estoy estancado.

Los sonidos de los alrededores —ramas que crujen, animales que gimen, voces que van y vienen entre las caravanas— se mezclan con el ruido frágil de nuestras respiraciones.

—Te importa mucho —musita Rayner.

Y no le contesto porque «Todo es mucho más difícil cuando es real. Es entonces cuando te ahogas», y yo ya llevo demasiado tiempo en el fondo, aguantando la respiración.

—¿Qué te hizo dedicarte a esto? Te conté mis motivos, pero tú nunca me hablaste de los tuyos —me pregunta con voz suave, sabiendo que su anterior afirmación no tendrá respuesta por mi parte.

Cojo aire y lo suelto despacio. El calor me trepa por la piel, así como el escalofrío al sentir cómo nuestras pieles se rozan cuando

bajo la mano para limpiar con poco entusiasmo una mancha de tierra del pantalón.

La respuesta es demasiado sencilla, aunque no lo sea en absoluto.

—Mi primer amor —contesto—. Fue… platónico. Por aquel entonces vivíamos en Brighton, por el trabajo de mi padre. Lo veía todos los días sentado en el portal al lado de la tienda donde iba a comprar chuches o cualquier tontería antes de quedar con mis amigos. Era mayor y me parecía el chico más guapo del mundo. Y peligroso. Siempre tenía alguna herida y me lo imaginaba como el protagonista de una película de bandas callejeras o algo así. Pero la realidad era más fea. Un día llegué y... —Entrelazo los dedos solo para hacer algo con las manos—. La zona estaba llena de policías y había una ambulancia. Nunca volví a verlo. No supe si sobrevivió o no. Fue su padre, ¿sabes?

Lo miro a los ojos. Sé que fue uno de esos niños maltratados por sus padres, quizá no físicamente, pero sí de manera psicológica, y que eso lo había llevado a marcharse de casa cuando aún era un crío. Sé que abandonó su vida, a sus hermanos, a Dani, y que aún estaba intentando limar con él y con Taylor un dolor que el tiempo había convertido en una costra muy fea y desagradable.

Rayner no me interrumpe, solo me mira y me hace una señal de asentimiento con la cabeza para animarme a seguir.

—Esa noche me senté a cenar con mis padres y lloré. No podía tragar nada. Lloré y lloré y, cuando se me acabaron las lágrimas, les conté que me gustaban los chicos. Y también lo que había pasado. No entendía que existieran padres así, que pudieran hacerles daño a sus hijos. En la burbuja en la que vivía, yo… creía que esas cosas solo pasaban en los libros de Stephen King. No era tonto y a veces veía las noticias, pero nunca asocias nada de eso a personas reales. No te imaginas que una cosa tan horrible le pueda pasar a alguien de carne y hueso.

No sé en qué momento he empezado a frotarme la mancha del pantalón que no se quita, pero Rayner me sujeta la muñeca con suavidad y me da un ligero apretón que me provoca un

estremecimiento y consigue que los cinco años que llevo reteniendo se me caigan encima. Me ahogo en recuerdos.

Aparto la mano, la mirada, y flexiono las rodillas en un intento por contenerlo todo; por contenerlo a él.

—¿Qué te dijeron tus padres?

Cojo aire y lo suelto despacio.

—Hablaron de muchas cosas. Cosas de adultos de las que nunca hablábamos. Me sacaron de mi burbuja. Tarde, claro. Tenía trece años. Ya no era un niño. —Me rasco la cabeza y me meto el mechón de pelo por detrás de la oreja—. Lloré un poco más. Ellos me pidieron perdón por ser protectores, creo. No recuerdo bien esa noche. Pero sí recuerdo que me sentí agradecido. Nunca le había dado importancia a lo que tenía. Mi padre no era perfecto, pero jamás me maltrató. Y mi madre… es todo lo que tiene que ser una madre. Tuve suerte.

—Me contaste que tu padre se había marchado de casa.

—Sí, pero eso fue más tarde. Ahí ya estaba más que concienciado de que nada era perfecto. Sentir el abandono de cerca te hace ver la vida de una manera distinta. —Coloco la mano sobre la mancha solo para no verla y ahí la dejo—. Pero su marcha no me causó ningún trauma. Cabreo sí, y fue más al principio; luego la rabia se mitigó. Después de todo lo que he visto, creo que es mejor que te abandonen a que se queden y conviertan tu vida en un infierno.

Rayner suelta una risa amarga.

—Es cierto. Aunque necesitas madurar mucho para verlo con esos ojos.

—Supongo que lo hice. O a ese respecto, al menos. Ojalá a todos los que pasan por algo así les viniera ese conocimiento de serie, como el airbag en los coches. La herida que la falta de amor de un padre puede causar en un crío… —No acabo la frase, porque me doy cuenta de lo que estoy diciendo y no necesito ir por ahí—. De eso sabes más, perdona, no sé por qué te estoy contando esto a ti.

Rayner me da un empujón suave con el hombro.

—¿Qué más?

—¿Perdón?

—Los motivos que te han traído hasta aquí, aparte del chico ese. Hay más.

—El chico fue mi motivo principal. Ryan, se llamaba así —explico—. Me lo dijo el señor de la tienda. Volví a ese portal muchas veces, físicamente y en mis pensamientos. Sobre todo en mis pensamientos. Lo hacía a medida que crecía. Con mis primeras experiencias, con los rollos de una noche y con las relaciones más duraderas. Yo… siempre pensé en él. Quizá porque fue el primer chico en el que me fijé. No dejaba de pensar en si estaría vivo y en cómo serían sus primeras veces, si había encontrado un poco de esperanza. No sé. Es estúpido. Pienso en él a menudo. Quizá nunca deje de hacerlo —admito, y me trago la bola de recuerdos que se me acumula en la garganta—. Hubo muchos chicos así. No pude ayudarlos, claro. Era joven y no tenía los medios. Después…

—¿Hayden? —pregunta Rayner—. ¿También sufría algún tipo de maltrato?

—No —me apresuro a afirmar, pero, tras una pausa, suspiro y añado—: Pasaba mucho tiempo solo. Supongo que es una forma de maltrato. Leve, comparado con la lucha diaria por tu vida, pero triste y desalentadora. Desmoralizante. Te va mermando la ilusión día a día. A él pude ayudarlo durante un tiempo, hasta que dejé de hacerlo. Ahora… —Suelto una risotada amarga—. Ni siquiera me soporta.

—No creo que sea tan simple, Laurent.

Se me pone la piel de gallina y noto cómo se me encienden las mejillas. Su voz, mezclada con la calidez de su aliento en mi mejilla y lo mucho que siento cada vez que me toca, es… como si llevara años muerto y mi cuerpo empezara a reaccionar a la vida. Odio sentirme así y no quiero dejar de hacerlo nunca. ¿Tiene puto sentido? Sí y no. Pura contradicción. Dios.

—Me odia —musito.

—No seas tonto, si lo hiciera no estarías aquí. Es un adolescente. Odia a su propia sombra. Y tú… Bueno, tú le haces caso. Sabe que puede contar contigo, y lo hará cuando lo necesite. Eso lo hace sentir vulnerable. Y odia ser vulnerable, la idea de necesitarte, ya sabes. Y, a la vez, la seguridad de tenerte… Es complejo, supongo.

Me atrevo a mirarlo a los ojos y mi corazón se salta tres mil latidos cuando nuestras narices se rozan.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto, apartándome con rapidez.

—Porque hubo un tiempo en que fui como él. Sentirse vulnerable es una experiencia de mierda. La inseguridad, el creer que no eres suficiente. Tuve que huir como un cobarde, pero quería sentirme fuerte. Traté de ser autónomo y me alejé de personas importantes para mí; muy importantes. Empecé a odiarlas, a empañar su recuerdo, porque pensar en ellas me hacía débil. Y yo era fuerte. —Ahora es él quien se ríe con amargura, dándose un golpe en el pecho en un gesto burlesco que me encoge el corazón por él, por el niño que fue.

—Eras un crío, no…

—Era un gilipollas que creía que podía con todo. Y, cuando quise retroceder, cuando me di cuenta de lo equivocado que estaba, habían pasado demasiados años y me daba vergüenza volver atrás. Me avergonzaba de quién era, de en quién me había convertido… No hice nada y lo perdí todo. El tiempo es un ladrón, Laurent. Te come vivo si lo dejas. Pero no te preocupes, Hayden parece más listo que yo.

Muevo el brazo solo para que sienta el roce de mi cuerpo, para que sienta que estoy con él, aunque no lo esté en absoluto.

—Es listísimo. Pero tú también lo eres, Rayner. Y cualquier espera merece la pena. Mereces la pena —agrego, porque lo anterior me sabe a poco—. Tu hermano y Dani lo saben. Hablas de ellos, ¿no?

Rayner me mira como si le hubiese clavado un cuchillo o algo peor. Aprieta la mandíbula y sus ojos parecen… los de un Howl oscuro, fuera de sí; perdido.

—¿Que merezco la pena? ¿Y desde cuándo? La mayor parte del tiempo ni siquiera me miras. Permíteme que dude de tus palabras.

Me río a carcajadas, ni idea de por qué. Las manos me tiemblan y el pecho se me agita al ritmo desbocado de mi corazón. Me levanto y respiro. Me quito el chaleco y me lo cuelgo al hombro. Luego me paso una mano por el pelo antes de atreverme a bajar la mirada hacia Rayner. O Howl. Un mago, ¿eh? Ojalá lo fuera, ojalá me hiciera dormir hasta olvidar. Solo eso, dormir.

«Todo es mucho más difícil cuando es real. Es entonces cuando te ahogas». Cuánta verdad en esas dos frases. Cuánta.

—Precisamente porque mereces la pena es por lo que me cuesta mirarte.

—¿Qué quieres decir? —pregunta, levantándose.

En lugar de contestar, me dirijo al coche. Rayner me sigue, pero no me toca, y yo agradezco que no lo haga.

—Laurent…

—Ahora no, por favor.

Es hora de terminar un día de mierda. ¿Por qué esperar a mañana? Buscaré a Hayden y se lo diré esta misma noche.

CAPÍTULO QUINCE

Rayner



«Odio que la muerte blanquee las biografías de los perversos. La gente mala no merece ni una corona de flores».
Howl

Los veo discutir delante de la sala común. Hayden se quita la gorra y se la vuelve a poner. La rabia casi se puede respirar. No es la primera vez que lo hacen. Discutir por tonterías es parte de su rutina, pero no de esa manera seca y cortante. Y todo ha ido a peor desde la noticia de que la chica que le gusta se va del centro y de Winter Falls. Sara se asoma desde secretaría, pero le hago un gesto de cabeza para que no se preocupe y me guiña un ojo antes de desaparecer.

Me detengo en el pasillo y espero. Veo la frustración de Laurent, el enfado de Hayden, el modo en que coge una hoja y hace una bola con ella antes de tirarla al suelo.

Solo cuando el chico se ha alejado con el dramatismo propio de un adolescente, me atrevo a acercarme.

—¿Todo bien? —pregunto.

Laurent se pasa una mano por el pelo, destrozando su peinado perfecto, y me mira sin mirarme. Me agacho para recoger el papel arrugado y me doy cuenta de que es una entrada impresa para una

maratón de las dos películas de *It*, en el cine viejo del centro de Winter Falls. Alargo la mano para devolvérsela y él la coge solo para dejarla caer en la papelera.

—¿Qué haces? Es para esta tarde —le recuerdo—, todavía la puedes usar.

—No la ha querido, ya lo has visto.

La vuelvo a recoger.

—Puedes dársela a alguien.

Laurent se encoge de hombros. Rehúye mi mirada. Es algo que lleva haciendo desde que nos encontramos, pero ahora más. Es… como si le doliera el contacto.

—No conozco a nadie a quien le guste. Tírala, regálala o quédatela —dice, y luego se va y yo me quedo ahí, con la entrada en la mano y una idea que no se me va de la cabeza durante el resto del día.

¿Irá él también? Algo me dice que sí. La entrada es individual, y, a menos que le haya querido hacer un regalo a Hayden para que fuera solo, intuyo que Laurent pensaba ir con él.

No. Paso. Es una gilipollez. Sin embargo… Me saco la entrada del bolsillo, casi me la aprendo de memoria. La plancho con los dedos y la vuelvo a arrugar.

A la mierda.



No me da tiempo de regresar a la casa del lago a cambiarme, pero sí de comer algo rápido con un silencioso Taylor. No es uno de sus mejores días, y que Dani no haya venido a alegrar la comida hace que nuestra conversación se reduzca a gruñidos, asentimientos y mucho ruido de tenedores. En terapia nos han animado a hablar. Y lo intento, claro que sí. Lo llevo intentando desde mi regreso a Winter Falls, pero no es fácil cuando hay tanta distancia entre nosotros, tantos años en blanco que tenemos que pintar con imágenes que nos resultan ajenas. Somos hermanos, pero eso no

nos convierte en familia, ni siquiera en amigos; solo en dos desconocidos que se quieren. Hay un buen trecho entre el niño asustadizo que fue Taylor, con el que crecí y al que tuve que dejar atrás, y el chico valiente que tengo delante. Quiero llegar a él, igual que él intenta llegar a mí. Y mientras lo intentamos, vivimos en este eterno semisilencio.

Una vez nos despedimos, cojo la moto y me voy directo al cine. Todavía tengo hambre, de modo que compro palomitas y un refresco antes de entrar.

Me lo encuentro ya sentado en el asiento. La cabeza echada hacia atrás, la ropa perfecta ya no tan perfecta. Tiene la camisa remangada por los codos y el chaleco abierto, y los mechones rubios le caen por el rostro de esa manera sexi que años atrás me hacía estirar el brazo y apartárselos de la cara. Sin la gomina, su pelo es suave y fuerte. Recuerdo el calor que sentía al hundir los dedos en él y tirar con suavidad, la manera en que estiraba el cuello para buscar mis labios, cómo me mordía. Me cuesta un mundo no tocarlo cuando me sitúo delante de él y espero a que abra los ojos. Lo hace en cuanto le rozo la rodilla con la pierna y me dejo caer en el asiento de al lado.

Su presencia me causa un puñetero remolino de nervios en la barriga, al igual que lo hacen el calor de su mirada y su olor.

—¿Qué haces aquí?

—Dijiste que no conocías a nadie a quien le gustara, y no es verdad.

—No pensaba que quisieras venir.

—¿Te molesta? ¿Prefieres que me cambie de asiento?

—No, claro que no. —Lo dice mientras deja caer la mano en mi pierna y me la aprieta con suavidad. El momento dura poco, hasta que se da cuenta de lo que hace. Luego se endereza y aparta el brazo. Es… como si se encogiera sobre sí mismo.

Suspiro hondo y le ofrezco palomitas, que mira como si fueran un enjambre de abejas a punto de salir del cubo y lanzarse sobre él para clavarle los aguijones.

—No matan, ¿sabes? Solo dan un poco de sed. —Noto cómo se estremece cuando me inclino y le rozo la oreja con la nariz para

susurrarle al oído—: Relájate un poco, Laurent.

Me fijo en cómo se tensa cuando pronuncio su nombre de esa forma. No he olvidado lo mucho que le gusta. Y quizá sea un capullo por hacerlo, pero me importa una mierda. La sala está casi vacía salvo por un par de parejas a los lados y un grupo de adolescentes en la última fila.

—¿Cuántas veces las has visto ya? —Señalo la pantalla.

La sonrisa que compone me hace volver a un momento distinto, a una persona diferente, aunque sea la misma.

—Eso no se pregunta.

Nos reímos. Le vuelvo a ofrecer palomitas y esta vez coge un puñado. Y otro. Y otro más. Nuestros dedos se rozan y el silencio nos envuelve, roto solo por las voces y las risas del resto de la sala.

No es hasta que comienzan los anuncios que se inclina para susurrarme:

—Gracias por venir.

La piel se me eriza y percibo esa punzada de deseo que me empieza en la tripa y me baja hasta los huevos. Asiento, nada más. Luego le doy un empujón con el brazo para que sepa que todo está bien.

Se queda dormido al poco de empezar la primera película. Conozco su afición por el terror y por Stephen King. Si se duerme es porque lo necesita, así que se me ocurre dejarlo descansar hasta el descanso. Después me doy cuenta de que no tengo corazón para despertarlo. Tiene el rostro relajado, los labios entreabiertos, la cabeza inclinada hacia mí. Me pregunto cuánto llevará sin dormir. Así que salgo al baño y a comprar agua, y vuelvo a sentarme a su lado.

Solo cuando aparecen los créditos de la segunda película y la sala comienza a vaciarse me giro y le acaricio el brazo como hice aquella única noche que pasamos juntos, cuando me confesó lo mucho que le gustaba. Por qué me acuerdo de eso ahora es algo a lo que no quiero dar explicación.

Lo acaricio de arriba abajo, despacio, desde la muñeca hasta la camisa remangada, una y otra vez. Y cuando lo escucho gimotear e intuyo que ni con esas se va a despertar, le presiono el bíceps con suavidad para no sobresaltarlo.

Enseguida abre los ojos y veo su gesto de sorpresa. No deja de mirarme y yo no dejo de acariciarlo mientras lo hace. Su respiración se acelera, la piel se le eriza allá donde mis dedos dibujan formas sobre ella y comprendo que está asimilando dónde y con quién está.

—Creía que te gustaban las pelis —susurro.

—Y me gustan. Solo he… —Gira el cuello para observar la sala casi vacía—. ¿Me he perdido la primera?

—Laurent, te has pegado una siesta de más de cuatro horas y media.

Abre los ojos de par en par y observa la hora en su reloj de pulsera.

—¿Cuánto llevabas sin dormir? —pregunto.

—No duermo mucho.

Se vuelve a acomodar en el asiento y se dedica a mirar el movimiento de mi mano. Es… raro. El momento es raro, como si hubiésemos regresado a algún punto del pasado y no le molestara mi contacto, como si el sueño hubiese transformado al hombre que lleva semanas ignorando mi presencia, como si le gustara.

Cierra los ojos, los vuelve a abrir. Suspira. Y entonces… el rugido de su estómago resuena en la sala silenciosa.

Sonrío de oreja a oreja cuando lo veo enrojecer.

—La mía dice que está de acuerdo en buscar algún sitio donde cenar. ¿Vamos? —le propongo.

Deslizo los dedos por su muñeca y más abajo para apretarle la mano. Él me devuelve el apretón y no aparta la mirada mientras lo hace. Entiendo que nos está dando una tregua y a mí me parece bien. Estoy cansado de luchar en una batalla que no entiendo, que ni siquiera debería existir.

Lo espero mientras él entra en el baño y, una vez fuera, me cierro la cremallera de la cazadora y Laurent se limita a bajarse las mangas de la camisa.

—¿No has traído una de tus chaquetas de mafioso?

Me da un codazo.

—No empieces tú también. —Me río al escuchar su risa. Había olvidado lo contagiosa que era. Y me río más cuando el estómago le

vuelve a rugir de manera escandalosa—. Dios, estoy muerto de hambre.

—¿Qué te apetece?

—Podemos cenar en mi casa. Tengo masa de pizza casera. Si quieres, claro —se apresura a decir—. Vic ya estará dormida, pero me gustaría comprobar que está bien.

—Vale —digo, sin dudar, sin pensármelo, sin darle ni una sola vuelta a si es buena idea o no—. ¿No te gusta comer fuera? Aún recuerdo cómo mirabas la hamburguesa cuando cenamos con Hayden.

—Me da igual, pero prefiero saber lo que estoy comiendo.

—Antes no te importaba.

—Antes, ¿eh?

Su risa es una melodía que no suena bien porque no le pertenece. Es forzada, triste, parte de este nuevo Laurent que parece como… prefabricado.

—¿Qué te hace gracia?

—Nada. —Se pasa una mano por el pelo para apartárselo de la cara, pero le vuelve a caer enseguida sobre el ojo y parte de la mejilla.

—Laurent…

—Podemos seguir así, sin silencios incómodos ni pullas ni nada de eso —me corta antes de que diga algo más—. Una cena, tú y yo, y ya está. ¿Quieres?

—Depende. —Y antes de que pregunte, añado—: De si realmente quieres que vaya y si voy a estar contigo o con esta cosa que te esfuerzas en ser. Mira, no sé qué se te pasa por la cabeza la mayor parte del tiempo, pero no me gusta la careta que te pones. Tu ropa estaría bien si no te quedara tan ajustada.

—Está hecha a medida —replica, y nos detenemos delante de su coche.

—Y aun así me parece que te asfixia.

Nos miramos. Él con las mejillas sonrojadas y el rostro iluminado por la suave luz de las farolas; los ojos brillantes, la verdad a punto de salir. Yo con la esperanza de que lo haga. Joder, necesito que se deje ver de una vez.

—¿De verdad te apetece que vaya a tu casa?

—Sí y no —contesta con sinceridad—. Rayner, me gusta pasar tiempo contigo. Eso no ha cambiado.

—¿Y qué significa ese «no»?

—Significa que yo sí he cambiado, aunque a veces se me olvide. Aunque tú no lo quieras ver.

—Yo solo te veo a ti con un escudo protector rodeándote. Eso es lo que veo. —Me acerco y hago lo que llevo queriendo hacer toda la noche: apartarle el pelo de la cara. Él se estremece, pero no hace nada por evitar el contacto—. Dime, ¿esta es una de esas veces en las que se te ha olvidado que has cambiado o cómo va la cosa?

—No, pero hoy puedo fingir que no lo he hecho. Me apetece mucho. Si tú quieres. O sea, no pienses nada raro…

—¿Con nada raro te refieres a que quieres meterme en tu cama? —pregunto con una sonrisa burlona y unas ganas tremendas de hacer justo eso: meterme en su cama, quitarle una a una todas las capas hasta volver a tener al verdadero Laurent y arrancarle a mordiscos lo que sea que me está ocultando.

Se mete las manos en los bolsillos y aparta la vista para mirarse los pies.

—Solo quiero que cenemos y pasar el rato como en los viejos tiempos.

—Vale —digo.

Me clava la mirada.

—Vale —dice.



—Ya está dormida —explica en un susurro una vez cierra la terraza para que el ruido del interior no llegue a la jaula.

En nada entramos en la cocina e insisto en ayudarlo a cortar cebollas, pimientos y champiñones.

—Nada de piña, que te veo venir —le advierto, recordándole una de nuestras discusiones pasadas.

—Sí, ya sé que no eres perfecto.

Me río.

—¿Perdona? Que no he olvidado que también te gusta el chocolate con menta. Eres tú el imperfecto que se cree perfecto.

—No me lo creo —asegura con una media sonrisa—. Solo me gusta jugar a que lo soy.

—¿Jugar o fingir? Porque no es lo mismo.

—El resultado sí lo es, así que déjame que siga creyendo que estoy jugando.

—Laurent… —murmuro cuando mete las pizzas en el horno y se queda mirando algún punto de la cocina.

—Se lo has contado a Dani.

Respiro hondo. El momento tenía que llegar. Dani no se iba a contener, y lo entiendo. Laurent se ha escondido de él, a saber por qué motivo. Quizá por el mismo por el que me dejó plantado en aquella puñetera habitación, por el que ha cambiado tanto o por el que no duerme. Quizá.

—Me lo preguntó. Te dije que no pensaba mentirle. Además, ¿me puedes explicar por qué cojones sabe tan poco de ti?

—Porque no necesita saber más —contesta él como si me valiera esa explicación—. ¿Para qué?

—Porque la amistad consiste en dar y tomar. Si no das nada, al final se convierte en aire. Dani necesita más que aire, ya lo sabes. Te lo digo por experiencia. Le di aire durante años hasta que se cansó y me mandó a la mierda. Con mucha elegancia, eso sí.

Me apoyo en la encimera, muy cerca de él. Nuestros brazos se tocan, nuestras pieles se rozan y casi puedo sentir la electricidad en cada movimiento.

—¿Cuánto va a durar?

—¿El qué?

—La guerra que estás librando.

No me contesta. Y estoy a nada de cambiar de tema cuando se mueve por la cocina, sirve dos copas de vino y se vuelve a colocar junto a mí.

Eleva la copa y brindamos.

—De niño jugaba a dar vueltas sobre mí mismo —comienza a decir—. En el cole me habían explicado que el mundo giraba y yo quería hacerlo todavía más rápido. Me podían las ganas. Y llegar aún más lejos de lo que nadie hubiera llegado; hasta la luna. —Suelta una risotada—. La verdad es que no sabía lo que quería. Pasé de querer ser astronauta a titiritero. Mi madre vio que, como decidiera yo, me moriría de hambre, y, según ella, tenía un talento innato para los negocios. No era cierto; era un crío que a veces acertaba con el trueque de meriendas en el recreo y acababa comiéndose lo más rico. Suerte, nada más. —Me sonríe y le devuelvo la sonrisa. Quiero dejarlo hablar hasta el infinito; o hasta la luna, como el pequeño Laurent astronauta—. El caso es que mi madre empezó a volcarse en mí, empezó a decidir por mí, empezó a hacerme girar sobre su eje. Sobre todo después de que mi padre se fuera. Y no era mala madre en absoluto, ¿eh? Esta crítica es más hacia mí que hacia ella; tenemos una relación bastante sana y tranquila. Pero a lo que iba, seguí girando y girando y dejé de hacerlo por mí. Cuando giras alrededor del eje de otro vas más lento, te fallan las fuerzas, porque la motivación no es la misma. Es… una rotación antinatural, supongo.

Bebe un poco más de vino y yo permanezco en silencio. Su mano roza la mía, apoyada en la encimera, y observo cómo cierra los ojos y suspira. El cosquilleo se convierte en una corriente que me atraviesa y crepita entre nosotros cuando me vuelve a rozar y lo veo tragar saliva. Lo tengo, lo sé. Está aquí, conmigo, y necesito que se quede un poco más. Necesito entender, de modo que me mantengo inmóvil, a la espera. Una de las cosas que me enamoró de Laurent en su día fue su cadencia al hablar, su forma de contar historias. Cuando empezaba a contar algo, nunca sabías qué era ese algo hasta el final, y era fascinante ver cómo llegaba. Nada que ver con el Laurent de ahora, que casi no te da ni la hora.

—Seguí dando vueltas durante mucho tiempo —continúa mientras hace girar el líquido en la copa con la mano izquierda—. Mientras hacía la carrera invertí en varias *start-ups* que dieron el pelotazo. Con parte de los beneficios monté un hotel que, por cosas del azar, visitó un *influencer* de moda. Se volvió viral y de lo más

rentable y exitoso, y con lo que estaba ganando ahí y en un *pub* de Eeriewood del que era socio, pedí ayuda al ayuntamiento y abrí el centro juvenil. Quizá ahí fue cuando salté del eje de mi madre al mío propio. El centro de Farpoint fue la primera vuelta completa que di por mí mismo. O así lo sentí. Y decidí que ese era el lado hacia el que quería girar. Rápido, rápido; y alto, muy alto. —Me clava la mirada—. Fue ahí cuando te conocí.

—¿Girando y girando?

Asiente.

—Y entonces me detuve. Zas. De repente. ¿Y sabes lo que sucede cuando dejas de dar vueltas tan de golpe? Que te mareas, te desubicas. Te caes. Volver a ponerse en marcha, coger el ritmo de nuevo, es… complicado.

—¿De verdad esta es tu explicación a mi pregunta? —No soy capaz de ocultar el tono de frustración que empaña mis palabras—. Porque necesito un decodificador.

—Es lo único que puedo ofrecerte. Lo siento. —Esboza una pequeña sonrisa que contradice la seriedad evidente en su cara.

No contesto. Es como si se hubiera desnudado delante de mí pero se hubiera encargado de vendarme los ojos. Lo veo y no lo veo, así me siento.

—¿Qué has hecho durante este tiempo? —me pregunta cuando el silencio comienza a hacerse insoportable y la cocina se llena del olor a pizza.

—¿Girar? —Cuando veo cómo me mira, me apresuro a decir—: ¿Qué? No es mala metáfora. Y en mi caso es muy literal. No he parado de moverme. A mi ritmo, eso sí. Hace mucho que me di cuenta de que ir a contracorriente es una pérdida de tiempo. Tomo lo que puedo y estoy donde me necesitan. Dejo que la vida fluya.

—¿Qué filósofo decía eso? Me suena a uno de tus filósofos.

—Seguro que muchos. Heráclito, quizá. Su *panta rhei*; todo está en constante movimiento.

—No si te detienes del todo —replica.

—Pero es uno mismo quien decide ponerse en pie y volverse a subir… a donde sea que haya que subirse en este supuesto tan hipotético del que hablamos.

Laurent me sonríe, pero es una sonrisa triste.

—Haces que suene fácil. No lo es. No todos pueden marcar un nuevo ritmo.

—Heráclito también decía que es la vida quien nos marca el ritmo, no nosotros. Que es como si siguiéramos el son de un tambor.

—¿Y lo crees? —quiere saber.

—No, ni de coña. Soy existencialista y nihilista. —Nos miramos, nos sonreímos. Él también recuerda aquella conversación en la que le hablé de Camus y Nietzsche durante horas—. Creo que el hombre es libre y capaz de crear su propio son.

—Una vez más, haces que suene sencillo.

Se queda callado. Respeto su silencio. Se termina la copa y observa el horno.

—¿Cenamos? —sugiere al fin.



Hablamos de muchas cosas mientras comemos y, después, cuando nos sentamos en el sofá con lo que queda de la segunda botella de vino, le cuento anécdotas sobre los proyectos en los que he trabajado, los países que he visitado, las palabras que he aprendido y he ido tachando en mi diccionario. Y él me habla de cómo abrió el Happy Ending, de Dani y la restauración de la casa flotante en la que ahora vivo. Yo le cuento cómo fue mi infancia, los días que pasé en esa casita con la única mujer que me quiso en aquellos días y a quien quise como una abuela a pesar de que no nos unían lazos sanguíneos. Sobre los lazos, los que te atan desde que sales del útero y esos otros con los que decides atarte y te hacen libre. Los lazos que importan. Él me explica la relación que mantiene ahora con su madre y, cuando llega el momento de hablar de Hayden, nos sirve más vino y cambiamos a otros temas más… seguros. Como películas y libros. Y es como volver al pasado pero seguir en el presente. Porque somos los mismos, aunque no lo seamos.

—Laurent… —musito cuando me acompaña a la puerta y nos detenemos en la entrada—. ¿Cómo será mañana? Ya sabes, tú y yo. ¿Con qué Laurent me encontraré mañana? ¿Con el pijo mafioso de los trajes o con este otro?

—Deja de llamarme así. —Me da un puñetazo suave en el brazo —. Eres como Lucas y Hayden.

—Nadie es como Lucas y Hayden, qué peligro tienen esos dos. —Nos reímos—. Pero, en serio, ¿quién serás por la mañana?

—No sé quién soy ahora. ¿Qué te hace pensar que sé quién seré por la mañana?

Sonríe y yo le devuelvo la sonrisa, porque la otra opción es comerle la boca y explicarle quién es la persona a la que quiero seguir viendo mañana, y pasado, y todos los puñeteros días. Sonrío, porque mientras no me mueva estamos seguros.

O eso creo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Rayner



«Hago creer al mundo que la vida me ha hecho valiente. Pero soy un cobarde con miedo a todo».
Howl

Llego al centro agotado. Y soy consciente de que el concepto de ir agotado al trabajo es paradójico en sí mismo. Pero he salido de una terapia familiar con mi hermano y vengo drenado; emocional y físicamente. Estamos encontrándonos en un camino largo y pedregoso y, a juzgar por el agotamiento, cualquiera diría que ese camino no es metafórico sino real; así de cansado estoy.

Creo que fue Kierkegaard quien dijo que «el recuerdo es un modo de encontrarse con lo ausente». Y eso es lo que hacemos cuando vamos juntos al psicólogo: recordar; nuestro pasado juntos y nuestro tiempo separados, la vida que cada uno ha vivido. Nos ponemos en el lugar del otro, revivimos experiencias propias y ajenas. Y en general duele. Pero también sana, porque la caminata que parecía eterna se torna agradable, con vistas panorámicas hacia cielos claros y pastos verdes, y, aunque no avistamos la cima, sí sabemos que vamos en la dirección correcta.

Así que, cuando entro en el centro y oigo los gritos y el portazo de Hayden, suspiro y me cago un poco en todo. El crío no deja de

encararse con Laurent como el adolescente endemoniado que es; y Laurent no hace más que ceder y ceder y ceder. Y lo hace por una especie de deuda u obligación que no logro entender. No sé qué los une, en realidad no. Tengo sospechas: tuvo algo con su padre o algún tipo de vínculo con su madre biológica… Pero esto no son más que cábalas que hago cuando no puedo dormir y Laurent llena cada mínimo espacio de mi cabeza. También llena mis sueños. Da igual, dormido o despierto, está ahí apoderándose de todo con esa dicotomía entre lo que es y lo que un día fue.

No. No sé qué los une y no he querido entrometerme, aunque no voy a negar que tengo ganas de saber. Se trata de Laurent, ¿cómo no voy a estar intrigado? Sobre todo porque el tío no suelta prenda, evita el tema como si fuera una especie de tabú. De ahí que haya elucubraciones y comentarios, porque es una relación rara y la gente tiende a criticar lo que no entiende. Lo único que sé con certeza de la dinámica de esos dos es que Laurent parece aterrado de decirle a Hayden cuatro cosas bien dichas; reprimendas que el chico sin duda necesita escuchar. Y es que ese bajar la cabeza no le pega nada ni al Laurent que una vez conocí ni al tío que ahora dirige este centro con mano firme y mucho carisma. Es duro pero amable con cada uno de los chicos y chicas que vienen aquí cada día, todos lo respetan e incluso lo idolatran, yo incluido; pero no Hayden, nunca Hayden. No, el tocapelotas siempre lo está provocando. Lo cual es curioso, porque también parece buscar su aprobación a cada paso que da.

Entro en la sala común donde Hayden está a punto de darle un puñetazo a la pared. Le agarro el brazo y lo detengo.

—Ey, para.

Me mira sorprendido, pero no con furia; esta parece morir antes casi de haber despertado. Esperaba que se me revolviera, que me encarara. Sin embargo, lo único que hace es sonrojarse y bajar la vista. Se le nota a la legua lo perdido que está, como todos a su edad, y más si les toca vivir una realidad como la suya. Pero no es malo; en absoluto. A mí, de hecho, él y su grupito me caen bien. Son rebeldes, sí. Pero ¿quién no ha sido gilipollas en algún momento de su vida?

—No… No soy agresivo —me dice tras un largo silencio, mirándome por primera vez.

Lo suelto y le hago un gesto con la cabeza, señalándole las sillas que se usan para la terapia grupal. Camina conmigo hasta allí sin rechistar y se sienta en una de ellas. La sala está vacía; las mañanas de verano son tranquilas. Los chavales aprovechan el buen tiempo para estar en la calle, ir al lago o hacer senderismo.

—De verdad que no soy agresivo —insiste.

—Te creo. Pero es la segunda vez que te peleas desde que estoy por aquí.

—Ya, pero no es… No es eso. No… lo entiendes. La otra vez fue la primera, y tenía un motivo. Lo que ese idiota me dijo… —Se recoloca la bandana azul marino que lleva en la frente. Suele ser eso o una gorra de béisbol, pero yo prefiero el pañuelo. Lo hace parecer un macarra ochentero y me encanta. Le pega. Es un minilaurent; en el caso de que Laurent siguiera siendo lo que una vez fue.

—A ver, ¿qué ha pasado que sea tan horrible? ¿Qué te han dicho esta vez?

—No lo vas a entender.

—Prueba.

Parece que se lo piensa, pero distingo el brillo en sus ojos antes de que empiece a hablar.

—Siempre están igual; ahora que no hay clases, me toca aguantarlo en el parque de caravanas. Aquí todos conocen a Laurent y lo respetan. Pero hoy un imbécil empezó con la cantinela de siempre: que si soy marica como mi papaíto, que si es mi *sugar daddy*… —Aprieta los puños a medida que habla; cada vez más rojo, cada vez más enfadado.

—Sé que te pareceré un adulto de mierda más dándote un consejo de mierda más, pero tienes que aprender a pasar de esas cosas.

—Uy, gracias, eso haré. —Bufa y, ante mi media sonrisa, añade con menos sarcasmo, eso sí—: No es tan fácil. Tú eres fuerte y estás de vuelta de todo. Pero yo… Te digo de verdad que la otra vez fue la primera vez en mi vida que me pegué con alguien. Si no…

—Si no, le hubieras dado una paliza, estoy seguro.

Le guiño un ojo. Revolverle el pelo sería paternalista y me odiaría por ello. Pero es que me produce una ternura tremenda verlo ahí, todo fiero, dispuesto a hacer sangre por defender su honor. O el de Laurent.

Me mira sin saber si estoy de broma o no. Está desconcertado. Sigo hablando:

—Y no siempre estuve de vuelta de todo. Yo también fui un adolescente larguirucho con mucha rabia en el cuerpo y sin forma de sacarla. Pero aprendí.

—¿A luchar?

—Sí, a eso también, por cojones. Pero me refiero a que aprendí a pasar.

—¿Cómo?

—Crecí con una tía transexual en un parque de caravanas parecido al de Winter. Peor que el de Winter, de hecho. Al principio, cada vez que alguien se burlaba de ella me pegaba con esa persona. Iba como un toro contra cualquiera que dijera algo. Llegaba a casa con un labio roto, con los nudillos pelados, con la mejilla destrozada. Casi cada día. Yo era un pringado, ¿sabes? Venía de un ambiente de clase media-alta y con padres muy controladores. No sabía nada del mundo, no me había pegado en la vida con nadie, no sabía pelear. Pero no podía tolerar que se metieran con la única persona que me quería.

No hay pena en el rostro de Hayden, solo admiración; y orgullo, quizá. También avidez por saber.

—¿Y qué pasó?

—Que un día llegué a casa con la cara llena de sangre y mugre, recuerdo cómo las lágrimas hicieron que la tierra que tenía pegada a la piel se volviera una especie de barro que a día de hoy creo que aún puedo oler… —Me quedo callado un momento porque hacía mucho que no pensaba en esos primeros meses viviendo en el parque de caravanas—. El caso es que mi tía, mientras me curaba los raspones de las mejillas, me dio el mejor consejo que pudo haberme dado, uno que en su momento me pareció una mierda, claro, demagogia barata para perdedores.

—Mira que te gusta el suspense…

Me río, bajito, y le apunto con un dedo.

—Que no hay mejor desprecio que no hacer aprecio.

Hayden eleva las cejas hasta el techo o más arriba.

—¿En serio? ¿Esa es la gran filosofía?

—No todo consejo tiene que ser épico o grandilocuente. Basta con que sea útil. Y este lo fue. Porque cuando empecé a ignorarlos, cuando empecé incluso a sonreír ante sus desplantes, los desconcerté tanto que al final me dejaron en paz. A ver, tampoco eran muy listos, eran hijos de padres borrachos y homófobos que habían dejado el instituto y maleaban por el parque. No tenían nada mejor que hacer, y meterse con una señora trans o con su sobrino abandonado por sus padres «ricos» era lo más entretenido de sus días. Empecé a pasar de largo e incluso sonreía, aunque por dentro me hirviera la sangre. Al principio me costaba controlarme, pero lo logré. También les hice alguna que otra putada, pero nada que ver con los puños.

—¿De verdad crees que ese «venga, pasa de ellos» me va a quitar los problemas?

No, no lo creo. Pero no puedo decírselo. Igual que tampoco puedo decirle que me costó meses quitarme a los gilipollas de encima y que al final tuve que pelearme más veces de las que debía o hubiera querido. Aunque tampoco quiero dulcificar la situación.

—No. Pero creo que puedes empezar por ahí. Intentar que se te endurezca la piel, que te resbale lo que te digan. No te puede afectar cualquier mierda que un don nadie suelte por la boca. La edad y la madurez harán el resto.

—Ya, yo es que soy de mecha corta.

Me río.

—Así que Laurent es tu punto débil, ¿eh? Y él creyendo que lo odias…

Me mira pasmado, como si no se creyera que esté bromeando con el tema. Lo cierto es que quiero quitarle hierro al asunto, pero también quiero saber. Necesito saber.

—¿Es una especie de prueba? ¿Quieres ver si aplico tus sabias enseñanzas y no voy a por ti?

Me río de nuevo y niego con la cabeza.

Cuando ve que no tengo intención de pinchar donde duele, él también se ríe; luego suspira, inclina la silla sobre las patas traseras y apoya la cabeza contra la pared.

—A veces creo que sí lo odio, ¿sabes? —me dice—. Ha cambiado tanto…

Me quedo en silencio, dándole pie a que siga. Y lo hace.

—¿De verdad cree que lo odio?

—Yo creo que en el fondo sabe que no. Está frustrado y se siente impotente. Pero no. Creo que sabe que lo que estás es cabreado con el mundo.

—Pero es que no estoy cabreado con el mundo, estoy cabreado con él.

—¿Por qué? —me atrevo a preguntar.

Me mira durante varios segundos y, cuando creo que no me va a contestar, dice:

—Es que de verdad ha cambiado tanto… Está tan… estirado, tan… muerto. —Mira al techo—. Antes no era así, ¿sabes?

Lo sé y así se lo hago saber. No parece sorprendido.

—Sabía que os conocíais. El día de la pelea, cuando fuimos a tomar la hamburguesa y os escuché hablar… —Me mira con timidez —. ¿Puedo preguntar de qué?

—Trabajamos juntos hace unos años en otro centro juvenil. Coincidimos durante un par de semanas. —Soy vago en mi respuesta de forma intencionada. Sería difícil de explicar cómo dos semanas, o unas horas, pueden ser eternos en la memoria—. ¿Y tú? ¿Puedes contarme vuestra historia o es algo privado? Me parece bien si no quieres decírmelo, ¿eh?

—No hay mucho que decir. —Se encoge de hombros—. Estuvo saliendo un tiempo con mi padre.

Así que es eso, esa es la relación que los une. Le haría mil preguntas, porque sé que su madre murió al dar a luz y que su padre falleció hace unos años, pero me limito a mirar cómo tira de uno de los hilos de sus vaqueros. Al final, no puedo contenerme y, tras unos minutos de silencio, la curiosidad gana.

—¿Y no te caía bien? ¿O antes sí?

—Antes era un tío normal; una especie de pijo macarra con greñas y complejo de supermán. Pero la capa le iba bien, yo qué sé, le pegaba. Ahora se pone esos trajes carísimos hechos a medida que me recuerdan a mi padre y me… Me… —Coge aire, mira otra vez al techo y luego fija la vista en mí—. Me cabrea. ¿Te has dado cuenta de que cuando alguien muere todo el mundo tiende a ponerse una cinta rosa en los ojos y, por arte de magia, dejan de ver las cosas malas de quien se fue? —Ante mi asentimiento continúa—: Pues a mí me pasa al contrario. El recuerdo de mi padre se ha enturbiado hasta un punto en que solo recuerdo lo feo. Los trajes que asocio a cuando llegaba tarde de trabajar y olía a una mezcla de alcohol y colonia cara; los enfados, las ausencias… Yo qué sé. Perdona.

Se lleva las manos a la parte de atrás de la cabeza, a la bandana, deshace el nudo y vuelve a apretárselo. Apuesto a que en estos momentos preferiría tener una de sus habituales gorras.

—No hay nada que perdonar. No has dicho nada malo. Y es mucho más común de lo que crees.

—¿Cagarse en la memoria de los muertos?

—Exacto —me río—. Quien se siente así no suele contarlo, porque entra en conflicto con lo que la sociedad espera, con lo que se considera correcto; todo el mundo habla bien de los muertos. Es el sesgo de idealización *post mortem*.

—¿El qué?

—Es como una tendencia a idealizar al difunto. Y no deja de ser un mecanismo de defensa. Se hace para sobrellevar la pena, para lidiar mejor con la culpa o el duelo. Suele ser más fácil recordar lo bonito. Pero si has tenido más experiencias malas que buenas, la cosa cambia. Y no me jodas, tienes derecho a recordarlo como fue.

—No me pegaba ni nada de eso, ¿eh? Simplemente no estaba mucho. Y cuando tenía un mal día o le iba mal en el trabajo, no sé, gritaba y decía cosas que hacían daño. Y de eso es de lo que me acuerdo. De que era dañino. —Suspira—. Supongo que también influye que me dejó en una situación de mierda y creo que se lo reprocho cada día.

—Eres valiente.

Hayden bufa y me mira, incrédulo.

—¿Valiente por qué?

—Por ser sincero con cómo te sientes, por lidiar con la vida como te ha tocado. Te entiendo bien, créeme.

—¿Tú has vivido algo parecido, entonces? —pregunta con interés.

—Mi padre era un gilipollas y me crio mi tía en un parque de caravanas; tú y yo somos almas gemelas, chaval. —Estiro el brazo para darle un golpecito en el hombro. Él se ríe entre dientes—. Pero tienes a tus amigos, a Sara, a Cillian y al resto de voluntarios del centro. Tienes a Laurent.

—A Laurent. —Bufa y niega con la cabeza con una pequeña sonrisa en los labios.

—Lo tienes. Se preocupa por ti, salta a la vista. Y puede que haya cambiado, puede que se disfrace de protagonista de *Peaky Blinders*, pero está ahí y puedes contar con él. —Su sonrisa se ensancha en cuanto digo eso último—. No lo rechaces solo porque puedes. Aceptar la ayuda de quien te la ofrece cuando la necesitas no es ser débil, es ser inteligente.

—¿Hablas por experiencia?

—Me he pasado la vida queriendo ser independiente, autosuficiente, fuerte…, demostrarme a mí mismo que no necesitaba a nadie para sobrevivir. ¿Y para qué? Eso no es vida; es mera supervivencia. Ahora estoy intentando cambiar, ver la valentía en el hecho de apoyarse en los demás. Y si yo a los treinta y uno estoy reconectando y asumiendo que lo que consideraba verdades absolutas no lo son tanto, tú a los quince lo tienes chupado.

—Chupadísimo. Gracias por otro de tus sabios consejos —me dice con la voz cargada de sarcasmo pero sin ninguna malicia.

Le doy un manotazo en la pierna y se ríe.

—Hayden… —nos llega la voz de Laurent desde el pasillo. Deja de hablar de inmediato y se queda en la puerta de la sala común, mirándonos—. Rayner, hola, no sabía que estabas aquí.

—Soy sigiloso como un ninja.

—O como un mago oscuro.

—¿Eso es un insulto?

—Creo que no.

Me dedica una pequeña sonrisa; tan pequeña que podría decirse que no está ahí, pero con lo atento que estoy a cada uno de sus cambios, la noto. Igual que la ausencia de chaleco, los dos botones desabrochados de la camisa azul cielo a juego con sus ojos y el mechón que le cae por la frente, sin duda, tras haberse estado pasando la mano por el pelo de pura frustración.

—Bueno, yo ya me voy. Os dejo en este duelo de miradas tan interesante.

Hayden se dirige a la puerta y Laurent se aparta para dejarlo salir.

—¿Estarás esta tarde en casa a eso de las siete? —le pregunta antes de que el chico salga.

—No —contesta Hayden de forma brusca antes de salir al pasillo.

Pero, de repente, justo cuando Laurent empezaba a bajar la mirada al suelo y a soltar un suspiro cargado de desesperación, Hayden asoma la cabeza de nuevo.

—¿Por qué? —le pregunta con recelo pero sin animosidad real.

Los sabios consejos de Howl. A lo mejor sí soy un mago. A lo mejor puedo abrir un consultorio y hacerle la competencia al puto Cillian, el único psicólogo que parece tener esta ciudad.

—He pedido a un técnico que vaya a ver el contador de vuestra caravana —le explica Laurent—. No es normal que se os acaben las tarjetas prepago tan pronto.

—¿Crees que alguien lo ha pirateado?

—No creo que sea tan fácil, pero la gente es muy rata; mejor estar seguros.

Escucho su intercambio desde mi asiento. Lo de los contadores es un tema que, por desgracia, conozco bien. Lo he sufrido en mis carnes en numerosas ocasiones. «En mis carnes», de forma literal. Cuántas veces se acabó el agua caliente en mitad de una ducha y cuántas otras se fue la luz antes de que pudiera acabar los deberes y tuve que terminarlos bajo la luz de unas velas cuya cera se consumía a un ritmo vertiginoso. Oh, los encantos de la pobreza.

—Sí, estaré en casa toda la tarde. Quiero echar un vistazo a la optativa de Economía que he cogido para el curso que viene.

A Laurent se le ilumina la cara.

—¿Necesitas ayuda?

—No. —El chico suelta una especie de suspiro indignado.

Cuando Hayden se va, Laurent me mira y se lleva una mano al pelo. Tengo ganas de abrazarlo, de consolarlo, de decirle que acabo de ser testigo de su pequeña victoria. Me levanto de la silla y camino hacia él. Me mira con… ¿miedo? No sé qué ve en mi mirada, pero parece que le aterra.

Hace bien en tener miedo. Me lo quiero comer entero y no sé cuánto más voy a poder resistir la tentación. ¿Días? ¿Horas? ¿Medio minuto?

CAPÍTULO DIECISIETE

Laurent



«A veces disfrazo mi actitud de prudencia cuando lo que en realidad siento es puro y simple miedo».
Howl

Rayner me está mirando con ganas, con deseo. Yo también lo miro así; con la misma hambre, probablemente. No estoy acostumbrado a volver a sentir con tanta intensidad. He vivido años anestesiado y, aunque no he hecho las paces con ello, sí considero que mi renuncia al amor y a la intimidad es una decisión acertada; procedente. Una decisión consecuente. Un efecto casuístico al que me he adaptado con mayor o menor éxito.

Pero Rayner hace que cada decisión tomada explote y salte por los aires. Su presencia me expone a emociones para las que no estoy preparado y que no quiero sentir. La profundidad de su mirada me hace tiritar; de miedo, de necesidad. Y es un anhelo que casi puede tocarse, masticarse, saborearse; que te deja con ganas de más. Es tan potente que es difícil describirlo con palabras. O no. Porque el mero hecho de pensar en ello me lleva directo a la conversación que escuché el otro día cuando un par de chicos estaban estudiando en la biblioteca y Rayner estaba terminando de montar una de las estanterías nuevas. Creo que fue Lucas el que

estaba hablando de Goethe, algo de metafísica, y Rayner les soltó una de esas extrañas palabras aprendidas de diccionarios que solo él conoce. *Sehnsucht*, un concepto alemán que significaba algo así como un anhelo profundo e indefinible de algo ausente. Y me sentí tan identificado con esa sensación… Porque yo siento una especie de nostalgia de su ausencia, de su recuerdo.

Él hizo que la explicación fuera divertida y maravillosa, por supuesto, porque es un mago aunque se empeñe en decir que no. Nada de rollos etimológicos. Rayner fue directo al grano pero a saco con la intensidad, una combinación que es él en estado puro. Habló de un anhelo visceral, casi doloroso, por algo que nos falta y que, a veces, ni siquiera sabemos qué es.

Pero no solo me sentí identificado —y muy fan, de repente, de Goethe, Schopenhauer o cualquier otro alemán padre de teorías pretenciosas—, también me sentí sucio. Traicionero. Indigno. Poca cosa. Recuerdo cómo limpié aquella noche la cocina. Dos veces. Con lejía de dos tipos distintos. Limpié hasta la extenuación.

Rayner carraspea y me saca de mi visita al romanticismo y pesimismo germano. Me devuelve al presente. A un presente donde cada vez está más cerca de mí.

—¿Qué? —le pregunto cuando veo que no se detiene e invade mi espacio personal.

—Decía que, efectivamente, no todos los héroes llevan capa.

—Genial, ahora citas a Amelia. —Suspiro porque tampoco sé muy bien qué hacer ante su cercanía. Quiero apartarlo y a la vez no. Quiero ser su amigo, su compañero, y a la vez no.

—Es que es verdad. —Su risa me calienta el pecho y me quita parte del frío que llevo adherido a la piel. Está tan cerca que las puntas de nuestros pies se tocan; él va con unas Converse sucias y gastadas; yo con unos zapatos negros relucientes—. Has logrado que Hayden ceda un poquito de terreno. ¿Te has dado cuenta? Porque yo, cuando he visto que volvía y asomaba su cabecita greñuda por la puerta, he tenido claro que era una pequeña victoria.

—¿Tú crees?

Sonrío. ¿Cómo no hacerlo? Tras la bronca que acabamos de tener, que Hayden me dirija la palabra sí me parece un pequeño

triunfo. Bueno, tanto como bronca… Me ha llamado acosador; así, a la cara. Y todo porque el otro día me vio saliendo de su tráiler —al que su tía me había dejado entrar voluntariamente, con una especie de sonrisa y un ofrecimiento de vino barato— y solo con eso llegó a ciento treinta mil conclusiones erróneas.

Se lo cuento a Rayner, que no sé si el arrendador está timándoles con el precio de las tarjetas de electricidad prepago o qué otra cosa está ocurriendo. Solo quería echarle un ojo. Como no entiendo nada, he llamado a un técnico y él se ocupará. Rayner también se ofrece. Sabe del tema.

Hablamos de eso durante unos minutos, pero él no se aleja de mí. Solo se ha movido un poco hacia un lado, pero tiene el codo apoyado en la pared, la mano en la nuca y está muy cerca. Muy muy cerca. Y no entiendo por qué tiene que estar tan cerca para hablar de kilovatios, cajetines de electricidad y temporizadores defectuosos.

—¿Sabes? —musita, su boca muy cerca de mi oído, su respiración bailándome en la mejilla y en el pelo—. He resuelto el misterio.

—¿Qué misterio?

—Ya sé lo que te une a Hayden.

—¡¿Qué?!

Rayner se limita a estudiarme y yo no tengo más palabras. No me salen. No es que se me hayan quedado atascadas, es que he olvidado cómo usarlas, he desaprendido el alfabeto entero.

Respiro hondo. Inhalo, exhalo.

No sé cuánto tiempo pasa —quizá segundos, quizá años— hasta que logro preguntar:

—¿Qué te ha contado? —La voz me sale demasiado alta, temblorosa y con un atisbo de miedo.

—Ey. —Lleva una mano a mi frente y me aparta el mechón de pelo que últimamente se resiste a permanecer en su sitio—. No sé cuál es el motivo de este agobio, pero relájate; respira. Hayden solo me ha dicho que saliste con su padre, nada más. Ese es el misterio resuelto. No sabía qué te unía a él y no quise preguntarte. Ahora ya lo sé. Fin del asunto. No pasa nada.

Sí pasa, claro que pasa, pero no se lo digo. Me limito a quedarme ahí, quieto, como un ser inerte que ni siente ni padece. En eso me he convertido. Y eso es lo que hago.

Él no quita la mano de mi pelo a pesar de que mi mechón ya debería estar en su sitio. Tiene un sitio, ahí, pegado al resto, inamovible. Quiero apartarlo, quiero gritarle que mi capacidad de amar y ser yo murió con Austin. Quiero que entienda que no es por él, que es por mí. Que él se merece el mundo, que alguien se lo ponga a sus pies, pero que ese alguien no soy yo. Que me quedé roto y que no pasa nada, que sirvo para otras cosas. Para ayudar a los demás, por ejemplo. Es tarde para salvarme a mí, pero no para salvar al resto. Razones no me faltan. Y eso es lo que pretendo decirle cuando apoya la frente en mi sien y suspira. Su respiración es un susurro cargado de intenciones. Me eriza la piel, me paraliza más aún, si es que eso es posible.

Rayner me coge el lóbulo de la oreja entre los dientes. Despacio, sin que duela, dándome tiempo para que me aparte. Y quiero hacerlo, necesito hacerlo.

No lo hago.

El corazón se me detiene un instante, el cuerpo me tiembla, las rodillas se me doblan y siento que giro y giro, y que Rayner lo hace unido a mí. Me estremezco cuando percibo su aliento y el roce de su lengua por detrás de la oreja.

Me giro de golpe, no sé si para poner fin a la situación o para pegarme aún más a él. No queda espacio entre nosotros y eso me asusta, pero ahora tampoco me aparto. Tengo que tomar una decisión y hacerlo en milésimas de segundo, tan rápido que pueda parecer que las ganas deciden por mí y no la cabeza. La excusa perfecta para un cobarde como yo. Es el hambre que veo en sus ojos lo que me hace cerrar la mínima distancia que nos separa, porque es un espejo de la mía. O de lo que sería la mía si me permitiera tenerla, sentirla más allá de la boca del estómago.

Suspiro contra sus labios. Noto un cosquilleo en la boca, en la tripa y más abajo. Las llamas se expanden dentro de mí y no necesito pensar en cuándo fue la última vez que me permití estar tan cerca de alguien. Porque fue él, porque lleva siendo él

demasiados años. Lo he evocado durante tanto tiempo y de tantas maneras distintas que ahora lo siento como un sueño del que no quiero despertar. Quizá por eso no me atrevo a rozar sus labios, por miedo y por ganas. Pero también siento que me quemaré si no lo hago. En el infierno, probablemente, pero no pararé de arder hasta que lo único que quede de mí sean las cenizas, hasta que no quede ni un hueso culpable en mi cuerpo.

Cuando Rayner percibe que me he rendido, acerca su boca a la mía. Al principio es un roce suave, una caricia, una pregunta. Y le respondo. Lo hago girando todo mi cuerpo y uniéndolo al suyo. Lo hago agarrándolo de la cazadora que aún no se ha quitado y tirando de él para que no quede nada entre nosotros, para que se funda conmigo, para que me atraviese. Le muerdo el labio inferior; con rabia, con ganas, con impotencia. Él responde con un gemido, con ambas manos hundidas en mi pelo y con la lengua en mi paladar.

Y entonces me pierdo del todo. Nuestras lenguas se reconocen, se enredan y se saborean, muertas de sed. Las dejamos bailar entre jadeos y ansias por estar más cerca, por apretarnos, por sentirnos, por fundirnos en el otro. No soy consciente de dónde estoy, de cómo nuestras pollas siguen el ritmo de nuestro beso; trepidante, insatisfecho. No soy consciente de nada que no sea Rayner, Rayner, Rayner…

Tampoco sé cuánto dura ni hasta dónde nos puede llevar esto, solo sé que mis sentidos han vuelto a la vida y dan volteretas de entusiasmo por lo desconocido que no lo es tanto. El tacto lo es todo, no solo el de nuestras bocas; son mis manos en su cazadora, colándose por su camiseta, tratando de alcanzar su piel. Son las suyas en mi pelo, en mi nuca, la izquierda deslizándose por mi mandíbula, sujetándome, sometiéndome a la fuerza de su lengua. Es el olfato despertando ante unos aromas que le atraen como nada: el del cuero, el del rastro suave de colonia, esa mezcla perfecta de especias y vainilla, el de su magia. Es su sabor, su lengua, su barbilla, su cuello y mis labios recreándose en cada espacio que recorren. Y la vista… Oh, la vista. Necesito abrir los ojos, necesito ver a este hombre que con un beso puede hacer que me hierva la sangre, necesito descubrir que no estoy soñando...

Y entonces lo hago. Abro los ojos y me doy cuenta de dónde estoy, de lo que estoy haciendo y con quién. Me aparto, o lo intento, porque tropiezo con mis propios miedos, con el vértigo, y Rayner me agarra y yo solo necesito que deje de tocarme, que no se queme con el frío helado que se apodera de mi mente y me recorre el cuerpo de la cabeza a los pies. Soñar es duro, pero despertarse, a veces, es terrible. Una puñetera pesadilla. Y duele. Me duele, me duele, me duele.

No sé cómo lo hago, pero me separo de él. Rayner parece desorientado cuando su cuerpo deja de estar fundido con el mío. Lo entiendo, me siento igual, la sensación de vértigo me da hasta ganas de vomitar. Este beso es más de lo que me he permitido en mucho tiempo. Y ha sido más que un beso. Ha sido una derrota y una victoria al mismo tiempo. Ha sido —una vez más— todo lo bueno y todo lo malo que puede encarnar una misma cosa, un mismo acto, una misma persona.

—Rayner, lo siento. Yo…

—¿Sentirlo? No harás que me arrepienta de semejante beso. Ha sido…

Empieza a acercarse a mí y extiendo el brazo para detenerlo. Pero no es mi palma, alzada en una clara señal de «no des un paso más, por favor», lo que consigue que cese su avance y se detenga de golpe; lo hacen mis ojos, sea lo que sea que ve en ellos.

—No tendría que haber pasado —digo con un nudo en la garganta—. N-no… No puede volver a pasar. Yo…

La preocupación en el rostro de Rayner me hiere como pocas cosas consiguen hacerlo a estas alturas. ¿Qué puede herirte cuando ya estás en carne viva y tan roto que apenas logras reconocerte entre tus pedazos?

—Respira, Laurent.

—Perdóname. —El nudo en la garganta se hace más y más grande, más y más asfixiante, más.

—No creo que haya nada que perdonar.

—No seas tan bueno. Puedes gritarme. Insultarme. Hazlo, por favor —susurro al tiempo que cierro los ojos y apoyo la espalda en la pared, derrumbándome contra ella.

—No soy de los que gritan, y no creo que lo merezcas. Nos hemos besado y te arrepientes de ese beso. No hay más. Y no es tan difícil de entender.

—Es que ahora mismo…, ahora mismo n-no… puedo.

Por un momento, pierdo la capacidad de pensar. No estoy ahí, con Rayner. Estoy solo, solo, solo. Abro los ojos. No sé qué hacer con las manos, cómo detener los temblores, cómo hacer que deje de doler. Me abrocho los botones de la camisa; me vuelvo a desabotonar el primero. Me coloco la evidente erección. Y entonces me muevo. Cojo una silla, la pongo encima de otra, y de otra.

Cuando he apilado cuatro, vuelvo a la realidad y me giro para mirarlo. Está ahí, apoyado contra la pared, esperando, paciente, haciendo flotar su magia por toda la sala.

—Cuando dices «ahora mismo», ¿a qué te refieres? —me pregunta con cautela—. ¿A en este preciso instante o a…?

—No —lo corto—. Me refiero a siempre. A nunca. No lo sé.

Apoyo las manos en las caderas. Las quito. Paso por delante de él. Salgo al pasillo. Él sale detrás, pero no me sigue. Se apoya en el marco de la puerta y me mira con esos ojos penetrantes de mago que sé que me están analizando, desnudando, intentando arrancar verdades que no le he dicho, que quizá jamás le diga. Solo quiero… Dios. ¿Por qué ha tenido que pasar? Creía estar a salvo y ahora… Yo… Sus labios en mis labios, su sabor en el paladar, invadiéndome de una manera que jamás podré eliminar con desinfectantes, porque Rayner no se ha ido en años y quizá no se vaya nunca.

—Rayner, yo… Tú… —Suspiro. Miro al techo, a él, y aparto la vista porque no puedo pensar si lo miro—. Creo que deberías hacer tu vida, olvidar que esto ha pasado. No debería haber pasado. Lo sabes.

—No, yo no sé nada. —Suspira hondo y, tras una pausa, añade —: ¿A qué te refieres con que haga mi vida?

—A que… No sé, a que disfrutes de todo lo que el mundo tiene para darte y de todo lo que sin duda tú le puedes dar al mundo. Hay hombres y mujeres maravillosos ahí fuera que te merecen mucho más que yo. Ahí está Cam, te vi irte con él del Happy Ending; dos veces —agrego, y mi voz suena como la de un hombre al que no me

gustaría conocer—. Yo… creo que deberías irte con él. —Nada más decirlo, una punzada de dolor me atraviesa por dentro; regresa el frío, esa soledad que me aprieta y me asfixia como un traje a medida que se me ha quedado pequeño.

Rayner parpadea con esos ojos que son dos pozos de incertidumbre en los que me gustaría hundirme y no salir jamás.

—¿Quieres que me vaya con Cam?

—Eso quiero, sí. —Mis ojos se desvían hacia la entrada del recinto—. Deberías irte, sí. Claro que sí —continúo como un idiota.

—Agradezco que me des permiso, *jefe*, pero si no te importa, ahora tengo trabajo que hacer.

—Claro. Sí, eso. —Giro el cuello para observar un punto cualquiera de la pared llena de fotografías y cuadros hechos por los críos que han ido pasando por aquí—. Hay que trabajar, claro. Yo también. Claro, claro.

De claro que está debe de ser cristalino, pero yo lo veo todo negro; opaco, oscuro.

Se me escapa una especie de sollozo. Me paso las manos por el pelo, destrozándome el peinado un poco más. Parezco imbécil y estoy aterrado porque no quiero perderlo y a la vez no puedo retenerlo, porque no le voy a dar lo que quiere. Pero Rayner… me hace sentir bien, me hace reír, me hace sentir… vivo. Es buen amigo, buen trabajador, buena persona… Y aquí estoy yo, haciéndole daño y confundiéndolo.

Nunca me he considerado una persona egoísta; tengo otros defectos. Sin embargo, así es como me siento cuando una voz oculta quiere treparme por la garganta y salir para pedirle a gritos que se quede, que me permita quedarme con esa parte suya que nada tiene que ver con lo romántico o lo sexual.

—Laurent. Si quieres que olvide el beso, no lo voy a hacer. Pero si lo que quieres es que actúe como si nunca hubiera pasado porque así te vas a sentir mejor, lo haré. Por ti lo haré.

Bajo la vista. Me doy asco. No merezco a este tío de corazón enorme.

—¿Amigos? —le pregunto con una timidez que es más vergüenza que otra cosa.

—No sé, ¿lo somos?

No le respondo y él esboza una sonrisa cansada. Luego se va y yo permanezco un rato más en el pasillo desierto. Me toco los labios que aún saben a él, que aún me cosquillean. Su efecto permanecerá en el tiempo. Mucho tiempo. Muchísimo tiempo.

Sehnsucht.

O el ansia interminable con nombre pretencioso.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Rayner



«Soy egoísta; vil, incluso. Cuando estoy triste me consuelo pensando que quizá otros lloren por mí como yo lo hago por ellos».
Howl

La acampada es más bien un juego de supervivencia. Los chicos tienen que aprender a valerse por sí mismos, desde montar las tiendas de campaña, anclándolas a la tierra con estacas para evitar las sacudidas de viento, hasta aprender a hacer nudos o vigilar la zona por turnos como si fueran a aparecer zombis en medio de la noche. Y también completar tareas más… domésticas, como hacer la comida, ocuparse de la basura y llevar una rutina de juegos y ejercicios a lo largo del día. Aprender a ser adultos y divertirse, de eso trata todo.

El grupo se divide en dos equipos y, por la noche, Laurent y Sara son los encargados de puntuar cada labor en una pizarra pequeña dispuesta junto a la caseta con las provisiones.

—¿Se puede saber por qué estoy aquí? —le pregunto a Sara.

Me apoyo en el tronco del árbol mientras veo cómo los chicos discuten algo acerca de la lona que están sujetando a los árboles que rodean las tiendas con amarres y ganchos a fin de protegernos de la lluvia. El cielo está despejado, pero el aire es frío y el tiempo

en Winter Falls es traicionero. Las nubes pueden llegar en cualquier momento de la noche y es mejor tener un escudo. Van todos vestidos con pantalones cortos, camiseta roja o verde, según el equipo, con el nombre del centro y gorra a juego.

—¿Para que te relajes? —Ella me aprieta el brazo con cariño—. Disfruta un poco. Aquí se está de maravilla.

Lo cierto es que sí. Mi familia no era de salir más allá de lo necesario, de modo que nunca había pisado este sitio, pero se respira la misma paz que en el terreno de la casa del lago donde vivo. La reserva natural se halla a las afueras de Winter Falls, ubicada en un territorio montañoso, con zonas boscosas y lagos de aguas cristalinas. Está limpia y cuidada, y no siempre se puede acampar. Hay que pedir permiso y asegurarse de que no haya ninguna alerta de lluvias, nieve o temporal.

—¿Suele haber algún contratiempo?

—Siempre. Y alcohol —añade ella—. Piensa en cómo eras a esa edad. No somos tan diferentes.

Sonrío. Sí, yo también viví todo eso, aunque fuese distinto. Pasé por mi momento de rebeldía. Breve, dado que tuve que aprender pronto a valerme por mí mismo, pero sé lo que es querer desconectar del mundo, apagar el cerebro y vivir, simplemente.

—Mira, ya están montadas nuestras tiendas de campaña. —Me señala la de la izquierda, pegada a un roble enorme cuyas raíces y ramas parecen las extremidades de un gigante, y una más pequeña a unos metros—. Tú duermes con Laurent.

Le clavo la mirada.

—¿Perdona?

No le da tiempo a contestarme. La lona se cae y estoy a punto de echar a correr para ayudarlos, pero ella me sujeta del brazo.

—Nada de ayuda. Tienen que hacerlo solos, ¿recuerdas? —Luego se va a atender una llamada y yo me quedo mirando a los chicos y a Laurent, que se ha detenido delante de la tienda, nuestra tienda, con las manos en las caderas.

Me acerco a él. Lleva unos vaqueros ajustados y una camisa de manga corta azul, el pelo perfectamente peinado y botas de caña

alta. Es lo más parecido al Laurent que conocí, aunque sigue conservando esa barrera que lo aísla del mundo.

—¿Te parece bien? —pregunto.

Él se encoge de hombros, pero no me mira. Lleva sin hacerlo desde el beso. Miradas esquivas, roces aún más esquivos y respuestas breves, a eso se ha reducido nuestra relación durante las tres semanas que han pasado desde ese «no» rotundo que puso fin a algo que había empezado hacía cinco años y nunca llegó a concluir. Pero ¿lo ha hecho en realidad? Porque no me lo parece. Su «no» solo son dos letras vacías, sin fuerza, que a mí no me dicen nada. La tensión sigue ahí, los recuerdos nos sacuden como lo hacían los cristales de la ventana que vibraban bajo la lluvia que nos acompañó durante aquella única noche y hasta casi el amanecer.

—¿Y a ti? —me devuelve la pregunta.

«No, joder», pienso. Claro que no se lo digo.

Observo cómo mete nuestras mochilas en el interior de la tienda antes de volver a sellarla, la tensión de sus hombros cuando observa las maniobras de los chicos para mantener la lona a raya. Y la sonrisa. La puñetera sonrisa. Es increíble cómo en los pocos meses que llevamos trabajando juntos he aprendido a leer a este nuevo Laurent. La forma en que se lo guarda todo, lo que esconde cuando sonríe y cuando no lo hace. Es como si intentara mantener sus sentimientos a una frecuencia reducida, distante, contenida. El Laurent que conocí vibraba. Era caótico, espontáneo, estaba… vivo. Este hombre que tengo delante está en pausa y solo reacciona cuando le aprietas las tuercas.

—¿Has dejado a Vic con alguien? —le pregunto.

—No. Iré a casa sobre las siete para estar con ella un rato. Volveré en cuanto se duerma.

Asiento. Nada más.

El resto del día lo dedico a arreglar algún que otro imprevisto y a cerciorarme de que los chicos no hagan tonterías. También los acompaño a hacer una ruta montaña arriba, bien delimitada para hacer senderismo, y me integro con ellos. Soy adulto, pero también un crío que se ríe de cualquier chorrada y los acompaña en sus bromas. Y me gusta. A Laurent también parece gustarle, dada la

forma en que nos mira y curva los labios en una sonrisa de las bonitas, de las que sí me creo. Encabeza la marcha mientras el resto cuchichea sobre lo súper que está con esa ropa y Hayden resopla y los manda callar.

Comemos en el mirador que hay en la cima de la montaña; también nos sacamos fotos para añadir a esas otras que hay en los pasillos del centro.

A media tarde, se inventan un juego que consiste en hacer carreras en el lago. Me siento en una roca mientras los veo dividirse según los equipos. Todos llevan bañadores, de modo que en nada hay una pila de ropa a mi lado.

—Somos impares —les recuerda Hayden—. Necesitamos a alguien más.

Todas las miradas se vuelven hacia Laurent, que se ha detenido delante del agua. Empiezan los gritos, los aplausos y los «por favor, eres nuestra única esperanza».

Hayden resopla.

—No lo hará. Los superhéroes de mentira no se quitan la capa. ¿A que no?

Laurent y Hayden se miran, se evalúan, se retan. Laurent sonríe. Hayden enarca las cejas, como diciendo: «No eres capaz». A Laurent le brilla la mirada cuando se desabrocha la camisa y se la lanza a la cara.

—¡No! —grita el chico, riéndose.

—Sí —contesta Laurent mientras se quita las botas, mete el móvil y los calcetines dentro y se desabrocha los vaqueros.

Hay gritos y aplausos. Las chicas se vuelven locas. Los chicos también. Me río cuando Laurent intenta lanzarle los vaqueros y esta vez Hayden los aparta con un movimiento rápido que los hace caer al agua. Uno de los chicos se apresura a sacarlos y los deja a un lado para que se sequen al sol, que asoma cauto entre nubes grisáceas. Alguien silba. La discusión empieza enseguida, aunque no hay mucho que decidir. Falta una persona en el grupo rival al de Hayden, y Laurent lo señala con un dedo.

—Tú y yo.

—Venga ya. No puedes contra mí.

—Jefe, ese disfraz es el mejor —declara Lucas sin dejar de mirar el cuerpazo de Laurent, y Hayden compone un gesto de repugnancia.

—¡Demuéstrale quién es el superhéroe! —lo sigue Amelia.

—Se supone que estáis de mi parte —se queja Hayden.

—Ahora mismo no —dice Connie con la vista fija en el culo de Laurent, justo el lugar donde tengo puestos los ojos yo.

En realidad, no tengo ni puñetera idea de dónde mirar. Hay tanta piel…, y está tan distinto… Y no es solo por la escasez de ropa. Es el hecho de haberse atrevido a desnudarse, a jugar al mismo juego que ellos, ser el Laurent que recuerdo; todo eso. El vello de la nuca se me eriza y un calor agradable se extiende por mi cuerpo y me sacude los huevos. Me excito. Es imposible no hacerlo cuando lo veo colocarse en posición, con el bañador negro estilo *jammer* ajustado al culo. Qué guapo es y qué ganas le tengo. Creí que jamás volvería a verlo así y la adrenalina se me dispara en la tripa. Me inclino hacia delante para esconder la entrepierna y observo la escena con una sonrisa.

Se colocan al borde del lago, uno al lado del otro. Lucas se mantiene a unos metros con el silbato y ellos se miran una última vez antes de observar la roca que tienen que tocar en la otra punta del lago para inmediatamente regresar aquí. El primero que llegue, gana.

En cuanto el silbato suena, desaparecen.

Todo sucede demasiado deprisa. Los chicos se arremolinan en el borde y gritan. Hay más «¡Laurent!» que «¡Hayden!», lo que estoy seguro que cabreará a Hayden y avergonzará a Laurent. Aun así, este lo da todo. Si alguna vez le dio ventaja al crío que fue Hayden, ahora no lo hace. Le gana por bastantes metros. En cuanto llega al borde del lago, Laurent se alza sobre la roca y se sienta a esperar a un Hayden que le lanza una mirada asesina pero también le sonríe.

Se apartan a un lado para que el resto pueda seguir y compiten dos veces más. Al final, gana el grupo de Laurent tras una última carrera que vuelve a ganar él.

—No sé si llamarte abusón o masoquista —murmuro cuando lo veo acercarse sin aliento y con la cara rojísima.

—¿Se me nota que estoy a punto de echar el corazón por la boca? —pregunta, jadeando.

—Para nada. Diría que se han fijado más en tus brazos. O en tu tableta de chocolate. O en tus piernas. No sé decirte. Creo que ahora mismo te miran el culo. Si te das la vuelta, me harías un favor. Digo, para poder apreciar yo también las vistas —declaro, y la voz me sale ronca sin querer. Pero es que, joder, estoy tan cachondo que empieza a ser molesto; y preocupante.

—Ja, ja, ja. Muy gracioso.

Se detiene delante de mí. El cuerpo empapado, la cara roja, la mirada brillante. Una puñetera fantasía que quiero tocar hasta volver a aprendérmela de memoria.

Lo miro de arriba abajo con intención.

—Así que esto es lo que escondes tras la ropa pija.

—Como si no lo hubieras visto. —La naturalidad de su voz me sorprende. Mucho.

—Estás… distinto.

—Solo he ido más al gimnasio —replica.

—Parece que es lo único que has hecho.

—Pues no. También he montado un *pub*, un centro juvenil y he criado a una ninfa. Soy más que un mafiosillo.

Se me escapa una carcajada.

—Te recuerdo que eres tú quien se esfuerza en hacer creer que no hay nada más allá de eso. Y te sienta bien, ¿sabes? —Le señalo el cuerpazo—. Me refiero a quitarte la ropa, y no solo porque estés bueno. Te ves, no sé, relajado.

—Calla, anda, y échate a un lado para que me pueda sentar —dice cuando uno de los chicos le entrega una toalla y él se la envuelve en las caderas.

Me hago a un lado para que se siente. Laurent se echa el pelo hacia atrás, las gotas le resbalan por el cuello, los bíceps y más abajo. Aparto la mirada porque la otra opción es sujetarlo del pelo y comerle la boca, beberme cada gota que se derrama por su piel.

—¿Quieres que te deje ropa?

—Tengo ropa.

—Laurent, estamos en una acampada, no en una reunión internacional para hablar sobre la paz en el mundo.

—¿Hoy es el día de meterse conmigo o qué? He traído vaqueros. Y camisas de manga corta. No vengo como si fuera a asistir a una cumbre sobre la paz mundial.

Lo miro con una ceja arqueada.

—Yo estoy muy a favor de la paz en el mundo, no me malinterpretes, pero las camisetas no matan. Antes te gustaban.

Él resopla, pero los labios se le curvan en una sonrisa diminuta cuando se vuelve a apartar los mechones y nuestras piernas se rozan. Por un instante, uno muy breve, desaparece el pasado y solo quedamos nosotros y este momento que parece eterno, aunque sé que no lo es.



—No, déjalos —le pido cuando lo veo llegar y dirigirse hacia las tiendas de los chicos, que hablan demasiado alto y aún tienen las linternas encendidas.

—Mañana no habrá quien los despierte.

—Y será problema de mañana. Saben que tienen que ser adultos. Laurent, tienen un horario. Estarán agotados, pero lo cumplirán. ¿No lo han hecho las otras veces?

—Sí.

—Vamos a la cama, venga.

Se queda congelado durante unos segundos. Quizá por la naturalidad con la que lo he dicho; quizá por lo contrario, por lo poco natural que tal sugerencia puede sonar entre nosotros, dadas las circunstancias. Pero, tras una última mirada hacia las tiendas de los chicos, me sigue hacia el interior de la nuestra.

—¿Cómo está Vic? —le pregunto mientras se sienta dándome la espalda y se pone una camiseta y unos pantalones de chándal viejos.

—Bien…, creo. Hoy está bien. —Apaga la linterna y se tumba a mi lado, pero sin meterse en el saco; yo tampoco lo hago—. He traído ropa cómoda.

—Bien. A Hayden le gustará el cambio. Hoy parecíais dos críos. —Me coloco de lado para poder mirarlo, o lo intento, dada la oscuridad del interior de la tienda—. Me dijo que odia la ropa que te pones porque se parece a la que usaba su padre.

La risa que se le escapa no es alegre, ni siquiera es real.

—No te confundas. No odia la ropa. Sigo siendo yo, me ponga lo que me ponga. —Él también se gira para imitar mi postura; nuestros brazos se rozan y nuestras rodillas se empujan, pero ninguno hace nada por apartarse—. ¿Qué más te dijo?

—Lo que te conté. No he vuelto a hablar con él de eso. —Noto el movimiento de asentimiento—. ¿Cómo era tu relación con él? —pregunto en un susurro.

—¿Con Hayden?

—No, con su padre. Fue… —Carraspeo—. ¿Fue el ex del que me hablaste la noche en que tú y yo…?

—¿Ahora la llamamos así? ¿«La noche en que tú y yo…»?

—Puntos suspensivos mentales incluidos, sí. ¿Era él?

—Era él.

—Pero ya no estabais juntos, ¿no? Me dijiste que lo habíais dejado.

—Rayner, no me habría acostado contigo si hubiese estado con él. Yo no soy así, aunque…

—¿Qué?

—Nada. No quiero hablar de él.

—Solo dime una cosa —le pido, agarrándolo del brazo para impedir que se gire—: esa noche… ¿aún sentías algo por él? ¿Sigues queriéndolo ahora? ¿Es por eso que…?

—Eso son tres preguntas.

—Y no tienes que responder a ninguna si no quieres.

—Intentas entender por qué soy como soy, lo pillo.

—Él fue tu última relación, ¿no? Tiene sentido que sigas anclado a él si aún hay sentimientos. Tiene sentido que te cierres a… Al amor, ya sabes. Pero ya ha pasado un tiempo y…

No contesta, pero se suelta de mi agarre para colocarse de espaldas.

—Laurent…

—No.

—¿No qué?

—Esa noche solo estabas tú, y ahora… —Se lleva las manos a la cara y respira con dificultad.

Odio verlo así, como si le doliera, como si hablar del pasado le abriera una vieja herida que quizá nunca termine de cerrarse.

—No respondas si te duele. No pasa nada.

—Si estuviera vivo, no sería tan jodido hablar de él. Pero está muerto y no es justo. Cuando mueres te conviertes en lo que los demás cuentan de ti. Eres como un puñado de escenas de la misma peli grabadas a distintos tiempos desde ángulos diferentes. La peli completa ni siquiera encaja, porque cada uno la ve a su manera.

—Eh, tranquilo. Solo intentaba entender lo que pasó. Y ahora lo veo claro.

—¿Qué ves claro?

—Que él fuera el motivo. Si aún sentías algo por él… Es normal que la noche entera fuera un error para ti y no quieras ni verme.

Un sonido gutural, parecido al de un animal herido, se le escapa de la garganta, y a mí se me retuercen las tripas. Porque he dado en el clavo. Joder.

—Laurent…

—No me toques —me pide cuando me incorporo sobre un codo y llevo una mano a su rostro.

—Estás temblando.

—Estoy bien.

—No lo estás.

Los segundos pasan y su respiración se vuelve más pesada, como si tomar aire y expulsarlo le costara un mundo. Me tumbo de nuevo y, con cuidado de no asustarlo, le acaricio el antebrazo. No tarda en relajarse. La piel se le eriza y su respiración se ralentiza.

No hablamos más. Cuando creo que ya se ha dormido, me dice:

—No te he mentido, Rayner. Esa noche solo estabas tú.

Y yo me pregunto qué es peor, saber que estuvo ahí conmigo o comprender que no fui suficiente para que se quedara.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Rayner



«Soy muchas cosas, pero nunca culparé a otros de mi actitud de mierda».
Howl

AL DÍA SIGUIENTE NO HABLAMOS, PERO SÍ HAY MIRADAS. MUCHAS. Demasiadas para el poco control que me queda. Es como si me atiborrara de vértigo y este se me quedara anudado en la tripa, retorciéndose, haciendo que me tambalee y sienta cosas que jamás pensé que sentiría. Porque Laurent no es un polvo cualquiera, es el «y si…» que me ha acompañado a lo largo de los años, es la mezcla perfecta del olor a naranja y a jengibre, una risa espontánea, una mirada profunda, dientes y gemidos prolongados. Es cualquier cosa menos contención. Porque no la hubo. Jamás ha habido nada más auténtico que él, y quizá por eso entiendo a Hayden. Yo también odio esa ropa que pretende ser perfecta pero solo es un escudo. Odio cómo se esconde. Odio cómo huye.

Y ahí está ahora, con un pantalón corto, una camiseta holgada y el pelo rubio recogido en una coleta. Laurent sin su disfraz. El Laurent al que quiero besar hasta arrancarle la verdad a mordiscos. Se me pone dura al instante.

Hasta Sara lo está mirando con fascinación.

—Chicos, no sé qué le habéis echado a la comida, pero poned el doble esta noche.

Laurent le lanza una ramita.

—¿En serio?

Ella se ríe, pero los chicos ya están cuchicheando y lo siguen haciendo el resto del día. Incluyen a Laurent en sus planes, lo convierten en ese miembro que consigue que los equipos dejen de ser impares. Se lo pasan bien. Con Hayden apenas habla, pero sí que se enfrentan cuando juegan al voleibol o vuelven a meterse en el lago. Al voleibol gana el chico, pero en el agua no tiene nada que hacer contra Laurent.

Al final del día, se marcha durante un rato para estar con la ninfa y, cuando regresa, se trae la *tablet*.

—¿No están prohibidos los aparatos electrónicos? —pregunto cuando me tumbo a su lado sobre el saco cerrado y la colcha, tal y como ha hecho él, y veo que la tiene apoyada en el abdomen.

—¿Te apetece ver a Howl?

Enarco las cejas.

—¿Es una pregunta con trampa?

Se ríe. Su aliento me hace cosquillas en la mejilla cuando gira el cuello hacia mí.

—Para nada. A mí me sigue gustando más Sophie.

—Vaya, eso ha dolido.

Nos reímos. Le digo que sí con un gesto y sus dedos vuelan por la pantalla hasta dar con la película. Cojo más almohadas y colchas y colocamos el aparato entre nosotros. La vemos en un silencio agradable solo interrumpido por el crujido de las ramas, los ruidos de los animales nocturnos o las risas que salen de las tiendas de los chicos.

—Entiendo por qué Dani te identifica con él —dice una vez aparecen los créditos—. Howl solo quiere ser libre, aunque no haga más que huir. Puede resultar contradictorio, pero a veces huir se parece a buscar. En realidad, Howl no huye, solo busca, y en su camino hace daño y también se hace daño a sí mismo.

—¿Es lo que crees de mí?

—Es lo único en lo que quizá te parezcas. Por lo demás…, digamos que creo que eres lo opuesto de Howl. Piénsalo. Howl es un puñetero desastre; es egoísta, caprichoso, cobarde y narcisista. ¿Has visto dónde vive? Su vida es caos, pero ante los demás se mantiene perfecto, se nutre de su apariencia física. Tú, en cambio…, eres todo lo contrario.

Me río.

—Desde luego.

—¿A qué viene ese tono?

—A que me gusta que no intentes regalarme los oídos como hace Dani todo el tiempo. Tiene una visión sesgada de mí solo porque de crío tenía una cara angelical. No soy mi infancia, solo soy el ahora. —La pantalla sigue encendida y las arrugas de su frente, así como el modo en que me mira, me incomodan y a la vez reviven ese deseo que no se apaga nunca—. Por Dios, no me digas que no te ha contado cientos de veces lo bonito que es su amigo Howl, el mago, y toda esa mierda. —Suspiro hondo.

—Rayner, no he dicho que seas feo. Perdona si te lo ha parecido.

—Ya lo sé, no te preocupes.

Laurent aparta la *tablet* y se coloca de lado. El pulso se me dispara cuando me sujeta la cara con una mano. La iluminación es escasa, pero me he acostumbrado a la oscuridad de la tienda lo suficiente como para apreciar sus rasgos, la claridad de sus ojos azules, los labios brillantes.

—A diferencia de Howl, tu vida no es un desastre ni te escondes en tu físico. Eres transparente, honesto y quizá por eso eres mil veces más hermoso que él. Porque no te escondes, ni intentas ser quien no eres; no te avergüenzas.

—No seas absurdo, claro que me avergüenzo.

—Pero es una vergüenza tierna, porque en realidad no tienes nada de lo que avergonzarte. Te crees menos de lo que eres porque la vida se ha esforzado en que te lo creas, pero no es verdad. Y luego está tu corazón… —Intento hablar, pero él me sella los labios con los dedos—. Tu corazón no es nada cobarde, Rayner. Te muestras como eres y ayudas a los demás a tener una vida mejor que la tuya, y lo haces de manera desinteresada. Si la magia

existiera, tú estarías lleno de ella. Eres un mago mucho mejor que Howl.

Le sujeto la muñeca porque no soporto que me diga todo eso y me siga tocando.

—¿A dónde quieres llegar?

—A ti.

Meneo la cabeza y noto su pulso acelerado en la muñeca.

—Pues no tienes que buscar mucho, estoy justo aquí y te estoy tocando, aunque de eso ya te has dado cuenta.

Intenta apartarse, pero no lo dejo. Una ligera brisa se cuela por los bordes de la tienda de campaña, pero el calor entre nosotros es asfixiante. La electricidad me recorre el cuerpo cuando noto la vibración de sus temblores en la mano. Quiero sentirlo más cerca, recorrerle la piel con los labios, que me toque. Quiero aplastarlo con mi peso, sentir cada músculo, entrar en él hasta que no quede nada más que nosotros y esta necesidad que me duele.

—Suéltame, por favor. —Lo dice con un jadeo y sé que intenta contenerse tanto como yo intento no dejarme llevar.

—Joder, Laurent, quiero entenderte. De verdad que sí. Pero para eso necesito que dejes de esconderte.

—A lo mejor lo que necesitas es dejar de hacerlo.

—No puedo hacer eso. Quedamos en que seríamos amigos. Es la única manera de que esto funcione.

—No sé si sé hacer amigos. Estoy… oxidado.

—No, no lo estás. Pero has trazado una línea que no nos dejas pisar. Mantienes a la gente alejada. No de forma evidente. Eres bueno, cordial y, a veces, hasta divertido. —Ambos sonreímos, él a su pesar, supongo, es un tema serio—. Pero yo me he cansado de dejar que me hagas a un lado.

—¿Por qué tanto esfuerzo?

—Porque sé leer el corazón de las personas. En eso sí me parezco a Howl. No voy a dejar que te sigas escondiendo de mí. Puedes pedirme que no te bese, o que no te toque, pero no puedes pedirme que deje de buscar al chico que conocí. Sé que está ahí.

Lo suelto, porque ha empezado a respirar con dificultad y no quiero hacerle daño.

—Lo siento —susurro.

—Ojalá fuera verdad.

—¿El qué?

—Que sigue ahí, ese chico del que hablas. Me gustaría volver a sentirme libre.

—¿Qué quieres decir?

Se incorpora y deja la *tablet* a sus pies antes de tumbarse de espaldas, los ojos cerrados, el cuerpo tenso.

—Laurent…

—¿Qué tal con Cam? —me corta.

Me río.

—¿De verdad quieres hablar de eso? Porque no te va a ayudar a huir.

—Lo envidio un poco, supongo.

—¿Por acostarse conmigo? No tienes nada que envidiarle. No hay confidencias ni desayunos en la cama.

Vale, eso ha sido rastrero, pero qué coño. No quiero hablar de Cam, ni de nadie que no seamos nosotros dos.

—No me refiero a eso, sino a su personalidad. Y ya sé que es una tontería, que todos llevamos la mierda bien guardada dentro y él tendrá lo suyo, pero lo veo y todo parece fácil desde su punto de vista. Y entonces me pregunto cómo una montaña puede ser solo un grano de arena para algunos. ¿Comprendes?

—La verdad es que no —contesto con sinceridad. Ojalá pudiera entenderlo, ojalá me dejara. Ojalá.

—Una vez leí por ahí que el corazón de los mamíferos late unos dos mil millones de veces a lo largo de su vida, más o menos. Y da igual que todo se rompa, porque el corazón late y late hacia ese número, hacia el final. Me gustaba pensar que cada latido importaba, aunque no fuera verdad. Importe o no, todo sigue su curso. —Voy a hablar, pero él me lo impide—. Me alegra que conozcas a otras personas, Rayner —musita, cambiando de tema a uno más seguro para él.

—Solo es sexo. Nada más.

—Claro, porque tú eres alérgico al compromiso, ¿no?

Reconozco la pulla como lo que es: el intento de hacer sangre de un animal acorralado que no ve una salida. No lo entiendo, no sé por qué querría huir de esa forma, pero no voy a entrar en el juego. No me apetece.

—No es lo que busco, pero no tendría problema en hacerlo si encontrara un castillo ambulante a mi medida.

—Ya tienes un castillo ambulante —replica.

Sonrío.

—La casa del lago no es mi hogar, no en el sentido estricto de la palabra. Solo es un espacio donde vivir. Nunca le he dado importancia a eso, quizá porque no he tenido nada que se parezca a una casa. Cuando no has tenido hogar, te importa una mierda dónde vivir. Te vale cualquier cosa que te refugie del frío o de la lluvia. Tu casa ni siquiera es la mochila que llevas contigo ni tus pertenencias; lo son las personas. Por eso estoy aquí, por mi hermano y por Dani. He vuelto a Winter Falls, a la morada de mis pesadillas, solo porque aquí está lo único que considero «casa». ¿Entiendes? No me cierro al amor, pero necesito algo más que un polvo memorable para querer compartir mi vida con una persona.

—Así que un polvo memorable, ¿eh? —Su risa me hace querer tumbarme sobre él y meterle la lengua hasta la garganta, hacerle entender lo que me hace sentir, arrancarle la verdad de la piel.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero, aunque te lo puedo recordar si vas mal de memoria. Según los rumores, dicen que no usas mucho *eso*. —Le doy un toque en el muslo, muy cerca de la entrepierna, y él respira hondo y se gira para apartarme. Sonrío, muy a mi pesar—. ¿Cuándo fue la última vez que follaste?

—Deberíamos dormir.

—Puedes intentar esconderte, pero sé lo que sientes.

La carcajada que suelta me retumba en el pecho.

—No tienes ni idea.

Me acerco a él, lo suficiente como para rozarle el cuello con la nariz.

—Estás cachondo —le susurro al oído, notando cómo se tensa y la respiración se le acelera, pero no lo toco; no me hace falta. A veces la imaginación es más poderosa que un simple roce—. Llevas

así desde que aparecí en tu vida. Lo sé porque yo siento lo mismo. El traje te queda perfecto, pero te olvidas de que te he visto con mucha menos ropa de la que llevabas hoy en el lago. Todavía tengo tu sabor en el paladar. Puedes negarte y respeto tus decisiones, pero no intentes meterte en las mías. Estás fuera porque tú has querido quedarte fuera, así que no vuelvas a preguntarme por quién me llevo a la cama. ¿Te parece?

No contesta. En su lugar, se mueve para poner distancia. Mierda.

—Lo siento, no pretendía que sonara así. Es solo que…

Me cabrea, me molesta, me revienta. Porque puedo sentir su debate interno y no tengo ni puta idea de cuál es su lucha.

—No pasa nada —termina diciendo—. Buenas noches, Rayner.

No duerme y yo tampoco lo hago. Es como si pudiera escuchar los engranajes de su cabeza, uno a uno, oxidados, rotos, intentando encajar entre chirridos y movimientos forzados. Sin poder evitarlo, acerco la mano y le acaricio el antebrazo; arriba y abajo, arriba y abajo. La piel se le eriza, pero su respiración cambia. Se relaja y salva los centímetros que nos separan. No sé si se da cuenta de que lo hace. Su calor me envuelve y sé que es consciente de cada uno de mis movimientos, la manera en que mi pie busca el suyo y la caricia que me devuelve. Suspiro. Intento controlar la respiración, la presión en mis pantalones, las ganas que le tengo.

Y mientras lo acaricio y espero a que se duerma, pienso en todo lo que me ha dicho y en lo que aún se guarda; en lo mucho que desgasta el tiempo y en las heridas que no se curan a pesar de él.

CAPÍTULO VEINTE

Laurent



«Soy superficial. No es una pose, no es ironía. Me importa el físico. Me siento atraído por almas, sí; pero también por caras y cuerpos».
Howl

Estoy frente al Vegan Heaven, el restaurante de Cam, esperando para recibir la comida que nos toca repartir hoy. Rayner y yo solemos venir juntos desde el centro y encajamos las bandejas como mejor podemos, pero hoy él tenía terapia a su hora de comer y me ha dicho que, ya de paso, aprovecharía para hacer una gestión y que nos veríamos aquí directamente. Muy misterioso lo de la gestión. Todo él es muy misterioso. Como Howl. Pero sin la vanidad ni la arrogancia del mago.

Estoy sentado en el asiento del conductor, apoyado en el reposacabezas. De fondo, muy bajito, suena *Mad World*, la versión de Gary Jules, la triste, la de la banda sonora de *Donnie Darko*. Estoy mirando por la ventanilla del copiloto hacia la fachada del edificio que contiene uno de los mejores restaurantes de Winter Falls y la casa de Cam, que vive en un dúplex reformado en la primera y segunda planta. Es uno de los edificios más bonitos del centro, blanco y gris pizarra, con contraventanas de madera y aspecto de casa sureña de Charleston; con altas columnas que dan paso a un

porche que en los meses de verano se transforma en un comedor exterior. Las gotas de lluvia que empapan el cristal me ofrecen una visión difuminada, borrosa, como los sentimientos que ahora mismo el propio Cam me provoca. Nunca ha sido mi persona favorita del mundo, a pesar de reconocer su labor filantrópica secreta, pero desde que tiene… lo que sea que tenga con Rayner lo es aún menos. Y sé que soy injusto y sé que es un sentimiento egoísta que quisiera erradicar a base de lejía y detergente, pero no lo puedo evitar. Yo no soy para Rayner, no le puedo dar lo que quiere. Pero ¿de verdad voy a ser tan ruin como para sentirme dolido porque haga su vida? ¿Y con uno de los hombres más guapos de Winter Falls, nada menos? Yo mismo lo mandé con él, ¿no? Mientras no tenga que ser testigo de ello…

Entonces, por la ventanilla que me ofrece un primer plano distorsionado de la terraza de la primera planta, descubro cómo se abre la puerta y… Rayner sale al exterior. Va acompañado de un Cam sin camiseta y con unos pantalones de yoga que si se baja un poco más podría ser denunciado por escándalo público. De hecho, yo mismo podría llamar a la policía como el ciudadano preocupado y comprometido que soy. Es tan sencillo como coger el móvil y marcar tres números: «Sí, hola, señor agente, hay ante mí un hombre al que casi se le ve la polla. Vengan, vengan, llévenselo, sáquenlo de mi vista». Tengo que tomármelo a coña, porque creo…

Creo que dejo de respirar.

Creo que es porque duele.

Creo que me había hecho a la idea de que la relación o lo que sea que tenían estos dos existía solo en otro plano de existencia en el que yo no tenía que verlos ni sufrirlos. No ante mis ojos. No en esta realidad en la que a mí me duele sin tener derecho a que me duela.

Creo que siempre pienso en Rayner como en una especie de hito en mi historia, un momento efímero y a la vez eterno, pero que también ocurrió en otra vida, no en esta en la que ahora vivo.

Después de hablarles a los chicos de lo que significaba «sehnsucht», Hayden se interesó por el concepto y la segunda noche de acampada le hicieron muchísimas preguntas sobre

palabras raras. Rayner les habló de esas cosas que solo él conoce y que terminan hechizando a sus oyentes porque las cuenta con la humildad de quien sabe mucho y no presume nada. Dijo que «saudade» era una palabra portuguesa que venía a significar melancolía por lo perdido y que a veces se describía como «nostalgia por algo que quizá pertenece a otra vida». También habló de la palabra galesa «hiraeth», que era algo parecido: sentir nostalgia por un lugar o un tiempo que tal vez nunca existió.

Y yo soy todo eso. Él es todo eso para mí. Tres palabras inmensas.

Veo cómo baja por la escalera lateral, se saca el móvil del bolsillo y se lo lleva a la oreja. Al instante, mi teléfono vibra en el salpicadero. Contesto.

—Hola, Rayner.

Lo veo sonreír mientras baja los últimos escalones y se apoya en la gran barandilla blanca bajo un pequeño tejado que lo protege de la lluvia. No me ha visto, pero yo no pierdo detalle de esa sonrisa que puede iluminarme el alma y a la vez hacerla añicos.

—¿Vas a tardar mucho? Puedo ir sacando las bandejas de la cocina.

—Estoy aparcado justo en frente.

Veo cómo alza la vista y se dirige hacia mi coche. Respiro, me recompongo. Ya está. Ya pasó. Esto es lo que hay.

Le sonrío cuando se asoma al cristal del copiloto; la ventanilla está empañada, como mis ojos, pero cojo el paraguas que tengo en el asiento de atrás y salgo dispuesto a hacer el reparto como si estuviera entero y no conduciendo con una herida abierta en el pecho.



—¿Qué haces? —pregunto al verlo meter una esponja nueva dentro del cubo y empezar a frotar por el otro lado.

Ya ha anochecido y hace una hora que el centro está cerrado. Se suponía que Rayner se había marchado tras regresar con los contenedores vacíos. Se suponía que nadie sabía que limpiaba mi coche como un poseso nada más regresar de entregar las comidas. Se suponía.

—Ayudarte.

Me ruborizo. Soy incapaz de añadir nada más pese a todo lo que me gustaría preguntarle. Por qué, por qué, por qué. ¿Qué más da? Él lo sabe. Me ha seguido hasta el solar vacío que hay justo detrás, donde traigo el coche después de que hayamos terminado de repartir las comidas y el centro se haya quedado a oscuras. Está aquí y no puedo esconder lo que soy; estoy cansado de hacerlo.

Ha sido un día duro. De fingir normalidad. Y no puedo más.

Limpio tal y como me gusta hacerlo para que se vaya el olor de la comida y él me imita en silencio. Me he quitado el chaleco y llevo la camisa remangada por encima de los codos, por lo que noto un hormigueo agradable cada vez que nuestras pieles se rozan. Y lo hacen muchas veces, demasiadas para lo frágil que me siento a su lado. Siento que camino manteniendo un equilibrio que hace tiempo que dejé de controlar y no tengo ni idea de lo dura que puede ser la caída, ni de cómo volveré a levantarme cuando lo haga. Porque lo haré. El vértigo me marea cuando lo tengo cerca y también cuando huyo de él.

Cuando terminamos, guardamos el cubo y los demás utensilios en el cuarto de la limpieza y salimos de nuevo al exterior. El aire frío me atiza el rostro y la piel expuesta del pecho y me ayuda a respirar, y a serenarme, y a aguantar su escrutinio.

—Dilo, venga —lo animo.

La intensidad de su mirada consigue que el frío desaparezca. Tiene las manos en los bolsillos, una cazadora vaquera que no parece abrigar del todo y la frente arrugada, gesto que hace siempre que algo lo sobrepasa de verdad. Ese algo casi siempre suelo ser yo. Ojalá no lo fuera, ojalá fuese algo más que arrugas y decepción para él, ojalá no nos separara un abismo.

—¿Por qué tantas molestias? No tienes que hacer los repartos conmigo…

—¿Te parece raro que me guste ayudar? —pregunto—. No somos tan diferentes.

—Ya lo creo que lo somos. Somos como la noche y el día, el Howl luminoso y el oscuro…

—Si hay alguien oscuro aquí, ese soy yo.

Las arrugas ahora son cordilleras en su piel. Me pregunto cómo sería si estirara la mano y suavizara su expresión, si borrara el modo en que me ve.

—A veces creo reconocer a la persona que conocí hace cinco años; otras veces creo que no te conozco en absoluto.

—No hay mucho que conocer. —Desvío la vista hacia el centro, iluminado por las farolas de la entrada—. Gracias por tu ayuda, aunque no era necesario.

—¿Qué es lo que te molesta? Me refiero a por qué limpias cada día, si el coche está limpio cuando regresamos. Quita esa cara, Laurent, te he visto hacerlo varios días seguidos. La primera vez fue por pura casualidad. Me había dejado la cartera, así que di media vuelta a mitad de camino y regresé. Se suponía que no quedaba nadie, pero había una luz y se me ocurrió que algún crío se podría haber colado.

—¿Te colabas en los centros culturales de joven?

Rayner se encoge de hombros.

—Yo también fui un crío, hice muchas chorradas. Dime, ¿por qué lo haces?

—Me molesta el olor, la sensación de suciedad. No puedo subirme al coche sin limpiarlo antes.

Aparto la mirada y la llevo a mis pies. Él da un paso hacia mí. Cuando me roza la barbilla con los nudillos se me pone la piel de gallina, pero no me aparto. Su aliento huele a esos caramelos de nata que Sara tiene en la entrada y cuyos envoltorios van apareciendo por cualquier rincón del centro.

—Laurent. —Me levanta el mentón para que lo vuelva a mirar—. ¿Cuánto hace que no duermes?

Me río por dentro, pero intento que no se me note por fuera. Me aparto con suavidad, porque no soporto todo lo que su contacto le

provoca a mi cuerpo. Lo mucho que vibro, los recuerdos que me trae.

Quizá es por las emociones o por el hormigueo que ha dejado su tacto en mi piel, pero la verdad se me escurre de los labios sin que pueda hacer nada por contenerla:

—Tengo insomnio. Va y viene, como las olas.

Me meto las manos en los bolsillos para contener las ganas de llevármelas a la cara, tocar las huellas que ha dejado en mí. Lo siento tanto… El recuerdo del beso, así como de la noche que pasamos juntos, comienza a reproducirse en mi cabeza, como ha hecho tantas otras veces, y no puedo detenerlo. No soy capaz. Y menos ahora que me está mirando y espera a que continúe.

Suspiro hondo y le explico:

—A veces no puedo dormir, pero finjo que lo hago.

—¿Qué?

—Cierro los ojos, respiro pausadamente y dejo que pasen las horas. Dicen que si crees mucho en algo, sucede. Pero la verdad es que no lo hace. El tiempo sigue avanzando y el sueño se va. Las paredes se estrechan con cada segundo que pasa mientras pienso en todas las personas que estarán durmiendo mientras yo observo el techo de mi habitación o doy un paseo por mis recuerdos.

Rayner me mira con una mezcla de curiosidad y… ¿lástima? Me río por dentro.

—¿Desde cuándo padeces de insomnio? —pregunta con esa voz ronca que me eriza la piel.

—Desde hace unos años, aunque antes… era distinto. En Farpoint vivía en un edificio bastante alto; «la torre», lo llamaban, y tenía una azotea enorme. Quizá sabes a cuál me refiero. —Era el más alto de la ciudad donde nos conocimos. Ante su asentimiento, prosigo—: Pues allí, si tenía problemas para dormir, subía un puñado de mantas y me acostaba arriba con un libro de relatos de terror y una linterna. El cielo oscuro y los ruidos de la noche me relajaban; no sentía esa presión que me embarga en una habitación cerrada.

—¿Ya no lo haces?

—Ahora está Vic —le recuerdo—, la terraza es su territorio. Tiene el sueño ligero y no quiero que sufra terrores nocturnos. Además, el

truco se desgastó hace tiempo.

Rayner me mira y me mira y yo siento que me arranca capas y capas y que, en algún momento, llegará a la verdad. Al final me quedaré desnudo. Al final, me verá. Y no puedo. No.

Cuando estoy a nada de despedirme, me dice:

—¿Tienes algo que hacer ahora?

—Muchas cosas, sí.

—¿Como qué?

—Como ocuparme de Victoria McQueen, eso lo primero.

—Por supuesto —dice con una sonrisa llena de muchas cosas que no quiero analizar.

Me giro para entrar en el coche, pero él me sujeta del brazo con suavidad. No me presiona. Sus dedos son una caricia que siento como un puñado de hormigas brotando de mi piel, deslizándose por mi cuerpo y haciéndome sentir… extraño. Deseo y rechazo metidos en una botella como quien intenta unir el agua con el aceite. La mezcla es… imposible. La mezcla ni siquiera existe porque el rechazo se evapora en cuanto sus dedos me acarician la cara interna del codo y se detiene a pocos centímetros de mí.

—Vente conmigo. Dame esta noche.

—¿Qué? —Estoy tan concentrado en aplacar lo que le hace a mi cuerpo que no entiendo qué me está pidiendo.

—Quita esa cara, anda; no voy a intentar nada. Solo quiero enseñarte algo. Si una vez lo ves te quieres ir, no insistiré.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

Trago saliva. La oscuridad de sus ojos debería darme miedo, pero no lo hace; tira de mí como si ese fuese mi sitio, como si la tranquilidad se hallara en esa espesura donde todo y nada es posible.

—Vale, pero… necesito ir a casa. Estar con ella hasta que se duerma.

—Puedo ir contigo. Me puedes invitar a cenar. Si te parece bien, claro —agrega.

Asiento, nada más.

Luego me sigue a mi casa y, en cuanto llegamos, suelto a Vic, que enseguida me saluda con un «Loooren» y muchas caricias con la cresta que me calientan el corazón. Le pido a Rayner que me acompañe a la cocina y nos observa con una sonrisa. Mi ninfa y yo tenemos un lenguaje propio en el que ella se posa sobre los muebles, los estantes y las perchas que he colocado para ella y mueve la cresta o me llama para que le haga caso. Le doy fruta para que picotee y, cuando se cansa de mí, decide que Rayner es mejor entretenimiento.

Se posa en la mesa, canta y avanza despacio. Se evalúan. Abre las alas, eleva la cresta, bufa y se mueve para marcar territorio, a un lado y a otro, a un lado y a otro. Parece inmensa a pesar de ser diminuta. Ella manda, ella decide. Lo hace durante un rato, hasta que él estira la mano y Vic termina por esconder las alas y acercarse poco a poco. Al final, se le sube encima, aceptando su invitación. La vez anterior fui yo quien se la colocó en el brazo; ahora lo ha hecho ella por voluntad propia, le ha dado su aprobación.

Él sonríe de oreja a oreja y yo me derrito. Verlo ahí dentro, en ese espacio que es solo mío, con Vic en la mano es… demasiado. Aparto la vista y me concentro en la cena, y en respirar, y en no sonreír. Qué difícil es y qué fácil parece todo cuando no lo es en absoluto.

Cenamos pollo y patatas asadas con verduras con una salsa de rábano que tenía preparada desde el fin de semana.

—¿Has pensado algo sobre lo de adoptar a otra ninfa? —me pregunta cuando acuesto a Vic y tapo la jaula para que no entre la claridad.

Niego con un gesto de cabeza. Él abre la boca, como si fuese a decir algo, pero la vuelve a cerrar enseguida y yo agradezco que lo haga. No quiero decirle la verdad. No puedo. Entonces me aprieta el antebrazo, como si me leyera, como si me entendiera, y yo respiro, respiro, respiro.



La huella que deja su mano en mi piel me acompaña mientras lo sigo por la carretera del norte de Winter Falls hacia un lugar que conozco bien: la casa flotante del lago, el corazón de Howl. Rayner me ha ofrecido venir en su moto, pero me he negado con excusas de mierda que no se ha creído. ¿Qué podía decirle? ¿Que necesitaba agarrarme a algo seguro cuando todo lo demás parecía estar hecho de arena? No podía decirle eso, no sin darle más explicaciones.

Detengo el coche en la entrada y Rayner me espera a unos metros, donde ha aparcado la moto. Coge la linterna que esconde en el hueco de un viejo roble y nos ilumina el camino hacia la entrada.

Hacía meses que no venía, desde que Dani le entregó la casa para que viviera allí, pero aún recuerdo cómo era antes de la reforma. Un lugar en ruinas, salvaje, lleno de vegetación, una casa inhabitable, un muelle que se caía a pedazos. Ahora todo es vida, flores cuidadas, un jardín recortado, una casa preciosa, un hogar de cuento.

El cielo está despejado, el lago en calma. La luna menguante se refleja en las aguas, además de los diminutos destellos brillantes provenientes de las estrellas. Mis pies avanzan por el muelle como si la belleza del lugar tirara de mí. Y de repente estoy en el borde. Mis zapatos asoman la punta y me imagino cómo sería tirarme al agua, desbaratar la belleza que muestra el espejo de la superficie.

—Si te vas a tirar, piensa que no voy a rescatarte. No te imaginas lo fría que está.

Me río sin apartar los ojos de la negrura de las aguas.

—Así que dejarías que me hundiera.

—Nadas de maravilla, Laurent. Me dio tiempo a fijarme bien en la acampada.

—Incluso si sabes nadar, puedes hundirte.

—¿Es lo que quieres, hundirte? —me pregunta bajito con esa voz ronca que me eriza la piel.

—¿Quién quiere eso? No creo que sea algo que podamos decidir.

—Laurent…

—Shhh. —Me giro hacia él—. ¿Qué era eso que me ibas a enseñar?

Rayner me mira, me mira, me mira, y yo le mantengo la mirada como puedo. Bajo la escasa luz de la noche, su expresión es más suave, su dureza menos afilada, su calor más intenso. El pulso se me dispara cuando un sinfín de imágenes me atraviesan en dos. Su risa sincera, su voz rota por los orgasmos, su aliento en mi piel. Y sus brazos, sobre todo eso. Lo que sentí cuando me envolvió en ellos. Lo lejos que lancé el reloj entonces para no descubrir el paso de las horas, la sensación de querer contener momentos en tarros de cristal al vacío, como esos que uso para guardar la comida. Dios.

La barbilla me tiembla cuando mi mente se desvía hacia todo lo que pasó unas horas más tarde; los ojos me arden, el cuerpo me tiembla. Miro al cielo, porque mirarlo a él duele. Mucho.

—Eh. —El contacto de su mano en el rostro me provoca una sensación de mareo.

Doy un paso hacia atrás, y otro. No hay espacio suficiente. Necesito alejarme, necesito que no deje de tocarme nunca. No calculo la distancia del borde, el pie se me resbala y pierdo el equilibrio. Cierro los ojos esperando una caída que no llega, porque Rayner se apresura a sujetarme por la cintura y me atrae hacia él.

—Laurent, mírame —me pide; sus brazos rodeándome, nuestras frentes unidas.

Me aferro a él como si fuera un ancla. Percibo la vibración de su cuerpo bajo los dedos. La sensación de sentirlo tan cerca, su corazón a tan poca distancia, es… como salir del agua después de haber tocado fondo. El aire me llena los pulmones, su tibieza me calienta el cuerpo. Soy incapaz de articular palabra.

—Sea donde sea a donde te hayas marchado, necesito que regreses. —Lo dice mientras su nariz empuja la mía en una caricia y yo me pierdo en sus labios. Esos labios capaces de llevarme lejos, de hacerme olvidar. Esos labios…

—No me he ido.

—Lo has hecho, y no te he traído para eso.

—¿Para qué me has traído?

—Para dormir, evidentemente.

La cara que pongo debe ser un cuadro grotesco, porque suelta una carcajada y ambos acabamos riéndonos, aquí, con un cielo

estrellado y el lago como únicos testigos.

Rayner me sujeta de la muñeca y tira de mí. Entramos en la casa, nos descalzamos y me obliga a ponerme una camiseta térmica y una sudadera mientras él sube varias mantas y almohadas a la parte superior. Luego se desnuda delante de mí y se pone algo muy similar. Soy incapaz de dejar de mirar su piel; los tatuajes nuevos y esos otros que he recorrido con los dedos y la lengua. Me falta el aire, Rayner parece tener de sobra. Evito su mirada mientras lo sigo por las escalerillas de la izquierda y subimos.

Desde el exterior de la casita todo se ve más hermoso, más vivo, más como un escenario de cuento.

—La casa de Howl —susurro.

—Da el pego, ¿eh?

Lo ayudo a terminar de colocar la que será nuestra cama improvisada y nos acostamos hombro con hombro. El silencio es un bálsamo; tenerlo cerca me tranquiliza a la vez que espolea mi pulso acelerado.

Me giro. Tiene los ojos cerrados, la expresión tranquila, los labios entreabiertos. Contengo las ganas de acercar la mano y tocarlo por todas partes. Aprenderme de nuevo la forma de su piel tras los años que han pasado por ella. Descubrir si es capaz de poner mi mundo patas arriba como ya lo hizo en el pasado. Quiero saberlo y a la vez no quiero saberlo nunca. No soportaría el vacío que su ausencia dejaría en mí una segunda vez. Perderlo una vez fue jodido, hacerlo dos veces sería insoportable.

Le rozo el dorso con el mío cuando dejo caer la mano entre nuestros cuerpos. Cierro los ojos. Tengo que apartarme, pero no soy capaz.

Él rompe el silencio:

—¿Cómo era?

No necesito preguntar a qué se refiere; por quién me está preguntando.

Contengo el aliento, el cuerpo me cruje como una cáscara de huevo a punto de romperse. Solo soy capaz de sentir el roce de su mano, el hormigueo, las ganas.

—No me contestes si no quieres —me dice.

—¿Me has traído para eso?

—Claro, hablar de tu novio muerto es la cosa que más me apetece en el mundo, casi tanto como quitarte la ropa.

Me estremezco. Mis dedos buscan los suyos; él tampoco se aparta cuando los aprieto con suavidad. Suelto el aire despacio.

—¿Qué quieres saber? ¿Cómo era físicamente, de personalidad, cuánto lo quería? Puedo contestarte a todo eso.

—Nada de eso, Laurent.

Giro el cuello hacia él, que me devuelve la mirada oscura, penetrante; su rostro tiene una parte de sombras y otra de brillo, como un verdadero Howl.

—Quiero saber cómo era vuestra relación.

Suspiro hondo. No quiero pensar, de modo que me limito a hablar desde la tripa, como no lo he hecho en años con nadie.

—Al final… era como una alarma que te avisaba de que tenías que irte. Puede que fueras con tiempo, pero el tictac estaba ahí y te entraban las prisas conforme se acercaba la hora. Así me sentía cuando estaba con él, con prisas todo el tiempo.

—Y te fuiste. Por eso ya no estabais juntos.

—Sí.

—¿Y al principio? —quiere saber.

Esa pregunta tampoco es difícil de responder.

—Locura. Estar con él me sacaba un lado estúpido que no sabía que tenía. Me reía mucho, a lo bestia. Una risa que todavía siento aquí —me llevo una mano a la tripa—, como un eco o una pesadilla que se repite cuando parece que la habías olvidado. Con él… hacía tonterías todo el tiempo. Tenía prisa, pero de otra manera. Ansias por comérmelo, supongo, o por que él me comiera a mí. No lo sé. Pero no duró. Estuvimos años juntos, pero esa sensación fue bastante efímera.

—Los extremos nunca son buenos.

Lo miro a los ojos.

—¿Y tú? ¿De verdad no has tenido ninguna relación estable?

—Ya te lo dije. Sigo siendo el mismo chico que conociste. No he cambiado en mi forma de pensar. Eso no significa que me cierre a posibilidades. La vida está llena de ellas y resulta que me encanta

vivir, aunque todo a mi alrededor esté cubierto de ruinas. Hay belleza incluso en lo feo.

—¿Eso crees?

—Mira a Howl. Es feo y hermoso.

—Deja de decir eso. No hay nada feo en ti.

—No estamos hablando de mí.

—Mentiroso.

Me sujeta de la mano; la respiración se me entrecorta. Me mira y me mira y yo siento que las estrellas se acercan demasiado, que el brillo es cegador. Soy consciente de todo: los centímetros que nos separan, la firmeza de su agarre, mi cuerpo tembloroso, su calor, lo vulnerable que me vuelvo cuando lo tengo tan cerca.

—Repite eso cuando no estés en horas bajas y a lo mejor te contesto.

—Suena a amenaza.

—Hechos, Laurent. Soy hechos. —Me da un último apretón antes de soltarme—. Buenas noches.

—Buenas noches.

—Laurent…

Guarda silencio durante unos instantes en los que el eco de mi nombre flota en el aire.

—Suéltalo.

—¿Por qué querías traer tu coche?

—Porque no me gusta la sensación de sentirme indefenso, depender de alguien. No me gusta ceder el control.

—O sea, quieres poder marcharte cuando te dé la gana; entiendo.

—No puedes entenderlo. Necesito tener la posibilidad de hacerlo.

—¿Tan poco te fías de mí?

—No es eso, yo… Tú no eres el problema.

—Da igual. Mejor no lo digas.

Luego me da la espalda. La sensación de sentirme una marioneta del destino, rota y destartalada, o de lo que sea que guíe nuestros pasos, me acompaña durante minutos, horas. No puedo dormir, quizá por Rayner, quizá por sus verdades, quizá por mis recuerdos. Qué más da. En algún momento, él se da la vuelta y me acaricia el

brazo, arriba y abajo, arriba y abajo. Un hormigueo se extiende por mi cuerpo y desconecta esa parte de mí que a veces me impide respirar.

Por un instante, nos veo a los dos en otro momento, casi en otra vida, manejando nuestros hilos como si de verdad pudiéramos hacerlo. Yo, un chico que quería comerse el mundo y ha acabado engullido por él; y Rayner, un chico a quien el mundo le había quitado demasiado y él sigue entregando lo que tiene sin reservas. La vida te cambia en un segundo, pero ahora estamos aquí y nada parece importar. Nada más allá de su mano sobre mi piel y un frío que se aleja, porque con él siempre es verano, aunque estemos en Winter Falls.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Rayner



«Tengo una mochila cargada de culpas que son como piedras. De vez en cuando lanzo alguna al lago, pero siguen pesando».
Howl

No sé en qué momento se ha abrazado a mí, pero es su calor lo que me despierta, su respiración en mi cuello, sus muslos entre los míos, su erección bien clavada a mi cintura. Suspiro hondo y compruebo la hora. Apago el despertador antes de que suene y me quedo mirando el cielo, el sol que empieza a empujar el profundo manto de la noche. Es como volver a otro momento y continuar donde lo dejamos. Ver el amanecer juntos. Sonrío, pero al instante dejo de hacerlo, porque el dolor de los recuerdos me pellizca el pecho y prevalece sobre lo bonito de la escena. Porque en algún momento Laurent se despertará y se apartará, y yo me quedaré con estas ganas, esta necesidad absurda de que el tiempo se detenga, de quedarnos en este limbo, en este castillo ambulante que parece moverse, pero que no nos lleva a ninguna parte.

A diferencia de Howl, yo no puedo huir ni construir puertas que nos lleven a otros lugares. Estamos aquí y solo podemos esconder la verdad hasta que salga el sol y los rayos comiencen a caer sobre nosotros.

Estiro el brazo y le aparto el pelo de la cara. Más que apartarlo, me recreo en su suavidad. Hace horas que el gel que se suele echar ha desaparecido, y está tan guapo que me duele mirarlo. Me duele la excitación que me recorre la piel, me duelen las ganas.

Y son esas ganas, ese anhelo profundo de él, lo que ayer me llevó a decirle a Cam que no podíamos seguir haciendo lo que fuera que estuviéramos haciendo: sexo sin compromiso, algunas risas y palabras susurradas; pero de las que se lleva el viento, de las que no alimentan el alma. No es mal tío, aunque se esfuerce en aparentarlo. De hecho, me cae bastante bien; y es por eso que sentí que merecía una explicación cara a cara, explicación que no me pidió y que, a juzgar por su reacción, no necesitaba en absoluto. Quizá lo hice más por mí que por él, porque después del beso con Laurent, que me llenó entero de su sabor, no podía estar con nadie más. Al menos, no por un tiempo. Soy más que consciente de cómo funciona la distancia —la física, la emocional— y cómo lo hace el rechazo, pero tengo que ser honesto conmigo mismo y darme un tiempo. Dárselo a él si hace falta. Ojalá supiera lo que le hace falta, ojalá se lo pudiera dar.

Le acaricio la mandíbula, la barbilla, y asciendo hacia sus labios. Dibujo el contorno con el pulgar, despacio, hasta que me los vuelvo a aprender. Noto el momento exacto en el que se despierta porque deja de respirar, se tensa y el corazón se le acelera. Lo sé porque lo tengo pegado a mi pecho. Y, joder, qué difícil me resulta no tocarlo cuando abre los ojos y me mira.

Sonrío y, para mi sorpresa, él me devuelve la sonrisa.

—¿Qué hora es? —pregunta.

—Justo la hora perfecta para que lo veas. —Le señalo el cielo. El despliegue de colores ocres, amarillentos, anaranjados y azules.

Dejo caer la mano en su pecho y me acomodo mientras los minutos pasan y el cielo abre sus fauces. Lo noto relajarse, moverse para poder verlo mejor, pero no hace nada por apartarse y yo me niego a soltarlo. Todavía no. Esta es mi morada y pienso retenerlo hasta que salga el sol.

—Es un amanecer de Miyazaki.

—Lo es —asiento con una sonrisa, estremeciéndome cada vez que su pelo me acaricia el cuello.

—¿Habías dormido aquí antes?

—Hace mucho. De niño, cuando la abuela de Dani convencía a mis padres de que me dejaran venir. Eso fue antes de marcharme, antes de que quisieran someterme a terapias de conversión y vete a saber qué más. —La tensión de su cuerpo se hace aún más evidente, pero comienza a acariciarme el pecho; su manera de decirme que está ahí y que puedo seguir hablando—. A veces nos encerraban durante días, ¿sabes? Para que reflexionáramos. Nos lo hacían a los tres, pero sobre todo a mí. Supongo que podría haber sido más listo, intentar engañarlos, pero se me daba fatal quedarme callado. Mi casa era mi cárcel; solo me sentía libre cuando estaba con Dani. Mis padres se dieron cuenta, claro; los muy cabrones eran listos, y no les gustaba Dani. Aunque no era el Dani que tú conoces ahora. Ni siquiera se conocía a sí mismo, pero a su manera era libre. Y yo me sentía fascinado por su libertad.

—No tienes que hablar de tus padres.

—No me hace daño, no te preocupes. Fue hace mucho. Y sí, pasé por cosas que ningún chaval debería vivir, pero no he salido tan mal parado después de todo. Además, tuve el apoyo de mi tía. He tenido suerte. No todos pueden decir lo mismo.

—Eres el chico más valiente que he conocido.

Giro el cuello para mirarlo y nuestras narices se rozan.

—No, solo soy cabezota —digo, y tengo que volver a mirar al cielo porque la necesidad de besarlo es demasiado intensa y me está volviendo loco sentirlo duro contra mí, la agitación de su cuerpo, su deseo. Es que es tan evidente… No entiendo nada y me estoy volviendo loco.

—¿Sigues en contacto con tu tía?

—Sí. No vive lejos. Le prometí a Taylor que lo llevaría a verla un día de estos. Podrías venir, si te apetece. Seguro que Dani se apunta y así no tendría que aguantar yo solo a esos dos durante el viaje. Que me alegra que sean felices —me apresuro a aclarar—, pero son… demasiado intensos. Además, me gustaría que la conocieras. Si quieres.

—Sí.

—¿Sí?

Su risa me calienta el corazón y otras partes del cuerpo que no pueden estar más calientes. Me muevo un poco, solo para aliviar la tensión de mi entrepierna, y el movimiento lo hace jadear.

—Sí a que son intensos, muchísimo —dice con voz ronca—. Y sí a que me encantaría conocerla. Sí a todo, Rayner.

A todo, ¿eh? Me río por dentro, porque la esperanza es traicionera y enseguida quiere hacerse un hueco dentro de mí. Y no puedo. No cuando sé que esto no durará, que solo es una puñetera sensación, un momento robado, fugaz.

Nos quedamos callados durante lo que me parece un siglo, aunque en realidad son unos pocos segundos en los que las nubes se enroscan y se ondulan y el cielo se esclarece. Un ave aparece y desaparece entre las nubes, pero yo sigo aquí, consciente del cuerpo de este hombre que en cualquier momento también lo hará, desaparecerá y se escurrirá entre mis brazos como lo hace un puñado de arena entre los dedos.

—Gracias. Hacía mucho que no dormía así.

—Puedes venir cuando quieras.

Gira la cadera y su erección se me clava un poco más. Lo escucho suspirar con fuerza y observo cómo se le tiñen las mejillas de rojo.

—Tengo que volver a casa antes de que Vic se despierte.

—Tienes tiempo. Bajo a ducharme mientras preparo café y te lo subo. Verás qué bien sabe el café en mi castillo ambulante —le digo con una sonrisa.

Sabe que le estoy dando un momento para recuperarse, así que asiente y se aparta con cuidado de no volver a rozarme.

El frío me despeja la mente cuando salgo de la cama improvisada y bajo al piso inferior. Dejo el café haciéndose y me ducho rápido. Cuando regreso a la cocina con una toalla en las caderas, me lo encuentro ya vestido y apagando la cafetera.

—No me digas que pensabas irte sin avisar —murmuro y no puedo evitar el tono cortante al pensar en la posibilidad de que todo se repita, de quedarme con una cafetera fría y preguntas que dudo

que alguna vez me responda—. Desaparecer así sería muy cutre si le quitas la parte del sexo salvaje.

Me fulmina con la mirada.

—No pensaba irme, idiota. Y no fue sexo salvaje.

Me río. Pero la sonrisa se me borra cuando lo veo bajar la vista a mi torso desnudo y acercarse como si quisiera… tocarme. Me quedo inmóvil contra el marco de la puerta al ver que alarga la mano y dirige los dedos a mis tatuajes, los que ya se conoce de memoria y el par que he añadido desde la última vez que me vio desnudo. Respiro hondo cuando recorre con las yemas el del Howl sosteniendo a Calcifer cuando la estrella cae del cielo y él le entrega su corazón a cambio, el más grande que tengo y que me ocupa todo el costado izquierdo. Y luego las palabras, una a una. Palabras que han significado mucho, que me han salvado y me han convertido en el hombre que soy ahora. Se me pone la piel de gallina cuando desliza el índice por mi abdomen para detenerse en el «katabasis».

—Este no lo tenías.

Suspiro hondo porque el momento me sobrepasa; tenerlo tan cerca, tocándome, acariciándome, es… demasiado.

—Es el más reciente. Me lo hice cuando Taylor volvió a mi vida. Cuando Dani me avisó de que mi hermano estaba mal y me necesitaba. Y vine a pesar de hacerlo cargado de temores. No es fácil volver al infierno y caminar sobre tus cenizas. —Una mirada y me derrumbo contra el marco mientras él me acaricia como si me hablara, prometiendo un consuelo que nunca saldrá de sus labios porque él no es así, porque las palabras a veces no son necesarias ni suficientes—. Porque eso es lo que siento, que he bajado al infierno y tengo que enfrentarme a mis miedos. Tengo que luchar contra ellos mientras intento salir con un peso mucho mayor, pero a la vez sintiéndome más libre. De eso va el tatuaje.

—Hablas en presente.

—No he salido, no del todo. Mi hermano está bien, pero no del todo. Y yo tampoco lo estaré hasta que no lo recupere. —Me encojo de hombros y contengo el aliento cuando Laurent se me acerca.

—El viaje al infierno para redimirse, o para salvarse. Es de Dante. —Su sonrisa me hace apretar los puños contra la pared, solo para

evitar hacer la tontería de estrecharlo contra mi cuerpo y comérmelo —. Tú no necesitas redimirte de nada.

—Todos necesitamos redimirnos de algo.

—Tu hermano te quiere, Rayner.

—Lo sé, pero lo abandoné. Y no hablo de cuando aún era un crío. Pude buscarlo antes y no lo hice. El miedo no me dejó. De no ser por Dani, ahora no estaría aquí.

—¿Por eso te hiciste el tatuaje?

—Me lo hice para recordarme que puedo salir, y que no lo haré solo. Nunca más estaré solo.

Laurent traga saliva. Ahora sus manos ascienden hasta posarse en mis costillas, en ese «onsra» que es una prueba de lo que fuimos, de lo que somos. Me toca, me acaricia, me araña, y yo siento que la casa se mece en aguas turbulentas. Todo va demasiado deprisa, o quizá es que mi cuerpo solo quiere estar cerca, sentirlo. Me estremezco cuando asciende hacia mi pecho, a un tatuaje que me hice después de conocerlo y que me rodea el pezón en una espiral perfecta.

—¿Qué significa?

—El eterno retorno, de Nietzsche —le digo mientras él desliza los dedos en círculos, despacio, mirándome y esperando una explicación —. ¿Y si tuvieras que vivir tu vida una y otra vez, con lo bueno y lo malo? Al principio no dejaba de pensar en todo lo que cambiaría. Ahora… intento vivir de manera que pueda soportar volver a repetirlo sin arrepentirme de nada. Hacerlo lo mejor que puedo, ya sabes.

Laurent guarda silencio, demasiado silencio. Pero sus manos hablan por él. Me desliza la palma por el pezón; se me pone la piel de gallina. Las rodillas se me doblan cuando me roza con la uña y me aprieta con suavidad, tirando de él hasta arrancarme un gemido. Me muerdo el labio inferior y observo cómo se le oscurece la mirada al reparar en el bulto que porto bajo la toalla. Le clavo la mirada, retándolo a que diga algo, a que se aparte, a que se marche.

No lo hace.

En su lugar, me suelta la toalla de un tirón y la deja caer al suelo. Su mirada me calienta el cuerpo y noto una sacudida de anticipación

en los huevos. Lo veo dudar, lamerse el labio inferior, mirarme como si no hubiese nada más allá de este espacio reducido en el que nos encontramos. Me estremezco cuando arrastra los dedos por mi ombligo y me roza la punta. Me toca despacio, como si no se lo acabara de creer. Tiene gracia, porque soy yo quien no se lo cree.

Fuera, un ave canta, los rayos iluminan la estancia aquí y allá, creando un halo anaranjado que no parece real. Nada parece real cuando Laurent me abarca la polla en un puño y comienza a masturbarme, mirándome a los ojos. Se me escapa un gemido ronco. Estiro el brazo y lo sujeto del hombro porque siento que me caigo y quiero hacerlo en él. Entonces me besa. Me aprieta contra él y hunde la lengua en mi boca, buscándome, mordiéndome, penetrando cada rincón como si llevara tiempo perdido y por fin encontrara un camino por el que seguir. Un camino que ahora continúa hacia mi cuello, donde siento su aliento en la garganta, se desliza por mi torso, alcanzando piel y tinta, y baja más abajo. Estoy temblando, o quizá es él quien lo hace. No tengo tiempo de analizarlo, estoy demasiado ocupado intentando no correrme cuando besa y lame mis tatuajes, uno a uno, y se agacha para acariciarme el ombligo con la lengua. No ha dejado de tocarme y yo no he dejado de temblar ni jadear. Cuando lo veo arrodillarse delante de mí, me quedo sin aliento. Llevo una mano a su nuca y apoyo la otra en la madera.

—Laurent… —gruño cuando me agarra de la base y se mete la punta en la boca, sujetándome de la cadera con la otra mano. Lo dejo hacer, con miedo, con ganas, porque lo deseo y esto está pasando. Joder, sí.

Me cuesta un mundo no embestir con fuerza cuando hundo los dedos en su pelo y acompaño los movimientos de su boca. Se la mete hasta el fondo, como si tuviera prisa, y en nada comienza a moverse, succionando, trabajándome con la lengua mientras yo empujo con suavidad. Lo miro y veo pasado. Sabe lo que me gusta y cómo me gusta. Me pregunto si se acuerda, si aún reconoce mi sabor, si está pensando lo mismo que yo. Imágenes del pasado se mezclan con el presente, con mis jadeos graves, los sonidos de su boca y esos gemidos que siento en la punta de la polla cada vez que

le rozo la garganta y él traga y lame y me aprieta los huevos con los nudillos.

Estoy aquí y estoy lejos, en una habitación vacía. Él está aquí y me pregunto dónde más estará. Me pregunto… Nada. Soy incapaz de preguntarme nada cuando se la saca un momento para coger aire y veo el pozo oscuro en el que se han convertido sus ojos azules, esos en los que quiero perderme. Se la vuelve a meter y sus caricias se vuelven más urgentes, provocando que el fuego se abra paso en mi interior, llenándome, consumiéndome, marcándome. Las llamas se propagan y me quemo cuando su lengua hace magia y yo solo puedo sentir que me vuelvo loco, y que me derrito, y que voy a correrme en cuestión de… ¿cuánto? Joder.

—Laurent, me corro… —lo aviso para darle la oportunidad de apartarse.

No lo hace. Tampoco lo hizo la otra vez. Aunque ahora es distinto. Me lo hace deprisa. Chupa y me acaricia con ímpetu, arriba y abajo, y yo me corro, y me retuerzo mientras embisto contra su boca, una, dos, infinitas veces. Sentir el roce en su garganta me hace retorcerme de placer, de ganas, de todo. Apenas puedo mantenerme en pie cuando se aparta y le acaricio los labios, húmedos y enrojecidos. Qué guapo es y qué ganas le tengo. Me agacho para coger la toalla y lo limpio. Luego lo empujo para hacer que se levante. Es… como si fuese él quien acabara de correrse y su cuerpo se hubiese quedado laxo, lo cual no tiene ningún sentido.

Me aprieto contra él y atrapo sus labios en un beso que nos vuelve a dejar sin respiración. El sabor de mi deseo en su boca es intenso y me excita, como también lo hace sentir su erección por debajo de mi abdomen. Le beso la mandíbula, el cuello y la clavícula al tiempo que dirijo las manos a su bragueta. Necesito sentirlo, tocarlo, hacer que se corra, que se olvide de todo lo que sea que le llene la mente.

Laurent me sujeta de las muñecas.

—No.

—¿No? —inquiero mientras le muerdo el hombro con suavidad y me restriego contra él, que gime y se encoge sobre sí mismo.

—Para, por favor —ruega con un jadeo.

Intento soltarme las muñecas y lo consigo con facilidad. Porque Laurent no tiene fuerzas, porque no quiere que pare, aunque me lo pida. Y lo hago precisamente porque me lo está pidiendo y no puedo hacer como si no hubiese escuchado su desesperación, su… ¿miedo? Pero ¿de qué? ¿De mí? ¿De nosotros? No entiendo nada.

—¿Por qué? —pregunto, apartándome con brusquedad para mirarlo.

—Vic se va a despertar. Está sola.

Lo empujo contra la pared. Mi polla ha vuelto a la vida y la suya está tan dura que tiene que dolerle.

—Dime algo razonable y a lo mejor me lo creo. Estás cachondo, Laurent. Estás tan cachondo que no te has podido contener y me has hecho la mejor mamada de mi vida, y ya tenías el listón bien alto. Dime por qué no.

No me mira, tampoco se mueve. Se mantiene apoyado contra el marco donde acabo de correrme y se niega a mirarme. Quiero gritar, pegarle para que reaccione, arrancarle la verdad a mordiscos. Quiero hacerle tantas cosas…, pero lo único que hago es unir mi frente a la suya y sujetarle la cara.

—Necesito que me hables. —Lo beso en la boca y no se resiste —. Laurent... —En la mejilla—. Por favor. —En la mandíbula—. Joder. —Hundo el rostro en su cuello y respiro hondo mientras lo siento temblar y sollozar.

Solo entonces me aparto. Tiene la mirada vidriosa y comprendo lo que le pasa. Su problema tiene nombre y apellido, aunque ahora solo sea un recuerdo que nunca más podrá tocar.

—Todo esto es por él, ¿me equivoco? Todavía lo quieres y lo entiendo, ¿vale? Pero me lo puedes decir. Al menos no me sentiré como un imbécil.

Él menea la cabeza.

—Tengo que irme.

—Por supuesto. Tienes que huir, y disfrazarte, y esconderte en esa burbuja en la que vives, toda limpia y reluciente. Pero los dos sabemos que no durará. Mañana será lo mismo. Y si no soy yo vendrá otro en algún momento, porque no estás hecho para la soledad, aunque te quieras ahogar en ella. Crees que puedes, pero

no. Te estás condenando y estás haciendo lo mismo con Vic. ¿No te das cuenta?

—Tengo que irme —repite, pero su voz pierde fuerza.

Le señalo la puerta.

—Nunca te lo he impedido.

Asiente. Se pasa una mano por el pelo y yo le doy la espalda. Estoy desnudo y me da lo mismo. Necesito que se vaya de una puñetera vez. Necesito dejar de vivir en una realidad pasada que nunca fue para mí. Porque no fuimos nada, aunque creyera que sí. Aire, eso fuimos; y sexo memorable. Nada más. Soñar está bien hasta que los sueños se convierten en pesadillas.

—El eterno retorno —dice.

—¿Qué?

—Tu tatuaje, lo que has dicho de vivirlo todo otra vez. —Me giro para ver cómo su mirada se pierde en algún punto del suelo, los mechones cayéndole por el rostro. Tiene la camisa arrugada, los pantalones arrugados y algo me dice que su corazón está igual de arrugado que todo lo demás. He visto a mucha gente perdida a lo largo de mi vida, pero a nadie como Laurent. Quizá porque él me duele más que otros que haya conocido, quizá porque aún soy capaz de sentir la vibración de su cuerpo contra el mío, quizá porque tengo su tacto grabado a fuego en mi piel, quizá—. Viviría la misma vida un millón de veces solo para repetirlo todo otra vez. ¿En qué clase de persona me convierte eso?

—¿De qué hablas, Laurent?

—De ti, de mí, de esto. —Nos señala—. Lo siento.

—¿Qué sientes?

—Todo. Lo siento mucho —repite.

Luego se va, y yo me quedo pensando en ese «todo», en el eterno retorno que somos y en la amargura de su voz. En el miedo que no se apaga y en las llamas que se consumen. Eso somos, un fuego que terminará apagándose, porque nada dura si no lo alimentas. Nada.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Laurent



«Que no me guste mentir no quiere decir que siempre sea honesto. Me callo muchas cosas».
Howl

La semana es un infierno. Connie ha avisado de que se marcha el miércoles y el centro parece un velatorio. Nos arrastramos por los pasillos sin mirarnos. Apenas hay ruido ni peleas. El adiós es una marcha funeraria y yo intento estar ahí, aunque no lo esté en absoluto. No lo estoy cuando veo a Hayden esconderse en su gorra e ignorar cualquier intento de acercamiento. Mío y de sus amigos.

Las entregas con Rayner son peor que un infierno. La culpa es una soga que me mantiene atado de pies y manos; la culpa me cierra la garganta. Hablo, pero no emito ningún sonido. Él ni siquiera me mira. Lo sé porque es lo único que hago yo: mirarlo. Le he hecho daño. Quizá mucho, quizá poco; ojalá nada. Solo quiero que me vea, que sepa que lo siento, pero me faltan las palabras, me falta el valor, me falta todo. Odio tenerlo cerca y no quiero que se aleje nunca. Odio la idea de que me odie. Cada silencio es un pellizco de los que duelen y dejan marca. La distancia me pesa, me hunde, del mismo modo en que lo hacen los recuerdos.

Lo peor es su olor. Lo llevo en la ropa, en la piel, en todas partes. Da igual cuánto me limpie, él sigue ahí. Por la mañana y por la noche, cuando el sueño salta por la ventana y el cuerpo me tiembla de necesidad. Solo entonces me permito caer. Me atraganto de recuerdos mientras busco un alivio que dura hasta que el orgasmo me deja vacío y sin fuerzas hasta para dormir. En esos momentos me tengo que levantar para cambiar la ropa de cama, ducharme, borrar el olor y toda la necesidad que sigue dentro de mí a pesar de haberse derramado sobre las sábanas.

Esta es mi vida. Esto es lo que soy. Esto es lo que tengo.

Ojalá pudiera cambiarlo, ojalá no me sintiera tan sucio, ojalá.

Connie no quiere despedirse de nadie, así que el miércoles transcurre como un día cualquiera a pesar de que no lo es. Si la semana ha sido un velatorio, ese día se convierte en un entierro. La tierra cae sobre nosotros como lo hace el tiempo. El jueves Hayden no aparece por el centro a pesar de que hay un minitorneo de billar y sesión de pelis chorras tipo *Sharknado*; llevaba tiempo esperando el día, pero supongo que el gris de su pena le habrá nublado las ganas. Llamo a su tía porque él no responde y la señora me recuerda con mucha amabilidad, y mucha mala leche también, que no soy nadie y que deje de molestar. El viernes vuelve a faltar y todo vuelve a repetirse.

Para rematar, es tarde de reparto y, cuando llegamos al restaurante para recoger las comidas, es Cam quien sale a recibirnos. Me arreglo el chaleco, la camisa y el pelo, y pongo mi mejor sonrisa de «no siento nada», que cada vez me cuesta más mantener. Porque sentir es lo único que hago cuando se centra en Rayner, cuando le sonríe y lo toca como si tuviera un derecho que yo nunca tendré. Siento al imaginarlos en la intimidad. Los dedos de Rayner recorriendo sus kilómetros de piel, a Cam tocando lo que yo no me permito ni mirar. Porque no puedo, no puedo, no puedo. Y es como observar el sol de frente aunque sepas que te dejará ciego. Aun así, aguanto las miradas, las risas y los comentarios que ni siquiera entiendo, y me centro en mi preocupación inmediata: Hayden.

Meto el último contenedor y cierro con un portazo. A continuación, me despido con un gesto de cabeza.

—Yo me encargo, no te preocupes —le digo a Rayner antes de subirme al coche.

No sé si dice algo, creo que sí. Estoy demasiado ocupado intentando no ahogarme en mi dolor, en ese pellizco constante en el pecho con el que vivo y que hoy parece más… punzante, más insoportable, más. Estoy arrancando el coche cuando abre la puerta y se sienta a mi lado.

—¿De qué vas?

—Puedo hacerlo solo. Tú puedes quedarte hablando o haciendo lo que te dé la gana.

El peso de su mirada me quema la piel cuando se coloca el cinturón y se gira hacia mí. Lo ignoro y me centro en poner las luces y encaminarme hacia la primera dirección. El cielo está despejado, pero la oscuridad es un manto que ya ha empezado a caer sobre nosotros.

—¿Qué cojones te pasa? No me digas que esto es por Cam, porque…

—Tengo prisa —lo corto. Por nada del mundo quiero hablar de Cam.

—No me digas. —El resoplido que suelta me hace apretar los dientes—. ¿Vic está sola? A lo mejor debería dejar de estar sola. O a lo mejor deberías poner a alguien más a hacer este trabajo. O arreglar la puñetera furgoneta. Se te acabaría el problema y podrías dejar de verme. Es lo que quieres, ¿no?

¿Es lo que quiero? ¿Tan bien se me da esconderme? ¿De verdad no me ve? Debería sentir alivio, pero solo siento un hueco en el pecho cada vez más lleno de ecos. No comprendes cuánto puede llegar a pesar la soledad hasta que te llenas de ella.

—No vuelvas a mencionar a Vic así.

—¿Escuchas cuando te hablan? —inquiere Rayner con una rabia contenida que empiezo a conocer bien.

—Es mi familia. No hables de ella como si no fuera nada.

No le digo que esa criatura de treinta centímetros es lo único capaz de sostenerme, que me muero de dolor pensando en cómo

sería mi vida sin ella. Es tan pequeña…, y a la vez tan inmensa…

—Pero ¿qué te ha picado hoy?

—Nada. ¿Puedes, simplemente, ignorarme? Solo quiero terminar y volver a casa.

El silencio entre nosotros es pegajoso, incómodo. Estiro el brazo y pongo música. Él hace lo mismo para bajar el volumen.

—Laurent… ¿Le ha pasado algo a Vic?

No sé si me gusta más el modo en que pronuncia mi nombre o cómo la llama a ella, con dulzura, con cariño. Como solo la llamo yo. O Dani. Como si la quisieran, como si me quisieran. «Así suena un amigo», me digo. Y saber que significo algo para él duele más que cualquier otra cosa. Porque no soy nada, porque solo le he hecho daño.

Se me forma un nudo en la garganta y no se va cuando detengo el coche y uno de los críos sale corriendo dando voces.

—Vic está bien. No estoy así por ella.

Él asiente y no hablamos más hasta que terminamos los repartos y tomamos el camino de regreso al centro. Me desabrocho el chaleco, y la camisa. Estoy nervioso y tengo calor, aunque fuera el aire es cortante.

—Te ayudo a limpiar —me dice Rayner cuando aparco y metemos los contenedores vacíos dentro del centro.

—¿Perdona?

Me señala el coche.

—Así vas más rápido. Has dicho que tenías prisa, ¿no? Te ayudo.

—No quieres ayudarme. Estoy seguro de que tienes cosas mejores que hacer. Y yo… —digo, y suelto un suspiro— paso de limpiar nada. No tengo tiempo.

Me mira, me mira, me mira, y yo me doy la vuelta porque no quiero que me vea y sé que lo hará, tarde o temprano, y no puedo. No quiero. No.

Me despido con un «adiós» que dudo que escuche y me meto en el coche, rumbo a casa.

El golpe en la puerta me sobresalta cuando se agacha para que nuestras caras queden a la misma altura.

—Laurent… —La gravedad de su tono me pellizca el pecho—. Nunca he pensado que Vic no sea nada. Sé lo mucho que significa para ti. Perdona si te ha dado esa impresión.

Me tiembla la barbilla, pero giro el cuello para que no se dé cuenta. Me guardo el dolor, las lágrimas y las ganas que tengo de abrazarlo, y arranco el coche para que no lo vea, para que no me vea. Me lo llevo todo para dirigirme a donde creo que me necesitan: primero con Vic y luego… con Hayden.



Una hora, ese es el tiempo que le dedico a Vic antes de llevarla a la terraza para que descanse. El otoño acaba de empezar y las temperaturas han bajado de manera considerable, por lo que pongo el calefactor para que no pase frío durante la noche. Tapo la jaula con la manta, cuidando de dejar zonas abiertas para que pueda respirar, y me doy una ducha.

«No eres su padre».

La voz de Austin ya no suena clara en mi cabeza. A veces ni siquiera creo que sea él. Solo es… sonido amortiguado, ruido y dolor.

«No eres su padre», me dijo muchas veces, y yo me lo repito mientras busco entre la ropa de mi armario algo cómodo que ponerme, algo que no le recuerde a él, algo que no le duela.

Escojo unos vaqueros viejos, una camiseta de manga larga, y me dejo el pelo suelto y sin gel. Me veo y no me reconozco. Soy el recuerdo de alguien que fui, que me he esforzado en no ser aunque sí sea, aunque siempre sea; no es tan fácil dejarse a uno mismo atrás.

«No eres su padre».

No, pero sí puedo ser su amigo, su familia. Puedo ser esta persona. Puedo.

Cojo el táper de la nevera y pongo rumbo al parque de caravanas. Hay luces aquí y allá, pero apenas distingo nada mientras me adentro hasta dar con la de Hayden, a oscuras a pesar de que

son más de las diez de la noche y debería haber alguien. Le escribo un mensaje, pero no me responde, de modo que lo espero sentado, apoyado en el árbol más cercano. Cierro los ojos e intento no pensar, pero es imposible no pensar cuando te esfuerzas en no hacerlo.

No sé cuánto tiempo paso allí hasta que siento el empujón en el brazo y abro los ojos, solo para ver a Hayden observando el interior del táper.

—¿Es tarta de naranja?

Asiento. Lleva la gorra, como lo ha hecho durante toda la semana. Me explica que su tía trabaja hasta tarde, que estaba en casa de Lucas; me hace pasar dentro de la caravana y nos sentamos en el sofá, que también hace las veces de cama por las noches. La de Hayden; la tía ocupa la pequeña habitación que tienen al fondo. El lugar está limpio, pero hay dos goteras, ambas con un cubo debajo; también hace frío, a pesar de que el contador ya parece estar bien, y huele a una mezcla de humedad y rancio. Me pasa un tenedor y nos comemos la porción de tarta en silencio con una manta gorda que él se encarga de colocarnos por encima de las piernas.

—Joder, qué buena está —musita con un gemido exagerado que me hace sonreír—. ¿Cuándo fue la última vez que la hiciste?

No contesto. No hace falta.

—¿Cómo estás? —quiero saber.

—Dímelo tú. —Me clava sus ojazos, grandes, expresivos, y sé que ha llorado porque los tiene hinchados, y cansados; tiene pinta de que lleva tiempo sin pegar ojo—. Debo estar hecho una mierda si te has tenido que quitar el traje de súper para venir a verme.

—Creía que era un traje de mafioso.

Su sonrisa duele, pero también me calienta el pecho. Y tengo tanto frío…

—¿Por qué has venido? —me pregunta.

—¿Tú qué crees?

—No lo sé. Hace tiempo que dejé de intentar entender por qué haces las cosas. Y ahora que vas vestido así… —Se ruboriza, como

aquellas primeras veces en las que entraba en su casa y se escondía de mí hasta que cogía confianza.

—Solo quería que supieras que no estás solo, que puedes contar conmigo.

Fuera, un perro ladra muy cerca de la caravana y ambos nos sobresaltamos; también nos reímos. Los ladridos siguen, acompañados de voces que se van perdiendo a medida que se alejan. Regresa el silencio, solo interrumpido por nuestras respiraciones, el viento que azota la ventana y el plof, plof, plof de las gotas al caer sobre los cubos.

—Yo… —Suspira hondo, como si le costara un mundo pronunciar esas palabras—. Lucas me ha dicho que soy un egoísta, y tiene razón. Sé que va a estar mejor. No tendrá que vivir en una lata de sardinas y tendrá… oportunidades. Tendrá una vida que ninguno de nosotros podemos ni soñar. Debería estar contento por ella y solo pienso en mí.

—Puedes estar contento por ella y seguir pensando en ti. Desgraciadamente, nuestro dolor siempre prevalece sobre cualquier otro. Y eso está bien. No la quieres menos por eso.

—Me olvidará. Nos olvidará a todos. Ya me está olvidando.

Le doy un empujón con la rodilla.

—No lo creo. No te olvidas de las personas a las que quieres, solo guardas sus recuerdos en cajones para que no duelan cada vez que tropiezas con ellos.

Hayden se mete un trozo de tarta en la boca y hago lo mismo, solo para evitar abrazarlo y decirle que nunca estará solo, no mientras yo esté aquí.

—¿Deja de doler? —pregunta bajito una vez termina de tragar—. Me gustaría no sentir nada.

—Pasará —digo. Y cuando veo el interrogante en su mirada, agrego—: Más que pasar, te acostumbras al dolor. Aprendes a soportarlo, creo. —Se lo digo sin mirarlo a los ojos. Porque no es verdad. Yo no me he acostumbrado a nada. El dolor me persigue y me muerde hasta arrancarme la piel día sí y día también. Pero él no necesita saberlo, no cuando está empezando a vivir.

—No parece que tú hayas aprendido mucho.

Me río. Vaya con el crío. ¿Cuándo ha crecido tanto?

—Es diferente, Hayden. Es tu primer amor, ¿no? El primero siempre es distinto. Te pueden las ganas y la inexperiencia. Es el que vives con más intensidad, pero también el que más capacidad tienes para olvidar porque se pierde en el tiempo y en la distancia. Lo siento —me apresuro a decir al ver las llamas en sus ojos—, ha sonado cruel y no era mi intención; no sabemos cómo va a ser. Pero piensa en ello como en una rotura de huesos. Cuando eres joven, es más fácil recuperarse de todo, una escayola y en nada vuelves a estar bien, todo vuelve a su sitio con más facilidad. Si te pilla de viejo…, la cosa es más jodida.

—Vaya comparación de mierda. —Resopla.

Me encojo de hombros y me meto otro trozo de tarta en la boca.

—¿Cómo fue tu primer amor? —pregunta.

Los recuerdos caen sobre mí como una lluvia de verano.

—Intenso. Todos mis amores lo fueron. El primero más que ninguno, y se apagó rapidísimo. Fue en un campamento de verano —explico con una sonrisa—. Se lio con otro cuando yo estaba pilladísimo por él. Creí que me moría, ¿sabes? Pero pasó el tiempo y seguí vivo. Puedes reírte de mí, pero me sorprendió ser consciente de ello. ¿Recuerdas esa vez en tu casa en que nos quedamos solos y me corté? Llenamos toda la cocina de sangre.

—Joder, sí. Parecía *La matanza de Texas*.

Me río.

—Nos asustamos, pero cuando metí el dedo bajo el agua nos dimos cuenta de que solo era un corte de nada. Pues algo así me pasó con ese primer amor; no era para tanto, aunque llegara a pensar que sí. Después… vinieron otros.

Bajo la mirada a los vaqueros y comienzo a tirar de las roturas de manera distraída.

—¿Qué te gustó de mi padre? No vale decir que era intenso.

—Pero es que lo era —aseguro—. Mucho. Y como lo conocí en la universidad y era mayor y profesor…, pues todo fue más intenso aún. Y eso que me ignoró todo el primer trimestre, así que me convencí de que era hetero. —Se me escapa una sonrisa al ver la

mueca de asco que pone—. Una noche me lo encontré en un *pub*. Estaba lleno de gente y yo solo lo veía a él.

—Puaj, pero si te sacaba como un millón de años…

—No tantos, tonto.

—Catorce años son un montón de años —replica él—. ¿No te pareció raro que tuviera un hijo?

—Al principio sí, sobre todo cuando os veía juntos. Te pareces a él, ¿sabes? En los ojos, y en la barbilla, y… —Hayden dirige la vista a cualquier sitio menos a mí, de modo que decido no seguir por ahí—. Algunas veces, sobre todo cuando salíamos con sus amigos, me comparaba con él y me sentía como un crío, así que me esforzaba mucho en hacerle ver que no lo era. Necesitaba demostrarle que no me importaba que tuviera un hijo. Entonces te empecé a conocer y me caíste bien. Ni siquiera me gustaban los niños, pero tú eras distinto.

Hayden se saca la gorra y se la vuelve a poner.

—Dime la verdad. Si él estuviera vivo, ¿estarías aquí?

La seriedad de su voz me pellizca el corazón. Es… como si hasta ahora lo hubiese visto como el niño de cinco años que me robó el corazón y hubiese dejado de serlo. La infancia muere en esa pregunta y quedamos nosotros; él, un chico que ha perdido mucho pero sigue entero; yo, que me he perdido a mí mismo y no tengo claro lo que queda de mí.

—¿Importa mi respuesta? Es decir, ¿me vas a creer?

—A ti sí. A ese que eres por la mañana… probablemente no.

Me río. ¿Cómo no hacerlo?

—Yo… nunca pensé en tener hijos. Fue de las primeras cosas que le dije a tu padre, antes de saber que él ya tenía uno —admito, un poco avergonzado—. Creía que no estaba hecho para mí. Quizá porque veía a todos esos padres que no dejaban de cagarla y me parecía una responsabilidad tremenda. Es tan fácil joderlo todo cuando tienes a alguien a tu cargo… —Cojo aire y lo suelto despacio —. Pero entonces te conocí y pensé que no estaba mal tener a alguien que se riera de tus chistes malos y que te admirara.

—¡Eh, no seas fantasma! —Me da un empujón con la rodilla—. Nunca te admiré.

Se me escapa una sonrisa.

—Venga ya. Cuando entraba en tu casa se te ponían los ojos como el prota de uno de esos animes que tanto te gustaban. Y a mí me encantaba. —Mi sonrisa se ensancha y lo miro durante demasiado rato; él también me mira, retándome a que conteste de una vez—. Sí estaría, Hayden. No sé de qué forma. Lo más probable es que a él no le gustara que estuviera aquí, pero habría buscado la manera de estar. Yo… Aquellos días de tartas y pelis hasta las tantas fueron lo mejor de haber conocido a tu padre. Tú fuiste lo mejor. Sabes que nuestra relación tuvo altibajos, pero tú eras una constante, y creo que éramos mejor pareja cuando estábamos contigo. Como cuando nos fuimos de vacaciones a Escocia, ¿recuerdas? O el verano que pasamos en la playa. Nadie me obliga a estar aquí ahora mismo, si es lo que me estás preguntando.

—Pero viniste a Winter Falls por mí.

—Vine a Winter Falls porque fuera no tenía nada y aquí estabas tú. Fue más bien un acto egoísta.

—No hagas eso —dice con un tono demasiado alto.

—¿Decir la verdad?

—Intentar que parezca que no tratas de hacerme un favor.

—Es que no trato de hacerte un favor —replico—. Solo te quiero en mi vida, Hayden, aunque sea lejos y aunque te cabrees y me odies.

Resopla y niega con un gesto brusco de cabeza, pero no dice nada más. Baja la vista al último trozo de tarta y lo parte en dos, uno a cada lado del táper. Sonrío. Eso también lo hacía cuando era un niño. Siempre compartía lo poco que tenía, tanto con su padre como conmigo.

—Dime cómo estás —susurro cuando terminamos de comer y me levanto para lavar el táper y los cubiertos. Lo seco y lo coloco todo, asegurándome de cerrar bien el grifo, que también tiene goteras, antes de volver a sentarme a su lado.

—La echo de menos —confiesa—. Solo han pasado dos días.

—Podrás ir a verla. Puedo llevarte un par de veces al mes. Los domingos, por ejemplo.

Me clava la mirada.

—¿De verdad?

—Hayden. La única razón por la que no te he pedido que te vengas a vivir conmigo es porque aún no has cumplido los dieciséis y porque pareces rehuir mi presencia más allá de lo humanamente posible. Pero lo haré en cuanto los cumplas.

—Deja de decir eso —dice con cara de mosqueo—. No eres mi padre ni soy tu responsabilidad. Lo sabes, ¿verdad? Que hayas salido con el mío no significa que tengas que convertirte en mi padre. No eres mi padre —repite como tantas veces me lo repitió él, y a mí se me rompe un poquito más el corazón.

—Lo sé, pero somos amigos, ¿no? Y tengo una casa enorme. Ni siquiera tendrías que verme si no quisieras. Sé que aquí estás… —No termino la frase; los dos sabemos que no está bien del todo, su tía ni siquiera ha terminado de asimilarlo, y eso que han pasado años juntos—. Pero algún día necesitarás más espacio, para estudiar o para tener intimidad, y resulta que a mí me sobra. No me gusta que digas que no puedes soñar. No seríamos nada si no pudiéramos hacerlo, Hayden.

Para mí este tema no es un sueño. Tengo los papeles en casa desde hace años. He hablado con los servicios sociales y tengo clarísimo cómo solicitarlo. Solo estoy esperando a que tenga la edad legal necesaria. Tal y como están las cosas, existiendo —o habiendo existido— un vínculo emocional previo y con mi estabilidad económica y social, si él quisiera y su tía diera su consentimiento, se dictaría una orden especial y Hayden podría vivir bajo mi tutela. Sé que su tía no pondrá ningún obstáculo, esta carga le es muy pesada.

—¿Has escuchado lo que dicen de nosotros?

—Lo dicen cuatro gatos. Y dicen más de mí, en general, que de nosotros. —Me encojo de hombros—. Me importa una mierda, la verdad.

—Has dicho un taco delante de un niño —se burla.

Suelto una carcajada. Lo que me faltaba.

—No deberías dejar que la opinión de los demás marque las tuyas.

—Es que no sé cómo lo aguantas. Yo no lo soporto.

—Tengo otras preocupaciones, los rumores son el menor de mis problemas.

Nos quedamos callados. Se ha hecho tarde y no quiero que su tía me encuentre aquí, de modo que me levanto para marcharme.

—Te gusta Rayner, ¿verdad? —me pregunta cuando tengo la mano en el pomo de la puerta.

Directo y sin frenos.

—Sí —contesto, solo porque mentirle a Hayden no entra en mis planes—. Pero no va a pasar nada.

—¿Por mi padre? —Al ver que no respondo, agrega—: Me cae bien, y se preocupa por ti.

—Es demasiado bueno para mí, y para todos. —Me giro para apoyar la espalda en la puerta y me paso una mano por el pelo—. De todas formas, se va a marchar. No le gusta estar mucho tiempo en un mismo sitio.

Hayden arruga la frente, demasiado.

—¿Alguna vez te imaginaste a mi padre de viejo? Cómo sería…, no sé, estar a su lado hasta llevar bastón y todo eso.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Connie me dijo que, si quieres mucho a alguien, te lo imaginas en todas sus formas y hasta el final de los finales, sea cual sea ese final. Me dijo que nos imaginaba juntos dentro de diez o treinta años, y que eso significaba que no me iba a olvidar nunca y que me quería.

—¿Tú también te la imaginas?

—He preguntado yo primero. ¿Te has imaginado a mi padre?

Abro los labios, pero enseguida los vuelvo a cerrar. ¿Qué puedo decirle? ¿Que no hay más que pasado? Porque eso es lo que veo, pasado y nada más que pasado, formas de cambiar lo que fuimos, arreglar lo que no se puede arreglar para que deje de dolerme.

Aparto la mirada de Hayden y, esta vez sí, abro la puerta para irme.

—Laurent… —me dice desde la puerta cuando bajo las escaleras y el frío me araña la piel—. Tú no eres un superhéroe, pero tampoco un cobarde.

—Piénsate lo que te dije, ¿vale? Buenas noches.

No se despide, y yo me voy con la sensación de ser algo mucho peor que un cobarde.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Rayner



«Nunca he dejado de creer en la magia».
Howl

—¿Tienes por ahí el teléfono del taller? —le pregunto a Sara el lunes a primera hora. Ella levanta la vista de la montaña de documentos que tiene delante y arruga la frente.

—¿Perdona?

—El taller. Ya sabes, por la furgoneta averiada. ¿Cuánto tiempo ha pasado ya? Deberían haber dicho algo.

—Ah, eso. Pero ¿no llamaron hace mucho? Me suena —dice, arrugando todavía más la frente—. Espera, que busco en mi agenda. —Aparta a un lado los documentos y aporrea el teclado como si este le hubiese hecho algo terrible—. Pues no tengo nada apuntado, pero aquí está el número. —Coge un pósit y me lo anota—. Puedes llamar y preguntar, si quieres.

Y lo hago, claro que sí, solo para enterarme de que la furgoneta nunca tuvo arreglo y fue enviada al desguace desde el principio, y de eso hace ya casi tres meses. No entiendo nada. ¿Por qué no me lo ha dicho? ¿Por qué iba Laurent a ocultarme una cosa así? ¿Por qué? Sara me pregunta si estoy bien, pero me limito a darle las gracias y a seguir con lo mío.

Es lunes, lo que significa que hay reparto. Estoy enfadado y a punto de saltar sobre él cuando lo veo en la entrada con Hayden. Me quedo inmóvil, comiéndomelo con la mirada. Va con vaqueros desgastados, camisa verde de pana remangada hasta los codos y el pelo suelto, sin gomina, barba de dos días, botas de caña alta. Está tan guapo que me duele mirarlo.

Alguien dice algo sobre su ropa. Lucas, creo. O quizá Amelia. Tal vez ambos. Los dos se han detenido en el pasillo a esperar a su amigo y apenas me fijo en ellos cuando paso por su lado. Estoy demasiado concentrado en él. Es como reencontrarse con alguien a quien pensabas que nunca volverías a ver. Cuántas veces habré soñado con ese Laurent que ahora tengo delante, el mismo que ahora me clava la mirada y se sonroja al darse cuenta de cómo lo miro. Cómo lo miramos todos.

—Parece un *cowboy*. ¿Existen los superhéroes *cowboys*?

—El Vigilante —contesta Lucas—. Es de DC, aunque es más bien un antihéroe.

—A mí se me parece más a Green Arrow, al de la serie —suelta Amelia—. Míralo, va de verde, y tiene el pelo rubio y es rico, y…

—¿A Stephen Amell? Por Dios, el jefe es mucho más guapo.

—¿Podemos irnos, por favor? —pregunta Hayden, acercándose a sus amigos y saludándome con un gesto de cabeza—. Dais un poco de grima.

A partir de ahí, dejo de escuchar. Me acerco a Laurent. Nos miramos. Nos evaluamos. Tengo que pedirle explicaciones, preguntar, saber. Pero entonces aparta la mirada y me señala la puerta.

—Si vas a decir alguna tontería, puedes hacerlo por el camino.

—Tranquilo, no tengo nada que decirte —suelto con rabia, aunque no es verdad. Hay mucho que decir, demasiado.

Hacemos dos viajes para llevar los contenedores al coche. El cielo está nublado cuando salimos del centro, pero no es hasta que llegamos al restaurante que comienza a llover. Cam no está y, por una vez, me habría gustado que estuviera. Ver a Laurent tan cambiado me ha dejado aturdido y necesito una excusa para iniciar una discusión. Cualquier cosa es mejor que seguir soportando esta

necesidad visceral de agarrarlo de la nuca y morderle hasta el alma. Tengo una mecha encendida dentro de mí y estoy a punto de explotar.

Cada roce de nuestros brazos me hace apretar los dientes. Y nos rozamos mucho. Demasiado. Los recuerdos me llegan como dardos cada vez que nuestras miradas se encuentran. La piel se me eriza y me excito como un puto adolescente al recordar lo cerca que estuvimos y lo lejos que estamos a pesar de los pocos centímetros que nos separan. Da igual cómo se vista, Laurent sigue lejos de mí. Darme cuenta de eso me duele de una manera que no puedo explicar.

—¿Estás bien? —me pregunta en el camino de regreso al centro.

No contesto. No me apetece. Es temprano y necesito relajarme, por lo que aviso a Dani de que no iré a cenar con ellos como les había prometido. Iré a casa, me daré una ducha y quedaré con ellos más tarde en el Happy Ending.

—Rayner… —musita cuando apaga el motor delante del recinto.

—¿Has hablado ya con los del taller? —lo corto—. ¿Sabes algo de la furgoneta?

—No. —La manera en que tuerce la boca me hace ver que está pensándose la respuesta—. No he vuelto a llamar para preguntar.

Me quedo mirándolo. Tiene las manos aferradas al volante y el pelo le oculta un lado de la cara. No lo puedo evitar: estiro el brazo y le aparto el mechón. También le acaricio la mandíbula, noto su pulso acelerado cuando deslizo los nudillos por su cuello y dejo caer la mano en su hombro. Está temblando y yo estoy en llamas.

—¿No crees que ya ha sido suficiente tortura? —Le aprieto el hombro y él traga saliva—. No pongas esa cara, sabes a lo que me refiero. Puedo hacer esto solo, Laurent. No tienes que traerme en coche como si fuera un bebé, no tienes que quitarle tiempo a Vic ni quitarte tiempo a ti mismo. Puedes, no sé, salir a divertirte. ¿Recuerdas cómo era? ¿Haces algo aparte de vivir la vida como si fuera una puñetera carrera de fondo? Nadie te persigue. Puedes ir a tu ritmo.

—No me importa —contesta bajito, sacudiendo el hombro para que me aparte. No lo hago. En su lugar, le clavo los dedos para que

perciba aún más la angustia que siento.

—Te importa, Laurent. Si no te importara no limpiarías a saco todas las noches, ni te pondrías como una moto cuando se nos complica el día y llegas más tarde a casa porque Vic está sola.

—No me importa —repite.

—Joder, pues a mí sí. Estoy cansado de fingir que no pasa nada, que no veo cómo me rehúyes como si te doliera estar cerca de mí. Estoy cansado de fingir que no quiero tumbarte en los asientos traseros y hacer que te corras hasta que no te queden fuerzas para seguir jugando a la mierda que estás jugando.

Notar cómo se encoge sobre sí mismo hace que quiera gritar hasta que no me queden fuerzas. Los ojos le brillan cuando se atreve a mirarme.

—No estoy jugando a nada. Yo solo quiero que seamos amigos.

Me río con ganas.

—Amigos. —Cojo aire y lo suelto despacio. Aparto la mano porque no puedo seguir tocándolo—. Tú y yo no podemos ser amigos. Vamos, Laurent. No quiero tirarme a mis amigos. Mis amigos no me meten la lengua hasta la garganta ni me hacen mamadas. No quiero ser tu amigo, así no. Así que llama al puto taller y arregla lo de la furgoneta. ¿O prefieres que me ocupe yo?

—No te preocupes, yo lo haré —dice con rapidez.

Asiento, nada más. Luego salgo del coche y me voy con la sensación amarga de haberle causado un dolor que me ha venido de vuelta.



El Happy Ending no está muy lleno esa noche, quizá porque es lunes. No debería haber venido. Tendría que haber cogido uno de los libros que compré con mi hermano y quedarme en casa a leer. Pero necesito despejarme, necesito a un amigo, necesito a Dani.

Sin embargo, en esos momentos, hago un barrido por el bar en busca de un pelo rubio que no es el de mi amigo de la infancia y esa

sonrisa que me sé de memoria y que no siempre es amigable. Casi nunca, de hecho. Es una mueca llena de autodesprecio que ha empezado a cargarme. Y lo busco, lo busco por todas partes: en el hueco de la barra donde se suele sentar, en los sillones morados y en las mesas aisladas repartidas por el local.

—Se fue hace un rato —me susurra Dani al oído, sobresaltándome.

Me doy la vuelta. Lleva unos pantalones negros de cuero ajustados, una camisa ancha sujeta con un nudo en la cintura y botas de tacón que lo hacen todavía más alto de lo que ya es.

—¿Quién se fue?

La risita de Dani me acompaña hasta la barra, donde me siento a esperar a que atienda a unos chicos y me sirva una cerveza.

—El camarero nuevo funciona, así que se marcha si no tiene trabajo pendiente —explica.

Lo ignoro; eso consigue que su sonrisa se ensanche.

No sé cuántas cervezas me bebo mientras veo cómo mi amigo viene y va de aquí para allá. La música sube de volumen a medida que el local se va llenando y yo siento que me muevo al ritmo de las luces de colores. Hace tiempo que dejé los excesos y no tengo el aguante de antes. Dani se da cuenta, creo. Pero parece que las jarras de cerveza aparecen y desaparecen como por arte de magia.

—¿Por qué siempre que voy a darle un trago está llena? —pregunto, señalando la jarra—. Es como si no bajara nunca.

Mi amigo apoya los codos en la barra y me dedica una de sus sonrisas socarronas. Sus dientes ligeramente torcidos le dan un toque más travieso si cabe cuando se echa el pelo hacia atrás.

—Dímelo tú, Howl. Tú eres el mago.

La carcajada que suelto la siento ajena, como si saliera de un desconocido.

—Pues vaya mago de mierda. Ni siquiera soy capaz de sacarle la verdad.

—La verdad. —Dani suspira con dramatismo—. Es un concepto tan amplio… Abarca tantas cosas… —Vuelve a suspirar, y a sonreír, y me pierdo. En sus ojos azules, en esa aura capaz de iluminar el peor

de los abismos—. Al menos las tuyas son concretas y, aun así, universales.

—¿Me estás vacilando? —pregunto, solo para asegurarme.

—En absoluto. Desde que te dije que me tenías que decir una verdad por día, no has fallado a tu palabra ni una sola mañana. Cuando me despierto tengo un mensaje en el teléfono esperando a que lo lea, otra verdad esperando a ser abierta.

—Solo cumplo con lo que te prometí.

—Y te lo agradezco, no esperaba menos. Pero, si te soy sincero, esperaba un poco más; más confesiones, más secretos. Así que estoy aquí haciendo tiempo para que la magia haga su efecto y me lo cuentes todo. —Lo dice al tiempo que arrastra la cerveza hacia mi lado.

—¿Me quieres emborrachar?

—Ya estás borracho, Howl.

—No lo estoy. Y no me llames así.

No, no lo estoy. O quizá sí, un poco. Me da igual. Me siento bien. Hacía días que no me encontraba tan bien. Desde que Laurent se marchó de la casa del lago y me dejó con una sensación de vacío y ganas de querer pelearme con el mundo. O quizá desde que lo besé y me dejó claro que entre nosotros no habría nada más. No, no, qué va. Me siento así desde que me dejó tirado en aquella habitación, hace ya cinco años. Antes de Laurent solo me había sentido así cuando era un crío y luchaba contra demonios que eran más fuertes que yo. Pelearte con la vida tiene eso; a veces te supera. Y Laurent me supera a un nivel que no comprendo.

—Es que no lo entiendo. —Suelto la jarra con brusquedad, salpicando la barra.

Dani enarca las cejas, se muerde la sonrisa para que no se la vea y se apresura a pasar un paño por el líquido que se extiende por la superficie mojada.

—¿Qué no entiendes? —me dice una vez se vuelve a situar delante de mí, con los brazos cruzados y los ojos bien abiertos.

—Nada. No me encaja nada. Lo que dice no encaja con lo que hace y no lo entiendo. Se le rompe la furgoneta y se empeña en llevar su coche todos los días y me esconde que no tiene arreglo y

que está en el puto desguace. ¿Y todo para qué? Si es que no me puede ni ver y nos tenemos que pasar tres tardes a la semana juntos. Tres, Dani. Es horrible.

—Discrepo. Pasar tiempo con ese hombre no es horrible nunca, porque es pura empatía y sarcasmo; delicioso. Y hoy estaba especialmente delicioso, solo le faltaba que alguien lo untara con una capa de mermelada y ñam. Mermelada de naranja, ya sabes que la de arándanos solo es para mi Tay.

Enarco las cejas.

—¿De qué hablas? No, no me lo digas.

—De Jax, de qué voy a hablar. Pero del Jax de verdad, el que va con pintas de macarra, ya sabes. El original, la versión inicial de esta otra versión más pija y retraída. Estoy de pijos estirados hasta la polla, pasé muchos años en ese armario de ropa cara y máscaras; ahí no vuelvo, gracias.

—¿Jax? En serio, Dani, ¿qué me estás contando? —pregunto, porque no conozco a ningún Jax. Bueno, conocí a uno hace muchos años, pero Dani no, y no tiene mucho sentido y…

—Jax Teller. De *Hijos de la anarquía*. Me dirás que no la has visto… Pues ya estás empezándola. Aunque Laurent es más blandito que Jax.

—Espera, ¿cómo sabes que estaba hablando de Laurent?

Ahora es Dani quien enarca las cejas.

—Venga ya. Lo llevas tatuado por todas partes. Y él… Nunca lo había visto mirar a nadie con tanta ansiedad. Y te aseguro que he tenido tiempo de fijarme. También he visto cómo te mira cuando te vas con Cam. Que es un tema del que prefiero no hablar, por cierto, porque siempre me ha parecido un gilipollas y me resulta rarísimo que a ti no.

—No es gilipollas. Bueno, un poco. Y ya no me acuesto con él —le informo—. Ni con Cam ni con nadie.

Dani le dice algo al camarero, llena otra jarra y se sirve un chupito antes de rodear la barra y sentarse a mi lado. La mirada que me dedica me hace sentirme peor que Howl cuando se da cuenta de que por culpa de Sophie se ha teñido el pelo de otro color.

—¿Por qué me miras así? —pregunto.

—Porque estás jodido. Y quiero que sepas que estoy aquí. No voy a desaparecer. Nunca lo haré, Howl. En todo caso eres tú quien desaparece, así que espero que no te largues con el rabo entre las piernas y nos vuelvas a dejar tirados.

—No voy a irme.

—Bien. —Da un golpe en la mesa—. Y si quieres mi opinión, creo que lo que quiere el nuevo Jax es pasar tiempo contigo. Laurent no es de los que hacen las cosas por nada. Créeme, lo conozco bien, aunque él crea que no.

¿Pasar tiempo conmigo? No puede ser. ¿O sí? La esperanza se abre paso por mi pecho y yo pienso que voy a caerme, que la silla está demasiado alta y que ojalá sea verdad. También pienso en que no hay manera de apartar la esperanza cuando se te mete entre los huesos. La sonrisa de Dani es tan grande que se me pega.

Pero entonces me acuerdo de algo y le pregunto:

—¿Por qué dices que estoy jodido?

—Porque enamorarse de alguien que siente lo mismo que tú pero que no se deja querer es una mierda. De las grandes. La herida no se va, porque en cuanto te sale la costra te la arrancas, una y otra vez. Es como una fotografía que revelas muchas veces porque no te gusta cómo ha quedado, pero que no puedes cambiar porque falla el negativo. Falla la raíz, ¿comprendes? He pasado por ahí.

Miro a Dani. Su sonrisa duele, porque está llena de verdad. También duelen el brillo de su mirada y la forma en que me aprieta el brazo.

—No estoy enamorado de él —digo y me bebo media jarra de cerveza, solo para intentar creérmelo, para tragarme el dolor que se me ha posado en el pecho y no se va.

—Ya.

—Ni siquiera me deja acercarme. A veces creo que no soporta que lo toque. Pero entonces me acerco y… —Meneo la cabeza—. Cuando se quedó a dormir en la casa del lago pensé que por fin se le había caído la máscara. Pensé que…

—Espera, ¿os acostasteis? —me interrumpe Dani.

—Solo se quedó a dormir conmigo en la terraza. Sufre insomnio —explico, ni idea de por qué—. Quería ayudarlo a dormir.

—Ayudarlo a dormir —repite Dani, riéndose—. ¡Venga ya! ¿Me vas a decir que no pasó nada? —me dice, y yo me bebo un sorbo de cerveza a modo de respuesta—. ¿Nada de nada? No me lo creo.

Pienso en Laurent. Su mirada cuando me vio aparecer semidesnudo, sus manos en mi piel, su aliento en mi cuello, su boca por todas partes.

—Pasaron… cosas. —Nada más decirlo noto cómo se me encienden las mejillas y miro la jarra. Dios. ¿Cuántas llevo?

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

Sé que no debería, pero prefiero beber a responder y resulta que tengo mucha mucha sed.

Mi amigo me da un puñetazo en el brazo.

—Rayner, no me ignores. Por tu bien, más te vale empezar a largar.

—Cosas, Dani.

—¿Cosas maravillosas o solo cosas aburridas e insulsas? Querido, el matiz es importante.

—Déjame en paz, anda.

Dani resopla, frustrado. Y resopla todavía más cuando aparece mi hermano y comprueba que estoy más borracho de lo que pensaba.

Me llevan a su casa a dormir. De la moto me olvido; estupendo. No es la primera vez que me invitan a ir a donde viven, la antigua casa de la abuela de Dani. Cada vez que entro siento como si me clavaran un cuchillo en el pecho y siguieran desgarrando carne y músculo. Es una casa de dos plantas, bonita y redecorada, que en nada se parece a esa otra en la que Dani y yo pasamos una parte de nuestra infancia. Pero hay tantos recuerdos, tantos…

Mi hermano sube a la habitación y yo entro en la sala de juegos, que ahora está vacía salvo por un espejo enorme y una pared repleta de fotografías hechas por Dani. De mi hermano, de las manos de ambos, de los dos juntos. También hay varias en las que salgo con ellos y una con Dani de cuando teníamos doce o trece años.

Sigo achispado cuando me muevo, y la habitación parece moverse conmigo. Todo da vueltas y yo me encuentro justo en el

borde del mundo, a nada de caer. Observo mi reflejo en el espejo. Dani se acerca. Nos hallamos uno al lado del otro, tan distintos de aquellos críos llenos de sueños que nos sonríen desde la pared de enfrente, y al mismo tiempo tan iguales…

El eco de Dani resuena en la estancia vacía cuando dice:

—Cuéntame un cuento, Howl. Uno con final feliz.

—Deja de llamarme así. No me parezco en nada a él. Es absurdo.

—Para mí siempre serás Howl.

Se me forma un nudo en la garganta y los muros que he tardado tantos años en construir a mi alrededor se derrumban, dejándome desnudo y expuesto. Soy una serpiente tras haber mudado de piel. Soy lo que queda de mí; eso soy. Enseguida llegan los recuerdos, el pasado, el dolor de mi hermano, las viejas heridas. La verdad, tan voraz como el hambre. Laurent. Sobre todo Laurent.

—No sé qué hacer, Dani.

—No tienes que hacer nada. Solo deja que pase o no dejes que pase nunca. Todo depende de cuánta espera puedas soportar. Tu aguante al dolor siempre ha sido más grande que el mío, ya lo sabes.

Mi mejor amigo me pasa un brazo por la cintura y me aprieta contra él. Me besa la sien y me acaricia la mejilla y yo me siento enano, diminuto, insignificante, nada.

—Si fuera un mago de verdad, no dolería —digo, temblando en esos brazos que una vez se creyeron frágiles pero que son lo más estable que conozco—. Nunca habrías tenido que pasar por tanto, Dani. Ni mi hermano. Ni yo.

Dani toma mi rostro con una mano.

—Tonto, incluso los magos de verdad sienten dolor. La magia se alimenta de los corazones heridos, y resulta que tú estás lleno de ella.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Laurent



«Todos necesitamos derrumbarnos alguna vez en la vida contra alguien. Si siempre caes al suelo solo, las heridas que te hacen dejan cicatriz».

Howl

No puedo más. Tengo cansada hasta el alma. Y no por no dormir, creo que mi cuerpo ya se ha acostumbrado a ciertas carencias y las acepta con resignación. Estoy agotado de fingir que no me muero de hambre por Rayner. Por su tacto, su olor, sus labios, sus palabras. Sus palabras llenan el vacío que mi soledad genera, se filtran como gotitas a través del cobertor con el que cubro mis emociones, lo traspasan… A veces me vale con solo escucharlo hablar con otros; qué historias cuenta, cómo las cuenta. Es un tío que ha vivido una vida plena aunque complicada, y eso lo hace interesante, carismático y una persona llena de pasión. La que a mí me falta. Todo lo compensa.

Estoy harto de hacerle daño. No merece mi rechazo. No merece nada malo. Tuvo su dosis de eso y salió victorioso como el valiente que es. Los Sullivan son resilientes hasta el infinito. Los admiro.

Aunque no todo es admiración; también hay rabia. Porque me enerva, muchísimo. Porque a veces su mirada me dice que no

entiende mis complicaciones ni mis procesos mentales. Él cree que lo nuestro es fácil, o que así debería ser. Que se quiere o no se quiere; que se desea o no se desea. Y no es así. Si las cosas fueran tan sencillas como cambiarse de ropa, no estaría en la situación en la que estoy.

Eso, al menos, sí lo he hecho: quitarme el traje que tanto parecía molestar a Hayden y rescatar un par de camisetas y camisas informales del armario, de una caja al final del todo. Olían a ambientador de flores blancas; las he tenido que lavar dos veces hasta quedar satisfecho. Pero, contra todo pronóstico, no me siento raro ni incómodo con mi ropa de antes, con mis vaqueros gastados de bajo raído. Quizá un pelín desprotegido, como en uno de esos sueños de los que todo el mundo habla pero yo nunca he tenido en los que te muestras desnudo ante una multitud. Soy más consciente de mí mismo, lo reconozco pero también más libre. Si es que eso tiene algún sentido.

Llevo un rato dándole vueltas a todo, buscando la forma de estar cerca de Rayner sin estarlo, la forma de no hacerlo sufrir, de…

—Laurent, hola.

Cam. Lo que me faltaba.

—Si estás buscando a Rayner, no está —le digo en cuanto entra a mi despacho sin llamar, con su traje perfecto y su cuerpo perfecto y su sonrisa perfecta.

Es mentira, claro que está. Está poniendo los espejos nuevos en el baño. Porque, como no podía ser menos, sabe hacer de todo. Lleva allí más de una hora. Había pensado llevarle un café solo y un sándwich para que descansara un rato, pero lo único que voy a hacer ahora mismo es negar su existencia.

—Creí que…

—Cam, no está. —Dirijo la vista hacia la pantalla del ordenador —. ¿Algo más? Porque tengo mucho que hacer.

—¿Te pasa algo? —me pregunta con una ceja alzada y un gesto que no sé si es burlón, pero que a mí me lo parece y me revienta; me revienta como una patada en los huevos.

Cam se detiene delante de mí, de modo que apoyo la espalda en el respaldo del asiento y lo miro a los ojos.

—Me pasa que no me gusta que un centro juvenil se convierta en un local de citas, eso me pasa.

—¿Citas?

En un primer momento, Cam parece sorprendido, pero luego cambia el gesto a algo más malicioso, una especie de reto le ilumina los ojos y yo ardo, ardo, ardo. Soy como una olla a presión a punto de explotar.

—Rayner no está disponible en horas de trabajo, buscad otro momento para liaros.

—Creía que Rayner no estaba —me dice con una sonrisilla. Cuando me limito a fulminarlo con la mirada, con más emoción de la que le he mostrado jamás, añade—: ¿No te ha dicho nada de… lo nuestro?

—No hablamos de con quién follamos cada uno; no procede.

—Ya. Porque eres su jefe y eso. Bueno, y porque tú no follas.

—Si lo único que pretendes es tocarme los cojones, te pido por favor que te vayas. No tengo un buen día.

—¿Necesitas ayuda en algo? —Parece decirlo en serio, a veces resulta difícil ver al hombre bueno tras la pose de malo—. Nunca… —Sonríe entre dientes—. Nunca te había visto tan al límite. Y no lo digo solo por la ropa o el pelo suelto, es… No sé, emanas un tipo de energía que, aunque podía intuir que poseías, me sorprende. Mucho. Es como…

—Cam, vete a psicoanalizar a tu madre.

—Uy, mi madre se psicoanaliza sola; con una botella de vodka.

—No me interesa. Vete, por favor.

—Vale, me voy —me dice con una sonrisa ladeada que es pura maldad mientras se da la vuelta para dirigirse de nuevo a la salida. Pero entonces se detiene y se vuelve hacia mí—. Por cierto, dile a Rayner que…

—No le voy a decir nada —lo corto—. Confiésale tus secretos una vez lo tengas saciado en la cama.

—Pero… —Hace una pausa y, cuando me ve la cara, se encoge de hombros y añade—: ¿Sabes qué? Da igual. No le digas nada. Espero que te mejore el humor.

—Muchas gracias y adiós.

Me paso las manos por el pelo que me cae suelto por la cara; así, sin gel ni nada, me llega casi a los hombros. Parezco un salvaje, y no dejo de notar cómo el vapor de la rabia y la contención bulle hacia fuera. Cada vez más cerca de la piel, cada vez más cerca de hacer saltar todo por los aires.

Tras recorrer mi despacho de un lado a otro como un animal enjaulado, me dirijo al baño en busca del mago oscuro que tenemos en nómina. De camino no veo a nadie, aunque algunos chicos vendrán a la terapia grupal que tenemos a última hora de la tarde.

Cuando llego al baño y lo veo ahí, limpiando el cristal del espejo que acaba de colocar, el vapor de la olla baja un poco, se estabiliza. Miro su reflejo, la fuerza que transmite, su belleza. Es un pedazo de hombre incluso cuando no abre la boca.

—Ha venido a buscarte tu novio.

Estoy venenoso, lo de la bajada de temperatura ha sido un espejismo, como la felicidad. Tengo mil palabras en la lengua liándose a puñetazos por ser las primeras en salir.

—¿Perdona? —inquiere, y nuestros ojos se encuentran en el espejo.

—Cam. Tendría ganas de follar, no sé.

Rayner se da la vuelta, despacio, muy despacio, y me mira con intensidad. Puta mirada que quema.

—Cam y yo no somos novios.

—Bueno, es una forma de llamarlo. Follamigos, lo que sea.

—Tampoco follamos.

—Ya. Eso díselo a él.

—Él ya lo sabe, yo mismo se lo dije. La tarde que te quedaste a dormir conmigo.

Ahí me quedo sin palabras, dejan de batallar por un momento. Él se apoya en el lavabo y se cruza de brazos sin apartar los ojos de mí. Su mirada me dice cosas, pero no las que me dijeron esta misma mañana cuando nos cruzamos. En esos momentos, sentí su calor sobre cada parte de mi cuerpo, se me coló por uno de los agujeros de los vaqueros, traspasó mi vieja camiseta de Judas Priest, me empapó cada milímetro del cuerpo. Ahora me mira con… dudas. Con dureza. Quizá él también está a punto de explotar.

—¿Crees que estaría como estoy contigo si siguiera acostándome con Cam?

—No sé. Yo… —Me paso las manos por el pelo—. No sé nada.

—Creía que me conocías un poco más.

—Pues ya ves que no —digo mientras me meto las manos en los bolsillos. Suspiro—. Rayner, coincidimos hace cinco años y llevamos viéndonos unos meses; no nos conocemos.

—¿Es eso lo que piensas?

No sé si está dolido o cabreado. No quiero ser yo el que provoque ni su dolor ni su rabia, pero a la vez creo que… lo estoy provocando. Lo estoy haciendo adrede, quiero que me deje, que me odie. Que no me abandone nunca, que me salve. Que me rechace, que me vea como lo que soy: un ser que nada tiene que ofrecer.

—No contestes a eso —dice él antes de que me pronuncie—. Y solo por si te interesa, Cam habrá venido a hablarme de una furgoneta por la que le pregunté. Va a cambiar la flota de la empresa y hay un par en muy buen estado y…

—No quiero una furgoneta del puto Cam —ladro.

No me reconozco. Ni siquiera cuando era mi yo más yo hace años tenía esta rabia latente transpirándome la piel como el sudor tras una carrera. Supongo que son cinco años conteniéndola y Rayner es el fuego más alto al que me he visto expuesto.

Tap, tap, tap.

Oigo la tapa de la olla rebotando por la presión; siento la necesidad de que salga, se derrame, se evapore. Quizá ahí comience la calma, el nuevo entumecimiento, la nada.

—¿Y qué es lo que quieres? —Se me acerca, despacio, como si supiera que llevo horas sintiéndome enjaulado, como si supiera que un movimiento rápido me asustaría. Sí que me conoce, por supuesto que me conoce. Siempre lo ha hecho, desde el primer día, de forma casi sobrenatural—. ¿Qué quieres de mí? ¿Qué quieres… conmigo?

Todo. Lo quiero todo.

—Nada —digo muy bajito.

—¿Nada? —me pregunta igual de bajito al tiempo que acerca la mano y me aparta un mechón de pelo de la cara.

Un ruido en el pasillo nos sobresalta y él desvía la mirada un momento hacia la puerta antes de volver a concentrar toda su atención en mí. Alguien entrando en la sala común, supongo. Yo no he apartado los ojos de él; tampoco me he movido más allá de los temblores de mi cuerpo. No puedo pensar. Ahora mismo me da igual a dónde se dirija cada uno; al fin y al cabo han venido a terapia, van a tratarse sus putos problemas. Bien que hacen.

Mi voz esta vez suena más clara cuando repito:

—Nada.

—No acepto esa respuesta, Laurent.

Me estremezco ante su tono de voz, y me cago un poco en la puta, porque sé que lo hace a posta.

—Pues no te queda otra. Podemos ser amigos, pero a los dos nos pican los dedos por tocarnos cada vez que estamos cerca. No hay forma de negarlo.

No, no la hay. Llevo meses haciéndolo. Meses convirtiendo mi carga de ochenta kilos en veinte toneladas, andando encorvado de lo mucho que me pesa. Y no puedo más. ¡No puedo más!

—¿Sabes, Laurent? —Comienza a un volumen normal, pero va subiendo a medida que escupe las palabras—. Estoy un poco hasta los cojones del frío-calor al que me sometes todo el puto día. No aguanto más. ¿Cuál es tu puñetero problema? ¡¿Cuál?!

—¡Tú! ¡Tú eres mi puñetero problema!

—¿Yo? ¿Cómo que yo?

—Él murió esa noche —grito. O lo susurro, no lo sé. Estoy temblando. Es la primera vez que vocalizo las palabras. Ni siquiera la soledad de mi cuarto en mis noches en vela ha sido testigo de esa verdad en voz alta.

Rayner retrocede. Parpadea. Veo cómo arruga la frente, la mueca en su boca, el desconcierto.

—¿Qué?

—Fue esa noche. Murió esa noche. ¡Nuestra noche! ¿Entiendes lo que eso significa? Me llamó. Tenía llamadas suyas y no las vi porque estaba contigo. Me llamó mientras tú… Mientras nosotros… —No termino la frase, no puedo.

—¿Qué?

—¿No me estás escuchando o qué? ¡Que no le cogí el teléfono! No sé lo cogí, Rayner. Se murió por mi culpa. —Lo último lo digo con un hilo de voz.

—Pero… ¿Qué?… No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes? ¿Que fuiste la mejor noche de mi vida y, al mismo tiempo, la peor? No es tan difícil de entender.

¿Por qué lo estoy gritando así? ¿Por qué a él, que es de las mejores cosas que me han pasado nunca? ¿Puede que quizá en parte, solo en parte, también lo culpe a él de la muerte de Austin? Dios, no. Solo de pensarlo, yo… No es justo. No lo es.

—Laurent, por favor, respira. —Me agarra de la cintura—. Háblame.

—¡Te estoy hablando!

—No, me estás gritando. Y no estás siendo claro y, vale, te estás derrumbando y no te puedo pedir coherencia ni explicaciones detalladas, pero estoy perdido. Y te necesito, aquí, conmigo. —Me hace un gesto hacia sus ojos, como echándome un cable, como si su brillo oscuro fuera algo tangible a lo que aferrarme. Y lo es. Desde luego que lo es—. Háblame.

Me aparto de él, pero solo un poco, sin mucha fuerza ni entusiasmo. Me apoyo en la pared y él se coloca delante de mí. Vuelve a ponerme una mano en la cintura, la otra la lleva a mi pelo y me coge un mechón con dos dedos.

Cojo aire y lo suelto despacio.

—Tengo que irme —musito, pero no me muevo.

—No, no te vas a ningún lado.

—Rayner, no quiero decir nada de lo que luego me arrepienta. Déjame, por favor. —Me remuevo para que me suelte, pero me clava los dedos con más fuerza en la cintura—. Ya hablaremos.

—¡¿Que ya hablaremos?! —Su risa me retumba en el corazón, y duele, porque no es bonita—. Me dices que la noche que pasaste conmigo fue la mejor y la peor de tu vida. Por fin me das una explicación, cosa que la parte egoísta de mí, muy a mi pesar, agradece, pero no se trata de eso. Porque hay otra parte, la que más pesa, que se está encogiendo de dolor al escuchar que también fue la peor noche.

—La noche fatídica, la llamo en mi cabeza —admito con pesar.

—Es horrible.

—Sí que lo es.

—Me refiero al hecho de que te refieras a ella así.

—Bueno, yo me refiero al hecho de que mi pareja se estrellara con un coche a ciento ochenta kilómetros por hora.

—¿Tu pareja? No erais pareja.

—¿Eso es con lo que te quedas?

—Me dijiste que ya no lo querías, me dijiste que ya no estabais juntos, me dijiste que solo estaba yo. ¿Era mentira? Porque si me dices que era mentira…

No lo dejo terminar.

—Rayner, eso da igual. ¡Murió por mi culpa! ¿De verdad no lo entiendes?

—Es que lo que dices no tiene ningún sentido. —Su voz suena desesperada. Se aparta un poco y se pasa una mano por el pelo; adelante y atrás, adelante y atrás. Hacía tiempo que no lo veía hacer ese gesto nervioso, inseguro. Vuelve a mirarme—. ¿Por qué tienes tú la culpa?

—Porque estaba allí contigo y…

—¿Y dónde estaba él? —me corta.

—En Eeriewood, vivía allí. Esa noche salió y…

—¿Y qué? —vuelve a cortarme.

Me pongo nervioso, mucho. Aparto la vista, pero él me levanta la barbilla para que lo vuelva a mirar.

—Pues que si hubiera estado allí…, si le hubiera contestado a los mensajes, si le hubiera cogido el teléfono… —He vuelto a gritar, cada palabra la digo más alto que la anterior—. Si no hubiera estado pensando con la polla y con mariposas en la tripa…

Rayner me suelta como si el contacto de mi piel le quemara, y ese es un dolor con el que no contaba. El de su rechazo, el de su decepción.

—Genial, ¿ahora tengo yo la culpa?

Sí. No.

No. No. No.

—No. La culpa es solo mía. Yo…

—¿Me estás diciendo que llevas todo este tiempo culpándote de su muerte? Joder, Laurent, ¡qué barbaridad!

—Es que fue mi culpa —repito.

—Me acabas de decir que fue un accidente, los accidentes son fortuitos, no se pueden prevenir. Me habías dicho que no estabais juntos, que no lo querías… ¿Por qué? ¿Por qué ibas a ser responsable de sus actos?

—Quizá lo hubiera podido prevenir, podría haberle dicho que no bebiera más, que no cogiera el coche, que me esperara, que no hiciera ninguna tontería. —Hablo de forma frenética, intento concentrar hechos y sentimientos en palabras que se me escapan sin control.

Y entonces las piernas dejan de sostenerme y me caigo al suelo, de rodillas. Rayner se va a agachar, pero lo detengo con el brazo como puedo.

No me hace caso, por supuesto que no. Se coloca de rodillas a mi lado y me rodea con un brazo.

—Quiero que te vayas —le susurro al tiempo que me aferro a su camiseta blanca, llorando; las lágrimas me caen libres por las mejillas. Son lágrimas de rabia, no de pena. Escuecen, pero no sanan. Solo molestan.

—Tranquilo, ahora me voy. —Me besa en la sien, también me acaricia la nuca, y el brazo, y la espalda sin dejar de sostenerme con el otro brazo.

—Pero no me sueltes, por favor.

El suspiro que emite lo siento en la mejilla, así como siento sus labios acariciándome la piel.

—No te suelto.

—No necesito que me salves. —Hundo la cara en su pecho para amortiguar el sollozo que se me escapa—. No lo merezco.

—No necesito una razón para salvarte. Y permíteme discrepar.

Me sujeta con más fuerza, como si quisiera demostrar que está ahí y no se va a ir por mucho que intente apartarlo. Y quiero sonreír y dar las gracias y aceptar lo que me da, pero no puedo porque no soy nada y tengo miedo y me duele y todo es culpa mía. Rayner me

está abrazando y todo es culpa mía, le he hecho daño y es culpa mía.

Entonces rompo a llorar de forma descontrolada sobre su pecho.

¡Bum! La tapa que contenía todas mis emociones, las buenas y las malas, ha saltado por los aires. Que se salve quien pueda.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Laurent



«He aprendido por las malas que no se puede hacer un hogar de recuerdos, que el corazón necesita sangre nueva».
Howl

No sé cuánto tiempo pasamos así. En el suelo, abrazados. Alguien ha cerrado la puerta. Rayner no se ha separado de mí en ningún momento, así que ha debido de ser otra persona. Dios, qué vergüenza. De todos los lugares del mundo en los que podía haberme desmoronado, el baño mixto del centro no era la mejor opción. Winter Falls está lleno de montañas, lagos y bosques en los que perderme, llorar y gritar sin que mi pena llegue a nadie. Pero no, claro que no. Tenía que derrumbarme aquí, en los brazos del hombre que personifica mi bien y mi mal, y a una pared de distancia de siete u ocho adolescentes haciendo terapia de grupo.

Estupendo.

Se oye el ruido de voces al otro lado, de mesas y sillas que se mueven, y el silencio. Ese silencio que dice mucho, aunque parezca que no. Cuando las lágrimas y los hipos han desaparecido y solo quedan suaves caricias en mi pelo, le pido a Rayner que me deje y me levanto.

No ofrece resistencia.

Me acerco al lavabo; no me atrevo a mirarme al espejo recién puesto, no quiero estrenarlo así, no quiero que me devuelva la imagen destrozada que debo de mostrar. Me lavo la cara, me aferro al borde del granito gris oscuro y me giro para mirarlo.

Se ha levantado y está apoyado contra la pared con las manos en los bolsillos. Me mira. Lo miro. No hablamos. Alguien se ríe en la sala común; las paredes no son muy finas, pero la carcajada es sonora. Creo que es Lucas.

Nos seguimos mirando.

Al final, es él quien habla, y cada palabra que dice me duele. Porque no las quiero escuchar. Porque si no dice nada es como si no hubiera pasado, como si no le hubiera dicho lo que le he dicho, como si no hubiera llorado por primera vez delante de alguien en cinco años.

—Laurent, lo que te has estado guardando es muy gordo. No… —Se pasa una mano por el pelo, hacia atrás y hacia adelante—. No puedes seguir así.

Me río sin ganas.

—He explotado a lo grande, ¿eh?

Estoy avergonzado. Me muero de vergüenza, de hecho.

—Lo que me extraña es que no lo hayas hecho antes. ¿Cómo…?

—Preferiría no seguir hablando de esto, por favor, y menos aquí. Yo…

—Pero es que ahora te tengo aquí, justo aquí. Y aunque estés a cuatro pasos de distancia de mí, te veo alejarte y cerrarte y…

—Mira, Rayner… —empiezo a decir. Esta vez soy yo quien se acerca a él y se lleva una mano a la cabeza en un intento de peinarse—. Ahora mismo estoy desangrándome, ¿vale? Estoy abierto desde aquí hasta aquí —le hago un gesto desde el cuello hasta casi el ombligo—, y no quiero seguir manchándote. Te agradezco tu ayuda, pero…

—¿Me agradeces mi ayuda? —Suelta una risotada—. Estás de coña.

—No. Estoy lejos de estar de coña. Estoy tan alejadísimo que ni entiendo el concepto. Es la primera vez que digo en voz alta todo esto y…

—Por eso, tienes que dejarlo ir. —Se acerca a mí, rápido, nervioso, como si me perdiera, como si yo mismo fuera esa sangre que gota a gota abandona un cuerpo—. Me da igual si me escupes las entrañas encima. No puedes buscar culpables.

—No los busco; ya los he encontrado.

—Tú, yo… ¿Alguien más?

—No te he echado la culpa en ningún momento.

—Iba implícito, ¿no? Creo que culpas hasta a la habitación que fue testigo de la mejor noche de mi vida.

—Rayner…

Esto somos ahora mismo, puntos suspensivos; un momento eterno de frases inacabadas.

—Te has encargado de ensuciar bien el recuerdo. Lo has pisoteado, embarrado y lo has dejado morir en un rincón oscuro e inhóspito.

—¡Esto no va de ti! —alzo la voz, pero la bajo de inmediato—. No va de ti. Tú eres la luz que ilumina un poco el recuerdo de aquellos días.

—Sí va de mí y soy lo bastante sincero y lo bastante egoísta para hacer que esta mierda también sea mía. Para regodearme en el supuesto alivio de por fin tener una explicación para tu súbita desaparición y para revolcarme en el lodo que es todo lo demás. La cosa es que, independientemente de cuál sea mi papel en todo esto, tú no puedes vivir así. De hecho, no estás viviendo. Estás ahí, sin más. Negándote a ser algo para alguien. Negándote a querer. Negándote a que te quieran.

La forma en la que dice esto último me hace levantar la mirada y fijarla en sus ojos. Están tan llenos de emociones que no puedo identificar ninguna por separado. Son un tornado de ternura, cariño, pena, rabia, decepción, alivio… Cuánto dice sin hablar.

—Creo que… —continúa ante mi silencio—, no sé, creo que deberías hablar con alguien. Cillian está ahí y…

—No.

—Pero…

—He dicho que no. Ahora no, Rayner. Ahora quiero estar solo. —Distingo su gesto de dolor, y esa es la emoción que gana. Soy lo

puto peor—. Perdóname. No te pido mucho, un poco de tiempo para recomponerme.

No estoy preparado para seguir hablando. No me siento capaz. Necesito espacio. Necesito hacer las paces con ese día. Con estos cinco años. En este rato —minutos, horas— he sentido como si un pequeño peso, un trocito solo, me abandonara. Me siento un poco más ligero. Y quiero probar. Quiero ver si puedo soltar más lastre, descubrir cómo hacerlo, por dónde empezar. Pero no ahora. No puedo hacerlo con él mirándome así, tratando de obrar su magia, tratando de sanarme.

Cuando creo que me va a rebatir, a luchar, a darme guerra, a gritar, baja la vista y se da la vuelta, y a mí se me rompe un poco (demasiado) el corazón. Casi puedo sentir el desgarro. No me atrevo a mirar hasta que noto que llega a la puerta; la abre y la deja entornada un momento, la frente contra la madera.

—¿Puedo llamarte? —me pregunta.

—No creo que sea buena idea.

Aparto de nuevo la vista y oigo la puerta cerrarse. No oigo sus pasos alejarse porque la voz que grita en mi interior, la que dice: «Claro que puedes llamarme; mejor aún, no te vayas», lo ensordece todo.

Y entonces vuelve a abrirse la puerta y miro hacia ella esperanzado y a la vez listo para saltarle a la yugular.

Me sorprendo al ver a Hayden.

Me sorprendo aún más al ver cómo me mira; nunca lo he visto así. Nunca. Está en carne viva, todo él. No hay lágrimas, pero bien podría estar deshidratándose de llorar de lo mucho que me dice su cara.

Pero lo que más me sorprende es que soy yo el primero en hablar:

—Me preguntaste si estaría aquí contigo si él siguiera vivo.

—Y me dijiste que sí.

—Y es cierto. Pero hay algo a lo que no dejo de darle vueltas desde que me hiciste esa pregunta; me persigue como un monstruo en sueños, aunque esté despierto.

—¿Qué? —inquiere—. Que no estarías, ¿no? Ya, si ya lo sabía…

—No. Cuando te dije que nunca te había mentido y que no pensaba empezar a hacerlo ahora, lo decía de verdad. Lo que me atormenta es el hecho de que de repente, como en una especie de epifanía, me he dado cuenta de que si tu padre estuviera… vivo…, él y yo no seríamos pareja.

Hayden guarda silencio durante unos minutos, su gesto muta de la confusión a la incomprensión en cuestión de segundos, su ceño fruncido —hoy va sin gorra— no parece decidirse por ninguna de las dos emociones, así que lo ayudo.

—Y, aun sin ser pareja, querría estar contigo. No creo que aguantara que la vida te arrancara de mi día a día como me lo arrancó a él.

—Nadie te arrancó nada, se fue él solito. Te falló. Me falló. Y te dejó con este trauma y este complejo de supermán que no puede salvarse a sí mismo, pero que hace cualquier cosa por salvar a los demás.

—Yo no…

—No se te ocurra decirme que no tienes un trauma. Lo he escuchado todo. Y no me lo puedo creer. —Su mirada me atraviesa; creo que ahora sí va a llorar, a suavizarse conmigo, pero el gesto de su cara se tuerce y el cabreo le inunda cada facción—. Te echas la culpa de su muerte, la cagas conmigo, en la vida, con Rayner, la cagas en todos los aspectos…

—Ey, ey. —Intento acercarme, tocarlo, pero él me aparta con una advertencia clara en su mirada: no quiere que me acerque.

—Es verdad. Te deja medio muerto a ti y nos tenemos que joder todos los demás. ¡No es justo!

Trago saliva. Casi puedo escuchar la voz de Rayner y ese «respira, Laurent» que siempre me dice con cariño. Dios.

—No, no lo es —admito bajito.

—Aquella noche… Bueno, aquella mañana o madrugada o lo que fuera, yo estaba solo en casa cuando la policía llamó a la puerta. Les abrí aterrorizado. Tenía diez años, Laurent. Diez putos años y estaba solo en casa. Diez años y tenía prohibido abrir la puerta, porque, claro, era pequeño, pero no tanto como para que me dejaran ahí a mi suerte.

—Yo no sabía…

—Cuando estabas con él, me cuidabas tú; pero, cuando lo dejasteis, mi padre perdió a un novio y yo a mi canguro.

Se me forma un nudo en la garganta. No me sorprende, claro. Hayden era una de las razones por las que discutíamos. La más importante, porque yo quería al niño aunque no fuera nada mío y Austin no soportaba que le dijeran cómo tenía que cuidar de su hijo.

—Era más que tu canguro.

Se revuelve cuando intento agarrarlo. Se dirige al lavabo y se mira en el espejo recién estrenado. Tampoco me gusta que esa sea la primera imagen que nos devuelva. Hayden debería ser feliz, no tener la cara contraída de rabia y dolor.

—Lo primero que hice esa madrugada fue llamarte. Eran las seis o siete de la mañana, es curioso que no me acuerde de la hora exacta pero sí de detalles ridículos como la cara de pena de la agente de policía. Recuerdo pensar que por qué cojones esa señora tenía esa cara si no me conocía ni conocía a mi padre. Recuerdo tu voz cuando descolgaste…

—Por Dios, Hayden…

—Yo no quería irme con mi tía. La había visto cuatro o cinco veces en mi vida. Y fuiste tú quien me dijo que estaría bien. Ahora entiendo que en aquellos momentos no podías hacer nada. Ahora que soy mayor, entiendo que solo eras el ex de mi padre y que nadie me iba a dejar quedarme contigo. Pero para mí eras un amigo. Sí, eras más que mi canguro, y me prometiste que iba a estar bien. Y te creí, y no lo estuve, y me cabreé…

Me pican los ojos y las manos me tiemblan, pero hago lo posible por que no se me note. Tengo práctica, soy un puñetero maestro en el arte de no dejarme ver.

—Podemos ponerle remedio. Hayden, lo siento tanto...

Él menea la cabeza.

—No, no se trata de eso. No estoy hablando del presente ni del futuro. Estoy siendo el único de los dos con huevos para hablar del pasado. Porque da igual lo mucho que te provoque y las cosas que te diga para picarte. Nunca, ¡nunca!, hablas de mi padre. Y acabo de entender por qué.

No puedo hablar de eso ni de mi culpa, tiene razón. Es mucho más valiente que yo, así que me centro en lo único del pasado que ahora mismo me veo capaz de afrontar.

—Creí que estarías bien, de verdad lo creí. Y, en cuanto pude, arreglé mis negocios y mis temas y me vine y…

—Y no me llevaste contigo. Y la rabia se me fue enquistando y creciendo hasta convertirse en gangrena y cubrirme todo el cuerpo.

—Me odias, ya lo sé.

—No te odio —replica—. No busques una razón más para victimizarte.

—Te estás quedando a gusto, ¿eh? —Suelto un suspiro hondo.

Él resopla. Da un golpe a la pared. Se dirige a la puerta.

Quiero llorar. Quiero llorar mucho y muy fuerte, pero no me atrevo a derrumbarme. No aquí. No ahora. No con él. No soy la víctima de la situación, lo sé, a pesar de lo que Hayden cree. No tengo derecho a llorar. Abro la boca para hablar, pero me corta con un movimiento de cabeza.

—Ahora sé que no podías hacer nada. —Se da la vuelta—. Y he ido acostumbrándome a tu presencia y a tu necesidad de controlarlo todo para compensarme. Pero no sabía que era porque te comía la culpa. Creí que era porque me querías y…

—Y te quiero —me apresuro a decir en un tono demasiado alto, demasiado desesperado—. Mucho. Eres el motivo por el que vine y el motivo por el que quise quedarme. El motivo por el que aún quiero quedarme. Eres muy importante para mí.

—Soy el peaje que tienes que pagar por no haber podido salvar a mi padre.

—No es cierto —replico—. Y sé que lo sabes. Sabes que cuando te digo que quiero ocuparme de ti, cuidarte y que pasemos tiempo juntos lo digo de verdad. Lo sabes, Hayden.

Él me mira con una rabia diluida en dudas y decepción. Agarra el borde de la puerta.

No me dice nada, pero no puedo dejar que se vaya, no así.

—No quería ser demasiado intrusivo. Quería estar ahí para cuando me necesitaras. Como una red de seguridad o algo así. No

tenías que verme mucho, pero, si sabías que estaba ahí, podrías saltar sin miedo a caer, sabiendo que yo te salvaría…

El golpe en la madera me hace dar un respingo.

—Ya no sé cómo decirte que no necesito que me salves de nada, ¿de qué coño quieres salvarme? Qué motivo hay ahora, ¿eh?

—Hayden, no necesito una razón para salvarte.

El eco de mi afirmación acompaña al portazo de Hayden, pero el sonido no es tan fuerte como las propias palabras que acabo de decir. El significado es atronador. Es la misma historia desde distintas perspectivas, siempre hay alguien sufriendo que no se deja salvar y resulta que, de ambas, yo soy el culpable.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Laurent



«Creo que aunque he ido a muchos lugares, nunca he llegado a ninguno. Hasta ahora».
Howl

DANI SE PRESENTA EN MI CASA CON UN TÁPER DEL PASTEL DE VERDURAS QUE tanto me gusta en una mano y la edición especial de *El castillo ambulante* que le regalé las navidades pasadas en la otra. También trae un paquete de palomitas, de esas que se hacen en el microondas y que sabe que no consumo. Sus ojos azules están nublados y sé que me quiere decir muchas cosas, y que la conversación no va a ser fácil.

Al menos me ha dado tiempo de calmarme. Me ha costado un mundo salir del centro y llegar a mi casa, donde me he centrado en hacer lo que mejor se me da: limpiar hasta bajar las pulsaciones. Pero aún me tiemblan las manos, y las piernas, y el puñetero corazón. Me tiembla todo, en realidad, y que Dani esté aquí solo aumenta mi nerviosismo.

Dejo la comida en la cocina y salimos a la terraza, donde Vic se dedica a saltar de percha en percha. Ya ha anochecido y la calefacción mantiene el lugar a una temperatura agradable. Dani

juega con ella mientras yo me dedico a limpiar y cambiar el agua de las bañeras y los cuencos, así como la comida.

—¿Cómo está? —le pregunto de manera distraída, como si no llevara la última mirada de Rayner clavada en el pecho, haciendo sangre. No hace falta que finjamos que no sé por qué está aquí. Y, Dios, necesito saber cómo está.

—No mejor que tú —contesta al tiempo que se pasa a Vic de una mano a otra.

Ahora que se ha quitado el abrigo, me fijo en que va vestido con un peto vaquero, con una de las tiras sin abrochar, y una de esas camisetas ajustadas de rejilla que realza cada músculo de sus brazos.

—Lo siento —murmuro, porque no se me ocurre qué otra cosa decir.

Podría decirle que me gustaría haber hecho las cosas de otra manera, cambiarlo todo, pero no creo que sirviera de nada. Durante mucho tiempo pensé en la noche que había pasado con Rayner como en la «noche fatídica», ensuciando un recuerdo precioso y convirtiéndolo en algo feo. Así lo sentí yo y quizá así se lo hice sentir a él. Eso me atormenta y consigue que me sienta como la peor persona del mundo, pero estoy cansado de mentirme a mí mismo y cuando se trata de Rayner soy incapaz. Porque no cambiaría ni un solo segundo con él, aunque aceptar esa verdad suponga una rotura con la realidad que he guardado en mi memoria durante cinco años, aunque la culpa se haya hecho fuerte y me haya hecho creer que debía arrepentirme de cada instante pasado en aquella habitación.

Intento ordenarme la cabeza para explicarle a Dani, pero este se adelanta y comienza a hablar:

—Antes, mi vida era como un puñado de fotos que se quedaba dentro de un carrete que no me molestaba en revelar. Las guardaba en un cajón y no me atrevía a verlas porque no me gustaba a mí mismo. Me daba asco. —La sonrisa que se le forma es tan triste que se me cae una de las bañeras con el agua limpia—. Tú, en cambio, tienes el carrete vacío. No hay fotos, no hay nada. Tu vida pasa en blanco. ¿Sabes qué significa?

—¿Que no tendré que molestarme en revelarlas? —pruebo cuando termino de limpiarlo todo.

Dani me empuja y se ríe.

—Sí, efectivamente. Pero también significa que estás dejándote morir.

—Eso no es verdad —replico—. Estoy aquí contigo. En el bar, con los chicos. Hago cosas. Cuido de Vic. No me dejo morir.

—¿Y tú? ¿Qué pasa contigo?

—Yo no importo.

—Eso no es vida, Laurent.

—Es la vida que tengo. Y si piensas que quiero morirme, te equivocas. Hago lo que hago porque me gusta vivir. Me gusta todo lo que hay a mi alrededor. Me gusta estar vivo. —Y es la verdad, y quizá sea ese el problema, quizá por eso la culpa me hace tanto daño, quizá.

—Te gusta todo menos tú. Eso es como no gustarte nada.

Termino de llenar las bañeras de agua y me acerco a él.

—¿Qué te ha dicho?

—Menos de lo que crees. Nunca había visto a Howl así. Ni siquiera cuando sus padres lo encerraban, ni cuando se marchó de casa con catorce años. Ahí se veía fuerte y decidido, aunque por dentro se muriera de miedo y dolor. Pero hoy, cuando llegó a casa, parecía… perdido. Estaba enfadado, y muy triste, y no sé qué hacer porque yo no soy Sophie. No sé sacar a Howl de su oscuridad. ¿Comprendes? Es cosa tuya. Tú eres su Sophie.

Se me abre el corazón en dos al pensar en Rayner sufriendo por mi culpa. No, no, no. Esto no tendría que haber pasado. Tendría que haberse alejado de mí, tendría que estar a salvo, tendría…

—Yo no soy Sophie. No me parezco en nada a ella. Ella es fuerte y valiente y hace cualquier cosa para salvar a Howl. Yo no puedo proteger a nadie, ¿comprendes?

—Y esos niños, ¿qué? Los proteges a tu manera. Me proteges a mí y proteges a todo el mundo. Solo eres cruel contigo mismo, y no me gusta. No te lo mereces.

—No entiendes nada. Esta es mi vida y este soy yo. Es lo que he elegido, ¿comprendes?

Dani se me acerca con ese brillo que es una caricia, pero también un cuchillo afilado.

—¿Y qué pasa con nosotros?

Meneo la cabeza y observo a Vic, que se ha puesto a hacer el murciélago en la esquina más oscura de la terraza, lo que en el idioma de mi ninfa significa que se aburre y quiere atenciones.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a la gente que te quiere. ¿Crees que es agradable ver cómo te dejas morir? Pues te digo yo que no. Has luchado por mí cuando ni yo mismo daba un céntimo. Estuviste ahí cuando creía que no tenía a nadie, y nunca me pediste nada. Das y das y no te das cuenta de que tú también necesitas recibir. La vida es un intercambio justo, aunque nos guste pensar que somos valientes y que no necesitamos nada de nadie. El corazón no se alimenta de aire, Laurent. No puedo quedarme sentado mientras te haces eso, no puedo conformarme con ver cómo te hundes.

—Es mi decisión, Dani.

—¿Ahogarte en soledad?

—Hay mucha gente que decide estar sola y no pasa nada.

—Pero tú te estás castigando, no lo haces porque sí. Laurent, odias estar solo. Te he visto, ¿sabes? Cuando me quedé en tu casa aquella noche. Vi cómo lo limpiabas todo. Creí que eras un poco maniático y no seré yo quien juzgue a los demás por sus rarezas, pero es más que eso. Eres tú intentando calmar la ansiedad cada vez que te permites ser feliz o dejar entrar a alguien. Te castigas por ser feliz. Eso no es vivir.

—¿Vas a tardar mucho? Porque tengo que limpiar, ¿sabes? —Señalo la espaciosa terraza, territorio de Vic—. Una puta jaula.

Los ojos de Dani se oscurecen cuando se echa el pelo hacia atrás. Parece… ¿enfadado?

—Me dijiste que éramos amigos. Cuando más solo me sentía, te quedaste a mi lado. ¿No era verdad?

—Claro que es verdad. Somos amigos.

—Pero tú no me dejas entrar en tu vida. Me das, pero no quieres que yo te dé nada. No me quieres en tu vida. Por eso no supe nada de ti hasta que apareció Rayner. Ni que llevabas un centro cultural,

ni que tenías un novio muerto, ni que existía un adolescente del que te sentías responsable, ni nada. No me cuentas nada porque no soy tu amigo.

—Dani… —Respiro hondo; me cuesta un mundo mirarlo. Odio el ardor en el pecho, odio las ganas que tengo de llorar, odio esta asquerosa debilidad; me odio tanto… —. Lo siento.

Una lágrima se desliza por la mejilla de Dani y se la quita con una sonrisa, como si no importara. Pero la he visto. Y me importa. Él me importa. Dios, ¿qué estoy haciendo? ¿Por qué no se acaba el día? ¿Por qué?

—Pedir ayuda no te hace débil —continúa mi amigo—. A mí me costó aceptar que la necesitaba, pero, en cuanto empecé a ir a terapia, el peso que llevaba en el pecho se fue aligerando. Sigue ahí, claro; nunca se va del todo, pero es más… llevadero. Odio el dolor, ¿sabes? No te haces una idea de lo aliviado que te sientes cuando deja de pesar tanto.

—La terapia no va a devolverlo a la vida.

—No, pero te ayudará a recuperar la tuya.

—Mi vida está perfectamente bien —digo, aunque hace tiempo que dejé de creerlo. La voz de Rayner sigue en mi cabeza, y en mi pecho, y en cada parte de mí. ¿Cómo voy a estar bien si ni yo mismo me lo creo?

—¿Y por qué estás temblando? ¿Por qué te has pasado semanas mirando ninfas que no te atreves a adoptar? ¿Por qué animas a Howl para que se vaya con otros si te mueres de pena cuando lo hace? ¿Por qué te haces daño? No te lo mereces.

—Dani, por favor.

—¿Cuántos años de castigos necesitas para darte cuenta de que no has hecho nada malo?

—Por favor. —Tengo un nudo en el pecho y no puedo respirar.

—No te voy a decir que lo hagas por mí o por Howl o por ese chico al que tanto quieres. ¿Hayden, se llamaba? Nos vas a hacer daño, mucho. Pero imagina el daño que te harás a ti mismo cuando te des cuenta de eso. El peor daño es el que les hacemos a las personas a las que queremos; créeme, sé de lo que hablo. Me pasé años echándome la culpa por la marcha de Howl cuando se fue de

casa. Nos pillaron en su habitación, ¿sabes? Ni siquiera estábamos haciendo nada. Éramos críos. Lo convencí para que se pusiera ropa de chica conmigo —explica con la vergüenza pintada en la piel—. Por mi culpa quisieron someterlo a terapias de conversión. Por mi culpa se fue. —Respira hondo y se abraza a sí mismo—. Me culpé por no irme con él, y por muchas otras cosas que no podía arreglar porque solo era un niño. ¿Qué podía hacer yo? Aun así, viví con esa culpa durante dieciséis años. A veces aún la siento. Pienso en cómo tuvo que ser su vida solo y apartado de todos y me rompo. Luego Taylor me abraza y veo lo valiente que es por enfrentarse a sus monstruos cada día y vuelvo a la tierra. Me doy cuenta de que son mis propios monstruos los que me arañan por dentro. Todos los tenemos y no se van a ir, pero podemos armarnos para impedir que nos sigan haciendo daño. Podemos luchar, Laurent.

No digo nada. No puedo. Me concentro en respirar, y en no derrumbarme, y en no mirarlo.

Dani se acerca y yo me encojo sobre mí mismo hasta quedarme apoyado contra el cristal cerrado de la terraza.

—Mira, Cillian es un buen psicólogo. Qué digo, es el puto amo. Y también es un grano en el culo y suelta tantas metáforas sobre agua que a veces te da la sensación de que te vas a ahogar. Pero es bueno. —Me levanta la barbilla con dulzura antes de acariciarme la mejilla—. Piénsalo, ¿vale? Pero hazlo rápido. Esta noche, a ser posible. Ten en cuenta que dentro de poco tendremos que echar una solicitud para que nos atienda, ya que parece ser el único psicólogo competente en Winter Falls y el pobre empieza a estar muy cotizado. —La sonrisa que se le dibuja en los labios aligera un poco la carga que siento en el pecho—. Solo prométeme que lo vas a pensar.

Asiento. Nada más.

—¿Puedo abrazarte? —pregunta, apretándome el hombro.

La garganta se me agarrota y me escuecen los ojos, pero vuelvo a asentir. Cuando une su pecho al mío y percibo su corazón acelerado, respiro. Cuento los latidos, los suyos o los míos; qué más da. Me derrumbo contra su cuerpo. Él me envuelve entre sus brazos y yo apoyo la mejilla en su hombro y me aferro a su espalda, fuerte

y ancha. Todo Dani es fuerza y voluntad, y yo necesito refugiarme en él.

—¿Me odia? —pregunto con el corazón en un puño.

—Está aterrado, como yo. Y también dolido. Eso es bueno, Laurent. Significa que le importas mucho. Él también es un poco como tú, si te fijas. No deja que se acerque nadie. Imagina lo mucho que le importas para que te haya dejado entrar.

Me arden los ojos, el corazón, el alma.

—Estoy… —Cojo aire y lo suelto despacio mientras me aprieto más contra él en un intento de no caer—. Estoy enamorado de él.

Dani me besa la frente y me acaricia la espalda.

—Lo sé.

—No me lo merezco.

—No hay nadie que se merezca más a Howl que Sophie. Y no vale decirme que Sophie no protege a nadie ni esas chorradas. Ella es la más valiente de todos, y los dos lo sabemos. Pero como sabía que me lo ibas a decir, he traído la peli para que la analicemos con mucha atención.

—Eres idiota. —Me sorbo la nariz y siento la sonrisa de Dani en la piel—. Gracias.

—Somos amigos, tonto. Tú eres mi amigo y yo soy el tuyo; no lo olvides nunca. Y tampoco olvides que no eres toda la culpa que llevas dentro. Ni siquiera eres un superhéroe, aunque te vistas como tal. Solo eres Laurent, y te quiero por ser Laurent.

Me inunda una calma extraña. «Amigo», qué palabra más corta para abarcar algo tan grande. Y a Dani lo siento así: inmenso a pesar de lo frágil que parece entre mis brazos.

—Yo…, mira lo que soy. Ni siquiera yo me entiendo.

—Me encantan los retos, ya lo sabes. Tuve que enfrentarme a uno que era la hostia. Y tú ni siquiera tienes martillo. O bueno, vale, sí tienes, pero no uno que vayas a usar conmigo, claro. Aunque me gustaría saber cómo es, solo por curiosidad…

—Cállate, Dani.

Dani se ríe. Vic pronuncia un «Loooren» que viene a decir que es hora de dormir. La noche es fría, pero no hay nubes y las estrellas se aprecian a través de los cristales.

Hay una guerra dentro de mí, pero al mundo no parece importarle. El mundo sigue girando mientras yo me muevo a un lado y a otro, a un lado y a otro, a un lado y a otro.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Rayner



«Lo llamo viajar sin rumbo, pero a veces parece más una huida constante hacia un lugar que no existe».
Howl

He venido con mi hermano y Dani porque no sabía a dónde ir. No quería estar solo en la casa del lago y estoy tan acostumbrado a esa soledad que nace de estar acompañado de desconocidos que tener a alguien cerca a quien recurrir es un concepto extraño para mí. Suena paradójico, pero es la pura realidad. Siempre he preferido la compañía no profunda; esa con la que me puedo tomar unas cervezas y no revelar nada de mí mismo. O al revés, escupir el alma entre sorbo y sorbo pero sabiendo que las revelaciones se quedarán ahí, en ese momento en el tiempo. Sin reproches, sin un «continuará…» suspendido en el aire.

Ahora, sin embargo, estoy siguiendo un hilo fino pero resistente que me lleva a un hogar que nunca conocí pero que deseo. Estoy tirando de ese hilo sabiendo que mi hermano y mi mejor amigo —ambos familia— están al otro lado sujetando sus extremos. Tirando de mí, esperando.

Quiero eso. Mucho. Y lo quiero a pesar de que a veces me gustaría desatracar la casita del lago y perderme en las aguas azules

y las montañas verdes y grisáceas de Winter Falls. Un día al mes, dos, tres; son muchos años de independencia y de creer que nada me ataba al mundo. A veces solo necesito soñar que me muevo. Otras veces, pienso en comprar una casa rodante y alejarme unos días; solo eso. Y volver renovado. Es difícil deshacerse de un nomadismo tan arraigado y, a la vez, lo único que quiero es asentarme. Aquí, en Winter. Con mi hermano. Con Dani.

Con Laurent.

Oh, Laurent, qué puto peso has asumido como tuyo. Qué puñetera carga.

Cuando he llegado aquí les he contado todo con detalle, casi sin respirar y antes de llegar al salón. Las primeras cuatro frases las he soltado en el mismo momento en que me abrían la puerta. No les he dado ni tiempo a decir «hola». Sé que he sonado desesperado, cabreado, y que mi sensación de impotencia era palpable. Pero Dani ha cogido parte de la cena que había preparado y se ha ido a casa de Laurent. Y de eso se trataba. Tenía clarísimo que eso era lo que haría. Lo de la cena no, eso ha sido un plus; al menos para Laurent, Taylor y yo hemos tenido que pedir una *pizza*.

Pero que Dani saldría pitando, lo sabía; y por eso no he pensado ni en preservar la intimidad de Laurent ni en su posible indignación al descubrir que he revelado sus más oscuros secretos. Él necesitaba a alguien a su lado y Dani ha corrido hacia él sin dudarlo.

—¿Y tú cómo estás? —me pregunta mi hermano, sentado a mi lado en el sofá, dándole vueltas a una cerveza que aún no ha tocado. Yo ya llevo tres.

—Da igual cómo esté yo. —Suspiro, me llevo la botella a los labios, pero no llego a beber; la vuelvo a bajar y miro a Taylor—. Pero me jode. Me jode que se castigue así. Que me castigue a mí así. No es justo.

Taylor me mira en silencio durante unos instantes y luego dice algo que me descoloca:

—Has pensado en irte, ¿no?

—¿Qué? ¡No!

Pero ambos sabemos que es mentira. En cuanto he salido del centro he empezado a andar sin rumbo. He dejado la moto,

demasiado alterado para conducir, y, en una especie de acto de venganza —contra Laurent, contra mí, contra la situación—, he sacado el móvil y he mirado los proyectos activos de la ONG.

—No tienes que mentirme. A mí no —me dice mi hermano—. No es como el compromiso que tienes con Dani de una verdad por día; lo nuestro es distinto. Es un acuerdo más simple: no mentirnos más. Punto.

¿Y no estaba la verdad de hoy relacionada con huir? No quiero huir más. Ni quiero esconderme. He encontrado un hogar, aunque ahora mismo la planta principal, la que pretendo construir —o reformar— para mí y mi pareja, esté llena de escombros. Escombros que pesan como la propia casa y amenazan con hundir el suelo.

—Tengo miedo —confieso en un arrebato. Las palabras parecen salir de la nada.

—¿De qué?

—No lo sé.

—Sí lo sabes.

Lo miro asombrado, porque no estoy mintiendo; de verdad que no. Me cuesta abrirme. Me cuesta darle forma a lo que quiero decir y expresarlo. Cuando vamos a terapia y nos sacan un tema a tratar es más sencillo; logramos encontrarnos a mitad de camino. Nos ponemos en el lugar del otro con facilidad. Pero cuando soy yo solo hablando de sentimientos que siempre han sido demasiado intensos como para ponerles nombre o entenderlos, es más complicado. Muchísimo más.

Suspiro, doy un trago a la cerveza y me pongo de lado en el sofá, mirando a Taylor de forma directa.

—Vine a buscarte y lo hice con miedo de lo que me iba a encontrar, de que no me perdonaras, de no ser ese hermano al que quieres a pesar de todo. Enfrenté a Dani con el mismo miedo; miedo a que no viera en mí a la persona que imaginaba en su recuerdo. Y luego estaba Laurent… Verlo esa primera vez en la casa del lago, trabajar con él cada día… Miedo, miedo y más miedo. De no ser suficiente, de que me recordara que no soy nadie, que la vida es inmensa, que, aunque suene ridículo, puedes enamorarte a lo bestia de alguien en semanas, días, horas…

—¿Estás enamorado de él?

—Sabes que sí.

—No porque tú me lo hayas dicho. —Sonríe ante mi alzamiento de cejas—. Pero es uno de los temas de conversación favoritos de Dani. Me tiene la cabeza como un bombo.

Yo también sonrío.

—Lo quise desde que lo vi. Entré en un centro cultural nuevo que aún estaba en obras y me encontré a un rubiazo de pelo largo, no mayor que yo. Tenía veinticinco en aquella época, con una camiseta de Judas Priest y unos vaqueros que estaban a un lavado de ser blancos o de no ser. —Sonrío de nuevo—. Y entonces me dijeron que ese macarrilla buenorro era el creador, director y principal benefactor del centro, y casi no tuvo ni que hablar para que me postrara a sus pies y le prometiera devoción eterna.

Mi hermano pone esa cara que le veo cuando Dani dice alguna burrada, una mezcla de consternación y ternura.

—Qué fácil eres, hermanito —dice Taylor aligerando un ambiente que está tan cargado que hasta huele a cerrado, a recuerdos flotando en el aire—. Ves a un tío bueno y te pones de rodillas antes de que hable.

—Lo sé. —Me río y le doy una palmada en la pierna—. Pero es que luego habló y eso ya fue… No puedo explicarlo, nunca me había sentido así. Y no me ha vuelto a pasar con nadie. Pero te juro que todo lo que decía era interesante o divertido o sexi. Se notaba que tenía un corazón que no le cabía en el pecho; y qué pecho, Dios…

—Te voy a pedir que a Dios lo dejes fuera de esto —gruñe Taylor.

Nos reímos, bajito, con complicidad, sin rabia real. Ambos pensamos igual: la religión no es mala, lo que es malo y peligroso es el uso que se hace de ella. Nuestros padres son el ejemplo de lo que la fe mal llevada puede hacerle a una familia.

—Bueno, el caso es que me pillé como nunca lo había hecho y viví de su recuerdo durante cinco años. Te juro que, cuando nos reencontramos, una parte de mí saltaba de la ilusión, pero la otra esperaba que se me cayera el mito, que fuera un gilipollas, poder olvidarlo y seguir adelante.

—Pero no fue así…

—No lo fue, no. Y lo intentó. Se escondió en trajes a medida y sonrisas de dientes blancos pero insípidas. Y me rechazó, una y otra vez. Aun así, seguí rendido a sus pies.

—Lo dicho, de rodillas por un tío bueno.

Mi hermano resopla y le da vueltas a la botella. Yo me bebo lo que queda de la mía.

—Mira quién fue a hablar.

Nos sonreímos. Me encanta esta relación templada que tenemos, cómo poco a poco vamos calentando, conociéndonos y reconociéndonos. El día que nos atrevimos a hacer la primera broma fue como si un nudo se formara en ese hilo que nos une; un nudo fuerte al que aferrarse si se nos resbalaran las manos y nos cayéramos. Un nudo al que volver.

—Rayner, mira…, yo no soy quién para dar consejos. Mi cabeza es un desastre y me costó mucho estar donde estoy.

—Y te admiro por ello. Cada puto día.

Se sonroja y baja la vista antes de añadir:

—Pero el caso es que… si él no está bien, necesita estarlo antes de empezar nada. Puede costarle esta noche o puede costarle un año. Lo importante aquí es: ¿estás dispuesto a esperar?

—Sí. —No he dudado ni me lo he pensado; mi voluntad ha respondido por mí—. Pero también estoy cabreado, ¿sabes? A mí también me rompe un poco el corazón todo esto. No estar por encima de la culpa de Laurent, no estar por encima del recuerdo de un muerto, no ser más que una noche que aunque ame, también odia… Me jode haberme pasado meses sin entender qué pasaba, el porqué de su negativa, y que me soltara todo por un estúpido arranque de celos. Y que me lo soltara así, atacándome. —Voy a darle otro trago a la cerveza, pero recuerdo que está vacía y me río sin ganas—. Sé que es egoísta por mi parte…

—No me lo parece en absoluto. Tienes derecho a sentirte dolido. Laurent tiene sus problemas y su lucha, pero, cuando se castiga a sí mismo, también te castiga a ti. Y ser víctima de la penitencia de otro no mola.

«No mola», dice. Todo profundo y acaba con un «no mola». Cómo lo quiero, coño.

—Ya —le digo, un poco derrotado, porque tampoco sé bien qué decir—. Pues lo cierto es que, penitencia o no, me he sentido como una mierda. Y me he quedado tocado y de mala leche. Al final no ha sido más que otro rechazo por su parte.

Mi hermano me mira durante una eternidad de esa manera tan suya, con toda esa seriedad que es como una segunda piel y que al principio me ponía tan nervioso porque pensaba que era odio, rencor, y que nunca me perdonaría por haberlo abandonado. Pero no; solo es Taylor siendo Taylor, mi hermano, y espero que algún día mi amigo. Si quiere, si me deja, si…

—Dime una cosa, ¿es el cabreo lo que te ha dado ganas de largarte, de mandarlo todo a la mierda?

Le quito su cerveza y le doy un trago largo. No voy a mentirle. Pero quiero que mi respuesta no despierte dudas, quiero hacerme entender.

—No te voy a negar que el primer impulso ha sido ese, sí. Irme lejos es la primera salida que contemplo siempre, y el hombre es un animal de costumbres. Ya lo decía David Hume: «La costumbre es la gran guía de la vida humana».

—Sí, ya, ya, y Dostoievski decía que el hombre se acostumbra a todo, incluso a lo insoportable; pero no es momento de citar a tus filósofos, es momento de que hables tú, no Hume, no Howl. Tú, Rayner Sullivan.

—Joder, pequeño Tay, cómo impones. —Le sonrío, me devuelve la sonrisa y luego suspiro porque esto es difícil—. Irme lejos, lamerme las heridas y tener tiempo para pensar me parecía la mejor solución. Al minuto, sin embargo, me he dado cuenta de que ese no era el verdadero motivo por el que quería alejarme, que quizá mi arrebato tenía más de altruista de lo que creía, porque marchándome lograría darle a Laurent el tiempo que me ha pedido.

—¿Te ha pedido tiempo? No nos lo habías dicho. —Frunce el ceño.

—No con esas palabras, pero me ha pedido que no lo llame. Y eso sirve para el fin de semana, pero el lunes… El lunes volveremos a estar juntos en el centro y… —Suspiro—. Solo quiero que sepas que, tome la decisión que tome, nunca, en ningún momento, pienso

marcharme para no volver. Os lo prometí a Dani y a ti y voy a cumplir mi palabra.

—¿Por nosotros? ¿No por Laurent?

—Me quedaría por Laurent, por supuesto que sí. Pero a él no le he prometido nada. A vosotros sí. Yo lo único que necesito que entiendas ahora mismo, porque mañana no sé qué va a pasar, es que he venido para quedarme, me ausente o no. Que si me voy solo sería eso, una pequeña ausencia.

Taylor me observa con atención unos segundos, luego me pide que espere un momento y sale del salón. A los cinco minutos, cuando ya me he terminado su cerveza y la estoy dejando sobre la mesa de centro, aparece de nuevo y lo hace con dos cajas. Bueno, viene con una primero, la deja en el suelo frente a mí y se va a por la siguiente para hacer lo mismo. Todo en silencio, muy Taylor.

Una de las cajas contiene varios de mis libros favoritos de cuando era apenas un adolescente: *El cuento de la criada, La parábola del sembrador, La naranja mecánica*… Los hojeo. Están reventadísimos, llenos de subrayados, marcadores y anotaciones; mías y de mi hermano. Están tan machacados y preciosos que se me saltan las lágrimas. A cada uno le emociona lo que le emociona, qué le vamos a hacer.

Luego abro la otra caja y me encuentro con una cantidad abrumadora de sobres cerrados con el nombre de «Howl» en el centro escrito con una caligrafía preciosa.

Miro a mi hermano.

—No son para que los abras. —Me quita el sobre que tengo en la mano y lo mira con una pequeña sonrisa—. Ahora escribe en un diario, pero, hasta hace poco, te escribía a ti. Una y otra vez. Tiene tres cajas llenas de estas cartas; pensamientos para su mago favorito.

Observo la caja y deslizo los dedos por otro de los sobres antes de decir:

—Ya no soy ese.

—Él te sigue llamando así —replica, muy serio—. Y si lo hace es porque para él sí lo eres. Porque Dani es un puto diamante deslumbrante y te perdonó casi al instante. Para él eres ese ser

preciado de su niñez, no has cambiado aunque lo hayas hecho. Y llamarte así es su manera de decirte que te sigue queriendo igual y que lo hará a pesar de todo.

Me deja sin palabras. O tal vez me da las palabras que más necesitaba. La prueba de que estoy ahí con ellos. Que siempre he estado.

—Este es mi hogar.

—Si eso es lo que has entendido de todo esto, así es. Pero lo que realmente quería que te quedara claro es que, si necesitaras irte, esto seguiría aquí. —Me señala las cajas, luego se señala el pecho y enseguida se da cuenta de que el momento es muy intenso y entrelaza las manos—. Has vivido en nosotros todo este tiempo y siempre tendrás un sitio al que volver. Si te vas, no lo hagas huyendo. Simplemente vete. Y luego vuelves.

—Haces que parezca muy sencillo.

Mi hermano cabecea.

—No nos compliquemos más la vida, la cabrona ya se encarga de complicárnosla ella misma.

Entonces me suena el móvil. Es Janice, la directora de Voces del Mañana, mi ONG. La que me trajo a Laurent. La que puede alejarme de él. ¿No es una llamada del destino?

Decido no cogerlo. La llamaré luego. Y veré cómo va la semana. Veré cómo está Laurent. Si me quiere cerca o lejos. Y entonces tomaré una decisión. Lo que tengo claro tras hablar con mi hermano es que, si me ausento, no será por buscar una salida fácil; me iré por una puerta giratoria en permanente rotación y volveré enseguida. Lo que tarde mi pijo macarra en hacer las paces con esa noche, lo que tarde en lanzar el equipaje que más le pesa fuera de ese coche que va tan lleno. Tiene el maletero a rebosar y necesita ir desprendiéndose de cosas. De los putos trajes, para empezar.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Laurent



«El miedo a no encajar nos encierra en disfraces que asfixian».
Howl

Nos vemos, nos evitamos, nos vemos, nos evitamos. El tiempo se traga los segundos, pero no devora mi angustia. Compruebo la hora. Me levanto y comienzo a dar vueltas por mi despacho. Reajusto los cuadros, limpio un poco el polvo que se ha acumulado desde… ¿Cuándo fue la última vez que limpié? No lo recuerdo. Puede que el viernes. O tal vez esta misma mañana, a primera hora. No lo recuerdo. El tiempo es esa cosa resbaladiza que se va mientras yo me quedo estancado en un mismo sitio, esperando, esperando, esperando.

Es lunes y toca reparto. Termino de limpiar e intento pensar en alguna excusa, retrasar el momento, estirar el tiempo, cuando él entra en mi despacho.

No tiene buena cara. Las ojeras le cubren los ojos y tiene los hombros hundidos. Nunca lo había visto así. Y me duele. Su dolor se me clava como una garra en el pecho y no hay forma de que me suelte, porque es culpa mía, todo es culpa mía. Las palabras de Dani me llevan acompañando desde la noche del viernes. He estado a punto de ir a su casa muchas veces, pero en cuanto me metía en el

coche y arrancaba, esa asquerosa voz que lleva conmigo desde el accidente me recordaba que no podía, no podía, no podía.

—¿Cómo estás? —me pregunta, deteniéndose delante de mí.

—Lo siento, estaba a punto de salir.

—No te preocupes por eso. Ya lo he arreglado con Cam —me dice, y el corazón se me detiene, las rodillas me fallan y me agarro al escritorio, solo por si acaso—. Me refiero al tema de la furgoneta. Me ha prestado una para que la pruebe, sin compromiso.

—Estupendo —digo, y la voz me sale amarga.

Rayner se me acerca, estira el brazo y me aparta los mechones de la cara.

—Yo me encargo de los repartos a partir de ahora. No necesitas cargarte con más trabajo.

—Pero a mí no me importa.

—Y a mí me encanta que vengas conmigo, pero te duele. Y ver cómo te duele me destroza, Laurent. No puedo seguir así. Yo… me haré a un lado. No voy a forzar más las cosas. Tómate el tiempo que necesites para pensar.

La caricia en mi mejilla me hace temblar, y aferrarme más fuerte al borde de la mesa. Quiero gritarle que no necesito tiempo, que voy con él, que no me aparte. Por favor. No quiero volver a estar… solo.

—¿Puedes echar de menos a una persona a la que estás tocando? —susurra mientras desliza los nudillos por mi mandíbula y su aliento me roza la boca—. Hoy más que nunca, me encantaría que Dani tuviera razón. Me gustaría ser un mago. Poder quitarte la pena de dentro. Me gustaría abrir una puerta que me llevara hasta ti, como esa que Howl tiene en su casa.

—Sophie es quien rescata a Howl —le recuerdo—. El viernes volví a verla con Dani.

—Lo sé. Me quedé en su casa el finde —explica—. Lo siento, no quería que estuvieras solo. Por eso se lo conté.

La piel se me eriza cuando me desliza los dedos por el cuello y me acaricia la nuca, hundiendo los dedos en mi pelo. Su calor consigue apartar el frío con el que llevo viviendo tantos años. Sé que no durará, pero ahora mismo no soy capaz de pensar en nada más allá de este momento. Cierro los ojos un instante, tres segundos o

tres mil. Con él nunca siento el avance del tiempo, ni siquiera me importa lo rápido que se vaya mientras pueda sentirlo.

—No pasa nada. Tengo prohibido volver a ocultarme de él. Se enfadó conmigo porque no lo dejo entrar en mi vida.

Un sinfín de hormigas me recorren la piel cuando percibo su sonrisa en mi oreja y escucho esa risa ronca que me calienta más allá del cuerpo, llevándose parte de mi soledad y todo lo demás.

—Me dijo que te recomendó que hablaras con Cillian —dice bajito, y debe de notar cómo me tenso, porque añade—: A ver, supongo que puedes ver a cualquier otro psicólogo, en caso de que decidieras hacerlo, claro; pero quizá con Cillian sea más fácil porque ya lo conoces. Mira, conmigo al principio quedaba en el Hidden Place porque sabía que yo era un poco alérgico a la palabra «terapia». Y la verdad es que era… como quedar con un tío raro, sin más.

Me río entre dientes, no puedo evitarlo. Cillian es un poco así, es cierto. Colabora con el centro desde hace más de dos años, lo conozco y lo admiro. Pero no por ello resulta más fácil pedir ayuda. En este caso, podría ser incluso más difícil. Precisamente porque lo conozco y podría elegir a cualquier otra persona. Eso si hiciera las paces con el hecho de que necesito ayuda, claro.

Rayner debe de pensar que así es; y parece que no ha terminado de hablar sobre ello. Es un tema complicado y lo sabe, no quiere resultar impositivo, no quiere apremiarme y por eso raciona y mide bien sus palabras, dejando silencios que parecen medidos y que están cargados con el sonido de nuestras respiraciones entrelazadas.

—A mi hermano lo está ayudando muchísimo —continúa—. Y a mí también. Reacio como he sido toda mi vida a compartir mi pasado y mis emociones con alguien, está obrando maravillas. Y, sobre todo, me está uniendo a Taylor más que las cervezas compartidas que yo creí que nos declararían familia sin mayor esfuerzo y sin más pena que seis o siete resacas… —Hace una pausa —. Solo piénsalo, ¿vale?

Asiento, pero no puedo mirarlo.

—Esa puerta de la que hablas… Hace tiempo que tiré la llave — confieso un instante después y giro el cuello para sentir sus labios en la piel. Me pregunto si es capaz de notarme el pulso, los

temblores de mi cuerpo, si es capaz de ver a ese ser hecho de miedo en el que me he convertido—. Ni siquiera sé dónde está.

—Laurent, la cerradura está en tu cabeza. La cerradura ni siquiera existe. Que haya puerta o no, eres tú quien lo decide.

—No sé si puedo. No sé si quiero hablar con Cillian, no sé nada —admito, temblando y dejándome arrastrar por la sensación de tener sus dedos en el pelo. Está tan cerca… No quiero que se aleje nunca. Necesito que se quede así, a una distancia a la que pueda acercar la mano y tocarlo.

—Está bien. —Une su frente a la mía; no deja de acariciarme la nuca, y yo no dejo de sentir que estoy aquí, y que él está aquí, y que no quiero estar en ninguna otra parte; no quiero dejar de sentir —. Yo… esperaré al otro lado. No intentaré abrir la puerta hasta que tú estés preparado.

—No es justo. ¿Y si no lo estoy nunca?

—Tomes la decisión que tomes, la aceptaré.

—No puedes esperar eternamente.

—Eso ahora mismo no depende de mí.

Me empuja la nariz con la suya y yo me aferro a su cintura. Sentir la vibración de su cuerpo a través de la tela me acelera el corazón y me hace sentir pequeño, diminuto, insignificante y a la vez… inmenso.

—No mereces esto.

—Te equivocas, tú lo mereces todo, y resulta que yo no tengo ninguna prisa.

Me sonríe y me da un beso en la sien. A continuación, se separa de mí como si le doliera. Me mira durante una eternidad antes de girarse para marcharse.

No sé por qué lo hago, pero alargo el brazo y lo sujeto de la muñeca.

—Rayner… —Él no se mueve, pero le noto el pulso acelerado—. Yo llevo echándote de menos desde que volví a verte en la casa del lago. Antes… te tenía, a mi manera retorcida de tenerte. En mis recuerdos, en mis sueños, cuando cerraba los ojos. Pero, desde que has vuelto…, lo único que he hecho ha sido luchar conmigo mismo para no mirarte. Así que sí, se puede echar de menos a alguien a

quien estás tocando. Lo estoy haciendo ahora mismo. —Entierro un poco más los dedos en su piel y lo suelto como si me costara una vida; y en parte es así—. No digas nada, por favor.

No lo hace. Y entonces se va.

No vuelvo a verlo ese día, ni al siguiente, ni al siguiente, ni al siguiente.

Me digo que es normal. Ha dicho que esperará, y ya no tenemos que hacer juntos los repartos. No tenemos por qué vernos a diario. Pero cuando el jueves paso por secretaría para preguntarle a Sara, me explica que se fue el martes a primera hora. Por lo visto, han quedado en que uno de los chicos mayores del centro se va a encargar de hacer los repartos los lunes y viernes y que es el mismo Cam quien se ocupará de cubrir los miércoles. El puñetero Cam.

Me bloqueo.

No soy capaz de razonar, ni de tomar decisiones, ni de nada. Solo puedo pensar en que se ha ido.

Rayner se ha ido.

—¿Cómo que se fue?

Sara levanta la vista de la pantalla y me mira con curiosidad.

—¿No lo sabías? Pensé que te lo había dicho. Es un proyecto pequeño, no muy lejos de Eeriewood, y necesitaban personal con urgencia.

Dejo de escuchar. Ni siquiera sé cómo llego a mi coche. Saco las llaves y me las quedo mirando como si me quemaran en la palma. Estoy jodido, pero no lo suficiente como para no darme cuenta de que no puedo conducir así.

Me derrumbo en el suelo sin importar la mugre del asfalto y apoyo la espalda en la puerta. Cuento hasta diez, y hasta cien, y hasta mil. El corazón me va tan rápido que soy incapaz de hacer algo más que no sea respirar y temblar. Solo puedo pensar en que se fue, y en que me prometió que esperaría, y en que esto es lo que soy, lo que tengo, lo que no puedo tener.

Estoy solo, solo, solo.

Intento pensar en mi vida sin él, vivir de recuerdos, pero vivir. Y algo dentro de mí se rebela, porque no quiero estar solo, no quiero que se vaya. Duele. Mucho. Demasiado. Es… insoportable. Como

correr y correr en una cinta y no llegar a ningún sitio. Eso ha sido mi vida durante los últimos cinco años: una carrera programada hacia ninguna parte. Y no puedo más. No.

Compruebo la hora. Tengo que volver a casa. Vic me espera, pero no puedo conducir. No así, no con estas manos temblorosas, no con este dolor, no con este desgarro.

Saco el teléfono del bolsillo y llamo a la única persona que me puede ayudar: Dani.

—¿Puedes venir? Yo… no puedo conducir así, Dani. No puedo llegar a casa.

No me pasa desapercibido el miedo en la voz de Dani cuando pregunta:

—¿Dónde estás?

Se lo digo, también le digo que no he dormido nada, que me tiemblan las manos y que me estoy muriendo de dolor.

—Ya estoy ahí.

No, no está aquí, pero no tarda nada. Apenas estoy recuperando la respiración cuando lo tengo sentado a mi lado, su brazo sobre mis hombros, su cuerpo contra el mío.

—Me prometió que no se iría —digo apenas sin voz.

—Ya, a mí también. Pero no se ha ido. Va a volver, Laurent. Eso también me lo prometió. Howl siempre cumple sus promesas.

—Se fue, Dani. Se fue. —Es lo último que digo y lo último que escucho, mi propia voz antes de volver a hundirme en el silencio.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Laurent



«Parece que la soledad no ocupa lugar, pero es tan inmensa que no conoce fronteras».
Howl

La catarsis no es esa cosa bonita que uno tiende a romantizar. No significa purificar el alma y deshacerte de lo malo, porque antes hay que ver todas las manchas y suciedades, hay que analizarlas y frotarlas.

La catarsis no supone un «empezar de cero» mágico; porque hay que volver atrás; porque hay que desandar lo andado. Y, aunque el camino recorrido haya sido escarpado y sin meta a la vista, decidir dar media vuelta no es sencillo. No deja de ser una puta marcha atrás lenta y agotadora.

La catarsis es caos y descontrol, y yo no soy para nada caótico. Soy organizado, meticuloso, me aterran el desorden y la suciedad. Y la catarsis es sucia; mucho; no es el lienzo blanco que quizá uno se imagina si evoca la palabra.

La catarsis supone echar cosas por la ventana, deshacerte de lo que sobra, de lo que duele, de lo que nunca debió entrar pero se coló por unas grietas que no sabías que existían. Y lo que nadie te dice es que, antes de ese «echar», hay que escarbar en tu miseria,

elegir qué sacar de tu vida —de tu mente, de tus entrañas—, qué ideas preconcebidas, emociones y recuerdos entraron sin permiso y se instalaron en tu ser sin pagar alquiler y comiéndose todo lo que tenías en la nevera.

La catarsis supone también hacer hueco para otras cosas; no es solo vaciarte, es dar cabida a lo nuevo; y lo nuevo aterra, sobre todo, por desconocido. ¿Cómo meter en tu casa —en tu mente, en tus entrañas— sensaciones y emociones de las que no sabes nada, de las que no tienes referencias, cuando a lo mejor comen a deshoras, se despiertan a deshoras, salen y dejan la puerta abierta, dejándote expuesto, con frío, tiritando? ¿Cómo?

—Qué dramático eres, madre mía —me dice mi psicólogo cuando le expongo cómo me siento.

—¿Dramático? Eres tú quien me ha hablado de todo esto de la catarsis.

—Lo he hecho, sí, aunque solo porque mi metáfora de las olas llegando a la orilla te causó tal ataque de risa que creí que morirías en el acto.

—¿Quién es el dramático ahora?

—Yo no; yo soy realista. Me escupiste el café y todo. Me tuve que cambiar la camisa cuando llegué a la consulta. Suelo llevar bata, ¿sabes? Pero como os empeñáis en verme en bares, parques y establecimientos varios, no vaya a ser que aceptéis desde el minuto uno que necesitáis terapia, pues ya nunca me la pongo. Y decís que yo soy poco ortodoxo…

Sonrío, no lo puedo evitar.

—Fue por culpa de Dani; me dijo que te encantaban las metáforas con agua y en nuestra primera sesión fue lo primero que me dijiste y… Y te agradezco que me veas fuera del centro de salud mental. Estas seis sesiones me han sido de mucha ayuda, creo que estoy preparado para ir a tu consulta el próximo día.

—Perfecto, así ves a Esther y te receta lo que te he dicho.

Esther es una de las psiquiatras del hospital; me van a dar algo para regularme el ánimo y controlar un poco la compulsión a limpiar cien mil veces todo; dice Cillian que en pequeñas dosis. Me lo ha repetido varias veces; no sé si cree que así rebaja la magnitud de lo

que me pasa. Trastorno por duelo prolongado, trastorno obsesivo compulsivo y depresión. Ese es el diagnóstico que me han dado. Y para mí son palabras enormes, abismales; nada tienen de pequeño. Pero, tras masticarlas durante tres semanas, parecen ir bajando con más suavidad por el esófago. Me siguen produciendo ardor, pero el dolor ha disminuido. Creo que poco a poco podré digerirlas.

Sonrío.

—Míralo, si ya hasta se pone de buen humor de solo pensar en ir a terapia. Quién te ha visto y quién te ve. Y en menos de un mes.

—No es eso. Es que me acabo de acordar de la llamada de Dani de anoche; me hizo una broma sobre la que se puede liar en la sala de espera del centro de salud mental como coincidamos todos allí. Ha sugerido que puede ser el nuevo centro de reunión del colectivo. Se descojonaba él solo. —Meneo la cabeza al recordarlo—. Dice que, cuando vuelva Rayner, podemos quedar allí en plan grupo para tomar la primera. Es idiota.

Me río, porque Dani es gracioso, qué le vamos a hacer. Pero mi risa se cubre de gris al pensar en Rayner. Gris como su moto; gris como el cielo de Winter Falls; gris como ese negro que no lo es tanto pero que tampoco llega a ser blanco.

Suspiro y observo las vistas al otro lado de la ventana. Estamos en el Hidden Place, mi cafetería favorita del mundo. Huele a vainilla y cardamomo, a bizcocho, a velas recién apagadas. Huele a la lluvia del exterior, cuyo aroma se cuela cada vez que alguien entra o sale y el sonido de la campanita de la puerta se mezcla con los murmullos, las risas y los platos tras la barra. Huele a casa aun sin serlo. Y yo estoy aquí con el psicólogo más solicitado de Winter Falls, tomándome un café con galletas de avena y crema de cacahuete, desnudando mi alma y cediendo terreno a pasos agigantados. Es un don que tiene este hombre; te cala como el agua de sus metáforas. No sé qué hace en esta ciudad enana en vez de estar por ahí impartiendo sabiduría y ganando algún premio. El Nobel de la Paz, como mínimo. O el de Literatura, porque vaya piquito de oro el suyo. Si plasma una de sus sesiones en papel, yo creo que le dan hasta el Pulitzer. Así de bueno es. Y así de intenso.

—Hablando de Rayner… —me dice como si tal cosa.

—Creía que no podíamos hablar de tus otros pacientes…

—Bueno, lo primero, Rayner no es paciente mío; lo veo en las sesiones familiares de su hermano. Lo segundo: *yo* no puedo hablar de ellos como pacientes, tú sí, siempre que te afecte, siempre que hables desde «el tú», de cómo te sientes *tú*, siempre que su existencia sea parte de *tu* vida y de *tu* proceso. Y Rayner forma parte de eso, una parte muy muy importante, si me permites opinar.

—Rayner no está.

—Ni tú estabas el día que murió tu expareja y mira la importancia que le das.

Ahogo un gemido y estoy a punto de tirar la taza vacía cuando dejo caer la mano sobre la mesa con brusquedad.

—¡¿Perdona?! No sé si puedes hablarme así.

—¿Así cómo?

—Pues… así…, de forma tan directa y tan cruda.

—Bueno, para empezar te diré que uno de los problemas que encuentro en tu situación actual, o en la situación en la que estabas cuando viniste a verme, que era peor, es que nadie te ha hablado nunca de esto de forma directa; y tú tampoco se lo has contado a nadie. Está Hayden, sí, pero es un adolescente que puede no acertar con su acercamiento y, aun así, es él quien más ha intentado sacarte del pozo en el que estabas.

—Ahí está, la metáfora del agua.

—Pues mira, no, ese pozo esta vacío. Pero está oscuro; muchísimo. Tanto que no ves la forma de salir.

—¿Quizá porque no la hay?

No es verdad. No pienso que no haya salida a esa oscuridad; he asumido dónde estoy, he medido lo profundo que he caído y he decidido que quiero —y puedo— salir; también he asumido que necesito ayuda. Y todas y cada una de esas cosas me parecen progresos tan enormes que me toca la polla que Cillian trate de desestabilizarme. Y entonces me pongo a la defensiva y finjo que estoy mejor en ese pozo oscuro y vacío. No sé, supongo que cada uno tiene sus mecanismos de defensa.

—No piensas eso.

—No lo pienso, no. Pero sí creo que la comparación que has hecho está fuera de lugar. No es lo mismo para nada.

—Por supuesto que no lo es. ¿Has visto? Tú mismo me vas a dar la razón. Rayner es un tío al que, según parece, le gustas; mucho, si me guío por las cosas que me has contado. Y también es el motivo principal por el que has pedido ayuda. Un acelerante, como yo lo llamo. Tu expareja, sin embargo, era el freno de pie, el de mano y una barrera en la carretera.

Lo miro sin saber qué decir. Matt, el dueño del Hidden Place, nos trae nuestro segundo café y nos guiña un ojo antes de irse. Ha debido notar la tensión en la mesa y sabe cuándo retirarse. Le invitaré a una copa la próxima vez que venga al Happy Ending.

—Siempre recalcas lo de «expareja». De hecho, el «ex» lo pronuncias de otra forma.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta. —Lo dice con orgullo, ni idea de cuál es el motivo—. Es intencionado.

—¿Por qué?

—Porque es importante que aceptes que la persona que murió aquella madrugada de hace cinco años, y te mató a ti por dentro en el acto, no era tu pareja. Era una persona con quien lo habías dejado hacía no sé cuántos meses.

—Tres meses. Bueno, teníamos una relación interrumpida y…

—Sí, iba y venía, como las olas. —Me sonríe. Es un cabrón—. Pero lo dejaste tú, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

Me quedo callado. Vuelvo a mirar por la ventana. Nunca me ha presionado tanto. Sabe escuchar y le gusta hablar; nunca es tan… avasallador.

—¿Por qué? —insiste cuando ve que no le contesto.

—Porque no funcionábamos.

—¿Por qué?

—Porque… —Cojo aire—. Supongo que porque ya no éramos las mismas personas que se conocieron y se querían comer el mundo y el uno al otro.

—No sé si él fue alguna vez esa persona, pero vamos a dejar eso para otro momento. La cosa es que, para ti, esa vez era la definitiva.

—Lo era, sí —digo muy bajito y le empiezo a dar vueltas a la taza caliente que aún no he probado.

—¿Y por qué crees que las diez rupturas que precedieron a esa no lo eran? Y quien dice diez dice cinco o cuarenta, no desvíes la atención.

No contesto. Doy un golpe sin querer a mi taza, se derraman unas gotitas de café sobre la mesa de madera. Intento coger una servilleta, pero Cillian me las aparta. Es uno de sus putos ejercicios. Intentar reconducir mi ansiedad sin recurrir al ritual de limpieza compulsiva. Me pone malo ver el café derramado. No sé qué hacer con las manos. Las coloco sobre la mesa; me cruzo de brazos; los dejo caer; y, cuando no se me ocurre qué más hacer, termino colocándolas debajo de los muslos.

—¿Por qué? —insiste.

—Porque, no sé, antes, al principio…

—¿Qué?

—Joder. ¡Pues que al principio lo quería!

Me mira. Lo miro. Le da un trago al café. Yo también.

—Pero no cuando murió… —continúa él.

—Cillian… —Me llevo las manos al pelo y recuerdo que esta mañana me hice una especie de moño alto. Suspiro—. Me estoy agobiando.

—Vale. Lo vamos a dejar por hoy, pero antes contéstame a esto. —Me dedica una mirada evaluadora y, ante mi asentimiento, continúa—: No lo querías cuando murió, ¿verdad?

—Le tenía mucho cariño. Adoraba a su hijo. Creía que Hayden me necesitaba y…

—¿Estabas enamorado de él?

—No, estaba enamorado de Rayner.

Sonríe. Yo no lo hago. Creo que podría empezar a llorar, de hecho. O a vomitar. O a limpiar la mesa. O a decirle a Matt que me deje entrar en la cocina y fregarle los platos, las tazas y la vida.

—Venga, lo dejamos por hoy, pero creo que el resumen de las últimas dos sesiones es este: tu *expareja* habría cogido el coche

estuvieras o no estuvieras tú. Tú estabas a doscientos kilómetros de distancia. Tú no habías bebido, él sí. Tú no habías intentado hacerle chantaje emocional a nadie, él sí. Tú no dejaste a tu hijo solo durante más de diez horas, él sí. Tú no podías salvarle la vida. Y no habrías podido aunque hubieses querido, aunque hubieses sido su copiloto. Quizá tú también habrías muerto aquella noche de haber estado con él. —El efecto de sus palabras es inmediato; agarro la taza solo para sentir el calor entre los dedos, cualquier cosa que consiga apartar la sensación de congelación que siento extenderse por mi cuerpo—. Más o menos, ese es el resumen, ¿no?

—Pues tu resumen se me ha hundido en el pecho como una motosierra. Mira, te has dejado un pedacito de corazón aquí, en carne viva, ¿lo ves? —Le señalo el pectoral izquierdo.

—Mira que eres dramático. Qué bien me caes.

Me sonríe antes de dar un sorbo a su café y, esta vez, le devuelvo la sonrisa. De forma muy muy sutil, mientras me desangro, pero se la devuelvo.

Llevo tres semanas viéndolo; tres semanas en las que me he permitido desbloquear una parte del pasado, el tiempo que Rayner y yo compartimos en Farpoint. Lo he rememorado en mi mente otra vez como hacía tiempo que no me permitía hacer. He recordado esa sonrisa que lo iluminaba todo —la suya y la mía—, lo que sentí la primera vez que lo vi, la primera vez que lo toqué, la primera vez que me habló de diccionarios y filósofos muertos. He recordado su *onsra*, la pasión con la que me habló del término, la pasión con la que recorrí la palabra tatuada en su cuerpo. He recordado que la vida es corta, porque en algún momento lo olvidé a pesar de tener el recordatorio constante de mi culpa y una muerte cargada a la espalda. Y he recordado, igual que aquella primera palabra que me enseñó, que el amor siempre va teñido de una conciencia de finitud, pero que eso no nos debe desalentar.

Onsra es mucho más y mucho más profundo. *Onsra* es él, y soy yo, y es dulzura mezclada con la tristeza de seguir queriendo a alguien aun sabiendo que el final está cerca; que la carga fatalista es la que le queramos dar, que de mi visión depende el enfoque; y que los momentos pasan, y se pierden, y hay que agarrarse a ellos

mientras se pueda. Yo quiero cogerme a esa cuerda que alguien ha tirado a mi pozo y trepar, trepar, trepar…

CAPÍTULO TREINTA

Rayner



«Escapar no hace que las cadenas que te atan se rompan, las arrastra contigo. Y hacen ruido».
Howl

Dicen que, para algunas personas, la ira dura unos noventa segundos. Para otras, como yo, la ira se alimenta, crece y se deforma hasta convertirse en algo distinto, algo que pesa y duele. Eso es lo que he hecho durante las tres semanas que he pasado fuera: alimentar mi ira, mezclarla con pena y frustración. No sé en qué se ha convertido, solo sé que duele y que lo hace aún más cada vez que Dani me llama y me cuenta cómo está Laurent.

«Ahí va, Howl; tirando», me dice.

«Pero estoy seguro de que si tuviera un mago cerca, estaría aún mejor», añade.

«Imagina todo lo que podrías hacer con tu varita», continúa cuando la seriedad se le hace bola.

Por lo visto, Laurent está yendo a terapia y no ha vuelto a ponerse sus trajes estirados; a veces incluso se pone coleta. Eso también me lo cuenta Dani; y otras muchas cosas, como la cantidad de chicos que quieren ligar con él ahora que parece más accesible. Dice que me quitarán el puesto de novio como no me dé prisa.

«Los magos ausentes no molan, Rayner», me recuerda con amabilidad, usando mi nombre para darle más dramatismo.

Esa parte me toca los huevos. Mucho. Porque Dani sabe lo que hay y solo quiere empujarme a volver. No se da cuenta de que no necesito que me empuje a nada. Estoy más que dispuesto a regresar a pesar de mi enfado.

No estoy enfadado con Laurent, aunque lo parezca. Estoy enfadado con la situación, con la vida; me enfada que personas buenas como él decidan matarse de pena cuando deberían vivir una vida plena; o, al menos, una vida. Que gente como mis padres u otros hijos de puta que se dedican a destrozarles la vida a sus hijos —quizá para siempre— vivan sin remordimientos, sin culpas, y que él esté así…, perdiéndoselo todo y privando al mundo de su verdadero ser. Me enfada el mundo que gira demasiado rápido y se lleva consigo a los que no lo merecen. Me enfada haberme pasado cinco años pensando que no fui suficiente para Laurent mientras él creía que tampoco lo era para mí ni para nadie, que no merecía ser feliz. Me enfada estar aquí cuando él está allí.

Pero con quien más enfadado estoy es conmigo mismo. Por haberme ido, por creer que esa sería la solución. He pensado cien mil veces en escribirle, en llamarlo, en mendigar una oportunidad. Me picaban los dedos por coger el móvil y hacerlo. Me siguen picando mientras me despido con abrazos y palmadas en la espalda de los trabajadores de la ONG con los que he pasado las últimas semanas.

Pero él tampoco me ha llamado. Y estoy bien, porque ese era el fin de mi ausencia: darle espacio. Aunque duela. Aunque haya una voz en mi cabeza que me dice que no quiere nada conmigo. Qué fácil sería desaparecer, volver a ser ese Howl que está pero no está. Qué fácil. Y qué difícil. Porque ya no soy ese Howl.

Me detengo delante de la moto y observo el cielo. Apenas hay nubes. Tengo mi vida en una mochila y un solo destino. Aunque la ira me ciegue por momentos, pueden más las ganas, la necesidad. Me llevo la mano al pecho solo para comprobar que el corazón me sigue latiendo. Lo hace, y lo hace más fuerte cuando recibo una foto de Dani. La mano de mi hermano unida a la suya, mostrando el

tatuaje de Calcifer que se hizo hace un año para despedirse de mi recuerdo, del Howl que le hacía daño porque había decidido abandonarlo todo, incluso a su hermano. Es… como si quisiera recordarme que ya no soy ese Rayner que huye.

Y entonces me envía otra; una de Laurent. De pie, delante de la ventana de su casa, el sol filtrándose a través del cristal y creando halos aquí y allá, con la ninfa en la mano y a un palmo de su cara. Él sonriendo mientras ella le picotea la nariz.

Dicen que la ira dura noventa segundos para muchos, toda una vida para otros. Lo que nadie te explica es lo rápido que puede esfumarse cuando alguien te importa. Una foto, una puñetera foto, y ya no tengo que llevarme la mano al pecho para notarme el pulso. El pulso soy yo y esta necesidad de adentrarme en una carretera con un único destino. Mi destino es Winter Falls. Mi destino es él. Y el mundo y toda su rabia se pueden ir un poco a la mierda.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Laurent



«La soledad buscada es casa; la impuesta, el infierno».
Howl

ESTOY TERMINANDO DE RECOGER LA COCINA TRAS LA CENA CUANDO HAYDEN llama a la puerta. Es sábado y debería estar en el Happy Ending, ayudando a Dani, pero no tengo cabeza para ver a nadie. Las últimas tres semanas han sido largas. Demasiado hablar de mí, demasiado escarbar y sacar de mí, demasiado.

—¿Qué haces? —me pregunta en cuanto lo hago pasar y se quita los zapatos para entrar—. No me digas que estabas limpiando.

Me fijo en él. Lleva una chaqueta vaquera sobre una sudadera negra, la gorra bien enfundada, las manos en los bolsillos. Se dedica a dar vueltas por la estancia, mirándolo todo. Está nervioso y enseguida yo también me pongo nervioso y no sé por qué.

—Los cubiertos de la cena, nada más. Por lo visto ahora tengo prohibido limpiar en exceso y tengo que dejar los platos sin fregar al menos diez minutos después de cada comida —le digo sin ser muy consciente de lo que le estoy confesando. La confusión en su rostro no tarda en llegar—. ¿Has cenado ya? ¿Te sirvo un plato?

—No, estoy bien. ¿Y Vic?

Lo hago seguirme hasta la cocina, donde la ninfa se pelea con un trozo de manzana demasiado grande que le he dejado sobre la mesa. Nada más notar nuestra presencia, eleva la cresta y mueve el cuello. Hayden sonríe y le acerca la mano. Ella le salta encima y mueve las alas. Cuando la tiene cerca de su cara, empieza a canturrear con alegría.

—Hola, pequeña. —Lo dice al tiempo que se la coloca sobre el hombro.

Hayden no viene mucho a casa, pero, cuando lo hace, siempre es movido por las ganas de ver a Vic. Y a mí me ha servido como excusa durante dos años; excusa que he aprovechado y agradecido.

Me apoyo en la encimera y me lo quedo mirando mientras juega con ella y esta le acaricia la mejilla con la cresta y le llena la cara de besos con el pico. Casi puedo ver el futuro así, con él en mi vida un día cualquiera. Seis meses y podría ser posible. Seis meses y podría vivir conmigo, tener otra vida. Hoy más que nunca, mi soledad pide a gritos su presencia. No es una soledad egoísta, normalmente es un sentimiento resignado que está ahí de forma permanente, pero, no sé, verlo aquí… Quizá se deba a la puñetera terapia, que me tiene en un estado de confusión constante, arriba la gran mayoría de las veces, pero también abajo, aplastado contra la realidad. Mi realidad es esta: yo luchando en una guerra donde solo queda un soldado herido. ¿Y qué es un soldado en un campo devastado y lleno de cadáveres?

—Te he traído algo —me dice cuando nos sentamos para ver cómo Vic vuelve a prestarle toda su atención a la manzana. Se saca un paquete de algún lugar dentro de su chaqueta y me lo pasa—. Feliz cumpleaños.

El corazón se me detiene un instante. Me quedo mirando el paquete con ilustraciones de terror, desde Jason, Ghostface o Pennywise hasta otros elementos decorativos terroríficos, como si se hubiese materializado de la nada.

Se me forma un nudo en la garganta.

—Te has acordado.

—Me acuerdo siempre —dice sin mirarme—. Venías a mi casa a celebrarlo conmigo y me traías regalos a pesar de que el cumple era

tuyo. Siempre me regalabas algún cuento macabro o uno de esos libros de *Pesadillas* donde podías elegir tu propio final. Era como celebrar mi cumple dos veces al año. Me gustaba mucho. —Se baja la gorra, avergonzado, y se la vuelve a subir cuando advierte que le tapa los ojos—. No muerde, ¿eh? —Señala el regalo.

El nudo en la garganta se me hace más grande y me apresuro a abrir el paquete. Un ejemplar de *El resplandor* en tapa dura, uno que reconozco bien porque fui yo quien se lo regaló hace un par de años. Está desgastado y lleno de anotaciones.

—Es mi ejemplar —musita como si le costara pronunciar las palabras. Nunca se le ha dado bien mostrar afecto; en eso se parece a su padre—. Ya sé que es un poco cutre, pero tiene mis anotaciones y sé que esas cosas te gustan. Me puedes regalar otro por mi cumpleaños, si quieres.

Sonrío. Dios. Cómo quiero a este crío.

—Haré algo mejor. Ahora vuelvo. —Voy a por mi ejemplar, igual de anotado que el suyo, y regreso de nuevo a la cocina. Se lo pongo delante y me vuelvo a sentar a su lado—. Te doy el mío.

Hayden enarca las cejas y observo la mueca en la boca que me indica que se ha mosqueado.

—¿Lo ves? Siempre haces lo mismo. No es para que me regales nada. Se supone que es tu cumpleaños.

—¿Y qué? No tiene nada de diferente de un día cualquiera, salvo que hoy estás aquí. Y eso sí es la hostia.

Nos quedamos callados. Vic suelta su «Loooren» antes de posarse en mi hombro. La acaricio entre las plumas mientras observo cómo Hayden coge el libro que me ha regalado y rebusca entre sus anotaciones.

—¿Recuerdas la parte en la que Danny le dice a Jack, ya casi al final, que el hombre en el que se ha convertido le recuerda a los regalos de Navidad que ponen en los escaparates? Por dentro están vacíos, aunque luzcan bonitos por fuera.

Asiento. He leído ese libro tantas veces como para sabérmelo de memoria.

—Siempre que lo leo me acuerdo de él. Mi padre era así. Por fuera era perfecto. Con su ropa perfecta, con su sonrisa perfecta,

con su peinado perfecto. Pero debajo de todo eso, ¿recuerdas lo que tenía? A veces parecía que había algo, y te aferrabas a ello porque era increíble. Él podía ser increíble. Pero no duraba mucho. Me pasaba más tiempo abriendo el envoltorio que disfrutando del regalo. Dentro no había nada la gran mayoría de las veces. —Hayden se saca la gorra y la deja caer en la mesa. Se peina el pelo con los dedos. Su corte se parece al mío, aunque el color sea distinto—. Por eso me enfadé cuando empezaste a vestirte como él. Tú no estás vacío y fingir se te da de culo, y no entendía por qué lo hacías. No entendía por qué querías parecerte a él. A mí me gustaba el Laurent que jugaba conmigo, y que me leía, y que me hablaba como si yo no fuese un niño. Mataste a ese Laurent para hacer de padre conmigo y lo odiaba.

Por un momento, me quedo sin habla. Lo miro e intento ver al niño que fue, frágil y necesitado de amor, pero niño. Me pregunto en qué momento perdió la inocencia y por qué la vida es tan puta para ensañarse con aquellos que no se lo merecen. Por qué. Por qué.

—Lo siento. Yo… nunca quise hacer de padre. —Y es la verdad. Solo quería protegerlo. Es lo que más quiero en el mundo—. Me vestía así porque… —Cojo aire, joder, qué difícil es hablar de esto—. Me daba seguridad, creo. Eso dice Cillian, que son mis pequeños escudos contra el dolor que me causaba la culpa. Como lo de limpiar o hacer mucho ejercicio. Bueno, ese es otro tema. —Me encojo de hombros.

—¿Estás… viendo a Cillian? ¿Fuera del centro?

—Sí —confieso—. Y me está ayudando.

La mirada se le ilumina.

—Eso está bien, ¿no?

—Creo que sí —musito, ruborizándome. No porque me dé vergüenza admitir que estoy recibiendo ayuda, sino por el hecho de haber tenido que pedirla. Qué difícil es admitir que necesitas ayuda cuando llevas toda la vida creyendo que te bastabas contigo mismo —. Es decir, estoy seguro de que sí. Aunque aún es pronto.

—Laurent, mi padre no era ejemplo de nada y tú ni siquiera lo querías. A lo mejor no te acuerdas de cómo era, pero yo sí. Era pequeño, pero me acuerdo de muchas cosas. Quizá los recuerdos

me parecen tan nítidos precisamente porque era pequeño. Es como si hubiera soñado con esa vida anoche mismo, ¿sabes? Así lo siento todo.

Me levanto y me echo el pelo hacia atrás. Vic se queja y sale volando hacia la percha pegada al armario de la derecha.

—Te equivocas, Hayden. Yo quería a tu padre.

—Al principio, tal vez, pero al final solo discutíais. Estabais bien cuando a él le daba por ahí. Podía ser encantador y divertido, pero ¿cuánto le duraba? Era egoísta y pensaba en él casi todo el tiempo. No le importabas tú ni yo ni nadie.

Lo miro con dureza.

—No deberías hablar así de él.

Hayden da un golpe en la mesa que me retumba en el pecho y hace que Vic comience a chillar y a elevar las alas.

Él se ruboriza, como si de repente se hubiese dado cuenta de su arrebato, y baja el tono cuando pregunta:

—¿Porque está muerto? ¿Hay que hablar bien de los muertos aunque no fueran buenas personas? Alguien me ha enseñado que no es así. Y ha sido un gran desahogo saber que no soy un monstruo por ser realista y no adornar los recuerdos. Mi padre no era Jack —me dice haciendo un gesto hacia el ejemplar de *El resplandor*—, pero tampoco era el padre del siglo. Y no fue el novio del siglo. Ni siquiera te era fiel. Traía a gente a casa, ya lo sabes. De eso también me acuerdo porque me hacía quedarme en mi habitación mientras se emborrachaban en el salón. No a todos les gustaba ver que tenía un hijo.

Me encojo de hombros. Lo sé, claro que lo sé.

—Nunca me prometió exclusividad. No teníamos ese tipo de relación.

—Pero erais novios. Y no me digas que te conformabas con una relación abierta cuando tú sí le eras fiel y él se ponía celoso cuando salías con alguien.

Trago saliva y me lo quedo mirando. No hay duda en sus ojos, tampoco tristeza; solo determinación.

—¿Por qué me estás diciendo todo esto?

—Porque tienes que dejar de sentirte culpable. Mi padre te tenía cogido por los huevos y estabas ahí cuando te lo pedía, aunque te tratara como una mierda. Venías para estar conmigo y acababa liándote con sus cosas y tú volvías a él. ¿Y por qué?

—Porque cuando abría el envoltorio no siempre estaba vacío —contesto con sinceridad; no puedo dejar que le eche más tierra encima. Austin era un poco desastre, sí, pero no era un demonio y quería a su hijo a su manera, igual que a mí—. Me gustaba lo que había dentro. Eras demasiado pequeño, pero hubo muchos días buenos, muchísimos momentos en los que solo estuvimos nosotros tres. Eso compensaba lo demás.

—Días, Laurent. ¿Te estás escuchando? ¿Qué son un puñado de momentos en una relación de cinco años? Eras demasiado joven y mi padre te manipulaba. Le salía de forma natural con todo el mundo. Era así.

—Déjalo ya.

—¿Te olvidas de las veces en las que venías a verlo y no te hablaba? El puto silencio. Porque yo me acuerdo de todo.

—Esa boca, Hayden.

Vic se ha posado sobre la mesa y extiende las alas para expresar su disconformidad. Se me calienta el corazón a pesar de la conversación y todo el dolor que amenaza con engullirme.

—Es la verdad, Laurent. Te ahogaba con silencio porque sabía que seguirías ahí. Odiaba esos días. A veces deseaba que tú fueras mi padre y rezaba por las noches como me enseñaban en el cole para que no te fueras nunca. Incluso siendo un niño sabía que algún día dejarías de venir a casa. —Se me acerca; el dolor fluctúa entre nosotros y no sé cuánto más podré mantenerme en pie. Estoy tan cansado…—. Tú fuiste más padre en cinco años que él. Es a ti a quien recuerdo siempre. Un padre es más que ADN, y una pareja es más que gritos y silencio. No tienes la culpa de que mi padre fuera gilipollas y se le ocurriera beber y coger el coche. No tienes la culpa de que fuera un inconsciente. No tienes la culpa de querer vivir tu propia vida. Es tu derecho. ¿Por qué tienes que castigarte por eso? No está bien.

Me apoyo en la nevera y me concentro en respirar.

—Tú no lo entiendes. Habíamos discutido el día anterior. Me llamó. Me llamó varias veces ese día, Hayden. Y yo estaba... —Con Rayner, sintiendo a Rayner, tatuándome a Rayner en la piel, enamorándome de Rayner—. Podría haber ido a buscarlo. Podría haberlo llevado a casa contigo. Podría…

—Eras su novio, no su chófer.

Lo miro a los ojos.

—No era su novio —replico—. Hacía tiempo que no estábamos juntos, no así.

Hayden sonríe y se me acerca.

—¿De qué te ríes? —inquiero, dolido, molesto, frustrado y tan cansado…

—Me alegra que lo digas. Ahora dilo un poco más alto, venga.

—No tiene gracia.

—No eras su novio, ni su amigo. Mi padre no tenía amigos porque no sabía conservarlos. Solo eras su comodín porque eres demasiado bueno. Estabas ahí cuando te llamaba y estabas ahí para quedarte conmigo cuando él no estaba. Dejaste de vivir tu vida para vivir la suya. Tenías todo el derecho a no contestar y mandarlo a la mierda. No es tu culpa que cogiera ese coche —me repite, y yo empiezo a temblar a lo bestia.

—Pero…

—Pero nada. Mi padre no te fue fiel en vida. No es justo que tú lo seas incluso cuando ya no está. Solo tienes el tiempo, y mira lo rápido que se va. Llevas cinco años atrapado aquí. ¿No estás cansado?

¿Que si no estoy cansado? Me reiría si no me estuviera ahogando en dolor. Me tiembla la barbilla. Él me coloca una mano en el hombro.

—Tienes que dejarlo. Deja de traerlo de vuelta. Él no querría estar aquí. —Lo veo tragar saliva, menear la cabeza y suspirar—. ¿Qué crees que estaría haciendo si estuviera vivo? Te habría apartado o te tendría ahí para usarte a su antojo. Así era él. Yo lo quería porque era mi padre, pero no me caía bien. Tú me caes bien y te quiero, aunque nunca seas mi padre.

Se me cae una lágrima. Ni siquiera la veo venir hasta que él me aprieta un poco más el hombro y yo aparto la mirada. Vic comienza a planear por la estancia al ritmo de los latidos de mi corazón. Me cuesta respirar. Cierro los ojos, los vuelvo a abrir.

Cuando siento a Hayden rodearme la cintura y apoyar la cabeza en mi hombro, me derrumbo. Agarrado a los bordes de la nevera y con la frente apoyada en la superficie fría, lloro. Lloro y Hayden me dice que está bien, que está bien, que está bien. Me abraza mientras me permito soltar el dolor que llevo dentro y Vic pronuncia mi nombre una y otra vez.

Cuando por fin consigo calmarme, Hayden me pasa una servilleta y se apresura a limpiarse la cara con la mano creyendo que no lo veo.

—Lo siento.

—Soy yo el que te ha hecho llorar el día de tu cumple. No se lo digo a nadie si tú no se lo dices a nadie —musita, repitiendo la promesa que nos hacíamos cuando era niño y no queríamos que su padre se enterara.

No lo puedo evitar: sonrío. Mucho.

—Hecho —acepto. Y cuando veo que observa el reloj y suelta un «mierda» bajito, le digo—: Tranquilo, te llevo yo.

Hayden espera a que deje a Vic en su jaula, coja las llaves y me vista con algo más decente antes de ponerse los zapatos.

Me detiene cuando estoy a punto de salir.

—Laurent… Eso que dijiste de que podía vivir aquí contigo, ¿lo decías en serio o solo era tu culpabilidad?

Me vuelvo hacia él.

—¿De verdad me lo tienes que preguntar? —Suspiro hondo—. Tu padre me tenía cogido por los huevos, pero en parte era por ti. No sé cuándo empecé a quererte, pero eres lo único bueno que tengo. Bueno, y también tengo a Vic. Y a Dani.

—Y a Rayner —añade él.

—Y a Rayner —confirmo en un susurro que me duele—. ¿Ves? Ya no estoy tan solo.

—También tienes a los del centro. Todos harían cualquier cosa por ti.

Asiento. El corazón se me llena de mil sensaciones a las que no quiero dar nombres. Por primera vez en mucho tiempo, siento que puedo respirar.

Él me mira, dubitativo. No se decide a preguntar lo que sea que tiene en la punta de la lengua. Le doy tiempo, espero. Al final, tirándose de un hilo del agujero que tiene en la rodilla izquierda de los vaqueros, me dice:

—Va a volver, ¿verdad?

—Va a volver.

No puedo explicarle cómo lo sé con tantísima seguridad, pero lo sé en lo más profundo de mi ser. Aunque ahora no esté. Aunque me duela el alma de lo mucho que lo echo de menos. Pero, tras mucho hablarlo con Dani y en terapia, he aceptado que su huida fue un gesto supuestamente heroico para darme espacio. Bueno, Cillian cree que lo hizo más por él que por mí, para controlar su impulso de invadir mi espacio, de pedirme que lo acepte. Cillian dice demasiadas cosas; a veces debería callarse un poco esa boquita bonita que tiene.

—Entonces, ¿de verdad crees que podré mudarme contigo? —me pregunta tras unos segundos de silencio—. Puedo trabajar y ayudar con los gastos y…

—No seas absurdo —lo corto—. Vas a estudiar. Me ayudarás no metiéndote en problemas y subiendo a ver pelis malas de terror conmigo. Si quieres, claro. Yo…

—Me encantaría —declara ruborizándose y colocándose de nuevo la gorra para esconderse debajo.

La esperanza se abre paso por mi pecho y le permito el acceso. La intrusión me dolería si no me sintiera tan… feliz. ¿Cuánto hacía que no me sentía así?

La sonrisa que se le dibuja en la boca ilumina todo Winter Falls, también esa parte de mí que ha vivido en penumbras.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Laurent



«Me fui ligero de equipaje, pero cargado de recuerdos».
Howl

Me estoy quitando los zapatos cuando llaman a la puerta. Ni siquiera me ha dado tiempo de encender la luz del pasillo que da al piso superior. Lo hago y me fijo en la hora. Pasan las diez de la noche y a Hayden lo he dejado sano y salvo en la caravana de su tía, por lo que solo puede ser Dani.

Suspiro y me pongo un poco nervioso. Le hice prometer que no vendría, que lo celebraríamos en cualquier otro momento. No odio cumplir años, solo me incomodan las atenciones que implica hacerlo. No es tan especial. No me gusta. Ni siquiera me gustaba cuando era niño y mi padre aún no se había ido. Cuando mi madre reunía a mis compañeros de clase y nos montaba fiestas en el jardín de casa, yo me subía al roble y me escondía entre las ramas hasta que se iban o hasta que me encontraban.

Abro con la idea de explicarle a mi amigo que no quiero celebraciones, solo para descubrir que no es Dani quien está al otro lado, sino Rayner. Parece… cansado. Lleva una cazadora marrón, el pelo aún más corto y las botas llenas de polvo. También tiene ojeras y no puede estar más guapo. Estoy tan concentrado en mirarlo de

arriba abajo que no reparo en la caja que tiene en la mano hasta que la abre y me muestra un *muffin* gigante con pepitas de chocolate y una vela.

Se me detiene el corazón cuando nuestros ojos se encuentran. Mi primer impulso es echarme a sus brazos, el segundo es esconderme en cualquier rincón de la casa. Me siento… raro. La vergüenza me repta por el pecho y me cuesta un mundo controlar el nerviosismo.

—Espero que esa cosa no la haya hecho Cam —digo, ni idea de por qué.

—No seas absurdo. Dudo que Cam haya cocinado en su vida, solo le gusta ver cómo lo hacen para él.

Nos miramos. Él con intensidad, como si quisiera comprobar que sigo entero tras las semanas de ausencia; yo intentando creerme que ha vuelto, ha vuelto, ha vuelto.

—¿Quién te lo dijo? —Le doy un toque a la caja de cartón con el índice—. ¿Dani?

—Fuiste tú, hace cinco años. Y antes de que lo preguntes, sí, recuerdo todas las cosas que me dijiste. También que odiabas celebrarlo, así que supuse que estarías solo.

—No estoy solo. Vic está arriba —me apresuro a explicar—, aunque está dormida.

Se acerca a mí hasta que sus botas me rozan los calcetines y solo nos separa el cuadrado de cartón. Huele a tierra, a libertad, a sudor y a galleta con chocolate, quizá por el dulce que tiene en la mano.

—No me digas.

—Y Hayden acaba de irse. Bueno, lo llevé a su casa. Pero hablamos. Y me dijo que me quería, aunque eso no tendría que decírtelo. Es un secreto y le da vergüenza. Ya sabes, cosas de adolescente.

Observo con fascinación la sonrisa diminuta que se le forma en los labios. ¿Por qué estoy tan nervioso? ¿Y por qué de repente hace tanto calor? Dios.

Rayner se quita las botas y las deja a un lado, bien colocadas, como si quisiera darme a entender que respeta mis manías. Me

ruborizo solo por el simple hecho de que conozca mis puñeteras manías, de saber que me ve en mi completa desnudez.

—No es ningún secreto que te quiere, Laurent. —Estira el brazo y me acaricia la coleta—. Te queda bien, aunque me gustas más con el pelo suelto. Te hace más… sexi.

—Sexi —repito, nervioso, y giro un poco el cuello para facilitarle la tarea de quitarme la goma, que se guarda en un bolsillo de la chaqueta.

A continuación, me sujeta de la nuca y yo me tenso. Intento apartarme de manera instintiva, pero dejo de hacerlo en cuanto noto el roce de sus labios en mi mandíbula, su calor. Arde y yo ardo con él cuando me deja un beso en la mejilla y arrastra la nariz hacia mi oreja. Percibir su respiración acelera la mía y se me ocurre que esto parece un sueño; solo en los sueños me siento así, tan al borde del mundo. ¿Cuánto llevo sin permitirme sentir? Elevo la vista para mirar el cielo al otro lado de la puerta, despejado, lleno de estrellitas aquí y allá, las luces de las farolas iluminando la calle desierta y el diminuto jardín delantero que me encargo de cuidar con mimo.

—Tranquilo, solo quería felicitarte. —Ahora me besa la zona sensible por detrás de la oreja y yo me estremezco y me agarro a su cazadora, como si esta pudiera salvarme de caer—. Feliz cumpleaños, Laurent.

Su voz; esa voz. Noto un calor en el pecho que se expande y se expande y creo que me convertiré en una llama que jamás se apagará. No quiero que se apague; no quiero que se vaya; no.

—Has vuelto.

—Nunca me fui. Es decir, sí, me fui, pero solo por trabajo y porque no quería agobiarte. Necesitabas espacio.

Me aferro más a su chaqueta.

—No lo necesitaba. Yo… Me aterraba la idea de que no volvieras. —Se aparta para buscar mis ojos y yo giro el cuello porque así es más fácil—. No me mires así, tenías derecho a irte y a no volver. No merezco que hayas vuelto.

—Laurent, mírame. —Me sujeta la barbilla—. No vuelvas a decir eso. Nunca. Te prometí que no me iba a ir y lo dije en serio. Mereces

cada segundo que paso contigo y más. Lo que no mereces es pensar lo contrario. Que lo hagas me enfada y me toca los putos huevos.

Se aparta de mí y yo siento su ausencia como un puñetazo en la barriga. Deja la caja con el dulce en la mesa de la izquierda y empieza a dar vueltas por el diminuto espacio entre las paredes de la entrada. Aprovecho para cerrar la puerta y espero apoyado contra ella para darle tiempo.

—No te voy a mentir. He tardado en volver no solo porque estaba trabajando en ese proyecto, sino porque no podía con la rabia. Odio la idea de que te tortures por algo que no es culpa tuya. Odio que nuestra relación, lo mejor que me ha pasado nunca, se vea manchada por una cosa tan fea. Y no hablo de esa noche, ni del sexo, sino de las semanas que pasamos juntos. Hablo del tiempo contigo. —Me mira, me mira, me mira, y yo no soy capaz de hacer nada más que quedarme quieto y acostumbrarme de nuevo a la sensación de tenerlo tan cerca, a la potencia de su voz, a su presencia arrolladora—. Me fui de casa a los catorce y no dejé entrar a nadie en mi vida desde entonces. A nadie, Laurent. Ni a mi tía, que hizo cuanto pudo para darme una vida decente. Me largué de su casa en cuanto tuve la oportunidad. Ni siquiera a Dani lo dejé entrar. Lo aparté como aparté todo lo que una vez pensé que me hacía feliz. Todos esos planes de ir a la universidad, tener una casa y un perro… —Suelta una risotada cansada—. Mis sueños de la infancia murieron cuando me vi en la calle, y me di cuenta de que no me importaban. Quedarte sin nada te hace ver la vida de otra manera, supongo. En cuanto pude, me dediqué a lo único que conseguía llenarme. Intentaba que otros tuvieran lo que yo no lograba alcanzar, porque por dentro seguía vacío y sin ganas. Y entonces te encontré y pensé… —Se pasa una mano por la cabeza, arriba y abajo con nerviosismo, y yo me arrastro un poco hacia el suelo porque sus palabras duelen; la verdad siempre lo hace—. Pensé que no estaría mal tener un hogar si estabas tú en él. El sitio me daba igual, solo necesitaba que estuvieras tú. Era precipitado, era un poco locura, pero… era. ¿Te haces una idea de lo que sentí cuando llegué con el desayuno a una habitación vacía?

La barbilla me tiembla, y no sé en qué momento he empezado a llorar. Al verme, Rayner se apresura a acercarse y su contacto me hace temblar más, llorar más.

—Eh, tranquilo. —Toma mi rostro entre sus manos—. No llores, por favor. Joder, se supone que tenemos que soplar una vela. He venido para celebrar, no para hacerte llorar. Perdón.

—Perdóname tú. —Me sorbo la nariz—. Nunca me habría ido, Rayner. Nada me habría arrancado de esa habitación si él no… —No termino la frase, no puedo.

—Shhh. —Me rodea el cuello con un brazo y me besa la mandíbula—. Es un poco tarde para preguntar, pero… ¿puedo pasar dentro?

Asiento y tiro de su chaqueta para llevarlo hasta la cocina, donde me seco las lágrimas y conecto el calentador de agua con la idea de hacer té mientras él busca las cerillas y enciende la vela.

—Ven aquí. —Me sujeta de la muñeca con suavidad para que me siente a su lado. Nuestras rodillas se rozan y me ruborizo al verle la sonrisa, entre tímida y socarrona—. Pide un deseo, venga.

—No creo que haga falta. Mi deseo era que volvieras y resulta que ya estás aquí.

Me da un toque con la rodilla.

—No seas cutre y pide otro.

Me río, pero le hago caso y soplo la vela. Pido lo único que quiero, lo único que necesito: ser feliz.

—Te he echado de menos —le digo mientras veo cómo corta un pedazo de *muffin* y me lo ofrece.

Me lo meto en la boca y mastico, y él hace lo mismo y se come un buen trozo. El gemido que se le escapa se me va directo a los huevos y me recuerda que está aquí y que lo deseo. Tanto que a veces creo que me volveré loco.

—Yo a ti no mucho, la verdad. —Al ver que enarco las cejas, agrega—: Dani me hablaba tanto de ti por mensajes que es como si hubieses estado conmigo. El muy capullo me contaba lo guapo que estabas y lo mucho que estabas ligando en el Happy Ending con tu ropa de macarrilla buenorro.

—Mira que sois pesados. No es ropa de macarra —replico con un tono demasiado alto.

Rayner alarga el brazo y me da un tirón de pelo.

—¿Me corriges en lo de la ropa y no en lo de ligar?

—¿Y por qué te voy a corregir en eso? Ya sabes que no es verdad. —Bajo la mirada, avergonzado—. No ha habido nadie después de ti, Rayner.

—¿Nadie nadie?

Meneo la cabeza. Él se mueve en la silla para pegarse más a mí. Me sujeta de la nuca con una mano y me levanta la barbilla con la otra. Intento mirar a otro lado. El agua ya está lista. Debería servir té, debería…

—Laurent, mírame. —Desliza el pulgar por mi mandíbula en una caricia tierna—. Deja de esconderte de mí, por favor.

Sus palabras están llenas de un dolor que me traspasa la piel. Así que lo hago. Levanto la vista y me encuentro con esos ojos oscuros. Ojos de mago. Ojos de Howl.

—Eh. —Sonríe.

—Eh. —Sonrío.

Se me pone la piel de gallina cuando me acaricia la curva del cuello y hunde los dedos en mi pelo.

—No ha habido nadie más después de ti. —Me encojo de hombros—. Renuncié a ese tipo de intimidad, y la verdad es que tampoco me apetecía. A veces estaba tan mal que ni siquiera se me levantaba —confieso—. Otras, creía que iba a morirme de tanto desear que alguien volviera a acariciarme. —Intento apartar la cara, pero él no me lo permite—. No me gusta que me mires así, Rayner.

—No te miro con lástima, si es lo que crees. Solo me cabreo. Ahora mismo quiero romper cosas, empezando por todos esos trajes pijos con los que te escondías.

—No parecían disgustarte cuando me mirabas. Sé que te ponía.

—Me pondrías incluso con la sábana negra esa que usa el asesino de *Scream*. ¿Qué? —inquiere riéndose cuando me ve la cara —. Es patética, no entiendo como a alguien le puede dar miedo. Pero ese no eras tú.

—Estoy viendo a Cillian —digo bajito.

Rayner me toma de la mano sin apartar la otra de mi pelo. Siento cada caricia como pequeñas descargas. Las siento en la nuca, en la columna, en la tripa y más abajo. Me excito y lo hago todavía más cuando desliza los dedos por mi palma como sabe que me gusta.

—Lo sé, Dani me lo contó, y te admiro por ello. Es un gran paso, Laurent.

—He llevado el duelo de una forma… rara. Como si él no estuviera muerto y hubiese seguido viviendo con su presencia como una sombra. Mantener una mentira así cuesta. Es una lucha diaria y constante que no me dejaba fuerzas para nada más. Yo… dejé de escucharme a mí mismo. Fue como dejar de hablar en voz alta. Me negaba a hacerlo porque no quería escuchar lo que tenía que decirme. Y es raro y antinatural, porque todos hablamos en voz alta, aunque finjamos que no y nos avergüence. Estaba encerrado en mi propia jaula y solo me sentía libre cuando dormía, cosa que no hacía mucho. Y entonces apareciste tú y todo se me vino abajo. —Cojo aire y me obligo a mantenerle la mirada, a no esconderme, a quedarme donde quiero estar: con él—. Volví al entierro, al momento en que la tierra caía sobre su tumba y todo se hacía real. Intenté ser de nuevo el mismo, ser perfecto, seguir viviendo mi vida como si nada hubiese cambiado. Pero tú estabas ahí y luchar era cada vez más difícil. Estoy muy cansado de luchar contra mí mismo, Rayner.

Une nuestras manos y se acerca para acariciarme el cuello con la nariz, arrastrándola como si supiera que así conseguirá calmarme. Lo hace en parte, esa parte que solo quiere que me abrace, sentir su corazón enlazado al mío; no lo hace la otra, la que lo desea hasta el punto de no poder pensar más allá de su cuerpo apretándose contra el mío, su piel desnuda, su peso, su calor, su respiración…

—Lo sé.

—Nunca quise hacerte daño —le aseguro y jadeo cuando noto sus dientes clavados en el lóbulo de la oreja, su lengua deslizándose por la zona sensible de atrás, su aliento en mi piel—. Ese frío y calor del que hablabas… He pasado por ahí y es una mierda. Yo no soy así.

Me suelta la mano y comienza a juguetear con el borde de mi camiseta. Me sobreviene un espasmo en el muslo cuando me roza la entrepierna con el dorso sin querer. Percibo su sonrisa en el cuello, al igual que el suspiro que se le escapa al dirigir los dedos por debajo de mi camiseta. Deja una hilera de besos por mi piel; húmedos, calientes y tan suaves... No puedo evitar volver a aquella noche, a todo lo que me hizo, a todo lo que le hice. Necesito que me toque, necesito sentirlo, necesito…

—Eso también lo sé.

—Lo sabes todo, ¿eh? —Me río con nerviosismo.

—Ahora que todo encaja, sí. Antes solo tenía una idea idealizada de quién eras basada en las semanas que pasé contigo y esa noche…

—Esa noche —repito, masticando las palabras.

Pero él no me deja pensar. Enseguida desliza los dedos por mi ombligo y yo me estremezco y me aferro a su antebrazo, pero no le pido que pare. No quiero que pare nunca. Se detiene en cada músculo de mi torso, dibuja formas y se aprende este nuevo cuerpo que he creado a base de robar horas de sueño.

—También fue la mejor de mi vida. Todo lo que te dije antes era verdad —me dice.

Se me escapa un gemido cuando me lame la clavícula y arrastra los dientes por el hueso; giro el cuello para darle mejor acceso y él no tarda en besarme y lamerme la garganta. El deseo crece dentro de mí y me muevo por puro instinto; la tengo tan dura que la tensión del pantalón me hace ver luces y vibrar de necesidad.

Aún con los labios pegados a mi piel, continúa hablando:

—Iba de acá para allá sin interés en quedarme en ningún sitio, y entonces apareciste y pensé que sí podía instalarme en un lugar. En cualquiera donde estuvieras tú. Ya sé que suena absurdo. Solo fueron dos semanas y tres polvos, pero...

—No es absurdo —lo corto—. Fue más que eso. No he olvidado nada de esas dos semanas, y he vivido en esa noche durante cinco años. Pensar en ti a veces me dejaba sin respiración y otras veces era lo único que me mantenía cuerdo. Pura contradicción. Seguía ahí, a la deriva, pero sin ahogarme del todo. Esa frase es de Cillian,

por cierto. Según él, me he lanzado al lago con la idea de hundirme pero sin nada que me mantenga en el fondo. Ahogarte cuando quieres vivir y tu cuerpo se rebela no es fácil. Así que entras y sales del agua todo el rato. Puedes morirte de frío, pero no por falta de aire. ¿Entiendes?

Rayner aparta la boca de mi cuello y me mira.

—Entiendo que quieres vivir. Es lo único que me importa.

Sonrío y dirijo las manos a su rostro. Le acaricio la cara, recorro sus líneas de expresión. Esas arruguitas nuevas al borde de la boca y los ojos que me hablan de risas y momentos que no he vivido pero quiero —necesito— recuperar.

—Cuando te vi aparecer en la casa del lago, yo… sentí que estaba en un sueño y a la vez en una pesadilla. —Meneo la cabeza —. Había discutido con Hayden hacía unos días, por lo mismo de siempre: mi negativa a hablar de forma directa, mi incapacidad de decirle que lo quería a mi lado, que me sentía solo. Ahora sé que nuestra relación no habría sido tan dolorosa si le hubiese dicho la verdad, si tan solo hubiese aceptado que lo necesitaba. Odiaba ese momento en el que Vic se dormía y yo me quedaba solo en casa, ¿sabes? Yo conmigo mismo. Solo quería que formáramos una familia. No hacer de padre ni nada de eso.

—Puede que no te guste y que tampoco le guste a él, pero se te da bien hacer de padre, Laurent.

Sonrío. ¿Cómo no hacerlo?

—Tienes que dejar de llamarme así, con ese tono...

—Laurent. —Me besa la barbilla—. Laurent —repite, y su tono es aún más ronco, más sensual, más. Cierro los ojos y jadeo—. Paso. No puedo. Pídeme otra cosa. Puedes, no sé, pedirme que te folle. Me muero por hacértelo, Laurent.

Se me encoge la tripa y noto una punzada en los huevos. El corazón me va tan deprisa que soy incapaz de contestar.

Rayner me acaricia el rostro con dulzura.

—Tienes que aprender a no dejar de respirar.

—Es que… no sé si puedo.

—Si no puedes no pasa nada. He esperado más de cinco años, esperaré otros cinco si me lo pides. Aunque preferiría que fuesen

unos minutos. Lo que tardo en darme una ducha y meterme contigo en la cama. Estoy un poco asqueroso.

Rayner me besa la nariz. Sonríe. Yo no soy capaz de sonreír. Me pueden los nervios, las ganas, el miedo. Sobre todo el miedo. Entonces se aparta y me mira durante tanto rato que me olvido de respirar otra vez. Al final, apoya la frente en mi hombro y suspira al tiempo que me acaricia los brazos.

—No pasa nada. Esperaré. No tengo ninguna prisa, pero he conducido durante horas y estoy hecho polvo. Necesito una cama con urgencia.

Se va a levantar, pero yo tiro de su cazadora y lo vuelvo a sentar. Luego lo sujeto del cuello y atrapo sus labios. El beso no es dulce ni contenido. Es largo, intenso, y es todo lo que necesito para volver a respirar. Rayner me sujeta de la cintura con una mano y de la nuca con la otra. Nuestras lenguas se reconocen, se enredan y luchan en una batalla donde no hay vencedores, solo un hambre cruda de la que no podemos escapar. Cuando el hambre te sobreviene, lo demás deja de tener sentido. Y yo llevo mucho sin probar bocado.

El silencio denso solo es interrumpido por nuestras respiraciones aceleradas y el roce de nuestras ropas, ese intento de tocar piel, arañar, marcar. Fuera, la gente duerme en sus casas, ven la tele, cenan, leen, hacen el amor o esperan pacientemente a que el sueño les llegue. Casi puedo escuchar los latidos de sus corazones mezclándose con los nuestros. Pum. Pum. Pum. Nos separamos, nos miramos, y creo que ambos pensamos lo mismo. Final o principio. Ese momento en el que no sabes si el final es este o si todo continúa. Pero ahora sé lo que quiero, y Rayner no me lo puede haber dejado más claro. Lo vuelvo a besar, una, dos, tres mil veces. Lo agarro de la cintura y él me aprieta contra su cuerpo; jadeamos cuando nuestras erecciones se buscan, se rozan, se empujan. Estoy nervioso y sé que no voy a durar si seguimos, pero no me importa. No me importa nada si es con él.

—Laurent…

Me excito aún más, si es que eso es posible.

—No me llames así.

—Te llamas así —me recuerda.

—Me refiero a ese tono. Es como si…

—¿Como si me pusieras cachondo? Porque es más que eso, Laurent… —repite con una cadencia que consigue que el fuego se me cuele entre los muslos—. Te llamo con ese tono porque te quiero.

Le suelto la cintura, porque de repente el cuerpo me empieza a temblar a lo bestia y se me escapa un sollozo.

—Shhh, tranquilo. —Toma el relevo y me envuelve la cintura mientras me besa el cuello con cariño, la mejilla, la sien—. Respira.

—No lo digas, por favor.

—Que no lo diga no lo hará menos real.

—Ni siquiera deberías estar aquí después de todo lo que te he hecho pasar.

—No seas absurdo. Voy a esperar el tiempo que haga falta.

—Solo te hago daño.

—¿Y qué pasa con eso de que soy un mago? Haré algo bueno con el dolor. Hace poco, Dani me recordó lo fuerte que era. ¿Y sabes qué? No lo soy, pero por ti… Por ti puedo ser fuerte. Por ti merece la pena intentarlo.

—Te dejé solo sin una explicación. He intentado odiarte, odiarnos. No te imaginas las veces que pensé en eso. Dios. Llevo cinco años recordando cada segundo que pasamos juntos. Pensar en ello me ayudaba a respirar a veces, pero otras me hundía más y creía que me moría. Te he hecho daño y me he esforzado en odiar lo que somos... ¿Por qué ibas a querer salvarme?

—No necesito una razón para salvarte, igual que no la necesito para quererte. Te quiero y ya está. No lo puedo evitar. Joder, Laurent. —Me sujeta la cara con firmeza—. ¿Es que no lo ves? No quiero evitarlo. Por una vez en mi vida, no me da miedo sentir, porque quererte me hace mejor persona. El eterno retorno, ¿recuerdas? Viviría mil vidas para volver a repetir aquellos días contigo, esa noche tan perfecta. Lo viviría todo para llegar a este momento que no quiero que se acabe.

La garganta se me cierra.

—Eres idiota.

Me pellizca la cintura con suavidad, consiguiendo que dé un respingo y me ría.

—Pero tú también me quieres, así que somos dos idiotas.

—¿Tanto se me nota?

—¿Que eres idiota? Hum.

Se me escapa la sonrisa cuando me besa la comisura de la boca.

—Sabes a lo que me refiero.

—No sé nada. Ahora mismo, lo único que sé es que necesito tocarte y recordarte lo bien que encajamos juntos.

—Recuerdo lo bien que encajamos —le digo—. Te llevo en la piel. Eres mi tatuaje favorito. Y creo que sí eres un mago. Solo un mago podría hacer algo así.

Nos miramos. Hay tanto en sus ojos… Tanto…

—Quédate —le pido.

—¿Estás seguro? Decía en serio lo de que no tengo prisa. Mira, ni siquiera tenemos que hacer nada.

—¿Sabes eso que decías de que era yo quien decidía si mi puerta tenía llave o no? —Asiente—. Tú eres mi puerta, Rayner. Siento que puedo ir a cualquier sitio si estás conmigo. Soy libre cuando estoy contigo y, cuando te vas, es como si no supiera por dónde tirar. Todo es hormigón y no hay salida. No hay puertas si tú no estás.

—No soy ningún mago, y te recuerdo que yo también te puedo decepcionar. Ahora, dentro de tres minutos o dentro de diez años. —Se encoge de hombros—. No soy perfecto ni pretendo serlo.

—Puede que no seas un mago, pero sí eres mi mago. —Lo beso en los labios, con ganas, con ansias; nuestros cuerpos se sacuden, nuestros corazones se vuelven locos y me cuesta un mundo separarme de él para decirle—: No quiero que seas perfecto, solo quiero que te quedes.

La sonrisa que me dedica me deja claro que no piensa irse a ninguna parte.

Se queda, se queda, se queda.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Rayner



«Me enamoré de tu jefe en una sola noche».
Howl

Es la primera vez que entro en el cuarto de Laurent, pero no me sorprende el orden. Todo está donde debe estar. Los libros colocados en el estante pegado a la pared de la izquierda, al lado de la cual descansa un sillón individual reclinable. La cama enorme ocupa parte central de la estancia y en frente se halla el armario empotrado, cubierto en su totalidad por un espejo. También hay fotos en las paredes, muchas; de los críos del centro, de Hayden, de Dani y de la ninfa. Sobre todo de la ninfa. El olor de Laurent se mezcla con el del perfume que usa y con el de los libros. Pero es su presencia arrolladora lo que acapara toda mi atención, y la de mi polla, cada vez más erecta.

—No me digas que estás limpiando. —Enarco las cejas—. Laurent…

Se ruboriza al escuchar mi tono. Vale, sí, puede que lo esté exagerando un poco. Pero es que me pone a mil el modo en que le cambia la cara cuando pronuncio su nombre, la manera en que se le oscurece la mirada al desviarla hacia mi torso, perdiéndose en mis tatuajes y más abajo. Sí, vale, tendría que haberme puesto algo,

pero me he dejado la mochila en la entrada y no pretendo dormir con ropa.

—No, claro que no. Es solo que…

Traga saliva y se pasa la lengua por el labio inferior de manera inconsciente, consiguiendo que se me ponga aún más dura. Sé que se ha dado cuenta porque no deja de mirarme ahí, del mismo modo en que yo me he dado cuenta de lo abultado que tiene el pantalón de chándal del que pienso deshacerme en tres minutos. Quizá menos. Espero que menos.

Me acerco despacio y le quito el paño de la mano, así como el limpiador de muebles con el que le estaba sacando brillo a la mesita de noche. Lo dejo todo sobre la mesa y le sujeto la muñeca para acercarlo.

—Si estás pensando en hacer lo de la otra vez…, te aviso que hoy prefiero otra cosa —murmuro a la vez que le rodeo la cintura y deslizo la mano por dentro de su camiseta para sentir la piel de su espalda—. Es decir, me encanta que me la comas, pero antes quiero ocuparme de ti.

Percibo el estremecimiento cuando me acerco a su rostro y le clavo los dedos en la cintura para atraerlo hacia mí. Lo olisqueo y arrastro la nariz por la curva de su cuello, notando cómo le suben las pulsaciones. El deseo me crece en la tripa, pero hago lo posible por controlarlo en cuanto veo cómo me agarra: con ganas, con miedo, con la fragilidad de los años de contención. Qué distinto parece del chico que conocí hace cinco años, tan seguro, tan atrevido, tan sexual. Quiero borrarle cada miedo, arrancarle la culpa de la piel a mordiscos y luego curarlo con saliva.

—Podría correrme sintiéndote contra mí —musito mientras froto mi erección con la suya y suelta un gemido.

—Soy yo quien se va a correr rápido —replica, sus manos aferradas a la toalla.

—¿Eso es lo que te pone nervioso?

—No, bueno… Será vergonzoso, pero lo que me pone nervioso es que parece que lo he olvidado todo. ¿Recuerdas tu primera vez? Yo estaba un poco histérico y ni siquiera lo disfruté.

—¿Lo hiciste o te lo hicieron?

—Fui yo, y me sabía la teoría, pero la práctica era otra cosa.

—Bueno, de práctica voy bien; no tienes que preocuparte por eso. Además, recuerdo que no se te daba tan mal.

Me empuja con la cara rojísima y yo me río.

—Que yo recuerde no te quejaste mucho.

—Fueron los tres mejores polvos de mi vida; me quejé de que no hubiera más. Le pienso poner remedio ahora mismo.

Lo sujeto de la nuca y lo beso; lento y profundo. No pienso darle tiempo para que se ponga más nervioso, así que tomo el control y me apodero de sus labios mientras me agarro a su culo y empujo las caderas contra él. En nada lo tengo temblando y buscando estar más cerca. Penetro cada centímetro de su boca y enlazo nuestras lenguas, recordándole lo que me gusta y cómo me gusta. El pulso se le acelera y me trago sus gemidos cada vez que arrastro mi polla por la suya en un vaivén enloquecedor. Él me acaricia el pecho, recorre mis tatuajes y hunde los dedos en mi espalda cuando sus temblores se vuelven incontrolables. Está a punto y ni siquiera lo he desnudado.

Enseguida empiezo a quitarle ropa: la camiseta, los pantalones, el bóxer. Cuando por fin lo tengo desnudo, me aparto para poder admirarlo. Su cuerpo es el mismo y a la vez no lo es. Hay nuevos músculos, lugares que antes tenían otra forma y que ahora me encargo de recorrer con los dedos.

Me aprendo de memoria a este nuevo hombre que tengo delante, tembloroso y tan excitado como yo. Entonces bajo la vista a su entrepierna y es ahí donde me detengo; grande y gruesa, la punta hinchada. Casi puedo sentir su sabor en el paladar.

—Eres precioso.

—Tú eres precioso, yo solo soy el resultado de mis miedos.

Me acerco para cerrarle la boca con lengua y dientes al tiempo que le pellizco el culo. El sonido de su risa me calienta el pecho.

—Repite eso. —Le tiro de la oreja con suavidad. Nuestras erecciones se rozan y él suelta un gemido que me va directo a los huevos.

—¿El qué? —inquiere cuando vuelvo a empujar, una y otra vez, y él gime y se retuerce entre mis brazos.

—Tu risa. Cómo me pone y qué feliz me hace escucharla…

Se vuelve a reír, esta vez con nerviosismo, y yo lo beso por todas partes. Percibo su vergüenza en mi boca, la manera en que se contiene y se le eriza la piel con cada beso y caricia. Se la quito poco a poco. Si algo tiene la vergüenza es que es pegajosa y no se va con cualquier cosa. Hay que insistir y tarda en marcharse, pero pienso emplearme a fondo.

Le recorro el torso con los dedos, dibujo cada nuevo músculo con las yemas y luego con la punta de la lengua, arrancándole gemidos que llevan demasiado tiempo silenciados; guardan anhelos y sueños que hasta ahora parecían perdidos. Y cuando no me quedan sitios que explorar, lo rodeo y hago lo mismo con su espalda. Le muerdo la nuca y el hombro y me froto contra su culo mientras le acaricio y pellizco un pezón y deslizo la otra mano hacia su polla. Ahí es cuando se tensa y hunde los dedos en mi antebrazo.

—Tranquilo.

—Rayner… —gime cuando arrastro la palma por la punta, extendiendo el líquido acumulado.

—¿Quieres que pare?

Hago ademán de separarme, pero me sujeta con más fuerza.

—No, no.

Sonrío y le doy un beso en el hombro.

—¿Recuerdas la vez que te lo hice por detrás, cómo te agarrabas al cabecero? ¿Recuerdas lo mucho que crujía la madera y la vergüenza que te daba que alguien pudiera oírnos? —Arrastro la nariz por su oreja y observo cómo tuerce la boca en una sonrisa—. Te corriste dos veces. Tu cara después de cada orgasmo era una puta fantasía. —Laurent echa la cabeza hacia atrás cuando arrastro la palma por la punta de manera reiterada, de un lado a otro, en círculos—. Durante estos años sin ti, cuando me la cascaba por las noches antes de dormir, siempre me venía esa imagen a la cabeza. Tú corriéndote con las manos en el cabecero y el ruido de tus gemidos mezclados con los golpes del mueble contra la pared. Intentaba pensar en otra cosa, ¿sabes? Me cabreaba imaginarme al rubio capullo que me había abandonado. Pero daba igual con quién me acostara o cómo lo hiciera; esa había sido la experiencia sexual

más increíble que había tenido. —Deslizo los dedos y por fin le sujeto la polla en un puño. Se le doblan las rodillas y a mí también. Joder. Qué caliente y qué duro está—. Dime si quieres que pare, porque cuando empiece creo que me voy a volver loco. Ya lo hago viendo cómo tiemblas. Laurent, voy a follarte tantas veces que te olvidarás de que alguna vez tuviste vergüenza conmigo.

Lo acaricio despacio, presionando la punta con el pulgar y frotándome contra su culo al ritmo de sus gemidos entrecortados. Entonces Laurent deja de ser ese ser con miedos y dudas y regresa ese otro que me hizo perder la cabeza años atrás. Me sujeta la muñeca y empuja las caderas en busca de alivio. Me folla la mano con torpeza al principio y más rápido en cuanto se adapta a nuestros ritmos. Sonrío cuando intuyo que se va a correr y aparto la mano.

—De eso nada. —Le doy la vuelta y lo empujo hacia la cama.

Lo hago sentarse en el borde y le abro las piernas con las mías. Lo miro desde arriba y él hace lo mismo desde abajo. Abre los labios y menea la cabeza cuando entiende lo que voy a hacerle.

—Rayner. —Intenta apartarme cuando me coloco de rodillas en el suelo y le sujeto la polla—. Voy a correrme.

—Eso pretendo.

—Me refiero a ahora. Ya. Es decir, en este momento. En cuanto me toques con la lengua, yo… —No termina la frase porque hago justo eso: darle un lametón desde la base hasta la punta, saboreándolo, haciéndolo temblar—. Rayner…, hablo en serio.

—Yo también —le aseguro y me la meto hasta el fondo; su calor me envuelve y su sabor me inunda el paladar.

Chupo y lamo sin dejar de acariciarlo desde la raíz; movimientos lentos que no consiguen ralentizar el momento. Él tiene razón y el orgasmo no tarda en llegar. Lo sé por cómo tensa los muslos y me sujeta del hombro, cómo gime y se sacude cuando le paso los nudillos por los huevos. Se corre y se corre y eleva la pelvis en un intento de embestirme más fuerte. Lo ayudo con succiones y lametones que le extraen más gemidos y temblores. Me lo trago todo y no dejo de acariciarlo hasta que siento que se relaja.

A continuación, nos limpio a ambos con la toalla y me subo encima de él para besarlo, y abrazarlo, y decirle que está bien, que

no pasa nada.

—Te lo dije —dice en un gruñido entre avergonzado y excitado.

Inspiro hondo. Qué bonito es y qué ganas tenía de verlo así, relajado y disfrutando de nuestra cercanía sin más culpa que la de querer que no termine nunca.

—Y no ha sido tan malo para el tiempo que te has negado a ti mismo esto.

—Ha sido increíble, la verdad.

Sonríe y yo le muerdo la sonrisa.

—Voy a follarte —le informo, solo para comprobar si seguimos en el mismo punto. Él asiente y suspira con las mejillas encendidas—. Quiero hacértelo como la última vez. Tu cabecero es bonito, y no hay nadie que te escuche al otro lado.

—Vale.

Uno nuestras frentes y le beso la nariz.

—¿Estás seguro? Llevas cinco años sin hacerlo. No quiero asustarte.

—No me asustas. Sé que estoy en buenas manos. —Sonríe y a mí se me va la cabeza.

Lo agarro del pelo y lo beso con urgencia, con ganas. Lamo y muerdo sus labios mientras me froto contra su polla, que en nada regresa a la vida. Nos movemos hacia el centro de la cama para estar más cómodos y me bebo sus jadeos mientras nos dedicamos a sentirnos. Nos exploramos, nos apretamos, nos buscamos. Sé que lo necesita y yo quiero respetar sus tiempos. Somos pieles que se reconocen, risas que nos abandonan, sudor y jadeos entrecortados. Al segundo orgasmo me lleva con él y por fin deja de estar tan nervioso. Su mirada me dice que quiere más, su cuerpo sigue en llamas.

Cojo el lubricante del cajón de la mesilla donde me dice que lo guarda y un condón de mi cartera, y le hago darse la vuelta con una almohada colocada por debajo del abdomen. Me alzo sobre las rodillas y lo miro. Tiene el cuello girado y espera, las piernas le tiemblan un poco y el rubor en sus mejillas se extiende hacia la nuca y la espalda. En esa posición parece frágil, vulnerable, pero yo sé

que no lo es. Solo me cede el control por un rato y yo pienso reclamarle cada segundo que hemos pasado separados.

Le abro las piernas y se estremece cuando le echo un chorro de lubricante entre las nalgas. Recuerdo lo que le gusta y cómo le gusta, de modo que lo preparo rápido, primero con dos y luego con tres dedos, y no me cuesta mucho tenerlo jadeando y pidiendo más. Tengo muchas ganas y mucha más prisa. Demasiado tiempo imaginando, demasiado tiempo esperando, demasiado.

Me pongo el condón y me coloco entre sus piernas, apoyando los codos a los lados de su cuerpo para no aplastarlo.

—Las manos en el cabecero como la otra vez —le ordeno y la voz me sale demasiado ronca cuando me agarro la erección resbaladiza y la deslizo entre sus nalgas, arriba y abajo, arriba y abajo, haciendo que se restriegue contra el colchón y sus manos se vean pálidas sobre la superficie de madera oscura de tanto apretar.

Laurent se gira unos centímetros, cada vez más ansioso.

—Rayner, deja de jugar —ruega apenas sin voz.

—Te gusta que juegue.

—Sí, pero no ahora. Es que… tengo muchas ganas —confiesa—. Lo echo de menos. Hace tanto tiempo… —Suspira cuando dirijo la punta hacia su entrada y echa las caderas hacia atrás.

Observo sus manos, la forma en que aprieta los dedos en torno a los barrotes, cómo se estremece cuando empiezo a empujar. Le aparto el pelo de la cara y le giro el cuello para besarlo en los labios.

—Laurent. —Le doy un mordisco en la barbilla para que me preste atención cuando veo que cierra los ojos. Los vuelve a abrir—. Me encantaría ir despacio, pero no es lo que me apetece ahora mismo y creo que a ti tampoco. Quiero reescribir esa puñetera fantasía con la que llevo años soñando. Así que dime que pare si te hago daño, ¿vale?

Deslizo la mano entre sus muslos y le clavo los dedos en la ingle.

—Házmelo bien, Rayner, no me voy a romper.

Un último beso y me hundo en él hasta el fondo. Me tomo un momento para respirar, y para darle tiempo a que se acostumbre a mi tamaño. Me muevo a los lados, dentro y fuera sin llegar a sacarla, solo moviéndome dentro de él. Está tan caliente y apretado que creo

que estoy en el infierno, y que voy a volverme loco, y que me importan una mierda las dos cosas porque no quiero dejar de sentir esto nunca.

—Rayner…

Le muerdo el hombro. Tengo el pecho pegado a su espalda y estoy seguro de que puede notarme el pulso, así como yo noto el suyo por todas partes. Laurent es todo corazón. Está temblando tanto que no sé si le gusta o si no le gusta. Cambio el peso del cuerpo hacia el otro lado y el suspiro que se le escapa me da la respuesta, también el modo en que lo siento contraerse y elevar las caderas en mi busca.

No sé quién de los dos gime más fuerte; me da lo mismo.

Me incorporo sobre las rodillas, lo sujeto de la cintura con una mano y del muslo con la otra, y comienzo a embestir. Regreso a aquella noche de hace cinco años cuando solo éramos dos desconocidos jugando a conocernos, buscando una liberación. Pero ya no somos esos chicos y los dos buscamos algo más que sexo, algo más que un alma que nos entienda. Ahora nos buscamos a nosotros mismos, nos encontramos en la piel del otro.

Las ganas me pueden y me lo follo rápido, golpeándole ese punto que lo hace temblar y pedirme más. Me fijo en su cara, la manera en que gime y se muerde los labios. Cómo pronuncia mi nombre. Cómo eleva el culo para que llegue más al fondo. Sé que le duele un poco, pero también sé que es un dolor que solo aumenta el placer.

Le recorro la espalda con los dedos mientras observo cómo entro y salgo de él, el movimiento del cabecero no es tan evidente como en aquella habitación de Farpoint, pero la visión es aún más delirante. Laurent, tan grande, tan perfecto, tan sexi, con el culo alzado y mi polla enterrada en él, haciéndoselo como tantas veces se lo he hecho en mis sueños, cuando intentaba dormir y cuando me despertaba pensando en él, ardiendo de necesidad. La imagen me corta la respiración, la erección me crece con cada contracción de sus músculos y ese calor que no hace más que aumentar dentro de mí. Estoy a punto de correrme y necesito que lo haga conmigo.

Me estiro para besarlo y uno nuestras frentes. Los dos sudamos y respiramos con dificultad. Laurent tira de mi labio inferior y lo lame, un gesto tan simple y tan significativo que me duele el pecho por todo lo que siento. Él está aquí, por fin, conmigo, y yo estoy con él. Lo abrazo con fuerza y gemimos cuando vuelvo a encajar en su interior. Pienso en la magia, en las puertas que abren lugares y los lugares que son personas. Pienso en el destino que me devolvió a mi hermano y me trajo hasta Winter Falls, hasta Laurent. Pienso en el destino como una persona, y luego pienso que si el destino es una persona, mi destino es él.

Coloco la mano sobre la suya, aún sujeta al cabecero, para enlazar nuestros dedos y él se aferra a mí como a un salvavidas.

—Rayner… —gime.

—Sí, yo también —le digo al tiempo que deslizo la otra mano hacia su erección porque quiero que lo sienta todo, que me sienta.

Me lleno de sonidos. Los gemidos de Laurent, el golpeteo del cabecero, las embestidas enérgicas unidas al entrechocar de nuestros huevos y las sacudidas de su polla a medida que aumento el ritmo de mis caricias, su cuerpo sudoroso contra el mío, nuestras respiraciones… Todo se mezcla y es demasiado y yo solo puedo ir más y más rápido mientras siento cómo Laurent me clava los dedos y se corre con tal intensidad que apenas soy capaz de sujetarlo para mantenerme dentro de él. Su orgasmo espolea el mío y lo sigo entre jadeos sonoros y estremecimientos que no parecen acabarse nunca.

No salgo de él, pero sí lo hago ponerse de lado para poder abrazarlo desde atrás sin aplastarlo. Meto una pierna entre las suyas y le rodeo la cintura para envolverlo en mí como hice aquella primera noche. Sí, ahora es más grande que yo, pero qué más da. Le aparto el pelo de la nuca y comienzo a besarlo ahí. Besos acompañados de pequeños mordiscos y lametones que lo hacen retorcerse de necesidad, como si no acabara de correrse tres veces.

—¿Quieres otro? Estoy cansado, pero todavía me queda cuerda. —Me muevo, aún dentro de él.

Laurent se estremece.

—A ti sí, pero creo que a mi culo no.

—Bueno, el mío está operativo, si quieres.

Me pellizca el muslo y yo me río.

—No recordaba que fueras tan guarro.

—Tú eres peor, Laurent. Y resulta que yo sí me acuerdo.

—Ha sido el cuarto mejor polvo de mi vida.

—A partir de ahora podrás dejar de contar, porque todos serán así de increíbles.

El sonido de su risa me calienta el corazón. Cuánto echaba de menos eso, cuánto.

—Eres un creído.

—Bueno, estás aquí conmigo. Creo que me puedo permitir creer en cosas en las que nunca he creído. Gracias por querer darnos una oportunidad.

Laurent se gira y me sujeta del cuello para unir nuestros rostros.

—Te quiero —susurra en mi boca; tiene los ojos brillantes, y el rostro brillante, y el alma más brillante que he conocido nunca—. No sabía que el amor podía ser así hasta que te conocí.

Un calor intenso me llena el pecho y se expande por mi cuerpo. Inspiro su olor, naranja y jengibre suavizado con su aroma corporal y ese otro a sexo que nos envuelve. Huele a sueños, y a presente, y a futuro, y a todo lo que necesito para ser feliz.

—¿Así cómo?

—Como un fuego que nunca se apaga, pero que no quema ni hace daño. Un fuego que no es una carga.

—Eso suena a Howl.

—Querrás decir a Rayner Sullivan.

Hundo los dedos en su pelo y me trago el suspiro que se le escapa.

—Te quiero, Laurent. No tenía ni idea de cuánto te había buscado hasta que te encontré y te perdí. No pienso dejar que vuelvas a escaparte de mí.

Nos miramos, nos besamos, nos apretamos. Fuera, una ramita araña la ventana, un gato callejero maúlla y la bombilla de una de las farolas se funde, oscureciendo la calle todavía más. El mundo gira y gira y yo me pregunto si giramos con él o si hemos aprendido a girar el uno en el otro. No me importaría girar sobre Laurent durante toda la vida.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Laurent



SEIS MESES DESPUÉS

La cuidadora de la ninfa con la que hemos quedado vive a unos quince minutos de la casa del lago, en una zona mucho más apartada de Winter Falls, rodeada de árboles y una vegetación exuberante. La libertad se respira incluso dentro de la casa, donde la calefacción está puesta de manera tenue. La primavera está terminando, pero en esta ciudad el frío es una capa que se adhiere a tu piel y no te suelta.

Nos tomamos un café mientras ella nos habla un poco sobre la ninfa de apenas nueve meses, del comportamiento con otras ninfas, de lo que le gusta y lo que no y de su adiestramiento. La palabra «adiestramiento» me amarga el café aún más de lo que ya está. La mujer es simpática y se nota que tiene buen corazón, pero no me gusta esa manera de hablar de un ser tan parecido al que me ha regalado alegría y compañía, que me ha mantenido… vivo.

Rayner me da un empujón con la rodilla y yo le digo con la mirada que estoy bien mientras la cuidadora se levanta y nos trae a la pequeña. Es de un blanco perlado, con las dos manchas anaranjadas en las mejillas y una cresta que eleva cuando me la coloca en el antebrazo. Es más pequeña que Vic, pero también más

alegre, quizá por su corta edad. El recelo conmigo le dura un parpadeo y en nada la tengo avanzando por mi antebrazo hasta subirse a mi hombro. Me besa con el pico y me empuja la mejilla con la fuerza de su cuerpecito. Ahí me derrito. Le devuelvo el gesto y le acaricio la cabeza y las plumas.

Le gusto, me gusta.

Hay momentos que te cambian, que remueven todo lo que eres, momentos que postergas hasta que llegan y, en un instante, se acaban. Eso es lo que siento cuando la conozco después de tantos meses de dudas y pensamientos intrusivos. Y no tengo mucho más que pensar, porque todo es como debería ser.

Aun así… se me forma un nudo pesado en la tripa y ahí se queda: miedo, dudas, ansiedad.

Nos quedamos un rato con ella, conociéndola, jugando y escuchando el piar del resto de aves desde el otro lado de la casa. ¿Cómo puede criarlas y deshacerse de ellas? Lo pienso y solo puedo compararlo con arrancarme extremidades.

No es hasta que nos despedimos, con la promesa de la cuidadora de traerla el fin de semana a casa para que conozca a Vic y ver cómo congenian, que Rayner me detiene en el porche metiéndome un dedo en el bolsillo trasero del vaquero.

—Dime qué ha ido mal.

—Ya la has visto, no ha ido nada mal —replico—. Es perfecta.

Él tira un poco más de mi pantalón, lo que me impide avanzar y bajar las escaleras.

—Laurent…

Me suelto y bajo intentando controlar la presión de mi entrepierna causada, una vez más, por su forma de pronunciar mi nombre; no me canso. Me giro y apoyo el culo en la madera de la balaustrada. Al muy capullo se le forma una sonrisa al borde de la boca. Cómo me conoce…

Me toma de la barbilla cuando ve lo entretenido que estoy observando el caracol que se desplaza por la piedra de la maceta a unos centímetros de nosotros.

—¿Qué es lo que te da miedo?

—¿Todo? —Suelto un suspiro hondo—. Que enferme, que no se lleven bien, o que se lleven demasiado bien. Que Vic deje de necesitarme, quizá. —Me encojo de hombros—. Que sí, que ya sé que es una tontería. Se supone que es lo que quiero, ¿no? Que haga su vida sin mí. Que no deje de dormir por esperarme si llego tarde, que no sienta pena, que no esté sola. Pero… es que siempre hemos sido ella y yo, y ahora…

—Ahora estoy yo y estará Sophie.

—¿Sophie?

Enarco las cejas, él se coloca muy pero que muy cerca de mí. Su calor me envuelve y tiro de su cazadora para sentir la dureza de su cuerpo. Qué bien huele y qué bien me siento cuando lo tengo cerca.

—Bueno, si vamos a adoptar quiero poder decidir el nombre de uno de nuestros pequeños.

El corazón se me acelera. Él estira el brazo para acariciarme la nuca con suavidad y hundir los dedos en mi pelo como le gusta.

—Quita esa cara, estoy en todo mi derecho.

—¿Significa eso que tú y yo…? —La voz se me desvanece ante la intensidad de su mirada—. ¿Quieres venirte a vivir conmigo?

Rayner sonríe, también se pone un poco rojo. Y eso que su piel es morena y cuesta mucho que se le note. Le miro los labios y él me levanta la barbilla al darse cuenta de lo que estoy pensando. Sí, vale, pero es que llevo todo el día con los nervios en la tripa y necesito descargar. Necesito besarlo, y quitarle la ropa, y soltar en su cuerpo toda la energía que se me desborda. Y creo que me volveré loco si no lo toco.

—Laurent…

Vale, ahora sí que creo que me volveré loco. Él se estremece cuando empujo la nariz por la curva de su cuello y percibe la humedad de mi aliento por detrás de la oreja.

—Solo es un nombre —añade—. No estoy hablando de vivir juntos. Que me encantaría, pero…

—Ni se te ocurra decir que ronco.

Lo sujeto de la camiseta y le beso la comisura de la boca. Su olor consigue estremecerme y hacer que lo desee todavía más. Ahora. Ya.

—Es que roncas, mucho. Pero eso me da lo mismo, porque ya tengo un truco. Te despierto comiéndote la polla y en nada dejas de roncar. El caso no es ese —explica cuando me escucha resoplar—. No quiero que te arrepientas. Aún sigues limpiando más de lo que deberías y te sigues enfadando conmigo cuando mancho algo, y te pones histérico si juego con Vic y me olvido de cambiar los cuencos donde se baña. No creo que estés preparado para dar dos pasos tan grandes a la vez.

—Sophie es pequeñita.

Sonríe y yo sonrío más. Enseguida lo beso. Le meto la lengua y lo saboreo, lento y despacio, hasta que noto cómo se enciende.

—Es un buen nombre, lo sé —musita.

Le suelto la camiseta que aún tenía agarrada en un puño y lo tomo de la mano.

—Duermes en mi casa seis días de siete. Y porque tienes que ir a terapia uno de ellos y llegas cansado y agotado y no quieres ponerme triste, cosa que me parece absurda, porque tú estás ahí siempre, esté bien o esté mal. Por eso no quieres que vivamos juntos, ¿no? Necesitas poder escaparte de vez en cuando para que yo no te vea.

Rayner me aprieta la mano. No puede esconder la verdad de mí, igual que yo ya no consigo ocultarme de él.

—Me da miedo lo mucho que has aprendido a leerme.

—Puedes tomarte tu tiempo cuando quieras, y también puedes pedirme que vaya contigo a la casa del lago, o venir conmigo y darme un poco de ese ansiado aislamiento que pareces necesitar. Si lo piensas, el aislamiento de dos es más un refugio, como una cabaña apartada y perdida en las montañas. Soledad buscada; soledad acompañada. Y yo… resulta que lo quiero todo contigo.

—Una cabaña aislada, una casa en el lago… Cualquier aislamiento contigo suena a paraíso. Pero no quiero que te aísles de ninguna forma por mí.

—Pues resulta que yo te quiero al completo, incluso con esa parte tuya que de vez en cuando necesita evadirse. Dime que sí y dejo que le pongas Sophie.

—Laurent…

—Me puedes despertar comiéndome la polla. Esa parte me gusta mucho; prometo que roncaré más.

Se ríe a carcajadas.

—Pero ¿en qué clase de monstruo te has convertido? —Los ojos se le oscurecen.

—Solo tienes que aceptar una llave en lugar de llamarme para que te abra. No es que vaya a haber mucha diferencia. Además, en nada Hayden se unirá a nosotros y voy a necesitar tu mano de hierro para cuidar a ese adolescente enfadado con el mundo. A mí no me hace caso, ya lo sabes.

—Si ya sabía yo que me querías por interés… —gruñe, y yo me río al ver su cara de fastidio.

—Te quiero por muchas cosas. El sexo es una de ellas, por cierto. Y últimamente estoy…, no sé, raro.

—Estás desatado, Laurent —me corrige, todavía con ese gesto de estar enfadado con la vida—. Que se me va a caer como sigas así. No te rías —dice al verme la cara.

Pero ya lo estoy haciendo, y él también.

Lo empujo y avanzamos bajo el cielo de Winter Falls en una tarde que no me parece tan fría, aunque las temperaturas sigan siendo bajas.

Los dos nos detenemos a observar la nueva furgoneta roja que nos va a acompañar en nuestros viajes; está camperizada, adaptada para ser una vivienda móvil, el hogar rodante donde refugiarnos en las escapadas que hagamos por carretera, con sus placas solares y su toldo grisáceo. Muy apretujados, eso sí, pero qué más da. No necesito espacio cuando estoy con él. Solo que esté encima, o debajo. Eso también me da igual.

Me subo al asiento y pongo rumbo a un lugar que descubrí hace unos años, cuando me dedicaba a caminar y a correr para intentar respirar. Es increíble cómo a veces quedarte sin aire te ayuda a llenar los pulmones, y yo me ahogaba si no lo hacía. De culpa, de miedo, de soledad.

Rayner deja caer la mano sobre mi pierna como si me hubiera leído el pensamiento.

—¿A dónde vamos? —me pregunta.

—A estrenar esta maravilla. —Ante su alzamiento de cejas, le explico—: ¿Qué? Necesito saber si hay espacio suficiente para vivir dentro cuando nos dé por marcharnos. Aún estamos a tiempo de cambiarla. Además, tienen que caber dos ninfas. Dos.

—Hay espacio de sobra.

—Y quiero saber cómo se escucha mientras te lo hago contra la miniencimera. ¿La has visto? Es que parece hecha a la medida de tu altura. Solo tienes que inclinarte un poco y… —Lanzo un suspiro que pretende ser sexi, pero que no sé si consigo porque tengo la vista muy concentrada en la carretera llena de curvas.

La risa que se le escapa también me llena de aire; uno fresco, libre de todo.

—¡Lo sabía! Estabas pensando en eso cuando el chaval te hablaba de amortiguación y los ruidos del depósito de agua. Desatado —repite, meneando la cabeza.

—¿Tienes algún problema con eso?

—Ahora mismo, uno bastante molesto, la verdad.

Sigo sin poder mirar, de modo que toma mi mano y la lleva a su entrepierna para hacerme ver lo molesto que está. Se me pone dura al instante y tengo que contenerme para no parar en el arcén y hacérselo contra el asiento. No sería mala idea, eso también lo quiero probar. Pero…

Estoy tan metido en mis pensamientos que no me doy cuenta de que he empezado a acariciársela con urgencia hasta que suelta un gemido y me aparta la mano.

—Para.

—Tranquilo, ya falta poco.

—¿Has traído condones? —pregunta—. No he comprado.

—¿Qué clase de mago eres?

—Uno al que apenas dejas usar la varita últimamente, por si no te has dado cuenta.

—Me gusta tu culo, no me juzgues. Y no veo que te quejes mucho.

En cuanto descubro la señal, cojo el desvío, giro hacia la derecha y conduzco con cuidado dado el estado empedrado del terreno, lleno de ramas caídas y arbustos.

—Podemos dejar de usarlos, si quieres —me propone—. Por mí no hay problema.

Se me para un poco el corazón; o un mucho. La verdad es que dejo hasta de respirar, cosa que lleva meses sin pasarme. Detengo el coche junto al roble, escondido bajo una cascada de plantas, y apago el motor.

—¿Dejar de usar tu culo? —bromeo; necesito saber si lo he entendido bien—. De eso nada.

—Ya sabes a lo que me refiero. Estamos sanos y somos pareja. Nunca lo he hecho a pelo, ¿sabes? Pero contigo no veo por qué no. —Se quita el cinturón y se acerca para tomarme del rostro—. Laurent, no estás respirando.

—No puedo respirar y sentir tanto a la vez. Es que se me va la cabeza.

Rayner se ríe y yo lo hago con él. Luego lo empujo y me coloco encima, con las rodillas a cada lado de sus piernas. Lo beso con ganas, con ansias, con abandono. Tal y como sé que le gusta. Él me sujeta de la cintura, introduce las manos por debajo de mi camiseta y me clava los dedos en la espalda. Gemimos mientras buscamos el contacto de nuestras erecciones.

—¿Son cosas mías o estás más flaco? —Lo pregunta mientras jadea y se mueve al ritmo del vaivén de mis caderas.

—Estoy perdiendo músculo. Es por tu culpa —atrapo su labio inferior entre los dientes—, me entretienes con otras cosas y ya no hago pesas por la noche. El cuerpo es muy desagradecido.

—Mmm. Discrepo, el mío te lo agradece mucho. Unos cuantos meses más y podré manejarte por la casa sin que me dé lumbago.

Me descojono y le hago cosquillas en ese punto del costado que lo hace retorcerse y reírse a carcajadas.

—No hagas eso, idiota.

—Es que eres tonto.

Me besa. Una, dos, tres mil veces.

—¿Te he asustado con lo del condón? —pregunta con una cautela que me rompe un poquito el corazón. Odio que haga eso, que se crea que no es suficiente para mí, que piense siquiera en la posibilidad de que pueda alejarme de él otra vez.

—Mmm. Más bien estoy… aterrado. Tengo miedo de abrir los ojos y que dejes de estar.

—Eso es cosa de magos, y yo solo soy Rayner —me recuerda.

—Mago o no, eres el único hombre al que quiero. Y ahora vamos dentro. Quiero hacértelo a pelo contra la miniencimera mientras te miro a los ojos.

Se le escapa la risa, seguida de un gemido cuando arrastro mi erección por la suya.

Tardamos nada en salir de la furgoneta, pero mucho en llegar a nuestro destino. El interior es estrecho para los dos y nos detenemos cada tres segundos para besarnos y quitarnos los pantalones y los calzoncillos. También nos damos algún que otro golpe aquí y allá y llegamos a la conclusión de que no necesitamos una silla junto a la puerta.

Cuando por fin lo empujo contra la encimera, me doy cuenta de que sí, tiene el tamaño perfecto para subirlo encima y hacer que apoye las piernas contra la pared a cada lado de mi cuerpo. Así de estrecha es la caravana y así de sexi es la postura en la que pienso hacérselo.

—Estás para untarte con una de esas mermeladas que nos regala Dani cada vez que viene a casa con tu hermano —le digo mientras lo preparo rápido con el sobre de lubricante que tengo en la cartera.

—Calla o se me baja —me advierte, pero el gemido que suelta contradice sus palabras.

Lo sujeto del culo y lo alzo lo justo para metérsela hasta el fondo. Él emite algo parecido a un sollozo. Se agarra al mueble con una mano y me rodea el cuello con la otra, uniendo nuestras frentes.

—Madre mía —gruño, jadeando. El ardor es intenso y la sensación de sentirme rodeado sin ninguna barrera entre nosotros una puñetera locura en la que me quedaría a vivir si no le tuviera tantas ganas.

—Laurent...

—Si me llamas así no voy a durar nada —le advierto, y noto cómo se contrae en torno a mí, apretándome, engulléndome—. Mierda, creo que no voy a durar nada de nada.

—Ni yo, así que muévete de una vez.

Salgo y vuelvo a entrar. La sensación es abrumadora y me cuesta un mundo sostener su peso. Él flexiona y empuja más las piernas contra la pared de enfrente; a continuación, se dedica a bajar para encontrarse conmigo al tiempo que yo subo. El impacto es demoledor. Rayner hunde la mano en mi pelo y a mí se me va la cabeza. Le clavo los dedos en las nalgas y lo embisto con fuerza. Ahí, en ese espacio diminuto donde apenas cabemos los dos abrazados, me follo a mi novio por primera vez sin condón. No sé cuánto duramos, solo sé que la imagen de Rayner, este hombre de apariencia dura, tan lleno de aristas y tan bondadoso, con la espalda encorvada y el brazo estirado hacia arriba para sujetarse al saliente del mueble mientras se la meto en estocadas cortas y rápidas, es lo más sexi y hermoso que he visto en mi vida. Su cara es una mezcla de deseo y abandono; los tatuajes asomando allá donde la camiseta se le ha subido hasta el pecho, la boca entreabierta, los labios brillantes, la polla hinchada y durísima. Soy yo quien se corre primero, y él me sigue en cuanto me quedo inmóvil en su interior y hundo la boca en su cuello, gimiendo y clavándole los dientes con suavidad mientras los dos lo sentimos todo con una intensidad demoledora.

Todavía se está corriendo cuando deslizo los dedos entre nuestros cuerpos y lo acaricio con suavidad hasta que deja de convulsionar.

—Te doy diez minutos y lo hacemos al revés. Necesito saber lo que se siente.

La carcajada que suelta casi consigue que acabemos en el suelo. Casi. Le coloco las piernas alrededor de mi cintura y lo sujeto bien contra el mueble. Por nada del mundo pienso dejar que se me escurra, no hasta que me prometa una cosa.

—Vente a vivir conmigo. Yo… —digo, y Rayner me aparta los mechones de la cara—, necesito esto todas las noches.

—Desatado —murmura con una sonrisa socarrona.

—Con «esto» me refiero a ti y a tu mochila en nuestra casa. —Le beso la comisura de la boca—. Te quiero en cada rincón, en mi armario, en mi piel.

—En tu piel ya estoy.

—Hablo en serio. —Empujo un poco más las caderas; sigo dentro de él y aún la tengo lo bastante hinchada para hacerlo jadear—. Usaremos la furgoneta cuando quieras desaparecer. Lo haremos juntos, si quieres.

—Me gusta la idea de desaparecer si es contigo. Tú y yo por ahí.

—Y nuestras ninfas —agrego.

Sonríe en respuesta y yo lo vuelvo a besar.

—Ha sido el mejor polvo de mi vida —le digo.

Él me muerde el lóbulo de la oreja y me tiembla todo cuando me lame la zona con deliberada lentitud.

—Siempre dices lo mismo. —Hunde la mano en mi pelo y la caricia hace que cierre los ojos de puro deleite.

—Es que cada vez me parece más increíble. Cada día es mejor, Rayner. Incluso los días en los que te pones gruñón o yo me enfado por tonterías, siempre consigues que me vaya a la cama con una sonrisa. Si eso no es magia, no entiendo la vida. Y ¿sabes qué? Que me da igual no entenderla. Me da igual, si estoy contigo.

EPÍLOGO

Rayner



TRES AÑOS DESPUÉS

«Loooren», canturrea Vic desde la jaula que ocupa la parte superior de la furgoneta, que ha sido adaptada y modificada varias veces para que las dos ninfas puedan tener su espacio, uno que ha acabado siendo superior al nuestro, porque, según Laurent, nosotros dos no necesitamos más espacio que el que hay entre nuestras pieles, y pocas cosas discuto con mi chico después de tres años de relación. Y no es por pereza ni por haberme acomodado a la realidad en la que vivimos, sino porque Laurent es lo suficientemente altruista como para pedir por los demás y olvidarse de sí mismo todo el tiempo. Y no puedo echarle en cara nada más allá de que a veces se queda sin dormir porque está demasiado preocupado por esto y por lo otro.

Lo único que me molesta son esos momentos de pánico en los que se queda sin respiración y deja salir a aquel viejo Laurent que intentaba esconderse del mundo. Entonces me pongo serio y le explico con manos y lengua que hay mil formas mejores de dejar de respirar, y que las preocupaciones se afrontan hablándolas en voz alta, algo que llevo intentando que haga desde que nos levantamos esta mañana.

Vic sigue piando y en nada se le suma Sophie, que ha aprendido a imitar el tono de su compañera a la perfección. Me uno a ellas y lo llamo con un «Loooren, que se nos va a hacer de noche».

Él se despide de quien sea que está al otro lado del teléfono (Dani, Hayden, Taylor… A saber a quién más se lo ha dicho) y entra.

No me mira. Lleva así desde que se levantó. Alargo el brazo y le acaricio el muslo con la palma estirada, arriba y abajo, de manera insistente, pero ni con esas.

—Era Hayden —me dice.

—Ya.

—Creo que va a traer a la chica esa a casa. Estaba intentando explicarle los inconvenientes de no usar condón, ya sabes, cuando se está muy metido en el temita y te da pereza ponértelo, pero me ha colgado.

Me descojono; no puedo evitarlo.

—Espero que no hayas metido el «inconveniente» en la conversación, porque suena ridículo, y ya tiene diecinueve.

Intenta apartarme la mano de pura indignación.

—Suenas como él.

—Y a ti solo te falta volver a ponerte los trajecitos pijos y engominarte el pelo. —Me estremezco de manera exagerada, claro que él no lo nota porque sigue evitando mirarme—. Venga, Laurent, ya tuviste la charla de sexo con él a los dieciséis, cuando se vino a vivir a casa. —Me rasco la barbilla y él suelta un suspiro cuando desvío los dedos hacia su ingle y le aprieto la polla en un intento desesperado de que se fije en mí de una vez—. Espera, que a los diecisiete también, cuando nos presentó a su primer novio. Y a los dieciocho, cuando fuimos a pasar las vacaciones con mi tía y él quería quedarse porque Lucas no se encontraba bien. Si mal no recuerdo, cada vez que nos vamos de viaje lo haces.

—Es por si acaso. Los jóvenes se olvidan de esas cosas y, no sé tú, pero no estoy preparado para ser abuelo. No he cumplido los treinta y cinco. Antes me gustaría, no sé, casarme.

Sonrío, mucho mucho. Giro el cuello para observar el paisaje, la mezcla perfecta de verde y marrón con el naranja y el violeta del ocaso.

—Así que casarte.

—Sí, bueno, algo muy básico. Ya sabes que odio las celebraciones. Pero, no sé, me gustan los anillos. No como objeto de pertenencia, sino como símbolo. Sentir el peso en la piel, como uno de esos tatuajes que llevas.

—Puedes tatuarte un anillo, pesa menos.

—No me vaciles.

Me río. Qué nervioso está. Cómo lo quiero.

—¿No dices nada? —inquiere bajito.

—Te estoy mirando, me parece más importante.

Dos segundos, ese es el tiempo que se toma para desviar la vista de la carretera y observarme. A mí y a lo que tengo en mi regazo.

—¿Y la bandeja que estaba dentro? —pregunta al ver el contenedor vacío.

Me muerdo la sonrisa. Joder. Qué difícil es hacer esto.

—¿Dónde va a estar? Entregada, como todas las demás.

—¿Has entregado la bandeja de ese contenedor? —Su tono es demasiado alto, casi una imitación del de las ninfas, que enseguida se ponen a corearlo, y a llamarlo, y él las mira por el espejo retrovisor con adoración; pero sigue nervioso y a mí me cuesta mantener la serenidad.

Abro más la palma y le doy pequeños toques en el muslo.

—Eran para eso, Laurent.

—No eran para eso. Te dije que no soltaras el contenedor, te dije que lo agarraras fuerte.

—No lo he soltado. Mira. —Le enseño lo fuerte que lo tengo sujeto con la otra mano—. Laurent… ¿Qué haces?

Él ya se ha desviado hacia el arcén. Apaga el motor y se quita el cinturón para abrir el contenedor y descubrir lo que ya le he dicho: que no hay bandeja, que la he entregado. Lo que resulta muy absurdo, porque estaba bien vacía. De comida, claro. Si medimos el peso real de lo que llevaba dentro… Pero Laurent no piensa ni mira ni respira cuando está así de nervioso. Se me infla el pecho y estoy a nada de sujetarlo de la camiseta y comérmelo a besos cuando se baja del coche sin que me dé tiempo a reaccionar.

Las ninfas se vuelven locas, como mi chico, que se pone a mirar el móvil con ansiedad.

Me bajo y rodeo la furgoneta.

—¿Qué haces?

—¿Cómo que qué hago? Llamar a la casa de los Smith.

—¿Para qué exactamente? ¿Vas a quitarles la comida? Puedo prepararte algo rápido si tienes hambre.

Su gesto de confusión me hace sonreír como un idiota.

—¿Qué? ¡Claro que no! Es que no había comida. Yo… necesito esa bandeja, Rayner.

—No la necesitas.

Él no me hace caso; sus dedos se mueven por la pantalla a una velocidad delirante. Me acerco y le quito el móvil. Me lo guardo en el bolsillo y le levanto la barbilla.

—Respira. —Él lo hace, poco a poco. Casi puedo ver los engranajes de su cabeza en busca de bifurcaciones y alternativas. Este es el Laurent al que quiero, el inconformista, el que lucha, el que gana. Y a mí ya me ha ganado, pero está tan asustado que no se atreve ni a pensarlo—. No necesitas nada, Laurent.

—Uf, no me llames así. Que no puedo pensar en eso ahora.

—Tú siempre piensas en eso. Pero ahora deja de pensar y mírame.

Sus ojos azules se encuentran con los míos; nerviosos, ansiosos y brillantes, como todo él.

—Te estoy mirando.

—Mírame bien. Mírame con atención.

Le acaricio la nuca y le arrastro el dedo anular por la piel del cuello, que enseguida se le eriza al sentir el frío del metal.

Entonces por fin, por fin, me mira de verdad. Se le encienden las mejillas y me sujeta la muñeca para ver que llevo la alianza. Sonrío, él sonríe y suelta todo el aire contenido.

—Joder.

—Uy, has dicho un taco. Macarrilla de pacotilla.

Me empuja el pecho sin demasiado entusiasmo.

—Eres un capullo.

—Venga ya, solo me ha faltado meterte la mano por debajo de los pantalones y cogerte la polla para que te dieras cuenta de que llevaba horas con ella. Cuando te pones nervioso no sé si comerte o preparar palomitas.

Él desliza los dedos por la alianza y la gira a un lado y al otro.

—Te queda perfecta —murmura.

—Te pasaste meses midiéndome el dedo. No esperaba menos.

Nos miramos. Él con impaciencia, yo con adoración.

—Mi respuesta es sí. Te respondo antes de que preguntes porque va a llover y me gustaría que llegáramos al *camping* antes de que lo haga.

Un segundo. Eso es lo que tarda en cubrirme la boca con sus labios. Me envuelve entre sus brazos, me aprieta, me llena de besos.

—Lo del *camping* puede esperar a mañana. Conozco un sitio por aquí que…

Me río.

—Después de tantos años juntos deberías haberte cansado ya, ¿no? Con la de años que aguantaste sin…

—Vamos a la parte de atrás y te demuestro lo poco que me he cansado de ti.

Los dos dirigimos la vista hacia el que será nuestro hogar durante las tres semanas en las que durará nuestro viaje. El canto de las ninfas se escucha desde aquí. Nadie diría que aquella furgoneta que compramos hace tres años con el vértigo en la tripa iba a llevar el peso de tantos kilómetros, tantas risas y tantos amaneceres juntos. Tanto de nosotros. Y ¿qué es si no una casa? Eso, justo eso.

La felicidad tiene muchas formas, pero para mí es esto: un momento cualquiera en un sitio cualquiera donde pueda ser yo, con mochila y miedos y sueños que quizá se cumplan o tal vez no lo hagan nunca. Qué más da. Laurent me da todo eso, y quizá yo nunca esté a la altura, porque no soy un mago aunque a mi familia le guste referirse a mí como si lo fuera. Solo espero que él encuentre en mí la felicidad que se merece, que nunca quiera estar en otra parte, que vivir sea la única magia que necesitemos.

Extiendo el brazo para darle la mano, tal y como hizo Howl cuando vio a Sophie por primera vez, y lo arrastro a nuestro propio castillo ambulante, a nuestro hogar.

FIN


WINTER
FALLS

AGRADECIMIENTOS

Soulmates. Almas gemelas. Podríamos llenar páginas hablando de ello. Ya en la mitología griega se decía que Zeus dividió a los humanos en dos mitades como castigo y que ambas fueron condenadas a buscarse con desesperación por el resto de sus días a fin de lograr volver a sentirse… completas.

Cuando nosotras decimos que somos almas gemelas no nos referimos a esto, ni al término romántico del que hablamos mucho en nuestra serie Soul Finder. No somos ese tipo de almas gemelas. O sí. Qué más da.

El caso es que un día la vida nos juntó. Una se encontró con la otra y nos dimos cuenta de que teníamos muchas cosas en común, muchos libros en nuestro haber, muchos pensamientos similares. Pero a nivel de escritura… Es ahí donde podemos hablar de Zeus y de los milagros y de todo lo que queráis. Porque sí, somos almas gemelas. Sí, podemos encadenar pensamientos como si estos trazaran líneas invisibles que fueran de la una a la otra, de Madrid a Gran Canaria y vuelta a empezar (sin pasar por la casilla de salida y sin las puñeteras aduanas, que vaya rollo).

Como jugar a piedra, papel o tijera y quedar en tablas. Siempre en tablas. Así es nuestra escritura: un empate técnico que siempre es un triunfo. Porque juntas ganamos. Juntas somos una, pero sin dejar de ser dos. No es fácil escribir a cuatro manos. Sentirte libre cuando trabajas con otra persona en algo tan visceral como es la escritura es muy complicado, y una maravilla cuando conectas al nivel en el que nosotras lo hacemos.

Escribir a veces es arrancarte la costra de una vieja herida que no recordabas que estaba ahí, pero que te llevaba molestando mucho tiempo. Porque las cicatrices son huellas que no tienen voz,

están silenciadas para siempre, por feas o por tristes. Y, en ocasiones, de esas viejas heridas salen cosas maravillosas. Y, en ocasiones también, llegas a personas maravillosas que creen en tus historias y las disfrutan.

Ojalá Winter Falls sea hogar para muchos de vosotros. Ojalá os haya gustado esta historia. Ojalá os haya hecho arrancaros alguna costra y que mostréis la cicatriz como lo que es: la huella de una guerra ganada.

Gracias a nuestros lectores de siempre y también a los que llegan. Gracias por llegar hasta aquí, por leernos, por creer. Gracias. En Winter Falls siempre es invierno y hace frío, pero en sus calles encontraréis una bonita cafetería de fachada acristalada, mesas con velas encendidas y un camarero morenazo que un día de estos, quizá, tenga su propia historia.

FÁTIMA EMBARK



Fátima Embark. Ingeniera por equivocación, librera por vocación, hasta ahora conocida por ser una de las integrantes del pseudónimo Wendy Davies.

Ha publicado en Amazon *Somos como esa isla que aparece y desaparece*, la bilogía *Aunque me vaya* (*Aunque me vaya*, *Aunque te vayas*), *Antes de que te quiera* y *Todo lo que no sabes de mí*, ambos parte de la serie Barnard, sus primeras dos novelas en solitario.

Con *Carretera al invierno* comenzó a coescribir con Virginia Cavanillas y fue el primer viaje de muchos en esta larga carretera llamada Destino. Le siguieron *Todo lo que soy contigo*, *Solo hasta Navidad*, *Donde tú estés* y *Seis gatos, dos perros y tú*; todos romances contemporáneos LGTB chico-chico.

Además, como Wendy Davies ha coescrito *Hope*, *Siempre será diciembre* (Premio Gran Angular 2017), *Instant Karma*, *Una estrella en mi jardín*, *Recuerda que me quieres* y la trilogía *Estoy aquí* (*Estoy aquí*, *Sigo aquí*), actualmente en curso con Roca Editorial.

Si algo tiene claro, es que va a seguir contando historias, siempre escribiendo lo que quiere leer.

Página de la autora en Amazon
https://www.amazon.es/stores/author/B0D94Y8QYX

SUSCRÍBETE A LA NEWSLETTER DE LA AUTORA:

Recibirás emails donde te hablará de sus próximos proyectos, capítulos eliminados (pero guais) de los libros que has leído, entrarás en sorteos y podréis cotillear sobre el mundo del escritor fuera y dentro de editoriales, así como otras cosas relacionadas con lo que más te gusta: leer.





VIRGINIA CAVANILLAS



Virginia Cavanillas. Abogada de profesión —que no de vocación—, en abril de 2018 cambió toga por pluma y se lanzó de cabeza al mundo literario, del que siempre fue una apasionada. Tiene más de treinta y dos libros de temática LGTB traducidos y escribe felizmente junto a Fátima Embark, con quien ya ha publicado cuatro libros (*Carretera al invierno*, *Todo lo que soy contigo, Solo hasta Navidad, Donde tú estés*), y los que les quedan. También ha publicado varios cuentos de terror (*La bruja roja al final del túnel*, *La chica que lloraba en las noches de luna llena*, *La niña que bailaba alrededor de una hoguera* y *El vacío que nos llena*) y una recopilación de relatos (*Un paseo por los sueños de otros*).

En la actualidad también está trabajando en su primera novela en solitario, *Hotel Noir*, que espera que vea la luz en 2025, y su intención es seguir tejiendo historias con Fátima, con quien ya ha escrito otra historia más y han empezado a tramar sus siguientes novelas.

OTRAS OBRAS DE LAS AUTORAS (WINTER FALLS)

Historias románticas LGTB independientes, ambientadas en Winter Falls, una pequeña ciudad ficticia de Inglaterra.



Libro 1: *Carretera al invierno*

«Quería encontrar una pareja con la que pasar Halloween y encontré a una persona con la que pasaría cualquier día, aunque no fuese Halloween».

Gabriel es… especial; de único, de particular. Si pudiera, se convertiría en un personaje de una película de Tim Burton. Le gusta Halloween, no solo porque es su cumpleaños, sino como forma de vida. Su mayor deseo es compartirlo con alguien que adore esa fecha tanto como él. ¿Acaso es mucho pedir? Hombre, mujer… Le da igual siempre que decorar calabazas, ver películas de miedo y oler a otoño esté en los planes. Gabriel quiere enamorarse, y hacerlo bien por una vez.

Hendrix le ha dado un descanso al amor. Cansado de ser un anfitrión cuyos visitantes llegan a su vida con fecha de caducidad, ha decidido que no quiere nada de romances ni de aventuras. Y mucho menos si el chico en cuestión es un bisexual sin experiencia obsesionado con las calabazas, las velas y sin filtro a la hora de hablar. No, se niega.

¿Existe el destino? ¿Hay parejas que han nacido para estar juntas? ¿O el amor es una carretera de doble sentido por la que hay que aprender a conducir? A veces, solo se trata de subirse al coche de la persona correcta.



Libro 2: *Todo lo que soy contigo*

Dos chicos rotos que necesitan recomponerse por separado antes de unir sus piezas y formar un todo perfecto.

Dani se ha perdido entre Daniel y Danielle. Es uno de día y otra de noche. Es los dos y a la vez ninguno. Necesita encontrar un equilibrio, y por ello ha decidido cambiar de vida; reconstruirse, aunque le cueste; no ocultarse tras una mentira. Su familia, su mejor amigo de la infancia, su exmujer…, todo forma parte de un

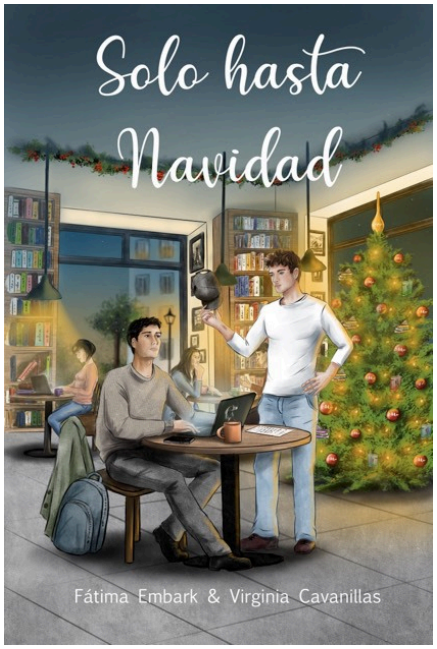
pasado que lo ha marcado y lo ha hecho esconderse tras una fachada que no es él.

Taylor está cansado. Se esconde tras sus libros distópicos, sus pantallas de ordenador y sus relaciones de una noche de las que escapa antes de que salga el sol. Está perdido, un poco roto y sorprendido de encontrarse a alguien de su pasado que no esperaba volver a ver. Alguien que encarna al amor platónico de su infancia y, a la vez, es la personificación de sus miedos y su soledad. Lo odia; o eso quiere creer. La única manera de descubrirlo será acercarse a él.

¿Será capaz Dani de recomponer sus fragmentos y convertirse en el todo que quiere ser, en todo lo que puede ser para Taylor? ¿Logrará Taylor ver a Dani tal y como es y se encontrará a sí mismo a su lado?

OTRAS OBRAS DE LAS AUTORAS (SOUL FINDER)

Historias LGTB románticas contemporáneas e independientes, ambientadas en Eeriewood, una pequeña ciudad ficticia de Inglaterra. Todos los libros tendrán como nexo común una *app* de citas llamada Soul Finder, cuya finalidad es emparejar a las personas —independientemente de su sexo u orientación— según intereses comunes y afinidades.



Libro 1: *Solo hasta Navidad*

Owen Langston, bisexual y ligón empedernido de cara a la galería, solo quiere que sus padres —muy gais, muy felices y muy casamenteros— lo dejen en paz. Y para eso necesita un novio ficticio. Si les hace creer que tiene una pareja —chico— estable con la que pasar la Navidad todo irá bien.

Pero solo hasta Navidad.

Levi Wright ha creado la primera *app* de citas basada exclusivamente en intereses personales y afinidades comunes. Cero fotos. Ninguna interacción en la vida real hasta cumplir ciertos requisitos. Pero cuando su alma gemela en la aplicación le pide que finja ser su novio, Levi no puede rechazarlo.

Solo hasta Navidad es el primer libro de la nueva serie de Fátima Embark y Virginia Cavanillas: romances M/M contemporáneos con poca carga dramática y muy sexis.

Bienvenidos a Soul Finder, la aplicación perfecta para encontrar a tu alma gemela.



Libro 2: *Donde tú estés*

Ryder Jones ha encontrado a su alma gemela en Soul Finder, la aplicación de citas del momento, esa que te pone en contacto con personas afines a ti y hace que encuentres al amor de tu vida o una amistad del alma. Pero hay un problema; uno pequeñito, nimio; un detalle de nada: su otra mitad está enamorado de otro.

Pero bueno, tampoco es que Ryder quiera un compromiso de por vida. Solo quiere pasarlo bien, lo de las almas gemelas le parece pura ficción.

James Wilson lleva enamorado de su mejor amigo desde que, a los quince años, descubrió que era bisexual. Ahora, su amor platónico de toda la vida tiene novio y él un follamigo con el que no sabe cómo lidiar; porque Ryder Jones no es solo un tío con el que tiene una compatibilidad abrumadora en la vida real, sino su alma gemela en Soul Finder. Y eso son palabras mayores. Bueno, si él creyera en esas chorradas. Cosa que no hace, claro.

Pero es que Ryder se ha colado en su gimnasio, en su vida y en su cama, y no sabe cómo sacarlo. Ni si quiere hacerlo.

Donde tú estés es la segunda entrega de Soul Finder, un frenemies-to-lovers (amienemigos que se lían y luego se enamoran) divertido y sexi entre dos personas destinadas a ser, aunque ellos mismos no lo vean.



Libro 3: *Seis gatos, dos perros y tú*

Mason está preocupadísimo porque ha perdido a su gata. Pero cuando descubre que la hija de su guapísimo —y muy heterosexual— vecino se la ha llevado, decide tomar cartas en el asunto. Aunque para ello tenga que llamar a la puerta del vecino buenorro que ni siquiera se digna a saludarlo cuando se cruza con él. Aunque para ello tenga que enfrentarse a un miedo aún mayor: tener que hablar otra vez con esa niña.

No le gustan los niños, son raros y complicados, y él quiere una vida tranquila y sencilla: quedar con el chico que le gusta de Soul Finder, la aplicación de citas que promete darle un futuro amoroso brillante, y volver a casa con sus seis gatos —ahora cinco— y sus dos perros.

Grant no espera encontrarse a su vecino, el loco de los gatos, frente a su puerta justo en la noche en la que su cita de Soul Finder —la aplicación en la que se dio de alta porque su exmujer casi casi lo obligó a punta de pistola— lo ha dejado tirado por tercera vez. Siempre que ve a su vecino, lo rehúye; es guapo a rabiar, extraño y él no necesita complicaciones en su vida. Quiere paz junto a su niña de nueve años, seguir grabando sus programas de cocina y organizar caterings para los mejores restaurantes de la zona. Pero cuando encima descubre que el loco de los gatos —también conocido como el paseador de perros— tiene aversión a los niños, el «no» en luces de neón no puede ser más claro. Mason y él no están destinados a ser. ¿O sí?

Seis gatos, dos perros y una pareja quizá son muchas complicaciones. O quizá la receta infalible para triunfar en el amor.

Adéntrate en Soul Finder 3: romance LGTB joven, vecinos, padre soltero, diferencia de edad, dominante/tímido, destinados a ser.